GIULIA CAMINITO

El agua del lago nunca es dulce

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

narrativasexto piso

EL AGUA DEL LAGO NUNCA ES DULCE

GIULIA CAMINITO

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
L'acqua del lago non é mai dolce

Copyright © GIUNTI EDITORE S.P.A. / BOMPIANI, 2021
Publicada por un acuerdo especial con GIULIA CAMINITO en conjunción con la agencia MALATESTA LIT. AG. y su coagente THE ELLA SHER LITERARY AGENCY, www.ellasher.com

Primera edición: 2022

Imagen de portada
© Tito Merello Vilar

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2022
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-25-0

Esta obra ha sido traducida con la contribución del Centro para el Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano

Cofinanciado por la Unión Europea

El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella.

Todas las vidas empiezan con una mujer y así le ocurrió también a la mía, una mujer pelirroja que entra en una habitación y lleva puesto un conjunto de lino, lo ha sacado del armario para la ocasión, se lo compró en un tenderete de Porta Pórtese, uno de los buenos, el tenderete de ropa de marca rebajada, no de esos de tres al cuarto, sino de los que tienen el cartel varios precios.

La mujer es mi madre y sujeta un maletín de cuero negro en la mano izquierda, se ha hecho ella misma su peinado, recurriendo a rulos y laca, se ha moldeado el flequillo con el peine, tiene los ojos verdes y amarillos y za-patitos de confirmación, cuando entra, la habitación se vuelve pequeña.

Ante los escritorios están sentados los funcionarios, mi madre se ha pasado tres horas en la esquina del edificio, con el maletín contra el pecho, y cuando lo cuenta dice que sus piernas eran como de mantequilla y la saliva tenía un regusto amargo.

Se acerca moviendo las caderas y antes que ella llega el perfume con el que ha tapado el olor a las lentejas que ha hecho para comer, dice: Vengo a ver a la señora Ragni, tengo una cita.

Ha estado repitiéndose esa frase ante el espejo y en el tranvía y en el ascensor y en la esquina: Tengo una cita.

Con tono dulce, con tono alegre, con tono decidido, con un susurro, con la mayor naturalidad…, y ahora se lo dice a una señorita sin alianza y con el pelo recogido en la nuca, que la observa y ve el vestido de lino ligeramente arrugado y el cuero del maletín desgastado en el asa.

La señorita mira la agenda que tiene delante: ¿Cómo se llama usted?

Antonia Colombo, dice mi madre.

La señorita revisa con atención la agenda con citas de la señora Ragni, desliza rápidamente el dedo y busca a la tal Colombo, pero no la encuentra.

Su nombre no aparece aquí, señora.

Mi madre hace una mueca, que ha ensayado mentalmente una y otra vez, preguntándose qué hacer en ese preciso momento, ha debido estudiar cada instante, imaginarse lo que pasaría en todos sus detalles y la mueca le sale bien, como la de una mujer muy ocupada, molesta por la incompetencia de los demás, por las demoras.

Mi madre dice: Mire, pedí la cita hace una semana, soy abogada y la señora Ragni me garantizó que estaría hoy aquí, llevamos mucho

retraso con la entrega de las actas.

La mueca de mi madre es evidente y su impaciencia real, al igual que son reales los zapatos que le aprietan y los hombres altos y sudorosos en el tranvía.

Las dos intercambian otras palabras y Antonia Colombo insiste, persuadida de que eso ha de hacer, ocupar un sitio y no soltarlo.

La señorita se convence, la mujer pelirroja parece muy segura de lo que dice y en la oficina nadie ha levantado la vista de los papeles en los que están enfrascados, porque todavía no se ha desatado ninguna discusión.

De modo que la señorita le abre la puerta en la que campea una placa en la que puede leerse RAGNI y mi madre la cruza, es el umbral de su futuro.

Ve a una tercera mujer vestida con un conjunto de falda y chaqueta de lunares verdes sobre fondo negro y espera a que la puerta se cierre a sus espaldas.

La señora Ragni y ella se observan, la primera tiene las manos en un cajón que se apresura a cerrar y a sus espaldas una estantería rebosante de volúmenes jurídicos, y mi madre sabe que ella nunca podría guardar todos esos papeles, porque el papel ocupa espacio y cuesta.

¿Quién es usted?, pregunta la señora Ragni, cruzando las piernas.

Antonia Colombo, responde mi madre, y añade: No nos conocemos y no tengo cita.

Se hace el silencio, un silencio compacto que dura unos segundos hasta que Antonia se decide a hablar.

Usted no me conoce, pero tiene sobre la mesa mi expediente de solicitud de asignación de vivienda, estoy segura de que está allí, en ese montón, y ahí en medio también estoy yo, que vivo en via Monterotto 63, mejor dicho, no vivo porque no se me reconoce la residencia y nos apiñamos en veinte metros cuadrados, en un semisótano, y las facturas no están a mi nombre y pago la multa por ser ocupante y adelanté el dinero para estar ahí y quiero que se regularice mi situación, han pasado cinco años.

La señora Ragni se levanta de la silla revelando su corta estatura, se quita las gafas, que son redondas y de carey, y las arroja sobre el escritorio con rabia, le grita a mi madre que se marche.

He estado en sus oficinas, en todas las oficinas, traje los documentos que me pidieron, me casé con el hombre que vivía conmigo, lo hice adoptar a mi hijo, me quedé embarazada, he formado una unidad familiar y cumplo todos los requisitos, dice mi madre.

La señora Ragni empieza a marcar números en el teléfono y luego

cuelga el auricular, amenaza con llamar a la policía y le dice a mi madre que debe marcharse de inmediato, que cómo se atreve a entrar allí con engaños, lo dice en voz más alta: ¿Cómo se atreve?

Entonces mi madre se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, el vestido de lino se le sube y deja al descubierto unos muslos blancos y llenos de pecas, levanta las manos por encima de la cabeza y dice: Estoy aquí, estoy aquí por mi casa.

Y se queda quieta, con los brazos rígidos, las manos muy abiertas, el maletín, que está vacío, en el suelo, mi madre no es abogada ni tiene citas con la gente que cuenta, tiene una casa que ha limpiado de ratones y de cucarachas y de jeringuillas y quiere una solución.

La señora Ragni se aparta del escritorio y pasa por su lado, la golpea deliberadamente con una rodilla y abre la puerta, pide ayuda a la oficina, dice: Hay una loca sentada en el suelo, lleváosla de aquí.

Entonces la señorita de antes y algunos hombres y el bedel y la portera acuden corriendo y se encuentran a ese tronco de mujer, que es mi madre, con las manos levantadas hacia el techo y el vestido de lino ya enrollado todo, que pone cara de mármol y echa sapos y culebras por la boca.

No cree que ellos sepan lo que significa llegar a una situación en la que ya no puedes aguantar más, después de uno dos tres cuatro cinco diez trabajadores sociales, después de una dos tres cuatro cinco diez oficinas de correos, después de uno dos tres cuatro cinco diez abogados de oficio, después de uno dos tres cuatro cinco diez empleados de la agencia de vivienda social, después de uno dos tres cuatro cinco diez módulos que ha habido que compilar, después de una dos tres cuatro cinco diez multas y facturas y advertencias y amenazas.

La incorporan y la desplazan en vilo, la levantan de los brazos y de las piernas y entonces la blusa se le abre y muestra un sostén sin aros, los pechos voluminosos, la falda se rasga y aparecen sus bragas, mi madre ya ha hecho jirones el vestido bueno y patalea y grita, como una fiera despiadada.

Y es como si yo estuviera allí, de pie, mirándola desde un rincón de la sala, la juzgo y no la perdono.

1. DONDE SE HALLA EL CORAZÓN ESTÁ TU CASA

Vivimos en un barrio que a mi madre no le gusta llamar periferia, ya que para ser periferia debes tener claro cuál es tu centro y nosotros ese centro no lo vemos nunca, yo nunca he ¡do a ver el Coliseo, la Capilla Sixtina, el Vaticano, Villa Borghese, piazza del Popolo, no vamos de excursión con el colegio y si salgo es para ir con mi madre al mercado del barrio.

De esa casa, de cinco metros de ancho y cuatro metros de largo, lo que más me gusta es la explanada de cemento y los parterres, en los que solo hay hierba, nadie ha pensado nunca en plantar flores y mi madre se ha negado a hacerlo porque plantar significa quedarse.

El interior es una cocina en un armario, es un catre que hay que sacar de debajo de la cama de Mariano, es un radiador eléctrico que hay que encender lo menos posible y si hace realmente frío, es un cartel de los Beatles encima de la mesa donde comemos y cuatro sillas diferentes, es oír crujir la cama de mis padres cuando hacen eso, porque la habitación es una sola y no es que puedas salir fuera o encerrarte en el baño, porque incluso desde el baño y desde fuera se oye todo.

La casa soy yo de niña, que solo conozco la explanada de cemento y la habito como un palacio, junto con mi hermano, es nuestro y de nadie más, excavamos, saltamos, cocinamos ortigas y hormigas y dibujamos en el suelo, con tizas traídas del colegio, números y líneas y triángulos y cuadrados donde nos sentamos y decimos que son cosas nuestras, allí vivimos, dentro de los signos que hemos dibujado en el suelo.

C-A-S-A, decimos y nos basta con trazar unas cuantas líneas, las paredes y el techo, las ventanas, la puerta.

Ese lugar de nuestros juegos y nuestras primeras fantasías existe porque nuestra madre así lo quiso, antes era dominio de las cucarachas, de algunos ratones y de las muchas jeringuillas tiradas a través de la verja desde la calle o abandonadas por quienes duermen en el portal del edificio.

Nuestra madre se puso botas altas de goma, que tomó prestadas a mi padre, para recogerlas una a una y quemarlas antes de tirarlas, si te encuentras una jeringuilla, me dice siempre mi madre, tienes que quitarla de en medio, porque si un niño se cae sobre ella, también será culpa tuya, por no haber hecho caso.

Esparció veneno, le pidió a mi padre que trajera una pala de las obras de construcción y se puso a cazar, a matar, a extirpar.

Después de meses de trabajo, el patio al que se asoma la boca desdentada de nuestra casa del semisótano ha sido saneado y ella nos lleva allí, de la mano, dice: Jugad.

Para obtener esa casa mi madre le pidió a su abuela dinero para pagarles una indemnización a los familiares de una viejecilla que había muerto allí.

En un barrio popular de adictos a la heroína y ancianos moribundos, nadie habría comprado ese agujero infecto lleno de moho y, en cualquier caso, mi madre nunca habría conseguido el dinero para comprarlo, de modo que se puso de acuerdo con los propietarios y presentó la solicitud de regularización para encontrar otro sitio, y arregló momentáneamente ese domicilio al menos.

Pensó que le llevaría poco, que de alguna manera se las apañaría, que nos buscarían un nuevo hogar mientras estábamos allí a la espera.

Esperamos tanto, tanto tiempo que mi madre al final se rinde y se pone a limpiar y a arreglar el suelo y a pintar el techo y a conseguir que el agua de la bañera salga con más fuerza, porque se ve que el Ayuntamiento de Roma no tiene intención alguna de darnos una casa.

Todo se basa en el equilibrio de lo que está a punto de derrumbarse, pero que con una última raíz se aferra a un suelo friable, hasta que mi madre vuelve a quedarse embarazada y mi padre, que no es el padre de Mariano, se hace daño en el trabajo: se cae de un andamio y queda paralítico.

A los documentos del matrimonio y de la adopción se añaden los de invalidez, a las solicitudes de prestaciones por desempleo se suman las de familia numerosa, y para mandar a mis hermanos a la guardería vivimos pidiendo a la ciudad, al alcalde, a Italia que nos ayuden, que nos amparen, que nos salvaguarden, que no nos olviden, nuestra vida es una plegaria perpetua.

Cuando nacen los gemelos, yo tengo seis años y Mariano nos detesta a todos, en primer lugar a ese padre que no es el suyo y que de hombre arisco se ha convertido en un accesorio voluminoso y fatigoso, un horno que ya no funciona, una aspiradora que no recoge nada del suelo, un calentador de agua que te deja helado al cabo de cinco minutos, es chatarra inútil de la que quiere deshacerse.

Mi padre, conocido por sus bofetones y su insaciable apetito

sexual, está clavado ahora en su silla de ruedas, que ha conseguido mi madre a través de unos familiares en el hospital, y se levanta las piernas él solo una a una y ya no come nada a la hora de la cena: total, de qué sirve comer.

En la casa hay un hombre quieto, parecido a una estatua, al mármol, a los azulejos, a la jamba de la puerta, a los muretes que delimitan el edificio, y una mujer siempre ocupada que recoge, que desplaza, que saca brillo, que arregla, que pega, que envenena, que saca el agua con la escoba cuando se inunda la casa a causa de la lluvia excesiva. El hombre parado es mi padre, la otra, la infatigable, es la mujer del pelo rojo, que se llama Antonia Colombo.

No tengo juguetes y tengo pocas amigas, de todo me toca una mala copia: la muñeca cosida con trozos de tela sobrantes, la cartera usada por otra chica y con sus dibujos encima, los zapatos del mercado -con la suela ya desgastada- que llegan a casa no en una caja de cartón, sino dentro de una bolsa de plástico, en lugar de luces navideñas, mandarinas, en lugar de Barbies, sus fotografías recortadas de revistas.

Creo que somos materiales de desecho, cartas inútiles en un juego complicado, canicas astilladas que ya no ruedan: nos hemos quedado inmóviles en el suelo, como mi padre, que se cayó de un andamio sin condiciones, en unas obras de construcción ¡legales, sin contrato y sin seguro y desde allí, desde donde nos estrellamos, vemos cómo los demás se ponen en el cuello collares de pedrería.

Los gemelos son diminutas criaturas ruidosas que duermen en una enorme caja llena de mantas sobre la mesa de la cocina, y el olor de sus pañales se mezcla con el de la sopa.

Mariano y yo no acabamos de entender por qué seguimos aún aquí y nunca hemos intentado escaparnos, siempre andamos planeando a escondidas, ese niño de pelo negro y yo, el mejor momento para nuestra huida, y, sin embargo, nunca parecemos estar listos para escabullimos, para doblar la esquina de nuestra vida.

*

Somos personas que apenas conocen la geografía del Lacio, su región, ni las calles de Roma, su ciudad, porque el perímetro de nuestros desplazamientos es el del barrio, dado que fuera todo cuesta demasiado para nosotros, y nadie fiaría a mi madre o intercambiaría pan y jamón por un día de trabajo suyo.

La teoría materna es: quien no te conoce no te ayuda, así que nos quedamos donde se sabe quiénes somos, donde ella puede entretejer pequeñas y grandes relaciones de protección y de reconocimiento.

Mariano es el mayor y nos ha vivido a cada uno de nosotros como

una intromisión entre Antonia -que durante cierto tiempo fue madre soltera- y él, cuando los dos eran una sola cosa y debían sobrevivir.

En lo que a mí se refiere, mi hermano me tolera porque no soy una llorona y porque lo escucho en silencio, dejándole que desahogue cuentos y demonios sobre mí, historias negras y terribles, y aventuras en las que la chica de turno muere y el lobo siempre gana. Nos separa una diferencia de cuatro años, que de niños parecen muchos más y que lo hacen parecer a mis ojos adulto y casi antiguo. Es él quien interviene cuando alguien me molesta, de hecho, tengo una pésima opinión de las demás niñas y las miro con disgusto, parecen tener algo más que yo, pero todavía no he encontrado la manera de presentarles batalla.

Hay una rubia, austríaca a mis ojos, que me llama Pico de Murciélago porque dice que tengo los labios protuberantes, y yo entonces me pongo de puntillas en el baño de casa para comprobarlo, no creo tener ninguna deformidad y sé que los murciélagos fueron ratas en otros tiempos y no patos. Pero los insultos de los niños no han de tener sentido para hacer daño: ser diferente, defectuoso, te daña, y mantenerte perfectamente alineado te ayuda a pasar desapercibido y a no llamar la atención, ya estamos lo suficientemente hechos polvo por nuestra cuenta, no podemos permitirnos picos u orejas llamativas.

Cuando se lo cuento a Mariano, va a la salida del colegio, me pide que le diga quién es la chica, le grita: Tú calladita, so idiota, y le da un puñetazo.

Siento un estremecimiento de sana admiración por él, que con un gesto ha silenciado la villanía de los demás, atesoro de inmediato su irascibilidad en mi cofre.

El asunto no es bien visto ni por los profesores ni por mi madre, que le ata las manos a Mariano a la espalda durante un par de días, diciéndole que tendrá que apañárselas sin ellas o pedirnos ayuda para lo que no puede hacer sin ellas: si no sabe cómo usarlas correctamente entonces no las usará más.

Antonia encuentra diferentes soluciones a los problemas, rara vez nos da bofetadas o patadas, prefiere dejarnos sin algo.

Si gritamos en casa, no hace la cena; si no la ayudamos con los gemelos y preferimos jugar, no nos da la merienda del colegio o nos quita el estuche; ella está hecha para las huelgas y para las demostraciones de resistencia.

Tiene sus propias ideas, construidas quién sabe cómo, tal vez por mi abuela, tal vez por la vida, tal vez nacidas de ella sin más, no tiene religión, perdió el partido, solo tiene clara la justicia, una obstinada fijación por las cosas justas.

Yo siento una gran fascinación por las flores, no por las pocas que

nacen espontáneamente en nuestro patio -margaritillas primaverales muy frágiles-, sino por las rosas de los jardines de los demás, los jazmines, las hortensias que veo cuando voy por la calle con mi madre y siempre quiero recoger.

Lo intento una vez, porque quiero remojar los pétalos de esas rosas en una botella de plástico con agua, como hacen mis compañeras de clase para enseñarnos después en el colegio sus apestosas pero preciosas fragancias caseras. Antonia me ve arrancar una rosa que asoma de una valla y empezamos a discutir.

No puedes quedarte con lo que no es tuyo, me regaña.

Pero si estaba en la calle, la calle es de todos, respondo yo.

Entonces eres más ladrona aún, lo que es de todos no se toca, gruñe mi madre.

Romper objetos o estropearlos es un sacrilegio al que mi madre pone remedio de inmediato sopesando el modo de repararlos o de darles otro uso, pero con respecto a lo que pertenece a todos se muestra intransigente: no se pisa el césped del parque, no se tira un papel fuera de la papelera, no se arrancan las rosas en los jardines, no se maltratan los libros de la biblioteca.

Los libros son su gran obsesión, porque en casa, sobre todo desde que mi padre está en la cama o en la silla, y nosotros no tenemos televisor sino solo una radio, el único pasatiempo es la lectura, y dado que aquí no hay ni sitio ni dinero para libros propios, usamos los libros de todos y deben ser reliquias para nosotros, se guardan bien apilados, mi madre ha marcado todas las fechas en las que tenemos que devolverlos y nos da la lata para que nos los terminemos a tiempo, comprueba que no los hemos manchado ni arrugado y si eso ocurre nos arrastra a la biblioteca para que pidamos perdón a la bibliotecaria y a los demás niños y luego los paga, por más que le digan que no hace falta, pero ella replica: Vaya si hace falta.

Cuando me atrevo a señalarle que las cosas de todos es como si no fueran de nadie, ella me contesta: Quítate ahora mismo esa idea de la cabeza o te convertirás en una mala mujer.

*

Antonia ya no se viste bien, va a verlos con la ropa que lleva en casa, sudada y con una pinza en el pelo, tiene la cara redonda y las sienes estrechas, sus ojos tienen pestañas largas y su nariz no destaca pero tampoco se esconde, no es fina, no tiene peso de más, su carne revela salud.

Siempre nos dice que lo importante es que se nos vea la salud en la cara, nada de piernas demasiado flacas, las caras demacradas dan

miedo.

Antonia ha decidido que para conseguir lo que quiere debe insistir, entra en ese escenario como un foco que se desprende del techo y cae sobre la escena: indeseado y peligroso. Debía arrojar luz sobre los demás y ahora tiene ínfulas de protagonista.

Ella es una mujer disfuncional, desesperada y desencantada y lleva consigo un paquete de documentos, ha identificado a un funcionario que parece más amigable que los demás y ha escrito su nombre en un papelito: Murri Franco.

Ahora escúchame, Murri Franco, soy Colombo Antonia y hasta que no me ayudéis volveré aquí y preguntaré por ti, declara mi madre y le pasa una tras otra las carpetas.

Murri Franco intenta ser amable: Verá, señora, usted se coló aquí con engaños y nuestra jefa se acuerda bien, así es difícil que el expediente llegue a puerto.

Colombo Antonia no cede: Pues entonces pondremos sobre ese escritorio mi expediente cincuenta veces hasta que abulte tanto que ya no pueda ignorarse. Tengo cuatro hijos ahora y un marido inválido.

Así durante un mes, dos, tres, si cambia de persona sabe que tiene que empezar de nuevo, así que si no ve a Murri Franco en su escritorio dice que volverá al día siguiente y saca una nueva cita.

Cuando vuelve a casa, nos habla de Franco como si fuera el farmacéutico o el quiosquero, un hombre familiar, de un mundo conocido y tranquilizador, no sabemos ponerle cara ni cuerpo, nos parece un intruso, no entendemos lo que hace por nuestra madre y empezamos a estar celosos de él, especialmente Mariano.

Tu padre nunca dice nada de que ella se vea con ese, me regaña mi hermano un día, como si fuera culpa mía, sobre todo por tener un padre que él no tiene o no quiere.

¿Y qué quieres que diga?, contesto yo y observo a mi padre, está sentado, las ruedas de su silla están encalladas en la pata de la mesa y tiene il manifestó abierto sobre las rodillas, lleva en la misma página media hora por lo menos y creo que se ha olvidado de lo que está leyendo.

Pues algo, contesta Mariano, y le lanza esos ojos de desaprobación con que lo mira siempre.

Papá se ha apagado, fulminado, me acerco a él y le pongo una mano en la rodilla, aunque no pueda sentirla, y le pregunto quién es ese Franco y si él quiere decirle algo.

Papá no me mira, pero dice: Que se calle tu hermano de una vez.

Mariano, en su cama, y él, en su silla de ruedas, se enfrentan a distancia, porque están siempre en la misma habitación, no hay manera de escapar, no hay manera de hacer como que no se ha oído.

La han detenido, añade mi padre, mientras que Mariano se pone con rabia las zapatillas de deporte, quiere salir a correr.

¿A quién?, pregunto yo, inclinando la mirada hacia el periódico.

A esa tipa, a la jefa de negociado, me explica mi padre, pero yo no sé qué es una jefa de negociado ni qué negocia, así que busco entre las palabras impresas algún indicio para entender y leo un nombre en el que él apoya el dedo: Vittoria Ragni.

No sé quién es y leo ese nombre una y otra vez, Vittoria Ragni, lo digo incluso en voz alta mientras mi madre entra en casa, lleva un bidón de detergente para suelos con ella, no vuelve nunca con las manos vacías, trae frascos de cristal, botellas de plástico, trozos de contrachapado, lo que a otros ya no les hace falta a nosotros seguro que sí nos hace falta.

Vittoria Ragni ¿qué?, pregunta, colocando el bidón sobre la mesa donde estamos. Mariano, ¿adonde vas?, añade, pero Mariano no se digna ni a mirarla y se marcha, de modo que no es espectador de la primera satisfacción de nuestra madre, no ve cómo su rostro relaja las arrugas de expresión de la frente, no puede captar el destello de sus ojos, la curva que forman sus labios.

Antonia le arranca el periódico de las manos a mi padre y lee, luego vuelve a leer, luego veo que de la sonrisa emergen temblores, veo a mi madre llorar.

La observo atónita, casi nunca la he visto llorar, ni siquiera en el hospital mientras daba a luz a los gemelos, ni siquiera cuando murió su abuela, cuando mi padre se cayó.

Está siendo investigada por actos ¡lícitos, la mandarán a la cárcel, dice entre lágrimas, y no consigo entender si le alegra o lo siente.

¿Era amiga tuya?, pregunto tímidamente y ella se echa a reír, aún tiene los ojos húmedos, pero se ríe con fuerza.

*

Antonia tiene que enseñar todo lo que nos falta, el agua caliente que no llega, las tomas eléctricas con los cables pelados, el espacio del que carecemos, la luz que entra poco y mal, y, sin embargo, mientras esa gente está ahí, ella sigue repitiendo: Nos las apañamos, todo está limpio.

La nueva jefa de negociado es una mujer que viene de los servicios sociales, y cuando lee en nuestro dosier que hay cuatro niños en veinte metros cuadrados agarra un rotulador rojo y apunta en la primera hoja: urgente.

Así que empiezan a ocuparse de nosotros y vienen a comprobar dónde vivimos, encuentran a mi padre sentado en la cama, que ni

siquiera dice buenos días y los gemelos aferrados a la falda de mi madre, a punto de tirarla al suelo entre los dos; al pie del armario está la bolsa con su ropa, duermen en una caja, pegados el uno al otro, todavía tienen que intentar no ser dos.

Mariano está fuera en el patio y lo oímos gritar, finge estar en peligro, dice socorro socorro con voz de adulto y mi madre responde: No se preocupen, quiere llamar la atención, está perfectamente.

Los intrusos son dos y hacen que nuestra casa parezca aún más pequeña, a estas alturas nos parece a todos un trastero o una trastienda, el armario del detergente y las escobas.

Está aquí la policía, chilla Mariano desde fuera y luego lanza un petardo al suelo.

Los dos toman notas, le hacen preguntas a mi madre sobre el estado del inmueble, cuando se marchan mi padre se recuesta con dificultad y empieza a roncar, yo me pongo a comer una zanahoria cruda y mi madre mira a Mariano desde el umbral: Eres un sinvergüenza, le grita, esa gente era del Ayuntamiento, de cena hoy tienes pan duro.

Dos semanas después, la nueva jefa de negociado llama a mi madre, la lista para la asignación, como sabemos, es larga y nuestro expediente ha estado parado durante mucho tiempo, pero ella quiere que nos vayamos de allí, es demasiado pequeño para nosotros, nos ha buscado una casa, que no puede asignarnos oficialmente, pero puede cedérnosla en custodia y con un documento firmado por ella, así que hasta nueva orden podremos vivir allí.

Mi madre fotocopia ese papel docenas de veces y lo lleva a todas las oficinas competentes, a correos, al banco, a la oficina de Hacienda, se lo mete en su cartera y lo pega en la pared, lo guarda cerca de nuestros carnés de identidad y de las cajas con los primeros dientes de leche que se nos cayeron.

Mariano y yo nos despedimos de nuestro cuadrado de cemento con consternación y angustia.

Nuestra nueva residencia está en un barrio para gente que tiene dinero, estamos en corso Trieste, cerca de oficinas y de bancos, podemos ir andando a Villa Torlonia y Villa Ada, en diez minutos estamos en la discoteca Pi-per, el barrio contiguo al nuestro es Parioli, el más rico de la ciudad, en ese edificio con dos patios interiores y seis pisos el Ayuntamiento solo es dueño de esa casa, que ahora está bajo nuestra custodia.

Así que, con nuestras cajas, baratijas, los tarros de yogur utilizados como tiestos para cactus, los frascos de cristal de las judías como vasos para los cepillos de dientes, las perchas de ropa hechas con cinta adhesiva y cartón, y las bragas amontonadas en el fondo de grandes

bolsas de basura tomamos posesión de esa residencia.

Tiene tres dormitorios, una cocina, una sala de estar y un vestíbulo de verdad, con escaleras de verdad, una puerta de verdad y una bañera de verdad, hornillos de verdad, persianas de verdad.

Mariano y yo dejamos dos bolsas de plástico, con nuestros juegos descabalados dentro, en el centro de nuestra habitación: parece demasiado grande para nosotros, casi aterradora.

Desde que vivimos allí duermo mal, obligo a mi hermano a dejar la luz encendida y me despierto en plena noche con increíble puntualidad para encontrarme apesadumbrada por una pesadilla que nunca recuerdo bien, solo sé que por lo general caigo y nadie me sujeta.

De noche no oigo ya la respiración fuerte de mi padre ni el llanto de los gemelos, solo veo a Mariano levantarse y asomarse a la ventana, mirar la calle de abajo.

Los inquilinos de encima empiezan a quejarse porque los gemelos nunca duermen, porque Mariano y yo caminamos demasiado deprisa, porque mi madre pone la radio a todo volumen mientras lava los platos, porque mi padre perjura todas las mañanas, en vez de decir qué día más bonito mienta a todos los santos.

En el nuevo edificio hay una comunidad de vecinos, hay quienes lo administran, hay reuniones en las que no se nos admite porque la casa no es realmente nuestra, no la hemos comprado, nada nos pertenece todavía, a diferencia de ellos.

El patio está lleno de rosas -amarillas, rojas y salmón- y de plantas frutales, pero no podemos tocarlas, nadie puede, viene un jardinero todos los miércoles y las rocía con algo maloliente.

La primera tarde en la que Mariano y yo nos ponemos a jugar bajo las ventanas de casa nos llueve desde arriba un cubo de agua: a una señora no le gusta que se monte tanto jaleo.

Mariano le grita: ¡So cabrona!

Y ella dice que llamará a los carabineros.

Esa vez mi madre nos regaña y le dice a Mariano que no vuelva a gritar así, son personas que estaban allí antes que nosotros y no podemos hacer como en la casa vieja, tenemos que adaptarnos a la vida de los demás, ser respetuosos.

Hacer la compra en el barrio nos resulta difícil, todo cuesta demasiado, llegamos al colegio a mitad de curso y según las maestras estamos tan atrasados que tendremos que repetir, a mi hermano siempre lo echan a patadas de clase y yo he reducido a la mitad mis palabras, contesto con frases truncadas, escribo con caligrafía temblorosa y envidio mucho las oes y las emes de todas las demás chicas.

La única amiga que tiene mi madre allí dentro es la portera, una señora de origen siciliano, más bien bajita y no demasiado locuaz, pero rápida y precisa en la limpieza, escucha las quejas de todos, sus historias, sus peleas y nunca cuenta las suyas, tiene en perfecto orden el correo que llega y cuenta con su propia vitrina para las llaves de las casas y de los sótanos y de todas las cerraduras del edificio, que no tienen nombre que las distinga, solo ella sabe cuál abre qué, es su secreto.

La portera se llama Nunzia y tiene una hija, Robería, que, igual que mi padre, está en silla de ruedas, pero ella no se cayó, nació así y no habla bien y a menudo se le balancea la cabeza y su mirada se vuelve seca como si no estuviera allí.

Al volver del colegio, siempre me paro en el patio y si no me ve nadie, tiro la cartera al suelo y me acerco a la fuente que está en el medio, es blanca y está sucia, pero tiene seis peces rojos que dan vueltas en el agua. Paso muchas horas con la mano inmersa tratando de acariciarlos y ellos se escabullen y huyen y luego se acercan y yo remuevo y remuevo, con el cuenco de las manos recojo las ramitas que se posan en la superficie.

Me parece un juego que no puede molestar a nadie, porque ni los peces ni yo hacemos ruido y además les hago compañía, no tiro demasiada agua, nunca la bebo.

Hay un sitio en el jardín comunitario donde da el sol incluso en invierno, es un rincón desde el que, si levantas los ojos, se ve un pedacito de cielo, el triángulo perfecto para olvidar que estás en la ciudad, y Nunzia coloca a su hija Roberta allí con la silla, porque le gusta la luz. Su casa, cerca de la garita, es la más pequeña del edificio y afortunadamente tiene pocas escaleras, pero también poco aire.

Roberta es una chica silenciosa, a veces gorjea, se lame los labios, alarga las palabras y pide cosas que solo su madre entiende, pero que quiere quedarse allí al sol logra darlo a entender sin esfuerzo.

Veo que mucha gente del edificio pasa por ahí y no la saluda, también a mí me miran de reojo y siguen adelante, no tienen ojos para los peces, así que yo les digo: Hola.

En voz alta, a todos, para ver qué hacen, si contestan o no, algunos mascullan un buenos días o buenas tardes, otros nada en absoluto, no se molestan en contestarme.

Hay una mujer alemana que nos escudriña severa desde su ventana y si baja al patio, va y viene, sonríe a las otras señoras, pero a nosotros no, me mira y luego pone los brazos en jarras, retrocede, va a ver a la portera, se queja y vuelve, un día la veo abalanzarse sobre mí roja como un tomate -ella ejército, yo forajida- y sacarme las manos del agua.

Ya está bien, que la vas a estropear, grita con fuerza, tiene los ojos celestes y las sienes amplias.

Todo ese movimiento asusta a los peces que bullen en su caldero, con las colas rectas, los ojos desesperados, Roberta se agita y patea con los pies, la alemana me aprieta la muñeca y me empuja hacia el principio de la escalera, la que lleva a mi casa.

Vete de una vez, me conmina toda acalorada, y yo me lanzo hacia arriba, subo los escalones de dos en dos y busco a mi madre.

La encuentro con un gemelo del cuello y el otro con las piernas desnudas sobre la mesa, mueve tanto su trasero que parece que está bailando.

Ma', le digo toda sudorosa de la carrera por las escaleras arriba. La alemana me ha regañado por la fuente, dice que la estropeo.

Ya te he explicado muchas veces que no puedes jugar en el patio, no es como la casa de antes, esta la tienen de adorno, ¿entiendes? No es para jugar, sirve para embellecer el edificio, es como un lazo.

Estaba callada mirando a los peces, ¿qué hacen entonces esa pandilla de idiotas con un sitio tan bonito que nadie puede tocar?, contesto yo.

¿Y qué hacen con los collares, con las puntillas y con los encajes? Nada, la gente no hace nada con nada, se pone guapa y ya está.

Los días que siguen paso frente a la fuente mirándola como a un amante perdido, hasta los peces son joyas y las rosas son colorete y nadie se preocupa por ellos.

Sin embargo, no tardo en darme cuenta de que Roberta ya no está en su sitio, aunque sean días de sol, no baja al jardín y mi madre también se da cuenta y entonces va a preguntar por qué.

Descubre que ha sido la alemana quien se lo ha pedido, le dijo a la portera que su hija babeando allí no era un espectáculo agradable, que ya estaban esos de ahí -mi familia y yo-, nadie volvería a comprarse una casa en el edificio, estábamos depreciando el inmueble.

Entonces mi madre decide ir a esperarla, baja con los gemelos y conmigo y con Mariano y nos ordena que nos pongamos contra el muro y que nos quitemos las camisetas; se la quita ella también, se queda en sujetador apoyada contra el muro como una condenada al fusilamiento y cuando llega la alemana con su marido, le dice: Si no dejan que la niña baje al jardín nos quedaremos aquí, todos los días, mis hijos y yo, sin ropa, para protestar.

Lo dice gritando y la gente se asoma las ventanas que dan al interior y la alemana se queda inmóvil, como un pejepalo, como un perchero, luego dice: Llamaré a los carabineros.

Llámelos, no nos moveremos. ¿Cómo se puede negar a una niña el derecho de estar al sol? Una niña que no puede caminar. Se lo diré a

los carabineros y si nos echan volveremos, no sabe usted lo terca que puedo llegar a ser si se me mete algo en la cabeza, de verdad que no lo sabe.

El marido de la alemana interviene mientras ellas gritan y nosotros estamos medio desnudos pegados a la pared, Mariano se ha quedado en calzoncillos, yo tengo la falda levantada.

Estamos listos para la revolución.

¿Ve estas puertas?, pregunta el marido de la alemana, que será sin duda unos diez años mayor que ella. Las volvimos a colocar nosotros después de la guerra, porque los fascistas se las habían llevado, este edificio tiene su historia, lo señala con rabia contenida y tal vez esa calma venenosa suya haga encolerizar a mi madre aún más.

¿Y quiénes son los fascistas ahora, eh? Se preocupan por las puertas y no por los niños, no los dejan jugar, ni un saludo ni una caricia, ni siquiera pueden quedarse sentados en un rincón, ¿qué clase de personas son ustedes? Yo casi pillo el SIDA para dejar que mis hijos jueguen.

La mujer del pelo rojo se golpea el pecho con la mano y hace en el brazo el gesto de una jeringa.

Ellos no saben qué contestar, permanecen callados.

Nosotros, a la señal acordada, nos vestimos y seguimos a Antonia hasta casa en fila india, ella declara que volveremos.

Y en efecto volvemos todas las tardes después del colegio a montar escándalo en el patio, hasta que Roberta vuelve a ocupar su sitio en su rincón soleado.

Hay que insistir, hasta conseguir lo que quieres, si insistes e insistes, no hay nada que aguante, le explica mi madre a Mariano, mientras observa cómo Roberta, con su babero de felpa, mueve las manos en el aire y gira las muñecas, se la ve contenta.

Nuestra madre parece la heroína de un cómic, Anna Magnani en el cine, la que vocifera, la que no se rinde, la que los obliga a todos a callarse.

Estamos ahí, en el pasillo que lleva a las habitaciones, Mariano y yo con calzones cortos y pantorrillas rígidas, cara a cara con nuestro mayor temor: no llegar a ser como Antonia, no dar abasto jamás, no ganar ninguna batalla.

2. EL BELÉN SUMERGIDO

Una mañana entro en la cocina y Antonia me entrega una gorra verde guisante con la visera torcida y dice: Te voy a llevar a un sitio.

¿Dónde está Mariano?, pregunto yo, porque no veo su taza de desayuno en la mesa.

Fuera, él no viene, responde secamente mi madre. Vístete, que es tarde.

¿Qué pasa con los gemelos y con papá?, pregunto otra vez.

La portera les echará un vistazo, me interrumpe ella. Tienes pecas en la nariz, añade, escrutándome la cara como si la viera por primera vez.

Yo soy como una versión en pequeño de ella y ella es como una versión en grande de mí: el mismo pelo rojo rizado, los mismos ojos verde barro, la misma incapacidad para combinar colores, la misma torpeza a la hora de beber en vasos estrechos y las mismas pecas en la nariz.

Cada rasgo que compartimos es un defecto mortal para mí. Las pecas son peores que los granos, los ojos tampoco saben ser ni realmente verdes ni propiamente marrones, la piel demasiado clara habla de enfermedad y el pelo, más que otra cosa, acarrea desgracias.

Mi madre y yo tomamos el autobús y dos líneas de metro hasta Valle Aurelia, desde allí un tren regional en una línea remozada hace poco y tengo la sensación de afrontar un viaje intergaláctico, mis pantalones cortos de felpa rosa son un traje espacial y el sombrerito torcido, el casco a través del cual veo las estrellas.

Los asientos tienen dibujos de pequeños rombos y reposacabezas azul eléctrico con un bulto a un lado, así que si quieres apoyar la sien puedes echarte una siestecita.

Para tirar papeles o porquerías puedes utilizar un contenedor de metal, hace un ruido seco cuando lo cierras y me recuerda a la boca de un tiburón mecánico, juego a abrirlo y cerrarlo, suena tac tac hasta que una señora a nuestro lado resopla y mi madre me amenaza con quitarme la gorra para que me dé demasiado el sol.

El aire acondicionado sube desde abajo y tenemos los pies fríos en nuestros zapatos de lona, las estaciones tienen mamparas de plexiglás

y armazones verdes, si pregunto dónde estamos para saber cuánto nos estamos alejando de casa, Antonia dice: En el tren, y zanja la conversación.

Se ha traído una revista de crucigramas y los hace sin preguntarme nada, echo un vistazo, acaba de escribir en vertical la palabra CONSTELACIÓN.

¿Cuál?

¿Cómo que cuál?

¿Qué constelación?

No conozco las estrellas.

Podría ser la Osa Mayor.

Ella no responde, ya ha pasado a la siguiente palabra, el 27 horizontal.

No recuerdo un desplazamiento como este excepto para ir a la playa a casa de la abuela en Ostia, algo que sin embargo hacemos poco y raras veces, porque mi padre se queda solo, mi abuela no soporta a los gemelos y mi madre cree que a Mariano se le acabará clavando una jeringuilla a fuerza de recorrer todos los establecimientos playeros día y noche.

¿Adonde vamos?, le pregunto a Antonia mientras me restriego los muslos en los asientos acolchados y ásperos.

A ver una casa, contesta como si estuviera hablando de una sombrilla o de una tumbona, de una cosa corriente.

¿La casa de quién?, pregunto.

Nuestra casa, contesta Antonia, y tengo la impresión de que me está tomando el pelo, su melena pelirroja miente y el tren nos dejará en el desierto.

No tenemos casas que sean nuestras, solo casas en las que alguien por amabilidad nos deja vivir, y digo amabilidad por no decir caridad, pero tal vez caridad sea la palabra correcta, o tal vez no: tal vez sea asistencia, o socorro o necesidad, tal vez sea mentira.

Con los ojos bien abiertos leo los nombres de las paradas en voz alta y ella me comunica que estamos en el norte de Roma, esa es la vía Cassia y esta es la estación de Cesano donde se encuentra el cuartel militar, me parece como si estuviéramos cruzando un continente entero, para conocer pueblos y gentes, para invadir territorios enemigos.

El letrero azul de la estación que sigue reza Anguillara Sabazia y mi madre me obliga a bajar, siento que mis pies oponen resistencia, pero me callo, el tren vuelve a arrancar y pedimos información.

¿Cuánto tiempo se tarda en llegar al lago?, pregunta Antonia, y descubrimos que está a cuatro kilómetros de allí, que no hay autobuses, o lo recorremos a pie o hacemos autostop.

Entonces mi madre sale de la estación, frente a nosotros están las marquesinas para refugiarse si llueve, un quiosco de periódicos, un puestecillo que sirve café y capuchinos, la intersección de dos callejuelas, a los lados se abre la campiña.

Más adelante se entrevé una iglesia, que me parece fea y triste, se ve que es de construcción reciente y tiene forma de carpa de circo, con las paredes horadadas y una puerta de cristal con tiradores de hospital, solo la cruz en lo alto señala su función, en la parte de atrás alberga los campos del club juvenil católico y delante hay una explanada con una fuente ya rota.

Antonia se sienta allí a esperar a que alguien se detenga y se ofrezca a llevarnos, gesticula con rigidez, no sonríe para nada, nadie nos hace caso y me aprieta la mano como lo haría con un revólver.

Mi madre casi nunca se pone vestidos escotados o ajustados, lleva pantalones cortos que le llegan hasta la rodilla con bolsillos en los muslos, camisetas de chico con números y logotipos de empresas de construcción, mi padre dice que parece un albañil.

El albañil en cuestión y yo tenemos el cabello pelirrojo y permanecemos firmes en la pose de quien ha de rogar y esperar a que alguien responda, tres coches en total pasan por la carretera, ninguno se detiene.

Le digo a Antonia: Volvamos.

Se pone nerviosa y me atrae hacia ella: No seas tonta, este lugar es precioso, hay un lago, responde con convicción.

*

Mirándolo desde fuera, el edificio parece una fábrica de pequeñas dimensiones, podría producir latas de atún o zapatos con cordones gruesos, tener un vertedero de desechos detrás y obreros que fichan todas las mañanas a las siete, pero en realidad es un conjunto de viviendas protegidas, alrededor hay chalecitos, dos pequeños parques por los que pasear correas y sonajeros, una explanada rectangular, clara como la arena hawaiana y dura como el cemento.

Tiene vistas a la calle principal del pueblo, cerca hay una tienda de materiales de construcción, un óptico que tiene una oferta de dos por uno y una casa en construcción.

Las ventanas están todas a la misma altura, con terracitas cuadradas en las que caben como mucho una mesita y dos taburetes, la maceta del aloe y el gancho de las escobas, el portal de acceso que da a las escaleras simétricas, un edificio compacto, ni viejo ni nuevo, parecido a una mujer de mediana edad que no se viste con volantes ni perlas, pero a la que no le gusta salir en público sin disimular las

ojeras.

Antonia me lleva al segundo piso y una señora que lleva un vestido de flores, de esos que se cruzan por delante con un escote en forma de uve, pero se atan detrás como los delantales, nos da la mano y sonríe, sonríe mucho, con el siniestro entusiasmo que debería hacerte presagiar un robo.

Me la presenta y ella dice: Encantada, Mirella.

Me limito a decir mi nombre y no añado encantada.

La casa es casi tan grande como la de corso Trieste, se apresura a aclarar, y dispone de terracita habitable, excelente para el verano, se tiende la ropa cómodamente, la cocina está amueblada y la instalación de gas ha pasado la inspección, dice la señora, un lugar tranquilo, sigue explicándonos, las viviendas protegidas de aquí no son como las de Roma, las familias trabajan, los niños juegan en el parque, el baño, según nos dice, es grande y hay una bañera para que mi padre pueda, con ciertas precauciones, lavarse sin problemas, el sofá puede quedarse y también los armarios, los dormitorios son tres, propone cordial, pero uno es claramente un cuchitril, supongo que será el de los gemelos, que compartirán como lonchas el mismo angosto paquete.

Mi madre dice: Me parece perfecta.

Yo pregunto: ¿Perfecta para qué?

Nadie me responde.

Las dos intercambian cortesías y apretones de manos, confabulan hablando de lo que se quedará, de lo que se llevarán, de lo que habrá que firmar, y no entiendo cuál es el acuerdo entre ellas, no comprendo con qué dinero compraremos esta nueva casa y por qué, dado que por fin tenemos una casa y no está en este pueblo perdido donde no hay autobuses y las iglesias son tan feas como los supermercados.

Entro a lo que debería ser mi habitación y la de Mariano, la miro y noto las baldosas gris tiburón, no son brillantes, no tienen dibujo, no parecen parqué, no son de terracota, son solo toscas, tienen aspecto de hormigón armado, en las paredes hay un papel pintado horrible con puntos de colores, parece una habitación de bebés y de niños con pañales, de esos ruidosos, de los irritantes, tiene una pared de pladur que deja oír todos los ruidos y hace mucho calor, el sol cae a plomo en ella, es un invernadero ardiente y yo una planta de limones.

Saber que dormiré con mi hermano es lo único que me tranquiliza, oírlo respirar dormido, verlo apagar la luz, la forma en que arroja sus calcetines al cesto de la ropa, cómo habla por la noche en pleno sueño diciendo: Ya basta, caballo, luna, adiós, llámame, ¿por qué?

La señora Mirella y mi mamá se abrazan y mi mamá dice: Esta casa es una salvación.

*

La primera vez que veo el lago no es el día de la gorra verde, sino el día de la mudanza.

Mi madre empezó a organizar la mudanza con mucha antelación, hizo listas, buscó cajas y cinta de embalaje y empezó a empaquetar todo encajando los objetos de forma impecable; la vi cerrar cajas llenas de platos y vasos como si fueran esponjas y papel de seda, llevó del brazo percheros y candelabros con cuidado maternal y sudó, maldijo, arrastró durante horas tendederos, sillas apiladas y estantes, ella sola.

Yo me limité a hacer lo que me había encomendado: colocar la ropa, dividirla en montones por cada uno de nosotros, separar las cosas de invierno de las de verano y meterlas en cajas, etiquetarlas, apilarlas en una esquina.

En esos días Mariano no hizo nada, en protesta contra la decisión de mi madre, inconstitucional y nazi en su opinión.

Maicol y Roberto tienen cinco años, la misma cara, solo los distingue un lunar diferente, y con esos ojos tan iguales nos ven pelearnos, insultarnos y migrar.

Cuando llegamos, vuelve a empezar el trasiego de paquetes y de muebles, hay un amigo de mi madre que nos ayuda, se llama Vincenzo y conoce a mi madre desde pequeños, nosotros lo llamamos por su nombre, mi padre lo llama ese tío.

La camioneta es suya y suya es la fuerza con la que levanta nuestro escaso mobiliario y lo lleva a la nueva casa, suya también es la capacidad de conseguir que mi padre suba al piso correcto en el ascensor y suya la propuesta de ir por lo menos a ver el lago antes de marcharse con la camioneta vacía.

Vamos mi madre, él y yo, le dejamos los mellizos a Mariano, que deambula como un extraterrestre por la casa en busca de la Vía Láctea y de la escalerilla con la que subir a la nave espacial y desaparecer.

La plaza del embarcadero está llena de coches aparcados, hay una balaustrada de hierro que recorre todo el tramo de asfalto y yo me subo al muelle con Antonia, mientras Vincenzo se queda tomando un café en el bar de al lado.

¿Qué hay aquí debajo?, pregunto, inclinándome hacia los pilones y mirando el agua que está oscura, no deja vislumbrar nada en particular.

Barro, contesta mi madre y añade: No mires hacia abajo, mira las vistas.

Me levanta la cabeza y me señala las colinas y los otros pueblos, el

castillo de Bracciano, el paseo del lago de Trevignano, el bosque, los montes Cimini a lo lejos, dice, allí está Viterbo, más allá Manziana, dice que podemos bañarnos por el paseo y que los árboles son álamos, dice que el agua nunca está demasiado fría, y yo vuelvo a mirar abajo.

Pero ¿qué hay debajo?, pregunto de nuevo porque he visto brillar algo.

Nada, hay agua, ataja el asunto Antonia mientras sigue observando las otras costas y las otras playas y los otros pueblos.

Me gusta la luz de aquí, sobre las casas, añade al final.

Yo tengo los ojos clavados en el punto donde ha relampagueado el fantasma: un cascajo, un pez, un globo desinflado.

Hay un niño rubio sentado en la barandilla con los pies colgando y señala ese punto él también, exactamente el punto de mi duda, y dice que ahí ha habido siempre un belén sumergido, está el niño Jesús, están el buey y el asno, durante las fiestas lo iluminan, es una tradición del pueblo.

Me asomo y miro y vuelvo a mirar, pero ya no veo nada, el agua está clara y no hay rastro del nacimiento que estoy buscando.

Entonces digo: No me lo creo.

Y él dice: Ven a verlo en Navidad.

Lo miro con aire desafiante, lleva unos pantalones cortos militares muy divertidos, parece como si acabara de salir de un bosque.

Mi madre me corta en seco y nos vamos, dice que es una tontería, que en ese lugar no aparecerán una cabeza, un ojo, un pie, una túnica, y me cuesta decidir a quién darle la razón: a mi madre, que no ve nada, o al niño, que lo ve todo.

*

Mi hermano tiene quince años cuando nos marchamos de Roma y su nariz ha ¡do ganando prominencia con la pubertad, es larga pero estrecha en las fosas nasales, tiene una punta hacia abajo y una giba en el dorso, puede parecer una montaña abrupta o la costa escarpada de un mar del Norte.

Ninguno de nosotros tiene su nariz y eso es lo único que le queda de su padre, de quien ni siquiera posee el apellido, desconoce sus datos personales u ocupación laboral, a quien no podría reconocer entre la multitud ni buscarlo en Navidad para las felicitaciones de rigor.

Esa nariz, que mi madre llama característica y yo llamo falsa, porque no parece formar parte realmente de su rostro, sino haber sido colocada allí por casualidad, no la tenemos ni Antonia ni Roberto ni Maicol ni yo, ni mucho menos mi padre.

Al contrario, a lo largo de los años, mi padre decidió que esa nariz podría ser su revancha, su manera de volverse molesto incluso sin tener que hacer grandes esfuerzos, ha sacado de los niños la capacidad de hacer daño con escaso esfuerzo.

Cada momento es el adecuado para señalarle a Mariano que tiene algo en la cara, algo con lo que si dice que sí corta el pan y con lo que si dice que no quita la mesa.

Primero viene la nariz y luego Mariano, dice mientras fuma en la terracita y echa la ceniza en el tiesto del aloe, siempre sentado en la misma silla que a menudo cruje y tiene los cojines manchados, la forma rotunda de su trasero bien acomodada en el asiento.

En la nueva casa de Anguillara hay ascensor y él podría utilizarlo y bajar y mi madre o yo podríamos llevarlo al parque, ponerlo a la sombra, al sol, recostarlo, podría quedarse dormido, estar de alguna manera en el mundo, pero no quiere.

Su recorrido es cama-silla de ruedas, silla de ruedas-silla sin ruedas, silla sin ruedas-sofá, sofá-bañera, ba-ñera-váter, váter-cama y vuelta a empezar.

Cada tres días, nos inflige el desesperado ritual del baño y nosotros tenemos que ayudarlo, meterlo, empujarlo, cepillarlo, mientras maldice y grita que nos comería a todos. No cabe bien en la bañera y una vez incluso se corta una mano después de intentar propinarle un puñetazo a la jabonera de barro, la sangre fluye en el borde y en el suelo, quedan rastros entre las juntas de los azulejos.

Es como si quisiera que pagáramos por su supervivencia: como si el hecho de haberse caído de un andamio y no haberse matado en el acto fuera culpa nuestra, un agravio que le hemos hecho nosotros.

Antonia no tolera las bromas de mi padre, la forma en que se ríe de su hijo, levantando las comisuras de la boca para dejar al descubierto los dientes renegridos por la nicotina y el sarro.

No me hace ninguna gracia, repite siempre.

Mariano no le hace caso la mayoría de las veces, pero otras desata sobre él toda clase de tormentos. Lo insulta y le propina golpes, se pone detrás de su silla y le da un sopapo con la mano abierta en el cuello, le tira del pelo y luego se aleja, grita: Ahora levántate y ven a buscarme.

Mi hermano no es muy alto, pero su cuerpo es un manojo de nervios, se agita por un soplo de aire y colecciona rebeliones, desde las pequeñas y caseras, a las grandes y escolares.

A los quince años ya está podrido, anuncia mi padre.

Desde que ya no estamos en Roma, Mariano va al Instituto Técnico de Aparejadores de Bracciano, un pueblo cercano al nuestro, por la mañana sube al autobús alrededor de las ocho y nunca vuelve a casa

antes de las siete de la tarde, a veces sus ojos están tan rojos que me ve borrosa, su nariz se ha convertido en un arma afilada.

En su centro escolar no hay nada que vaya bien, según él: las notas de los profesores son una forma de control, los baños se dejan sucios a propósito para degradarlos, en Educación Física te obligan a jugar al fútbol, los libros de Historia están llenos de mentiras, el aula de Informática apesta a plástico derretido y los bedeles roban el papel higiénico.

Por cada una de estas injusticias, Mariano protesta.

Habla en clase sin levantar la mano, interrumpe a los profesores hablando de libros que ellos no conocen, hace sentadas frente a la puerta del director, escribe pancartas que coloca fuera de los baños, rompe la máquina expendedora de bollería, porque es toda de Ferrero y cuesta demasiado.

Solo nos dan de comer las cosas que se ven en la tele, las cosas de los anuncios, reivindica en la cena, ganándose algunas miradas blandas de mi madre, mi silencio y las burlas de mi padre.

Si es así es por ti, tarde o temprano alguien le pegará un tiro, le dice Massimo a Antonia.

*

¿Y tú de quién eres hija?

De Antonia…

¿Qué Antonia? ¿La sobrina del Patuzzo?

No, no sé quién es.

¿Pues quién, entonces? ¿Quién eres tú?

Mi hermano me ha explicado muchas cosas del pueblo, como el hecho de que es necesario identificarse antes de exigir atención, existes cuando los demás han entendido con certeza quién eres, cuando aclaras de qué familia provienes, cuáles son tus tierras, o casas, chalés, apartamentos, a qué barrio perteneces, si tienes un local, si ofreces descuentos, si tienes la tienda cerrada los jueves como está establecido, si tu hermano estudia con el hijo de, qué profesión practicas, si el Fiat rojo es tuyo, ese aparcado directamente en la acera, o tienes la verja automática, si bajas el cierre metálico cuando el coche fúnebre pasa por la calle.

La gente de aquí tiene la manía de poner apodos, sienten necesidad de rebautizarte, todos los que importan reciben otro nombre, puede depender del trabajo que haces, del lugar donde vives, de la historia de tu abuelo, puedes ser el Pescaero, el Rana, el Mugre y nadie, nunca, te quitará de encima el nombre que te ha dado el pueblo, será para siempre un traje cortado a tu medida.

En muchos casos, las asociaciones son fáciles de entender, si vendes pan eres el Harinas, si tienes la nariz larga el Napias, pero en otros casos la razón no está nada clara, de hecho a menudo se trata de apodos heredados, de condiciones pasajeras, de peleas que ocurrieron veinte o treinta años atrás, que siguen presentes solo en esos nombres ásperos, coriáceos, que dejan en la boca un sabor a hierro.

Lo mismo que hacen contigo lo hacen con los sitios, dice Mariano, plaza del Lavadero donde ya no hay lavadero, el camino detrás de los Soldados donde no hay soldados, la calle de los Tarros, el Caño, la curva del Pico, la Cruz.

Si no sabes cómo se señalan los sitios, acarreas la culpa de ser extranjero, hijo de nadie, ellos no saben a quién votas en las elecciones, quién es tu médico de cabecera, qué carroza construirás para Carnaval ni si fríes pejerreyes en la Verbena del Pescado, no saben cómo pedirte favores así que prefieren no hacértelos, en la oficina de correos no te saludan, en la carnicería no te hacen caso si dices que es tu turno, porque de todos modos siempre es el turno de ellos.

Tengo que empezar la escuela media y me entero por mi madre de que en esos años Anguillara está viviendo su boom de mudanzas desde la capital; las casas son más baratas, la vida es más tranquila, hay un ferrocarril que te lleva a San Pietro y Trastevere en una hora, el pueblo se está expandiendo hacia el interior y llenándose de chalecitos adosados, aparcamientos azules, gasolineras, supermercados, colegios públicos y gimnasios, los de Roma se están mezclando con los nacidos aquí y esta mezcla provoca desacuerdos, ansiedades, aprensiones.

Sencillamente, son incapaces de entender quiénes somos y, sobre todo, la razón que nos ha traído al pueblo les parece un misterio.

De vez en cuando nos inventamos razones válidas o simples fantasías, tías nobles, alergias al esmog, amor por las carreteras provinciales, en Roma ya ni siquiera resulta posible comprar tomates, nos gusta el olor de las espigas y de las vacas, nos encantan los paseos y el senderismo, un día recorreremos en bicicleta todo el perímetro del lago.

Desconozco la verdad sobre mi madre y la señora Mirella, solo sé que de los detalles de nuestra infancia es mejor guardar silencio, de nuestro padre decimos que es inválido y nada más, de la casa decimos que vivimos en ella y nada más. No es fingir ni es mentir, es omitir, mi madre nos enseña que contar las minucias, los quehaceres domésticos, las bagatelas familiares en el pueblo es mucho peor que enfrentarse a él desnudos con las manos atadas.

En Roma, según mi madre, la nuestra era una vida de rehenes, y ella había elegido la mejor solución para todos, para que no tengamos que lidiar más con cierto tipo de gente, gente que no ha podido

comprarse la pureza de ánimo por mucho dinero que tenga: el piso romano era un estanque de ranas y renacuajos, larvas, lombrices, lo que necesitábamos era una superficie acuática sobre la que navegar a vela. Así me convenció, con la imagen de los veleros, del viento en la popa.

Antonia trabaja limpiando las casas de los demás, pero sabe hacer muchas otras cosas, como, por ejemplo, arreglar muebles rotos, espabilar lavavajillas lentos, sabe cambiar bombillas y purgar radiadores, sabe coser ropa sencilla, remendar calcetines, sabe remediar con poco dinero vestimentas y disfraces, sabe cómo cortar madera para estantes y mueblecitos de baño, si hace falta corta la hierba y se las apaña con las rosas, tiene una mano envidiable con las plantas así que mantiene floridos balcones, terrazas y jardines. Antes de irse riega el césped.

Antonia manda en esas casas como lo hace en la nuestra, ordena los cajones, regaña a los niños, decide los detergentes e impone formas de tender la ropa, saca brillo a la plata con productos caseros, hace comentarios sobre las zapatillas desperdigadas por la casa, detesta los juguetes diseminados, le da a cada verdura, queso, embutido su propio recipiente, en el que pega etiquetas blancas para indicar la fecha de caducidad, hace listas de la compra en las que no transige con los productos industriales ni con la Coca-Cola, peina el pelo a las niñas haciéndolas trenzas cuando vuelven del colegio, nadie quiere hacerla enfadar.

Las casas de los demás son chalés de varias plantas, a veces tienen piscinas, tienen garajes, tienen carteles de cuidado con el perro encima del timbre de la puerta y gatos de largo pelaje en los sofás, y están completamente a merced de Antonia.

No hay pinza, tapón de corcho, servilleta, mando a distancia que no dependa de ella, de los escondites que escoge para ellos, de su gusto y su tiranía.

Los propietarios depositan una confianza inquebrantable en mi madre, le permiten manejar el dinero, le dan las llaves de los coches que hay que llevar al mecánico, le pagan los días de fiesta y las vacaciones en Navidad y en agosto, le dan toda la ropa que ya no usan y que ella se lleva a nuestra casa para que Mariano y yo nos la probemos, incluso a nuestro padre, que recibe continuamente camisas de tallas grandes, o pantalones a los que ella rápidamente hace el dobladillo, por más que él se lo ponga como mucho para ir de su cama a la mesa de la cocina.

A lo largo de los años, mi madre podría haber robado joyas, estatuillas de Capodimonte, cuchillos de plata, elefantitos de Swarovski, pero nunca lo ha hecho, porque esas cosas no son suyas y hacia cada objeto que no es suyo Antonia mantiene la reserva y el

decoro que debería reservarse a los difuntos.

Si mi padre, aunque sea por diversión, le pide que le traiga algo que no tenemos, algo tan trivial como la pasta que no queda, la sal que se ha acabado, un rollo de papel higiénico, ella se ofende con ardor, declara con voz gélida que no preparará la cena y se marcha dando un portazo para ir a comprar lo que se necesita, recordando a todos que lo que falta y lo que hay dependen solo de ella.

Es solo cuestión de poco, muy poco tiempo, antes de que todos en el pueblo empiecen a llamarnos los hijos de Antonia la Pelirroja.

3. QUÉ MALA ES LA GENTE QUE NO HA SUFRIDO

Para crecer hay que esforzarse, lo de ser chiquillos no dura mucho, no se nos defiende, ni se nos cuida, ni se nos da de beber, ni se nos limpia, ni se nos salva para siempre, en determinado momento te llega tu turno de estar en el mundo, y este es el mío.

Mi madre decide que cursar la escuela media en Anguillara o en Bracciano no es lo mejor para mí, el pueblo es un sitio seguro, eso está claro, pero los colegios son mejores en Roma y nadie cree en Mariano: la única hija hembra debe saber estudiar, sobresalir, ir a la universidad, llegar a ser médico, ingeniero, trabajar en las finanzas, publicar novelas y sobre todo leer, compulsivamente, sin posibilidad de tregua.

Muchos le han hablado bien de una escuela media en Giustiniana, un barrio concurrido del norte de Roma al que parte en dos la vía Cassia y donde se mezclan apartahoteles de los de porteros y cámaras con casas prefabricadas y restaurantes chinos.

En mi colegio se reúnen chicos de barrios populares como Ottavia o Palmarola y los de familias de clase media que vienen de distritos con puertas automáticas en la entrada y trescientos telefonillos entre los que escoger, pero nunca es punto de encuentro para la gente realmente rica, que prefiere mandar a sus hijos a colegios privados.

Si mi colegio ha tenido un nombre alguna vez, lo desconozco, para mí siempre se le ha llamado como el barrio que lo acoge y como la estación de tren donde me bajo todas las mañanas de los vagones que me llevaron por primera vez de Roma a Anguillara, esos vagones se convierten en mi lugar de tránsito, de fuga, de frustración, vagones demasiado llenos de demasiados viajeros, estaciones que se caen a pedazos, abonos pagados a caro precio, retrasos que te obligan a correr para no perderte la primera clase, revisores de los que esconderse en los baños.

El pueblo se divide en dos facciones: los que estudian alrededor del lago y aquellos que, como yo, utilizan medios de transporte y se van a Roma, y, por absurdo que parezca, no somos pocos, mi madre no es la única que considera comodísimo ese tren y más adecuados esos

colegios.

Me despierto todos los días a las siete de la mañana y espero el autobús que va y viene a la estación, que el Ayuntamiento por fin se ha decidido a poner, y al llegar allí me topo con otras mochilas, otras narices, otras ojeras encaminadas hacia el colegio, cada uno de nosotros se baja en paradas diferentes, nos mezclamos los del instituto y los chicos de la escuela media entre soldados que van de Cesano a Roma Termini y señores con maletín que trabajan en San Pietro.

Las primeras semanas me quedo muda, larva, capullo, escucho en obsequioso recogimiento el zumbido de mis pensamientos renqueantes, siento ajenos el tren, las ventanillas y los reposacabezas, percibo como molestos el olor a cerrado, el sudor matutino, los aromas de desodorantes que pican, me siento sola con la mochila en mi regazo, esa que al principio usaba Mariano y que mi madre ha reforzado con cartón en el fondo para dármela, he escrito mi nombre en el bolsillo y ella me ha maldecido, dice que después le servirá a Maicol o Roberto y no podemos permitirnos el lujo de mancharla, de dibujar en ella, de convertirla en algo femenino. Negra era y negra debe seguir siendo.

Pero las caras en la estación son siempre las mismas, las miradas empiezan a cruzarse y también nos reconocemos en el colegio, aunque estemos en clases diferentes, nosotros, los de Anguillara, somos manadas de lobos y leones, empezamos a vernos en los recreos, a charlar en el tren, a saludarnos en los pasillos.

Así es como conozco a Agata y a Carlotta.

La primera, menuda y muy rubia, tiene una sonrisa lunar y pestañas claras, siempre se está quejando de no ser lo suficientemente guapa, se llena de defectos que solo ella nota, pero llama la atención de todos nuestros compañeros y no solo por sus colas altas y su piel bronceada, su padre tiene vacas, cerdos y forrajes, estar al sol forma parte de los deberes familiares.

La otra, con el cuerpo ya listo para ser mujer antes de tiempo, luce caderas suaves, muslos firmes y camisetas escotadas, tiene su propia forma de reírse, emite un silbido, tiene su propia capacidad de sumisión, un rostro asimétrico que gusta poco, orejas demasiado grandes, barbilla ancha, ojos diminutos y oscuros, se vive a sí misma con la seguridad que nos falta a Agata y a mí, niñas preocupadas por las pecas y las rodillas torcidas.

Valorar si mis amigas son princesas o no es algo que no me interesa, nuestro encuentro viene marcado por la necesidad, somos tres castillos enrocados, queremos un ejército que nos defienda, buscamos a alguien que proteja la fortaleza.

Somos lo suficientemente pequeñas para no padecer aún la obsesión por nuestro cuerpo ni por el de los demás, pero lo

suficientemente mayores para presagiar que la forma en que nos miramos se convertirá con los años en una guerra silenciosa, formaremos parte de facciones opuestas y nos lanzaremos flechas envenenadas por detrás.

¿Tienes una sudadera nueva?, pregunta Carlotta.

No, es de mi hermano, ¿por qué?, contesto.

Es verde rotulador, no tiene sentido.

Es la que había en casa.

Pareces un dibujo animado.

El tres nunca ha sido mi número favorito, hace que me sienta incómoda de inmediato, acostumbrada como estoy a los números altos, a una familia donde somos por lo menos cinco, a mesas donde alguien grita, yo sé muy bien que en los dormitorios se llora y si solo oigo el silencio me asusto.

Somos pocos para encontrar consuelo y demasiado numerosos para que me sienta atendida.

Mi madre y yo, Mariano y yo, mi padre y yo, o bien nosotros, el grupo, la familia bulliciosa.

Nosotras, las tres amigas, nacemos como algo desvencijado y que me provoca recelo.

Además, no estoy hecha para las amistades, no entiendo sus dinámicas, sus incomprensiones, no sé cuándo hay que responder, cuándo quedarse al margen, no puedo invitarlas a mi casa, no tengo a nadie que pueda llevarme a las suyas, mi madre dice que deberé esperar un año al menos antes de poder salir por la tarde, no soy seductora, no aporto ninguna novedad, no tengo juegos, no tengo maquillaje, no tengo ropa que prestar, solo puedo poner en común las sudaderas de mi hermano, los pañales de los gemelos, la silla de ruedas de mi padre.

No hablo con ellas de mi vida en casa, cuando se quejan de que su madre se ha equivocado de regalo al comprarles una camiseta a rayas o que la bicicleta la querían rosa y no morada, asiento, pero mi envidia latente yace aplastada contra el suelo como una culebra, no se deja ver, la cultivo con mimo, la mantengo a raya en el umbral del intestino, alimentándola cuando puedo, cubriéndola con la esperanza de que tener dos amigas sea más importante que ser menos que ellas.

Así que las felicito por sus nuevos tops y collares, me entusiasmo cuando me escriben dedicatorias llenas de cariño en los cuadernos escolares, intercambio con ellas pinzas para el pelo y revistas, por más que tenga que saltarme la merienda para comprar las mías.

En momentos alternos, se crean y se destruyen desequilibrios que no sé cómo manejar, días en los que están enfadadas entre ellas o conmigo, días en los que Agata parece no prestarme atención y otros

en los que me abraza fuerte, me deja sin aliento y me invita a ponerme esmalte en el tren; días en los que Carlotta hace un comentario sobre mi falda diciendo que parezco salida de la carpa del circo y otros en los que me quiere peinar y me regala su diadema con pedrería.

Sienten compasión por mis defectos o disfrutan de ellos porque las hacen sentirse superiores, no puedo saberlo, creo que ambas cosas a la vez, yo sé ocupar mi espacio, lo aprendí entre las cuatro paredes de la casa: si no te sales, si te quedas en el sitio que te han asignado -una caja, un armario, una cama auxiliar-, no molestas, no levantas polvo y todo el mundo te tolera, nadie la emprende a patadas contigo.

A menudo les pido disculpas sin saber siquiera las razones que han dado rienda suelta a su rabia, me postro ante peticiones incomprensibles, sigo reglas no escritas, apoyo a una y luego a la otra, digo que sí si se insultan por detrás, nunca les doy la razón a ninguna de los dos, me mantengo suiza en los conflictos y enarbolo la bandera blanca si hace falta calmar las aguas.

Aguanto porque estar con ellas significa no estar sola ni en el colegio ni en Anguillara, de excursión, en el patio, en la estación tengo mi pequeño grupo de pertenencia, entramos juntas en el colegio y nos intercambiamos los diarios para ponernos dedicatorias, hablamos de los chicos mayores y nos contamos hazañas y conquistas que en la mayor parte de los casos no existen, asistimos a la tragedia de ser pequeñas en un mundo gigante.

Somos despiadadas entre nosotras, nos hacemos trastadas a escondidas, nos robamos cosas que luego ni siquiera podemos exhibir porque la otra, a quien se las hemos robado, se daría cuenta, sabemos que somos ladronas y enemigas, pero entramos en nuestro escenario siempre con la misma sonrisa.

Cuando llega una amenaza desde el exterior, nos compactamos, levantamos nuestros escudos, nos defendemos, mentimos por las demás, fingimos enfermedades, guerreamos contra padres opresores, profesores tiranos y chismosos.

La nuestra es una amistad normal, en la que reímos, en la que lloramos, en la que jugamos a ver quién gana y quién pierde, estirada como goma elástica, lista para estallar, la nuestra es una amistad inocente, que no lleva consigo aroma a tragedia alguna.

*

Mi colegio tiene la cara amarilla, arrugas y costras, para llegar hasta él hay que subir por una cuesta empinada.

Las aulas no son suficientes para todos los alumnos y en el patio se

han construido dos barracones prefabricados, que son presa del moho en verano y las heladas en invierno, las clases han de ocuparlos por turnos, la mala suerte, en efecto, debe ser compartida.

No hay gimnasio, sino solo una explanada de asfalto negro, de modo que para que hagamos deporte se han agrupado las dos horas a la semana y se ha llegado a un acuerdo con un polideportivo no demasiado distante, durante la mitad del curso haremos natación en la piscina cubierta, en la otra mitad tenis bajo techo.

Para poder participar tenemos que pagar un dinero extra y comprar todo lo que nos hace falta, como un gorro, un bañador, unas gafas, una raqueta.

Los primeros meses los paso en el edificio, en el segundo piso, nuestro programa en el polideportivo aún no ha empezado y como actividad física jugamos a balón prisionero sobre el asfalto, para calentar nos hacen correr en círculos.

Mis amigas no están en clase conmigo y con el resto de las chicas mantengo una estricta cautela, no me fío de ellas, algunas son repetidoras y mayores que yo, para ellas no soy más que un grumo de infancia, otras están ansiosas por crecer lo antes posible y no hacen nada más que incitarse a fumar y a meterse en los baños con los tíos, cuando yo replico que no me apetece, quedo inmediatamente excluida, me miran como se mira un nabo hervido, la guarnición insípida de la cena.

Creo frágiles alianzas cotidianas, no entablo conversaciones, en cuanto suena el timbre a cada cambio de hora, me lanzo fuera del aula y busco a mis amigas, me siento con ellas en el patio, en lo que hemos decidido que es nuestro murete. Mi pupitre, mi estuche, el baño cuya puerta vigilamos la una a la otra, el murete, el espacio que queremos marcar con nuestra humanidad, tomar posesión de lo que nos es desconocido, aterrador.

Las conversaciones de mis amigas y las de mis compañeras no son en realidad muy diferentes, pero veo abismos entre ellas y olas enormes, nado siguiendo la corriente que he elegido.

Los tíos de la clase llevan chándales de acetato y no hay ni uno que tenga el encanto limpio de los niños que acaban de crecer, se ríen con ocurrencias ilógicas, desmañadas, y se ríen largo rato, no se contentan con sonrisas, sino que se pasan horas, días, meses dándole vueltas a los mismos chistes, monomaniacos, intolerantes, hay uno que sabe mover las orejas y presume mucho de ello, otro tan delgado que se le notan los huesos de las clavículas en la camiseta, uno con el pelo tan grasiento que nunca se quita su gorra de visera; los tíos interesantes son galaxias lejanas, siempre mayores, o de las otras clases o del pueblo, especialmente del pueblo, la gente del colegio es igual a cero, no puedes clasificarla y no tardas en perderle el rastro.

Mi única misión es la de no sacar malas notas, estudiar en el tren y, por las tardes, demostrarle a mi madre que hago lo que me conviene, evitar que la llamen a reuniones con los profesores, porque luego tendría que explicar por qué va sola y luego tendría que explicar en qué trabaja y luego tendría que explicar de dónde venimos y todas estas explicaciones yo no quiero darlas.

A la profesora de Matemáticas le encanta endilgarnos apodos, y a mí me ha endilgado PH 4,5 porque en su opinión respondo ácida a lo que ella cree que es simpatía; la de Inglés es obsesiva y compulsiva, si nos equivocamos con un verbo o un plural nos obliga a copiarlo cien veces en el cuaderno, tengo páginas repletas de adverbios, de pronombres, de formas intransitivas; la de Italiano odia las redacciones que escribo, siempre me desvío del tema, y adora ponerme suficiente por los pelos, con el «por los pelos» bien subrayado en rojo, en cuanto oye un ruido pierde la cabeza, cierra el registro de clase y empieza a dar golpes sobre la mesa blandiéndolo con ambas manos; pero mi némesis es la profesora de Educación Técnica, porque soy descuidada, no cierro nunca un círculo, mancho todas las líneas, me tiembla la regla y tengo una carpeta usada de Mariano con sus A anarquistas escritas o grabadas que mi madre no ha podido quitar del todo.

Estudio como una loca para mantener el aprobado en Educación Técnica haciendo un buen examen oral, me aprendo de memoria cómo se hacen los prefabricados y los sistemas eléctricos, las estructuras resistentes y las construcciones, trato de conocer al dedillo las artes textiles y cerámicas, le enseño a mi padre mis dibujos, él se ríe y, con poca paciencia, intenta enseñarme cómo habría que realizarlos en su opinión, pero ni él ni mi madre han estudiado o dibujado, ni escrito o interpretado, y si lo hicieron, la vida les ha consentido olvidarlo.

Mariano se esfuerza por arreglar él también mis dibujos cuando me los mandan para casa, se pasa horas, que sin duda le gustaría pasar en otro lugar, moviendo el compás y utilizando el rotulador negro, pero a la profesora no conseguimos engañarla: me hace repetir en clase las mismas operaciones y yo, que soy zurda, mancho todas las hojas y no sé cómo trazar una línea perpendicular a la otra.

Pero no son las dificultades las que desencadenan la barbarie, al contrario, ser una inútil en algo me protege, quien sobresale en el estudio es un aliado de los profesores, un traidor, hay otra cosa a la que todos están esperando hincarle el diente cual caníbales y es mi carne que va creciendo y deformándose, estirándose, desmoronándose, buscan con avidez todo posible indicio de fealdad, todo vestido demasiado ajustado, toda mancha en la cara.

Nadie sale indemne de la mofa y lo que la provoca resulta

insondable, en mi caso basta un corte de pelo para desencadenar la guerrilla.

Ir a la peluquería nunca ha sido una posibilidad para nosotros, mi madre siempre nos ha cortado el pelo a todos, a niños y a adultos, incluida ella misma, y la última vez decidió que era hora de cortar a base de bien el mío que había crecido demasiado y tenía las puntas muy estropeadas, de modo que lo acorta hasta el mentón dejando dos mechones mucho más cortos delante, mechones que dejan claramente a la vista mis orejas, que ahora aparecen enmarcadas por un casco rojo y esponjoso.

Mis compañeros notan de inmediato, tan pronto como entro en clase, que algo no ha salido del todo bien y hacen una broma, dicen que tengo las orejas grandes, que parezco una seta, musgo, me llaman Caperucita Roja y Dumbo, dibujan muñecotes con orejas enormes en mi pupitre mientras estoy en el recreo, imitan aviones a mis espaldas para dejar claro que, con esos pabellones auriculares tan exagerados, no tardaré en emprender el vuelo.

Y, al igual que hice con la boca de niña, también esta vez me examino las orejas en el espejo y me parecen las mismas de siempre, y le echo la culpa a mi madre.

Me has cortado el pelo como si fuera un chico, grito al volver entre lágrimas del colegio.

Eso no es verdad, te queda muy bien, se defiende.

Parezco un niño tonto, no tengo tetas ni tampoco pelo.

Tienes ambas cosas y eres tonta de remate si lloras por estupideces como esa, hay muchas más razones en el mundo por las que desesperarse que tu pelo.

Para ti todo es siempre peor que lo me pasa a mí.

Tú no sabes lo que es que te pasen de verdad cosas, ese es el problema, dice ella, no voy a tirar el dinero con un peluquero que no nos hace falta, ponte una diadema y pinzas si no tienes más remedio y luego vuelve a estudiar, no se va al colegio para presumir, zanja la cuestión Antonia y se va a planchar resoplando, porque además de los quehaceres en las casas ajenas le tocan también los de su propia casa.

Corro a mi habitación y trato de entrar, me la encuentro cerrada con llave y llamo, y vuelvo a llamar, Mariano está atrincherado dentro con una amiga, que dice que ha venido a estudiar.

Creo que los odio a todos y me siento contra la puerta y espero hasta que la amiga se vista y él se decida a abrir.

En realidad, mis compañeros de clase se cansan muy pronto de mí y de mis orejas, excepto uno.

*

Su nombre es Alessandro y es más alto que yo, podría apoyarme la barbilla en la cabeza.

Usa gafas, pero de montura fina, juega bien al fútbol y siempre está peloteando en el patio, tiene el pelo negro y rizado, muy tupido, cambia de zapatillas una vez al mes, sus padres tienen una pastelería que vende bollería a todo el barrio.

Decide que la tomadura de pelo no ha durado tanto como debía y prosigue, caballero solitario con su armadura de bronce, contra mí, que voy a pie y sin lanza.

Mi nombre para él es siempre Orejas, me lo repite en clase, en los pasillos, en el recreo, a la salida, en el autobús que nos lleva de excursión, me lo escribe en el pupitre, en el cuaderno, lo grita delante de todos, dice: Orejas ven, Orejas haz esto, Orejas ponte allí.

Al principio me enfado y me quejo en casa y en clase, me esfuerzo para que las profesoras entiendan lo que ocurre, pero nadie parece dar peso a mi desazón, sonríen, se encogen de hombros, les pasa a todos, también me pasa a mí.

Entonces decido que lo mejor es no hacerle caso: cuando oigo que me llama Orejas, no me doy la vuelta, cuando pasa frente a mí, no lo saludo, si sé que está en un sitio, no voy, si nos sacan a la pizarra juntos, no lo ayudo, me vuelvo un muro, una defensa, me enroco, y es así como desencadeno su furia, de la risa nace el resentimiento, de la broma, la ofensa.

Un día estamos en el patio, haciendo el calentamiento habitual, dando vueltas girando en círculos y dice: Cuidado, Orejas, a ver si te vas a caer.

Me pone la zancadilla y me desplomo.

Me encuentro boca abajo en el asfalto y me golpeo la barbilla que se abre, la sangre mancha la camiseta, tengo granos negros hincados en las palmas de las manos y las rodillas temblando por una embestida que no había previsto, no he podido detenerla a tiempo.

Me mira sin satisfacción, ve la sangre y tiene un momento de desconcierto, siente la exageración del gesto y me tiende la mano para que me levante, no la toco y me levanto sola, voy al baño para enjuagarlo todo y me callo.

Orejas, lo siento, no lo he hecho a propósito, intenta decirme desde fuera del baño y yo no contesto.

Entonces trata de salvarse diciendo mi nombre de verdad, pero tampoco respondo a eso, salgo de ahí y, aunque me duelen las piernas, vuelvo a correr en círculo y luego me siento a la sombra para mirar a los demás, él incluido, jugar a balón prisionero.

Lo veo ganar, celebrarlo con su equipo.

La profesora no se ha dado cuenta de nada, no ha expresado pesar alguno, viene a clase de Educación Física con una falda de tweed y botines, siempre tiene las uñas pintadas de fucsia y una boina en la cabeza, pasa más tiempo fumando que corriendo.

Por la noche le explico a mi madre que me caí sola, hay raíces de pinos que sobresalen del asfalto.

Ella responde: Iré a decirles que los corten.

Yo le digo: No, por favor.

El episodio calma a Alessandro, pero no por mucho tiempo.

No tarda en volver a las andadas y convence a los demás de que me llamen así también, de hacer desaparecer para siempre mi verdadero yo, para crear una nueva identidad: Orejas, esa cosa que es fea y flacucha y no tiene pecho y no sabe besar y no sabe dibujar un triángulo isósceles.

Cuando hay una fiesta de clase, él insiste en que no me inviten, consigue el número de mi casa y llama, se limita a soltar Orejas y cuelga, o se queda callado si cree que son mi madre o mi hermano.

Hace que me llamen también otras personas, desconocidos, incluso de noche el teléfono suena durante horas, pero yo no me rindo, no le digo a mi madre cuál es la razón, porque verla alzar la voz en mi lugar significaría admitir la derrota.

Si les cuento a ella o a Mariano lo que está pasando, seguro que intervendrían y el problema se solucionaría, mi madre montará jaleo o una escena, Mariano irá a pegarle a la salida del colegio, como en el pasado, tienen el poder de hacer desaparecer las injusticias, pero esta vez lo veo todo de manera diferente, me siento mayor, quiero aprender a defenderme por mí misma.

Ir a la escuela todos los días se convierte en un martirio, no hay hora sin susurros, sin risitas, sin que asomen colmillos, me siento vampirizada, siempre tengo sueño y ganas de dormir.

Empiezan los meses en la piscina cubierta que empeoran la situación: mi madre me cose un bañador que me queda muy ajustado en el trasero y tengo que estar siempre estirándolo, tengo un gorro de esos de señora con flores de goma dibujadas del que me asoman mechones de pelo rojo, piernas muy flacas llenas de pecas, unos pechos de lenguado, axilas y piernas sin depilar: mi rendición es palpable, el final de la yo niña que no sobresalía, pero que tampoco se hundía.

Las razones para vejarme se multiplican, creo yo sola mis propios factores, como unas zapatillas verde ácido demasiado grandes o lo mucho que me cuesta nadar a mariposa y siempre estoy a punto de ahogarme.

Volvemos a clase y me siento en mi pupitre como lo haría en lo

alto de una torre.

Las otras chicas reciben por Navidad sus primeros teléfonos móviles que son grandes como plátanos y todos grises, se mandan toquecitos para comunicarse pensamientos, escribirse mensajes agramaticales y tq.

De esta fotografía me veo excluida, igual que de la de la clase en su excursión al Museo Etrusco de Villa Giulia, donde vimos cientos de cascajos y vasijas y estatuillas y vitrinas y aburrimiento. Cuando me la dan, impresa en papel almidonado reluciente, empuño las tijeras y amputo mi cabeza, un cuadradito exterior arriba a la izquierda.

Zac y luego otro zac, y la veo caer.

Queda ese cuadrado, con la cara de Orejas, que no soy yo, es alguien que no conozco y cuyo rastro quiero perder lo antes posible.

Tomo esa cara y la pongo en el cenicero de mi padre, donde sé que apaga sus cigarrillos sin mirar siquiera, y también lo hace esa vez, después de cenar, sus cenizas agujerean la foto.

*

Cuando veo la sangre manchándome los muslos, no siento impulsos de rabia o temblores, voy decidida a ver a Antonia con las bragas en mano y el trasero al aire, le pregunto qué tengo que hacer.

Me lleva al baño, saca sus compresas, saca una de su envoltorio y me la pone en un par de braguitas limpias, abre las alas, las pega, me explica que a partir de ahora tendré que hacer este ritual durante muchos años.

Me enseña dónde guarda lo que ahora son nuestras compresas, las separa en tres grupos: las más oscuras para los primeros días, las violetas para cuando note menos dolor y las rosas para el final, si pierdo poco.

Si te sale mucha sangre, ven a decírmelo, si no te sale sangre, ven a decírmelo, si te duele fuerte la tripa en el colegio, tienes que pararte, si te baja la tensión, si te da vueltas la cabeza, te metes en la cama.

Siempre hay que lavarse, me repite, aunque te haga impresión, date siempre una ducha, usa siempre el bidé, lava braguitas y sábanas inmediatamente, de lo contrario, se quedará la mancha.

Pero lo más importante de todo esto es que es cosa tuya, de la que te tienes que encargar tú, mucho cuidado con los chicos, incluso cuando te digan que no te preocupes, incluso cuando parezcan entenderlo, no entienden, no te olvides de que a partir de ahora puedes tener hijos y no tenerlos es asunto tuyo.

No acabes como yo, que a los diecisiete tuve a Mariano con un tipo apodado Tony que todavía está cumpliendo en la cárcel una condena

por asesinato.

¿Lo sabe Mariano?, pregunto yo.

No, y no debe saberlo. Hombres que no sirven para nada ya hemos tenido suficientes.

Antonia echa mis braguitas sucias en lejía y yo siento una punzada en el estómago.

A partir de esa noche empieza a darle vueltas: dejar que Mariano y yo sigamos durmiendo juntos le parece una cosa incómoda, que hay que arreglar.

Se decide y tiende una cuerda de un lado a otro de la habitación, luego cose juntas una serie de sábanas y las cuelga entre mi cama y la de él, para que pueda desnudarme y moverme ahí detrás sin ser vista.

¿A qué viene esta payasada?, comenta mi hermano cuando vuelve.

A tu hermana le hace falta intimidad, responde.

Así, se levanta una trinchera entre la yo niña que puede oírlo hablando en sueños y la yo mujer que tiene que dejar de hacerlo, nuestros juegos separados, nuestra ropa diferente, los carteles colgados en mi lado, las banderas políticas en el suyo, las camas con sábanas y fundas de almohada desparejas, sombras chinescas, lo veo aparecer y desaparecer detrás de la tela, parece una marioneta.

Mi cuerpo está cambiando, en efecto, y todos parecen preocupados por ello, excepto yo, mi padre tiene arranques de celos y aprensión desconocidos para mí, que a ver quién me habla, quién me llama, quiénes son mis amigos y mis enemigos.

Ha adquirido la costumbre de hojear mis cuadernos y diarios si están a su alcance y sufre la angustia de que yo esté en el mundo implume, sin un padre que me proteja.

Hasta ahora no parecía temer nada parecido, pero en cuanto pierdo mi muda como una serpiente, empieza a pedirle insistentemente a Mariano que no me pierda de vista, no deja de decirle: Vigila a tu hermana, mira lo que hace tu hermana, adonde va tu hermana.

Mariano contesta que no es un canguro y empiezan a gritar.

Todo el mundo discute y se lanzan maldiciones a la hora de comer, pero la peor de las discusiones es a causa de la raqueta.

En el colegio se han acabado los meses de la piscina y estamos a punto de empezar las clases de tenis y todavía no tengo raqueta, porque no hemos encontrado una de segunda mano y una nueva cuesta demasiado.

Mi madre, que ha percibido mi enfurruñamiento de los últimos tiempos, insiste en comprar la raqueta y está sustrayendo dinero de otros gastos que repercuten en los cigarrillos de mi padre y mi hermano, el uso de la luz, las facturas del teléfono, los productos que

elige para la casa, el tinte que necesita para su pelo.

¿De qué le sirven las clases de tenis? Es dinero desperdiciado, tirado a la basura, se acalora mi padre en la cena frente a las zanahorias hervidas y el queso.

Massimo, el problema no son las clases, todos los niños las reciben, le hace falta, responde mi madre, apoyando el vaso de agua con un fuerte golpe que hace que desborde.

Mi hermano aviva el fuego poniéndose del lado de Massimo, cosa rara: Él tiene razón, ¿qué historia es esta? Ni siquiera tiene trece años, jugará dos veces como mucho.

Ahora que soy mujer, se acuerdan ellos de que son hombres y crean un nuevo eje de alianzas inesperadas.

Quizá no haya dejado claro que no os estoy pidiendo permiso, os estoy diciendo que estoy ahorrando dinero para la raqueta y que cada uno de nosotros tendrá que hacer sacrificios para comprarla, les lanza una afilada mirada mi madre.

¿Y será lo mismo con todos? ¿Tendremos todos nuestras propias raquetas? Yo también la quiero, entonces, se anima Mariano con un trozo de pan en la boca.

Ni se te ocurra chantajearme, tú no recibirás nada, tu hermana está pasando por un período difícil, como madre lo sé y tú como hermano deberías entenderlo, en cambio, siempre estás por ahí a tus cosas, con tus reuniones, tus grupos de amigos, ¿crees que no te hemos visto, que no nos damos cuenta?

¿Un período difícil por qué? ¿Por qué tiene granos y el culo plano? ¿Eso es difícil en tu opinión? Siempre has sido una hipócrita.

Yo soy quien tira de vosotros, sin mí no sois nada, mi madre se levanta y golpea el plato contra la mesa y lo rompe, las zanahorias salpican, el mantel de cuadros se ensucia, los gemelos lloran.

Yo soy como cera y vela, permanezco apagada y en vilo sobre el candelabro.

Al cabo de una semana, pese a todo, tengo mi raqueta de tenis y ellos han dejado de hablarse, como de costumbre, aquello que les ha quitado Antonia son sus palabras y atenciones.

Empiezan las clases de tenis y yo siento el deber de seguirlas con atención, guardo mi raqueta en la funda con cuidado, es uno de los primeros objetos nuevos y completamente míos que poseo, me abruma la responsabilidad.

Cada vez que termino una clase y vuelvo a casa le cuento a Antonia lo que he aprendido, el servicio y cómo flexionar las piernas, las pelotas que he recogido, las vueltas a la carrera sobre la arcilla.

No me gusta el tenis, pero siento veneración por mi raqueta, la miro con ternura, me ha costado oír a Mariano expresarse de forma

injusta y a mi madre condenarlo, tengo que esforzarme por cuidarla.

Entrar en la pista cubierta y jugar al tenis se me da mejor que nadar en la piscina, no cabe duda, mi chándal no es bonito, pero sí neutro, no destaca por su extravagancia, no tiene parches ni dibujos de flores, y la raqueta es la menos cara de todas, pero reluce muy limpia, me cuelgo la funda del hombro con orgullo y alardeo de ella en la estación, se la enseño a mis amigas: es nueva, repito, nueva de verdad. Ellas tienen móviles y agujeros en las orejas con perlitas, pero yo tengo la raqueta y no me importa.

Hasta que llega el día en que me la rompen.

Mi indiferencia hacia Alessandro ha crecido a la par que su cobardía, se pone rojo de rabia cada vez que lo ignoro, se siente ineficaz, desengrasa una superficie ya limpia.

Así que opta por la astucia y pica como un mosquito donde sabe que hay piel, se trae unas tijeras de casa, las mete en su mochila y, mientras estoy enjuagándome la cara, corta las cuerdas de mi raqueta, las secciona como si fueran venas.

Así crea un agujero justo en el centro, que la inutiliza, esconde las tijeras, apoya mi raqueta en el banco donde lo había dejado yo y, sin que se percaten los profesores distraídos ni los compañeros cómplices, vuelve a jugar.

Me la encuentro mutilada, cerca de la bolsa donde guardo la camiseta limpia y las bragas de recambio, sus cuerdas rotas le han quitado su vigor, está flácida, caída, un objeto ovalado con un mango que no sirve de nada, inerme.

Veo a Alessandro lanzar una sonrisa tozuda y centelleante hacia mí y estoy segura de que ha sido él.

Los partidos y los entrenamientos empiezan de nuevo, pero yo ya no puedo jugar, me siento en el banco, estoy como fulminada, desprovista de alimento, en mi cabeza rivalizan pensamientos como el dinero que hará falta para arreglarla, el tiempo que necesitaré para confesárselo a mi madre, la forma en que me mirarán como una tonta, porque no he sabido proteger mi raqueta.

Me levanto al cabo de las dos horas y me acerco a Alessandro.

¿Podemos hablar?, pregunto.

¿De qué, Orejas?

De la raqueta.

No.

¿Has sido tú? Se la enseño rota, desfondada, agujereada y él se encoge de hombros.

Mientras tanto, los demás están saliendo de la pista cubierta, la maestra aprovecha para decirnos que recojamos los conos y las bolas amarillas dado que somos los últimos.

¿Has sido tú?, repito sin hacerle caso.

Nos quedamos solos.

Puede ser, sonríe él.

Está convencido de haber hecho una travesura, un juego de nada, un pellizquito en el vientre, un empujón en el columpio, un tirón de pelo.

Pienso en él y ese reloj en su muñeca que cuesta como tres de mis raquetas, los rizos con el gel, el ciclomotor que le han prometido para sus catorce años, pienso en las camisetas con logos, en las gafas de marca, pienso en lo ricos que están los pasteles de sabayón que prepara su madre, pienso en el glaseado rosa confite y luego en el mantel a cuadros de mi casa, el plato roto, las zanahorias, los detergentes de oferta, Mariano que ahora me odia, que solo me ve detrás de una cortina, la mujer alemana que me prohibió estar con los peces, las puertas robadas por los fascistas, Antonia haciendo el gesto de una jeringuilla en el brazo, la caja donde tenían que dormir los gemelos, mi padre en terapia intensiva sin piernas, y empiezo a golpearlo.

Levanto la raqueta por el mango, la agarro con las dos manos y se la estrello contra la rodilla, una, dos, tres veces, cinco veces, a la séptima cae al suelo y grita.

La sangre fluye de su herida, corre por la tierra color ladrillo, trata de levantarse, pero no puede, tiro la raqueta sucia de sangre y sé que si le hubiera dicho algo a la maestra ella le habría obligado a arreglarla y habría llamado a sus padres a capítulo y se habrían disculpado, pero no es eso lo que cuenta para mí ahora.

Lo dejo ahí con la rodilla rota y me acerco a su bolsa, la abro y saco su raqueta, la meto en mi funda, no le digo que es un intercambio justo, no pretendo sus disculpas o su redención.

Él insulta y grita y jadea y salgo de la pista cubierta, camino rápido por los escalones que me sacan del gimnasio y por la calle y en la gasolinera y en la explanada de la estación, llevo la raqueta al hombro, me siento en el banco y espero el tren, el de las 13.23 horas en dirección Viterbo Porta Romana, veo a Carlotta y me pregunta qué tal va.

Contesto: El tren lleva cinco minutos de retraso.

Y tal vez no sean las rosas que arrancas del parque municipal, los libros que no entregas a tiempo en la biblioteca, no sean las veces que comes con la boca abierta, no sean los carriles de emergencia que usas para adelantar, las peleas con otros niños por geminólas de fruta, no sean las mentiras ni las malas intenciones, pero es así en realidad como una se convierte en una mujer mala.

4. EL MUNDO ES UNA PISCINA DEMASIADO FRÍA

Cuando era niña, el cuadrado de cemento que mi madre había conseguido hacer seguro para Mariano y para mí era nuestra única posibilidad de jugar. Nuestra escuela primaria no tenía jardines ni canchas de fútbol, el recreo lo pasábamos en los pasillos porque en el patio se había caído un pino, se había quedado de través y habían delimitado la zona área con cintas rojas y blancas para señalar que a los niños les estaba prohibido acercarse, pero nadie lo retiró jamás. Si las cintas se rompían, alguien hacía un nudo. Durante cinco años, desde la ventana de mi clase, estuve viendo el tronco de ese árbol -demasiado cargado de agujas y piñas, con sus raíces podridas por culpa del cemento- dormir tendido en el patio, como diciendo que su sueño era señal de nuestros errores.

Los parques que había cerca de nuestra primera casa estaban llenos de jeringuillas e incluso de día podían verse hombres y mujeres sentados en los bancos con los brazos extendidos y las agujas aún clavadas en las venas, se habían olvidado de quitárselas y nadie se molestaba en hacerlo por ellos.

Si Antonia veía uno, se acercaba y decía: Que alguien le quite eso del brazo, alguien, por favor, y a mí me entraban ganas de llorar de rabia. Esa gente la agrediría, obligada por el fardo con el que cargaba, mutilada, yo sentía miedo y ninguna compasión.

Mi madre había impuesto como regla que los juegos fueran hogareños, que nos pertenecieran a Mariano y a mí y a nadie más. No había columpios ni toboganes, no había espacios abiertos donde chocar con otros en bicicleta.

Antonia tenía miedo de que, al salir fuera, nos encontráramos con esos juegos que ella también había visto en su infancia, en aquellos lugares que no eran de niños, sino de la decadencia.

Una vez me habló de cuando era niña y del barrio en el que había nacido, del día en que colgaron carteles en los que se decía que habían empezado las obras de la piscina pública, donde habría clases de natación para los habitantes del barrio, precios módicos para ancianos y niños. El gobierno municipal prometía instalaciones, nuevas líneas

de autobuses, recogida de contenedores, vigilar los trapicheos nocturnos.

Las obras de la piscina dieron comienzo, llegaron las excavadoras y más tarde el cemento, llegaron los ingenieros y los planes de accesibilidad, llegaron el alcalde y el concejal, todos vinieron a ver lo que nadie acabaría jamás.

Se construyó la piscina, pero no se inauguró, se vertió el hormigón, se aislaron los tanques con resina, se instalaron los trampolines, pero el agua no llegó a verse nunca.

Con los años, la piscina municipal se convirtió en un fantasma de sí misma, farsa y mofa, debía haber sido la redención del barrio y se convirtió en su rendición. La gente empezó a llenarla de basura y de muebles que ya no usaba, colchones, sillones desfondados, azulejos de baño rotos, tuberías de desagüe; en lugar de cloro, insecticida; en lugar de salvavidas, ratones y cucarachas.

Y con todo, a ese vertedero de lo que ya nadie quería, a ese hedor de abandono, de olvido, los niños iban de todas formas a jugar. Porque no tenían otro lugar para verse, no había parques, no había plazas, se guardaban mucho de ir a la iglesia. Era allí donde mi madre y sus amigas se citaban, se decían: Nos vemos en la piscina.

Y la piscina eran las aguas residuales de las promesas incumplidas, los chicos se sentaban en el trampolín con los pies colgando sobre cúmulos de enfermedades.

Se jugaba al escondite entre los esqueletos de lo que habrían debido ser los vestuarios, se fumaba a escondidas detrás de la enorme tela en la que todavía podía leerse: próxima apertura - piscina municipal.

Aparecían la hora y el lugar, estaba todo, pero nadie vino nunca a inaugurarla. La pintura se había desconchado con la lluvia, las baldosas habían saltado. La empresa licitadora se había declarado en quiebra, había sido investigada por ciertos delitos y luego las investigaciones se paralizaron, los documentos procesales se apilaban junto con otros documentos procesales, entre montones de ineficiencias, de cadáveres.

Mi madre me confesó que desde ese momento dejó de creer; cuando afirmaban que limpiarían el vecindario, que ayudarían a quienes estaban tirados en las esquinas, que proporcionarían casas a las familias que se habían quedado sin trabajo, que harían un nuevo parque infantil, una nueva línea del tranvía, un nuevo consultorio médico, ella se mofaba de sus palabras.

Antonia había dejado de esperar a que se hicieran las cosas, empezó a hacerlas ella misma. Sus hijos no jugarían en los charcos de ese espejismo perdido: si había que limpiar, ella limpiaría; si había

que prohibir, ella prohibiría; si había que acotar, ella acotaría.

Cuando mi madre ve que están montando las atracciones justo en la explanada de delante de nuestra casa en Anguillara, reconoce en ello la señal de haber tomado las decisiones correctas, tal vez porque ha olvidado inconscientemente lo temibles que pueden ser los juegos infantiles. Tal vez haya olvidado que en las ferias y en las atracciones para ganar un pececito rojo, un elefante de peluche, el premio más codiciado, tienes que apuntar bien y disparar.

*

Las atracciones llegan al pueblo una vez al año, durante las vacaciones de Semana Santa se quedan un par de semanas, a un lado de la explanada se montan unas extrañas barcazas plateadas que suben y bajan, las barcazas tienen un hocico rojo y parecen cohetes espaciales, atraen sobre todo a los niños, que arrastran a sus padres y señalan con el dedo hacia arriba confiando en que ese movimiento mecánico y repetitivo sea la experiencia de lo desconocido y del vuelo.

Nunca pueden faltar las llamadas sillas voladoras, asientos colgados con cadenas de un círculo giratorio que cuando se ponen en movimiento empiezan a voltear más rápido y a elevarse más, el triunfo en las sillas voladoras consiste en empujar el asiento que está delante del tuyo lo suficiente como para permitirle subir y alcanzar con las manos un premio que por lo general está colgado de un asta. Puede tratarse de una simple atracción para niños, si la hacen girar lentamente, o de aviesa competición si se afronta con espíritu goliardesco por los adolescentes, como nosotros, o al menos nos gustaría serlo, todavía tenemos doce años, no somos ni chicha ni limoná, los cohetes espaciales nos parecen una porquería pero no tenemos ciclomotores ni dinero para cigarrillos.

Nuestros sentimientos se centran en tres atracciones.

La primera es el Puño de Dragón, una máquina de la que cuelga un saco de boxeo de forma ovalada: cuanto más fuerte sea el puñetazo que des, más puntos ganas, los tíos se pasan horas, días enteros compitiendo por ver quién golpea con más fuerza, algunos toman carrerilla, otros levantan los codos y fruncen el ceño: quien no sea capaz de mover ni un centímetro el saco es un perdedor, los demás lo abochornarán. Nosotras, las chicas, damos vueltas a su alrededor y observamos cómo ellos ganan o pierden, animamos o nos reímos, nos burlamos de su virilidad imberbe y asexuada, les invitamos a ser más hombres. Al que golpea más fuerte se le mira con respeto, parece como si llevara la librea, camina sacando pecho. A las chicas no se nos permite intentarlo, pero tampoco tenemos ganas: una mujer que se lía a puñetazos y hiere pierde la gracia, no es apetecible, si alguna de

nosotras se acerca al Puño de Dragón lo hace entre risas, da un golpe flojo y no alcanza ni medio punto, nuestros golpes cuentan como los de los lactantes.

La segunda es la preferida de Carlotta y son los autos de choque. En el centro de la explanada, que está justo debajo del balcón de mi casa, se instala una pista negra y techada, por su interior circulan autos biplaza con volantes de cuero desgastados, cada uno tiene un número pintado en el lateral y la única diversión consiste en lanzarse contra otros conductores, porque los coches tienen gruesos parachoques de goma que los rodean y amortiguan los golpes. Pero nosotros no nos conformamos con chocar por el mero gusto de echar unas risas, así que nos desafiamos unas a las otras, los chicos se miran de lejos y dan vueltas amplias, buscando los vehículos contra los que lanzarse con saña, cada choque es un crac y cuando se tocan se insultan. Pero no es esa la razón por la que a Carlotta le gustan los coches de choque, diversión bastante infantil, que hemos colonizado haciéndola inaccesible a los más pequeños, sino porque el encargado de la atracción se ha inventado un nuevo entretenimiento: el juego de los besos.

Mientras conducimos por la pista, el encargado toca una sirena en determinado momento y todos los vehículos se detienen, luego se llama a un número, quienquiera que esté sentado en ese coche tiene que levantarse y dar un beso a quien escoja, quien reciba el beso gana una ficha con la que se puede montar en el próximo turno sin pagar. El asunto de ganar besos electrifica a Carlotta que elige siempre a Agata como compañera de vehículo ya que ella recibe más que yo, que en realidad soy como un fantasma. La mera posibilidad de que salga mi número me inquieta, me hace sudar los dedos, no sabría a quién dárselo, no sabría qué hacer, a quién acercarme. Está claro que entre los chicos hay caras que aprecio, hay personas que me gustaría que me eligieran, a mí precisamente, por delante de los demás, sobre todo uno. Se llama Andrea, es alargado y tiene el pelo cortado a la par en la frente, en comparación con otros habla sin recurrir al dialecto, lleva a menudo camisetas de colores, tiene los ojos redondos, a muchas de nosotras nos gusta, porque se las apaña bien, si le insultan, reacciona, si se ve envuelto en algo, no retrocede, pero no es agresivo, no inicia las disputas el primero.

Me provoca temblores imaginarme que sale de su coche y se acerca hacia mí cuando se menciona su número, pero él nunca lo hace, si por casualidad ocurre prefiere que sea siempre su amigo el que se levante y él se queda sentado, no entiendo hacia dónde mira, si me mira, si no me mira, si piensa en otra cosa y en quién piensa, de qué se ríe cuando intercambia en voz baja alguna ocurrencia con su amigo.

A Carlotta le encanta levantarse y elegir a quien besar, lo hace con

una naturalidad que detesto, en ella nunca prevalece la angustia de las expectativas, siempre parece estar lista ante cualquier obstáculo, ante cualquier crecimiento, por más que los tíos no parecen particularmente contentos cuando reciben sus miradas, hay algo en ella, tal vez en la cara, en las cejas mal arregladas, en las caderas que se le van ensanchando que ellos no aprecian.

La felicidad con la que reparte el amor que nadie quiere me avergüenza, vuelvo la cara cuando se levanta y lo único que sé hacer para defenderme de los besos no dados y no recibidos es conducir el coche dando vueltas y elegir con quién emprenderla, acelerar y echarme encima de él, cada vez más fuerte, para provocar colisiones que empujan los cuerpos hacia adelante, doblan el cuello, flexionan la espalda. Me satisface más ver los ojos de extravío que ponen cuando es una tía la que los golpea, que los de halago cuando se levanta para besarlos. Llevo mi sudadera dada de sí y la capucha levantada que me tapa el pelo, las orejas y la mitad de la frente, y sentada allí soy como ellos.

¿Por qué estás enfadada?, me pregunta Agata cuando bajamos y se ha acabado el turno, ha ganado cuatro fichas, podría pasarse allí el resto de la tarde, mientras que a mí se me ha acabado el dinero que me ha dado Mariano esa mañana, no tengo más y me quedaré al borde mirando, entre los desafortunados.

No estoy enfadada, así funciona el juego, se llama coches de choque, no coches de besos, le digo.

Uso un tono de voz ceñido, estridente, que antes tal vez nunca me había pertenecido, pero desde que gané la batalla de la raqueta con Alessandro siento que me ha descendido a la carótida.

Desde ese día, mi compañero de clase dejó de dirigirme la palabra y no tuvo el valor de decirle a nadie que había sido una tía quien le había pegado, los profesores indagaron, sus padres, indignados, pidieron daños y perjuicios, dijeron que denunciarían al centro, su hijo tuvo que ir a Urgencias, ya no podría jugar al fútbol.

¿Quieres disparar?, dice Andrea, y yo miro a mi alrededor para saber con quién está hablando, no contesto.

¿Quieres disparar?, vuelve a preguntar y saca algo de dinero del bolsillo de sus vaqueros, me está hablando a mí.

La tercera atracción que nos fascina es el tiro al blanco: en una pared hay colocadas latas vacías de Coca-Cola, Sprite, Fanta, todas abolladas ya, te dan una pistola o una escopeta de balines. Cuantas más tiras, más puedes ganar. Con tres latas, nada, con diez, una muñeca, una rana, un ratoncito, una jirafa, con treinta, una falsa botella de vino espumoso repleta de bombones, si las tiras todas, te dan un peluche enorme, es un oso rosa, de dos metros de altura, tiene un lazo rojo alrededor del cuello y los ojos negros de las medusas.

Nunca lo he intentado, me parece una tontería y una forma de robarte el dinero, seguro que la mayor parte de las latas están pegadas a las bases de madera, así que puedes derribar algunas, hasta treinta, pero no más, he visto gente intentarlo y nadie acierta más de las necesarias para el puñado de bombones, que luego se van a comer sentados en los muretes, y vuelven con los vaqueros manchados de chocolate y tabaco.

Lanzo una mirada a Andrea y digo: Vale, intentémoslo.

Paga la primera ronda y empieza a disparar, empuña la pistola torcida, apunta sin ton ni son, se ve que no sabe lo que es un arma, que como mucho se sienta en la alfombra del salón e invita a sus amigos a morir en los videojuegos. Yo me imagino que las armas reales no se sujetan como si fueran zanahorias, brócolis o berenjenas, como si fueran algo inerte, sino sabiendo lo que quieres conseguir.

Lo veo derribar algunas latas, rozar simplemente otras, otras ni siquiera las mueve, casi todas se quedan de pie y sus amigos se acercan, incluso Carlotta y Agata lo animan, pues, aunque no nos hayamos presentado, a estas alturas ya nos conocemos, nos hablamos, nos juntamos, cualquier cosa basta en el pueblo para formar grupos.

Andrea dice entonces que es mi turno, pone más dinero en el mostrador y veo en sus ojos un destello de desafío, lo que parecía un detalle amable supongo que se ha convertido en motivo de burla. Dado que en los coches de choque me he lanzado contra él como lo hacen los amores no correspondidos, con esa hambre de ser comprendidos, acogidos, ahora me toca pagar.

Agarro la pistola y la señora de la caseta donde está el tiro al blanco me dice cuántos disparos tengo, si luego quiero más debo volver a pagar, pero en ese caso tendré que empezar desde el principio. Un turno, un solo premio.

Asiento, la gente se ha alejado, a nadie le interesa ver disparar y fallar a la chiquilla con el pelo mal cortado por su madre y que lleva la ropa de su hermano anarquista, quizá pueda hacerles gracia, pero ni siquiera las risas, si soy yo quien se las regala, valen mucho.

Cuando la profesora de Italiano del colegio vio a Alessandro que volvía a clase con muletas y los ojos llenos de lágrimas, murmuró tapándose la boca con una mano: Cosas como estas no deberían suceder.

Empuño la falsa pistola, la levanto despacio y en el momento en el que cierro un ojo y apunto no siento escalofríos ni se me acelera el pulso, quisiera gritar: Miradme, ahora yo también puedo jugar.

Luego empiezo a disparar y las latas van cayendo, se oye el tintineo de la lata y de los balines de fogueo, caen cinco seguidas y me detengo, dejo descansar la mano. No sé cómo lo he hecho, solo sentía

el brazo extendido, la mano que apretaba el gatillo, los ojos que enfocaban el objetivo, como si hubiera cantado por primera vez para descubrir que tengo voz de ruiseñor.

Andrea está muy atento, intenta hacer una broma sobre la suerte, sobre el hecho de que según él sopla el viento, se ríe.

Levanto el arma de nuevo, apunto a la sexta lata y disparo, tiro otras cinco y recargo. La señora del tiro al blanco, de pelo grasiento y vestido rosa gardenia muy escotado, sonríe tensa y comenta algo en un dialecto que no es el nuestro y que no me esfuerzo por comprender.

Hay quienes tienen el suficiente equilibrio para estar sobre un solo pie al estilo de los flamencos, quienes al bailar tienen ritmo y sienten el compás de la batería, quienes no necesitan ni hoja ni calculadora para sumar y restar, y luego estoy yo, que sé disparar y tengo las piernas ásperas y la sudadera grande y la cabeza vacía de un futuro que desconozco.

El mero hecho de que haya un premio en juego, de que se pueda ganar algo marca la diferencia para mí, tal vez no para los demás, pero para mí, que quisiera acumular cosas, que quisiera montones de zapatos, montones de pintalabios, montones de cintas para el pelo, ese enorme animal rosa con las orejas y la nariz redonda tiene el sabor del mérito y de la ganancia.

Levanto el arma, veo nítidas las latas, uno, dos, tres, sigo adelante; de niña nunca llegué a montar en el carrusel de los caballitos y me habría gustado disfrazarme de princesa, ponerme una corona en la cabeza, apretar el cetro, pero los tiovivos cuestan dinero, pero las coronas cuestan dinero, pero los zapatitos de cristal cuestan dinero.

Solo me falta un disparo, supongo que ahora habrá mucha gente detrás de mí, he atraído una atención injusta y morbosa. Dicen: No es más que una niña, ni siquiera tiene músculos en los brazos, ni siquiera tiene dinero para cambiarse de bragas.

Haré como los que se acercan a la meta y al final se caen, seré la perdedora de la foto de llegada, el caballo que corre y se queda cojo en la última curva, el jockey que se cae de la silla, el jugador que falla el penalti, la medalla de chocolate. Se pierde por poco, se pierde por emoción, por distracción, por humanidad.

Disparo el último tiro, la lata de Coca-Cola se balancea y descubro que no había truco: han caído todas. Dejo la pistola en el mostrador.

Mis amigas gritan, se creen por fin las compañeras de una heroína, no de la feúcha a la que dejan sola en los coches de choque, no de esa a la que llaman Orejas en el colegio, no de esa con las camisetas del mercadillo de ropa usada que tienen marcas fluorescentes de rotuladores.

Yo, con todo, soy incapaz de sentirme feliz, hay una yo todavía quieta, congelada, que sigue disparando.

Levanto los ojos hacia la mujer de las latas, que me mira.

Quiero el premio, le digo, y extiendo los brazos. Estoy lista para abarcar el mundo, el universo entero.

Ella se gira y, no sin cierta dificultad, saca el oso de dos metros de la caseta, que la sepulta por completo, no sabe cómo dármelo, yo no sé cómo sujetarlo, casi me duplica, es una persona, un coloso. Lo deja en el suelo frente a mí y dice: Enhorabuena.

Lo dice sin alegría, confundida por lo que ha visto, se pregunta si habré hecho trampas y cómo, quién habrá disparado por mí. Incluso yo siento la necesidad de mirar detrás de mí y comprobarlo.

Pero al final levanto la mirada hacia el amasijo de pelo que tengo delante. Tal vez debería abrazarlo, darle un nombre. O tal vez debería dejarlo ahí, decir que da igual.

Gracias por el dinero, le digo en cambio a Andrea, que no sabe si mostrarse sorprendido o consternado.

Lo llaman la suerte del principiante, trata de responder, y se queda mirando al oso, pensando que se le puede caer encima, le gustaría echarse a reír porque he ganado un premio absurdo que no quiere, pero por alguna razón nadie ríe.

No sé qué más decir y veo a Mariano que llega a la explanada buscándome, ya son las nueve de la noche, la hora en la que los niños se van a la cama.

¿Qué es eso?, pregunta mi hermano.

Un oso, respondo y añado: Ayúdame a subirlo a casa.

Mariano mira a los chicos que están ahí como si viera plantas y piedras, sin más preguntas agarra el peluche de la cabeza, yo de las patas y así lo subimos al piso y lo pasamos por la puerta empujándolo y arrastrándolo hasta la habitación, donde será imposible esconderlo.

Mi madre tiene la radio encendida, escucha música, canta a mi padre Patty Pravo mientras él fuma cerca del balcón y ninguno de los dos sabe que hay un oso rosa en la habitación de al lado.

Al día siguiente, sin embargo, mi madre lo ve, justo donde está la cortina que separa mi mitad de la de Mariano, y se queda mirándolo, pregunta de dónde ha salido.

Lo gané anoche, le explico.

¿Y cómo lo ganaste?

En las atracciones, era el premio de un juego.

¿Qué clase de juego da como premio una cosa así?

Ese en el que disparas.

Ella permanece en silencio y luego se incendia, se le contrae la mandíbula, se le abotonan los ojos.

Tienes que devolverlo de inmediato.

No, lo he ganado.

No me lo creo y no lo necesitas.

Todo el mundo lo necesita.

No, nadie lo necesita, es un oso rosa. Este mundo perverso, este mundo maldito donde dejan disparar a los niños para que ganen unos peluches.

Le grito que no me lo quitará y cierro de un portazo, quiero que la casa tiemble, ella sigue gritando que no se dispara ni en broma, que tampoco se dispara de verdad. Pero yo no la escucho, miro mi premio que es grande y no tiene expresión, parece una esfinge.

*

Es el verano de 2001, he terminado la escuela media y he dejado atrás a la profesora de Matemáticas a la que le gustaba dar apodos de brujas, he olvidado las canchas de tenis, los trajes de baño demasiado ajustados en el trasero, tengo escondida mi raqueta en el armario, no he hecho enmienda de mis errores, todavía no sé dibujar líneas rectas o círculos con el compás, ni tengo la menor conciencia de lo que pasa en el mundo, vivo en el limbo entre mis caídas y las impredecibles revanchas.

Ya no es más que un recuerdo mi infancia de dibujos animados, de heroínas con faldas, de marionetas danzantes, de anuncios de meriendas, de los vídeos musicales en MTV cuya existencia descubría solo y exclusivamente en las pantallas de otros, imágenes vistas por error o cuando, liberada por fin por mi madre, pude pasar algunas tardes en la casa de mis amigas, dejar transcurrir las horas embelesada frente a todo lo prohibido, mientras ellas charlaban sin prestar atención, acostumbradas a esa compañía de tops, ombligos al aire y micrófonos encendidos.

El caso es que tengo trece años y aún no he dado mi primer beso, es julio, nos acercamos a final de mes y en nuestra casa se está librando la enésima batalla: mi madre ha sacado el escudo, Mariano la espada afilada, de pie en el centro del salón están a punto de desafiarse a duelo.

Hay un tren que tomarán mis compañeros de clase, explica mi hermano.

Tú no vas a ninguna parte, tienes diecisiete años, replica mi madre. Los gemelos están sentados en el suelo, compitiendo a ver quién recoge más polvo.

Claro que iré, es una manifestación a escala mundial, hay un tren que sale de Termini mañana temprano…

No vas a montar en ningún tren, es la última vez que te lo digo.

¿Es que no te importa lo que nos están haciendo? Financian guerras falsas, solo piensan en el dinero, en las inversiones. ¿No te importan nada los bancos, el dinero que les debemos? Tú precisamente, que ni siquiera tienes una casa propia…

Te llenas la boca con palabras que ni siquiera entiendes, qué sabrás tú de guerras, qué sabrás tú de multinacionales o de casas. Lo que tienes que hacer es estudiar, trabajar, y no hacer que te detengan.

No entiendes nada.

El que no entiendes nada eres tú, que tienes diecisiete años, así que no irás a Génova, te quedarás aquí donde yo pueda verte y oírte, donde quiero que estés.

¿No eres tú la que siempre quiere salvar a todo el mundo, la de la huelga, la de no hay que dejarse someter?

Lo que soy es mayor que tú y he visto más cosas, sé lo que hago, tú no, tú eres un crío.

Iré digas lo que digas, no puedes encadenarme aquí.

Mi padre trata de expresar su opinión: también nosotros, Antonia, participamos en nuestras manifestaciones, nosotros también salimos a la calle, a los chicos les hace falta vivir enfrentamientos, estar en primera línea.

Ah, sí, ¿y de qué nos ha servido? Míranos, tú sin piernas y yo barriendo casas ajenas, limpiándoles el culo. Lo que tienen que hacer es estudiar, no les hace falta nada más. Esa política se ha acabado.

Esa política se ha acabado para vosotros, insiste Mariano.

Yo tengo la expresión habitual de cuando los acontecimientos me pasan por delante como vagones de carga, no tengo ni idea de por qué discuten, mi reacción instintiva es taparme los oídos y empezar a gritar, siento aversión por esta familia, por sus carencias, por sus tormentos.

Mariano le dice a mi madre que es una fracasada, se lo deletrea despacio, F-R-A-C-A-S-A-D-A, para que lo entienda bien.

Unos días después se levanta y dice que va a casa de un amigo y en cambio toma el tren regional y luego el metro y luego llega a Termini y se sube a un tren en dirección a Génova.

No tenemos móviles, no tenemos televisión, no tenemos ningún ordenador, vivimos sin medios, sin posibilidad de comunicación, encerrados en el pasado de un mundo que corre al galope, nos adelanta y nos aplasta bajo sus duras pezuñas.

Mi madre llama por teléfono a casa de sus amigos y pregunta, telefonea a madres, padres, telefonea a las profesoras de vacaciones, pregunta a todo el mundo: quién le ha dado dinero para el tren, quién le ha dicho de qué andén sale, con quién viaja, dónde dormirá.

Antonia enciende la radio para oír el boletín informativo, escucha las noticias sentada en la mesa de la cocina, tiene la radio pegada a la mejilla, como si no quisiera despegarse de ella, parece la sombra de una niña encerrada en el sótano de un edificio sobre el que llueven las bombas.

Volverá mañana, Antonia, ya lo verás, dice mi padre, el arisco, el desinteresado, el nihilista.

Cállate, le grita ella rebelándose, con su voz aguda, que traspasa las paredes. Anda que ponerte a hablar de las plazas, de las luchas, has sido tú el que lo has animado a irse, la culpa es tuya.

Los gritos se superponen, la voz de fondo croa desde la radio y dice que la situación ha cambiado, la manifestación ha degenerado, ahora reina el caos, hay miedo, han empezado las cargas de la policía, la voz habla de gente que cae al suelo, de gente que huye, la voz habla de black blocs, familias, centros sociales, la voz da detalles confusos y en determinado momento declara que ha muerto un chico, luego repite muchas veces black blocs, luego extintor, mis padres se gritan por encima de esa voz que esta vez se acabó, se separarán, dividirán para siempre sus vidas, tú aquí, yo allá, será mejor que te cures, es hora de que empieces a tomar antidepresivos, eres un pobre lisiado, eres la loca de siempre.

La ansiedad me abruma, solo me pasa dentro de estas paredes, donde cultivo mis neurosis, no tenemos noticias de Mariano y es como si hubiera desaparecido ya, engullido por los movimientos de las galaxias.

Mi madre está metiendo algunas cosas en una mochila y grita que ella va a por su hijo, esté donde esté, no hay policía, no hay reunión de poderosos, no hay ejército que pueda evitar que se lo lleve.

Damos asco, le grita a mi padre y le lanza un vaso medio lleno de vino.

Lo alcanza en el codo con el que se ha protegido el rostro, ella, toda ímpetu y daño ahora, es incapaz de detenerse. Ciega y sorda ante los ojos desorbitados de los gemelos, indiferente a cómo yo, inmóvil cerca del radiador apagado, observo la escena. La veo en una burbuja de agua limpísima, me parece refractada, diferente.

Antonia se va de verdad a Génova, Antonia encuentra de verdad a su hijo, Antonia se lo trae de verdad de vuelta a casa, le lleva su tiempo, emplea energías, pasa por lugares que desconozco, habla con gente que no sé quién es, no cuenta cómo lo hizo, no narra nada de lo que pasó esos días.

La casa que la espera es ahora una falla, una herida palpitante, un absceso reventado, un bisturí que ha separado labios de piel.

Yo le curé el brazo a mi padre, mientras se quedaba mirando

silenciosamente los azulejos de detrás del fregadero, cociné albóndigas y sazoné la ensalada, acosté a los gemelos, esperé a que pasara la noche sentada en el váter, porque cuando estoy nerviosa me entran siempre ganas de hacer pis, dormí dos horas abrazada al fregadero. Luego, al día siguiente, vuelta a empezar y al día siguiente otra vez. Disparar balas de fogueo se me da bien, romper rótulas con una raqueta, también, mi familia es mi anestésico, contra ellos no sé cómo reaccionar.

Mariano vuelve con la cara de quien ha estado en las trincheras, mi madre lo invita a recoger sus cosas, le dice que se dé prisa.

Antonia dice: Un susto como este no me lo vuelves a dar, no te mereces ser hijo mío, no te mereces nada.

Ni mi padre ni yo estamos seguros de entender lo que está pasando, pensábamos que el vendaval de los acontecimientos ya había pasado, creíamos haber llegado en el momento en el que se ponen los puntos de sutura.

Ahora te marchas con tus cosas y te vas con tu abuela a Ostia, yo ya no tengo nada que ver contigo. Mi madre no deja de perseguir a Mariano con la voz mientras saca de los cajones sus camisetas, sus calcetines, los gorros de lana, los filtros de los cigarrillos, ante la mirada muerta de mi enorme muñecote rosa.

El oso disfruta de la escena del desmoronamiento y parece sonreír, saber adonde iremos a parar.

Si eres tan adulto, si te crees tan mayor, crece de verdad.

Yo sé bien que Mariano querría arrojarse a sus pies y pedirle disculpas, gritar perdón, lo sé porque veo cómo le tiemblan los ojos, ardientes de angustia, sin ella no somos nada, sin ella quién sabe qué sería de nosotros, pero no lo hace, no une las manos, no le da la razón, no le dice que es verdad: Génova era demasiado para él.

Mi padre va y viene con su silla, con el codo vendado, la cara cubierta de sudor, el calor de finales de julio lo está derritiendo, sigue diciendo: Antonia, no digas gilipolleces.

Pero Antonia no lo escucha, dejando claro que aquello no es un parlamento bicameral, un equilibrio entre las partes, estos son sus dominios.

Massimo ve a Mariano cargar con las bolsas que ella le ha preparado, acarrear con su futuro bajo el brazo. Después de años de desaires, miradas cortantes, palabras violentas, después de años de este niño lo ha sacado todo de ti, este niño de los cojones, este pequeño sarnoso, parece sufrir por su salida de escena.

María', no te vayas, dice Massimo con el aire confuso de las mañanas brumosas.

Antonia lo ignora, y acompaña a mi hermano a la puerta.

Mi hermano nos mira solo un momento: a mí, a mi padre, a los gemelos.

La frustración de mi padre se manifiesta en la forma en que aprieta las ruedas de la silla, sabiendo que no puede levantarse e intervenir: indefenso, ve a mi madre decidir.

La puerta hace clic, mi hermano se va y sobre nosotros cae el telón de las venganzas y de las lejanías.

Al día siguiente les pregunto a mis amigas si han visto en televisión lo de Génova y me dicen que no, reponían Dawson crece, a Joey le gusta más Pacey por lo que parece.

Sonrío y digo claro, como si fuera una trucha, un lavareto.

*

Julio está acabando, en agosto voy lanzada en el sillín de una bicicleta en la que es otro el que pedalea.

Solo unos pocos privilegiados tienen ciclomotores, a nosotros nos toca ir en los sillines de las bicicletas recibidas en los cumpleaños. Yo no sé montar, nunca he tenido ninguna, así que me he buscado a un chico, que se llama Federico, más bajo que yo y con el rostro simétrico, que por galantería pasa por casa todas las tardes y me monta en su sillín, y luego pedalea hasta el lugar que, junto con los demás, los que no viajamos, los exiliados de los colegios de Roma y su provincia, hemos elegido para nuestras vacaciones.

Llamamos explanada al lugar de nuestros encuentros, pero en realidad es la intersección de algunas calles del barrio de Residenza Claudia, la zona de chalecitos que, dentro de Anguillara, va desde la estación de tren hasta la carretera del lago de Martignano.

La plazoleta no tiene el menor atractivo, solo hay una farola alrededor de la cual nos sentamos, y avenidas por las que hacer el caballito con las bicicletas, no hay bares o quioscos allí, ni salas de billares, nuestro lugar de encuentro no está cerca del lago, sino que pertenece a la parte nueva del pueblo.

Hay pocos puntos de interés en las inmediaciones: la piscina de un hotel cuya entrada cuesta dinero y donde se imparten clases de natación y waterpolo en invierno, los campos agrícolas y privados repletos de heno, y la casa abandonada, un chalecito que lleva años sin alquilarse.

Agata y Carlotta sostienen que Federico está enamorado de mí, con esa clase de amor que hace que uno se esfuerce cuesta arriba, y que por mí sacrificaría amistades y solidez, pero yo no siento por él más que gratitud y mantengo las distancias, pongo mis manos en sus caderas sin apretar y cuando llegamos a la plazoleta le hablo poco y

sin emoción.

Federico es un amigo de Andrea y junto con otros han elegido la plaza como presidio y lugar de reunión, se traen las cosas de fumar y pasan muchas horas hablando de cómo ha terminado el campeonato de fútbol, si alguien tiene una pelota le dan un par de patadas, pero su actividad favorita es visitar la casa abandonada.

Yo todavía no tengo conciencia alguna de mi sexualidad, a veces me he frotado contra la almohada de la cama por razones que ni yo misma consigo entender, constelaciones de imágenes captadas en las revistas de Mariano, conversaciones oídas por la calle, vallas publicitarias. Tengo un imaginario frágil y mi experiencia se reduce a haber visto a mis hermanos desnudos con indiferencia. Mis padres hace años que no practican el sexo y ninguno de nosotros quiere indagar en esa carencia. Ahora están más alejados el uno del otro que nunca, pero son guerrilleros de un dolor parejo y opuesto a la vez.

La única que tiene las ideas más claras es Carlotta, que nos confía a mí y a Agata peticiones y propuestas que recibe de los tíos del barrio y abre los ojos repletos de un triunfalismo que para mí es empalagoso y nauseabundo.

Agata y yo percibimos nuestra ignorancia como una vergüenza, nos retraemos ante la sucesión de los acontecimientos, desconocemos el vocabulario, no entendemos los acercamientos, flotamos en los confines de la infancia con nuestros cuerpos planos, sin pechos y sin glúteos, somos maniquíes.

Agata está más interesada que yo en los relatos de Carlotta, que habla de Francesco, de Vincenzo, de Lorenzo, suma cada día un nombre a su colección de anécdotas y experiencias.

Lo máximo que yo puedo confesar en estas circunstancias es mi interés por Andrea, que sigue siendo para mí el único que me provoca escalofríos y me acelera el pulso. Han pasado unos meses desde el día de las atracciones, ni a él ni a mis amigos les he dicho nada de Mariano y de su expulsión, no le he hablado a nadie de la guerra fría que tiene lugar entre las cuatro paredes de la casa. Andrea parece sentir un respeto hacia mí que muchas veces se transmuta en distancia: no es a mí a quien pide cigarros o dinero prestado, no es a mí a quien lleva en bicicleta, no soy yo quien lo acompaña al campo o a aplastar piñones con piedras como si fueran gusanos.

No pasa mucho tiempo antes de que sobre Carlotta empiecen a circular rumores, acusaciones, mentiras, susurros. Los nombres de aquellos con los que ha compartido su cuerpo, los de los toquecitos, los de las manos entre los muslos, los de los vaqueros abiertos, los de arrodíllate aquí se han multiplicado, de dos han pasado a veinte, treinta, parece que todos los tíos del pueblo la han visto desnuda, a todos les ha dado placer, todos han quedado satisfechos.

Una de las muchas noches en las que Agata y yo nos quedamos a dormir en casa de Carlotta, acurrucadas en una cama de plaza y media, escuchamos su detallado relato de una intimidad que nos resulta extranjera.

Cuando le preguntamos cómo se hace, ella contesta: Es fácil, te sientas detrás de él y extiendes la mano y tocas.

Entonces alzo la mirada y veo los carteles en las paredes: cantantes pop, actores, el Titanic que se hunde y Jack que no se salva y pienso que nosotros tampoco nos salvaremos.

Carlotta insiste en que debería ofrecerme a Andrea, que ellos nunca dicen que no si les pides que se dejen tocar, y yo contesto que no soy capaz. La realidad es que no tengo ganas, pero no puedo explicarlo.

Si te sientas detrás de ellos, ninguno te mira a la cara, observo y mi comentario queda flotando en el aire.

Una de las tardes que siguen, Agata y yo nos sentamos bajo la farola de la plaza y esperamos a Carlotta durante horas. Tenía que venir a las cuatro, pero son las seis y no se la ve. Federico nos avisa de que ha ¡do a la casa abandonada con cinco chicos, nadie sabe cuándo volverán.

Agata dice: Venga ya.

Mientras tanto, yo sigo sintiéndome incapaz de emitir juicios y de sentir pena. Deberíamos levantarnos y unirnos a Carlotta en la casa: tocar, lamer, secundar nosotras también, pero no hacemos amago de movernos, yo me siento cemento y solo anhelo la soledad, mis represiones.

Cuando Carlotta regresa de la casa y uno a uno salen también esos cinco chicos -a algunos los conocemos, a otros no-, tiene una sonrisa satisfecha pero ladeada, la misma expresión que tendría un comediante al final de la función, listo para llorar entre bastidores porque el público no ha aplaudido lo suficiente.

Esa sensación inicial de éxito, que la hacía sentirse apreciada y considerada, empieza a desvanecerse, se tiñe de nuevos colores.

Me levanto y tomo el camino que lleva a la casa abandonada donde nunca he estado, quiero ver qué contiene, qué revelaciones sobre nuestro crecimiento, qué ritos de iniciación, qué oráculos de futuro.

Me encuentro dentro de un sencillo chalecito de dos plantas, con los sanitarios rotos, olor a alcantarilla, condones usados en el suelo, algunas botellas de cerveza vacías, paquetes de cigarrillos consumidos, colillas, pintura, alguien ha hecho dibujos en la pared, ha escrito el nombre de todos, localizo el de Carlotta, al lado han trazado un corazoncito de color rojo.

Entre las paredes de aquella casa hay ecos de malentendidos y cuerpos sofocados de exigencias y fracasos, de pechos que no han crecido y de celulitis que ha aparecido en la raíz de los muslos, de pantaloneros de cintura baja que da asco llevar con esa barriga que se desborda: ya tienes trece años, ponte a dieta, prescinde de todos los helados y los dulces, come lo menos posible, hasta que desaparezcan.

La semana siguiente habrá terminado agosto y en todos está la inquietud de que el verano no volverá.

El instituto, las clases, los compañeros de clase, las decisiones nos esperan.

Decidimos ir todos juntos a la piscina del hotel para celebrar los últimos días del grupo y pasarnos el día tirándonos de cabeza de los trampolines, molestando a los bañistas con hijos pequeños, lamiendo helados Magnum sentados con las piernas cruzadas al sol. Federico me ve trajinando en mi bolso, que está vacío, y tiene la amabilidad de pagarme la entrada, le doy las gracias en tono apagado, habría preferido que se hubiera ofrecido algún otro, tal vez una de mis amigas.

Llevo un traje de baño de dos piezas que me ha prestado Agata. Me siento expuesta al escándalo público, camino con mi toalla ceñida al pecho y me siento sola a la sombra, me pongo de color sandía en pocos minutos, de todos modos. Veo a Andrea hacerme gestos de que me acerque, quiere tirarme a la piscina, pero niego con la cabeza.

Hace varias noches que duermo fatal, torcida, con las rodillas dobladas, el cuello encajado en los hombros, la mandíbula apretada. Aunque haya conservado la tela que separa nuestra habitación, al otro lado de las sábanas ya no está mi hermano. Cuando lo llamé desde la cabina telefónica me dijo: En Ostia hace mucho calor.

Nuestros cuerpos en casa están fríos, nos movemos rígidamente como muñecos de nieve de una habitación a otra y este entumecimiento no quiero compartirlo, lo mantengo encerrado con dos vueltas de llave en ese angosto espacio que es mi memoria familiar.

Me pierdo en mis pensamientos y de pronto estoy al sol: la sombra ha girado y me ha abandonado, veo a los otros chapotear en el agua, correr al borde de la piscina, zambullirse, entonces me tiro yo también porque siento el bochorno en la piel, pero salgo de inmediato, el cloro me recuerda a la escuela media y todo aquello en lo que no quiero pensar, recojo deprisa mi toalla.

Miro a mi alrededor, no veo a Carlotta y le pregunto a Agata dónde está. Me dice que ha ido a darse una ducha, quería irse a casa, así que le pregunto también a Federico si le importa que nos vayamos también, porque me siento cansada, afectada por el calor y mi desamparo, me contesta que de acuerdo y que me espera fuera de la

piscina.

Entonces recojo mis cosas, el champú de eucalipto que le he quitado a mi padre, sujeto el frasco en la mano izquierda y el cepillo en la otra, voy goteando mientras camino, dejo huellas, entro en el vestuario y digo: ¿Carlotta?

Oigo correr el agua de una ducha.

Te he traído el champú, añado.

Luego se hace el silencio, la ducha enmudece, dos personas susurran y yo estoy en el pasillo de las cosas que no sé hacer, del no saber entregarme, del no saber acariciar, del no gozar.

Se abre la puerta de la ducha y Andrea sale primero, se escabulle sin mirarme, se ajusta el bañador y recoge la toalla, se la ata a la cintura. Estamos en el vestuario femenino y yo sigo con el cepillo en la mano, el olor a eucalipto.

Carlotta sale también de la misma ducha, se sujeta la parte de arriba de bañador con una mano y dice: Aquí estoy.

Yo sigo quieta en el mismo punto y Andrea también, somos un triángulo isósceles de perturbaciones. Me gustaría no haber seguido mi instinto de ir a buscarla, como cuando sé perfectamente si mi padre ha atascado la rueda de la silla contra la mesa o si uno de los gemelos se ha meado encima. Tengo un sexto sentido para las distorsiones.

No respondo nada, sino que me limito, tal como estoy -con mi cabello pelirrojo y mojado, las chanclas azules con el cierre adhesivo delante, los pies demasiado sobresalientes-, a dar media vuelta y salir del vestuario y de la piscina, con el champú en una mano y el cepillo en la otra, y me dirijo al bulevar, Federico me ve y me pregunta qué ha pasado, ya está listo para irse a casa, y yo no le contesto.

He sufrido una afrenta y estoy procesando en mis entrañas la manera adecuada de reaccionar, cómo apuntar la pistola hacia el blanco. Ella sabía de este amor mío, ella sabía de mi incapacidad, de los silencios, de las incomprensiones, me ha oído declarar sentimientos que consideraba definitivos: si no me levanto, si no me acerco a las duchas, nunca me lo habría confesado, estaba perpetrando un delito a mis espaldas.

Esta primera traición me agrede y la retengo en las pestañas, no la transformo en lágrimas, la sofoco, como si poseyera una prensa industrial, una tenaza, aplasto la traición en el calor de mi repugnancia. Camino rápido hacia casa, vuelvo húmeda, con el cepillo aún, con el eucalipto aún, con el clap clap de las zapatillas aún.

Mis padres están a ambos lados de la mesa, mirándose fijamente, lanzándose maldiciones y maleficios con la fuerza de los pensamientos, yo sigo viscosa y en equilibrio precario, he cogido una insolación, ahora todo me da vueltas, doy dos pasos y resbalo, me

desplomo al suelo.

A los pocos días, en Nueva York caen también las Torres Gemelas.

5. MELÓLOGO

Acaba el verano y mi madre descubre los cuatro libros que he sacado prestados de la biblioteca: dos están en el baño y otros dos los tengo en la mesita de noche de mi habitación.

La veo de pie apoyada en la lavadora, hojeando uno de los dos, mientras mueve con antipatía las páginas, va de un lado a otro, la cubierta del libro es de un color rosa brillante, con letras en relieve verdes, se titula Esta casa es un desastre.

¿Quién es esta Linda Romsey?, pregunta errando la pronunciación, repite el nombre tres veces y vuelve a decirlo mal, sigue dándome la espalda y yo, descalza y en pijama, me quedo mirándola sin cruzar la puerta.

No sé, la que ha escrito el libro, respondo yo y noto los gruñidos del estómago.

¿Es conocida? ¿Qué clase de cosas escribe? Mi madre mueve el libro sujetándolo del lomo, lo sacude como si fuera a caer algo que se esconde en su interior, un misterio sobre la persona que soy, la motivación de mi estar en el mundo.

Mis amigas lo están leyendo…

¿De qué te sirven estos libros? El tono de su voz se eleva y ella se da la vuelta.

Te has pasado todo el verano perdiendo el tiempo, eso es lo único que has hecho. ¿Quieres ir al liceo clásico? ¿Sabes lo que significaba para mí ir al liceo clásico, yo que ni siquiera podía soñar con ir al instituto, yo que no pasé de la escuela media, lo aprendí todo por mí misma, veía a las niñas con la mochila al hombro y ya estaba trabajando en casa de una vieja, limpiándole las escaleras, a los pocos años me quedé embarazada, tuve un aborto, luego volví a quedarme embarazada, luego nació Mariano, esta casa es un desastre? Te saqué el carné de la biblioteca para que puedas leer como es debido. Cuando vayas al instituto les vas a hablar de esta Linda no sé qué, de esta desconocida, de estos libros de colores, ¿tienes ocho años o qué? ¿Le pediste consejo a la biblioteca-ría como te dije?

Sí, pero me dio libros difíciles…

Vaya, así que cuando las cosas se ponen difíciles, abandonas. Haces

lo que hacen todos, haces cosas que no valen para nada.

Mamá, es un libro para pasar el rato, digo señalando el volumen que sigue sosteniendo.

Los libros no se guardan en el baño, no son las revistas del peluquero. El tiempo está pasando, querida mía, este tiempo se ha acabado y no has leído nada. ¿Quieres estudiar latín, quieres estudiar griego? ¿Esta casa es un desastre?

Mi madre deja el libro sobre la lavadora con brusquedad, porque es de la biblioteca y no nuestro; de lo contrario, lo sé, lo habría hecho pedazos, se habría tragado las páginas, habría limpiado con él la salsa caída en el suelo. Se vuelve hacia mí, tiene la mirada de quien no piensa ceder.

De ahora en adelante vas a enseñarme los libros que sacas de la biblioteca, ¿quieres ir al liceo clásico con tus amigas? Entonces empieza a estudiar. La escuela es un privilegio. No se te permitirá rascarte la tripa, o estudias o no eres nadie. ¿Lo entiendes? ¿O quieres ser nadie?

Me quedo en silencio y pienso en la cara redonda de la bibliotecaria, su flequillo torcido y brillante, que no se lava con la suficiente frecuencia, y sus dedos de uñas mordidas, los anillos de colores que lleva, el azul en el pulgar, los libros que saca del sótano y que sube, que saca y que sube, la lista que me dio cuando le pedí consejo, porque mi madre quería que leyera libros serios, libros de verdad, libros que te dan escalofríos, que te hacen llorar.

Vi alguno por casa hace tiempo… de una escritora inglesa, ¿cómo se llama?, continúa mi madre sin inmutarse.

Jane Austen, respondo yo, y siento que me hierven los pies, metidos en un charco ardiente, en remojo en la sopa de nuestras palabras.

¿Era difícil? Pero si hasta han hecho una película, grita ella y mi libro parece un cadáver, algo muerto y monstruoso, ella aprieta la portada con los dedos, rastreando los errores.

Tú no lo has leído, me defiendo.

Yo no cuento, estoy siempre trabajando, ¿tú sabes lo que significa trabajar? No lo creo, a quejarte, a eso es a lo que te dedicas. Eres como una espina en un pie.

Vuelvo a quedarme pasiva, muda, y en esa ausencia de ruido zumban los libros que tal vez no lea nunca, me pregunto por qué se ensaña, qué quiere para mí, qué está planeando y proyectando, me pregunto si tendrá que ver con la ausencia de mi hermano, si ahora se habrá vuelto evidente mi insignificancia, si lo que quiere es rellenarme a cualquier precio, como un sujetador, como una codorniz o un abrigo.

¿Me estás escuchando?

Sí, te estoy escuchando.

Pareces un pez muerto, me mira y me atraviesa de la tripa a los riñones.

Si no sacas una media de ocho en ese instituto que has elegido, no saldrás de casa, te encerraré aquí, tu padre y yo vamos a gastarnos un montón de dinero en libros escolares, tienes que compensármelo.

Sí.

Leeremos juntos si no entiendes algo, estudiaré contigo, tenemos que conseguirlo, tenemos que conseguirlo como sea, le tiembla la voz mientras abre la puerta y saca la ropa mojada de la lavadora cuyos plazos aún sigue pagando. Mi madre detesta mezclar ropa negra y de color, pero también odia desperdiciar agua, cierra el grifo mientras me lavo los dientes, se enfada si tardo más de diez minutos en ducharme.

El plural me abarca como una prisión, el nosotros en el que nadie me ha preguntado si quiero vivir.

He elegido un instituto para ricos, es un acto punitivo, de corte en profundidad, de asfixia. He elegido un centro exigente donde enseñan lenguas muertas que nadie usa y me digo que lo he hecho por mis amigas, ellas irán allí y yo también, pero la verdad es que llevo dentro una cosita, muy pequeña, una bellota, un insecto, que es la voz de mi madre, a la que tengo que demostrar que no soy una nimiedad.

Ese nosotros, que está ahí sin ser visto, manda en mí, crea para mí castillos en el aire y ciénagas.

*

El primer día de instituto descubro que incluso donde se educa a la gente rica las paredes se desconchan, los patios tienen raíces que revientan el asfalto y los gimnasios apestan a sudor antiguo.

El edificio tiene tres plantas, es un paralelepípedo compacto, de color rojo ladrillo, lo rodean unos pinos muy rígidos y poco frondosos, las rayas de los estacionamientos, el campito para jugar al fútbol; dentro del sótano se encuentran, al resguardo, la zona del vóleibol, las espalderas a las que encaramarse, un potro descosido, las anillas que cuelgan como salchichones y jamones del techo. Las clases afortunadas están en la planta de arriba y ven a los tíos jugar al fútbol desde las ventanas, las miserables en el sótano al lado del aula magna, donde hace más frío y las paredes son de pladur, si le das un puñetazo las hundes. Todo huele a moho y a musgo, el sol se filtra como sin querer, y de lado.

Ahí es donde comienzo mi primer año: en el sótano, como un roedor o una cucaracha.

Aquí tampoco tardo en encontrar nuevas incapacidades que exhibir, destaco por perder el resuello fácilmente, por mi aversión hacia los pelotees y los mates, uso calcetines de felpa que me quedan sueltos en la punta y chán-dales deformados en las rodillas. Siempre tengo sueño, y frío, y hambre de aprecio, la necesidad de que nadie se olvide de mí, ganas de presentarme y repetir: Aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy.

Los muros circundantes y las aulas están llenas de pintadas, insultos a los profesores más temidos, declaraciones de sentimientos borradas, números de teléfono robados, en la fachada del centro destacan las cáscaras y las manchas dejadas por los huevos que se lanzaron al terminar el curso anterior.

El instituto también está situado en la vía Cassia, pero más adelante, y para llegar hasta allí además del tren tengo que tomar un autobús, el 201, cuya terminal está en la entrada sur de una zona residencial, la de Olgiata, un lugar con canchas de tenis y club de golf, domus dignas de los Foros Imperiales, criadas y jardineros, controles en los accesos: unas afueras extremadamente ricas.

Tengo que levantarme de la cama a las seis de la mañana para estar en clase a las ocho y veinte, apenas desayuno, me zampo la leche y dos galletas con el estómago cerrado. Los trenes son cada vez peores, son carros de ganado, la gente respira contra las puertas automáticas, no tiene sitio ni para estornudar, maldice con cada sacudida, y yo, una vez que bajo, tengo a menudo que echar a correr, con la mochila bailándome en la espalda, porque veo llegar al 201 por el otro extremo del estacionamiento.

El autobús tiene pocos asientos, pasa por delante de mi escuela media que ahora me parece diminuta, seca y flácida, una planta al final del invierno, luego la deja atrás y avanza muy lentamente, hay tramos donde a causa de los semáforos es imposible pensar en superar los treinta por hora y otros donde de repente la carretera se despeja y el tráfico parece fluir como la sangre en las mejores arterias.

Pero a veces no es suficiente, algunos días acumulamos retrasos y nos vemos obligados a bajar frente al desvío a la autopista de circunvalación e ir andando al instituto. En ese trayecto, hago eslalon entre los tubos de escape de los coches en fila y noto la presencia de un altarcito, es Agata quien me lo señala, está vallado con una empalizada, en el centro hay un ramo de flores de plástico y dos fotografías enmarcadas en hojalata oxidada, alguien nos dice que allí terminaron las vidas de dos chicas que iban en ciclomotor y se estrellaron contra el poste de la luz hace años, y me parece el presagio de una mortificación, tener que cruzarme con ellas sin conocerlas durante los próximos cinco años de mi vida e incluso imaginarme a mí también ahí, una foto al borde de la carretera, por la que discurre el

río de la indiferencia y de la urgencia por llegar a tu destino.

Agata y yo vamos a la misma clase, mientras que Carlotta cambió de opinión al final, en vez del instituto de Roma prefirió el de la provincia y por lo tanto va al liceo clásico que se encuentra en Bracciano, cerca de donde iba Mariano.

Desde de lo de la piscina, no he vuelto a hablar con ella, entre nosotras ha llovido granizo y silencio, cuando alguien la menciona, sale lo peor de mí y escupo sobre su nombre como si fuera una araña u hormiga, como si quisiera que se ahogase. Sé muy bien que cada una de mis palabras de desprecio llegará hasta ella y por eso las cargo de piedras y aristas, no rehúyo el insulto, su destrucción.

Si me saluda, vuelvo la cara, si pasa a mi lado, doy saltitos como los boxeadores, como si quisiera golpearla. Carlotta intenta una y otra vez acercarse a mí, meterse en las grietas de mi muro, pero yo la raspo, es cal que se desmorona, la rechazo, la vomito en el suelo.

No quiero saber a quién ve, con quién sale, cómo le va en su nuevo centro, no me interesan sus historias, me irrito cuando se queja, me regocijo si se mete en líos, creo que cada una de sus sílabas son enredos, desmañadas ganas de aparentar y volver, mientras intento devolverla al agujero de su ultraje, y la veo una y otra vez saliendo de la ducha con la toalla en las manos, noto el olor a eucalipto, las cerdas del cepillo presionarme en la palma de la mano.

Ir a la misma clase que Agata me ofrece la oportunidad de excluir a Carlotta: no podrá hablar con nosotras de todo un mundo que ahora nos pertenece, permanecerá al margen de nuestras charlas y de las narraciones en las raras ocasiones en las que nos veamos, y yo haré como si tuviera un fantasma a mi lado, insistiré en lo que ya no le atañe, sacaré a relucir anécdotas escolares cada vez más específicas, con todo lujo de detalles. Fingiré que solo estoy hablando con Agata pero lo haré en tono vivaz, en un tono que no es el mío, inventando maravillas, presumiendo de opulencias ajenas, para subrayar la distancia, lo que Carlotta nunca será, pero nosotras sí, porque estando cerca del dinero puedes oler su olor, el lujo es contagioso, me digo y le digo sin mirarla.

La verdad es que nada más subir al autobús me siento una intrusa: las chicas tienen perfumes con mucho cuerpo, de mujeres con cargos profesionales, los tíos llevan en invierno chaquetones acolchados de plumas de oca y gorros de lana con la marca a la vista, son tan parecidos entre sí que no hay manera de saber quién es quién. Entre ellos, los que vienen de Olgiata y Le Rughe (zonas de Roma norte exclusivamente de chalés de tres pisos, jardines delanteros y traseros, piscinas con trampolines, alfombras persas, guardarropas que son habitaciones) se reconocerán a primera vista, tomarán el autobús con nosotros por poco tiempo, el necesario para alcanzar la edad suficiente

para andar en ciclomotor y luego para los minicars, coches en miniatura que hacen el mismo ruido que un tractor, pero que pueden conducir los menores de dieciocho años. Yo sin bicicleta, ellos al volante, no tardaremos en mirarnos desde el borde de universos paralelos, con la Vía Láctea entre nosotros.

Incluso Agata, a la que nunca le ha faltado de nada y siempre ha podido permitirse caprichos imposibles para mí, renquea detrás de esa sucesión de prendas de usar y tirar.

A nosotras nos cuesta pensar en zapatillas Nike o Adidas nuevas, ellos vuelven de vía Condotti después de ir de compras por su cumpleaños y llevan a clase zapatos de Prada y bolsos de Gucci, meten en ellos cuadernos y bolígrafos, nosotras tenemos las mismas mochilas que en la escuela media.

Cuando fuimos a la papelería a comprar el material necesario, traté de sacarle a mi madre una agenda negra y ella miró el precio y me dijo que nos la haríamos nosotras mismas con dos cuadernos pequeños, como todos los años. Bastaba con dividir la página por la mitad, escribir el número y el día, dejar las líneas para los deberes.

Y entonces, inmóvil frente a la sección de tarjetas de felicitación llenas de lentejuelas y perritos con el hocico mojado, casi le grité que quería una agenda de verdad, no un cuaderno con los días escritos en él, no un calendario, ni la chapuza de siempre, ella, como única respuesta, me puso la zancadilla, apoyando su rodilla en la mía y, sin hacerme caso, escogió los cuadernos que quería, los bolígrafos que quería, el estuche que quería, rosa pálido y demasiado largo.

El nuevo centro me rechaza de inmediato, como salsa caducada, como un helado derretido, y por eso yo me quedo y me anclo, con mi mochila desfondada y el cuaderno en lugar de la agenda. Me atrinchero y compito. Si veo un campo de batalla, empiezo a marchar.

Mi melena pelirroja ha vuelto a crecer, larga y simétrica, haciendo mi rostro más afilado, ahora siempre tengo las orejas bien tapadas, bien resguardadas, no me atrevo a hacerme colas altas ni moños, no tengo pechos, no tengo trasero, pero estoy delgada y empiezo a usar las pocas cosas ceñidas que tengo, les enseño a todos mis costillas y mis muñecas finas, me pongo rímel a escondidas en el tren y en el espejo me siento como recién salida de mi yema, tengo que estar lista para convertirme en la mejor versión de mí misma, olvidarme de la poca consideración que me tenían los demás.

Solo hay una cosa que puede salvarte si no tienes dinero y es la belleza, me repito, cepillándome más a menudo, tirando de la mejilla con el dedo índice para pintarme la parte inferior del ojo y profundizarlo, convirtiéndolo en objeto de interés. Tengo pocas cosas, pero esas pocas cosas harán que no me parezca a mi madre, la descuidada, la obrera, la lavaplatos, la del vestido de lino comprado

en el mercado y usado para fingir ser lo que no se es. Tengo que dejar de ser lo antes posible una niña defectuosa y transformarme en una mujer a la que puedan amar. Ese cambio me provoca picores, me tiro de cabeza en la morbosa competencia de los cuerpos y de las miradas.

Una semana después de empezar el curso le digo a Federico que tenemos que besarnos, necesito este bautismo, no habrá reposiciones ni tampoco aplausos, no entraremos en la casa abandonada, nunca volveremos a ir en bicicleta, él es para mí como un bacalao que guardas en el congelador y que sabes que siempre puede sacarte de un aprieto si no tienes nada para cenar.

El beso sale regular, parece más un mascar y un rumiar que una demostración de afecto, la baba le gotea por las comisuras de la boca y es más bajo que yo, le apesta el pelo a gel, su amabilidad es un estorbo.

Ocurre detrás de un murete en la plaza, ni escondidos ni a la vista, bajo los pinos que han dejado caer procesionarias. Federico pregunta si volveremos a vernos y me limpio la boca con el dorso de la mano, no quiero que quede rastro alguno de esa implícita petición de socorro.

Contesto: No, voy a estar muy liada, y le doy ya la espalda.

*

Mi clase subterránea hace que los alumnos parezcamos criaturas nocturnas, parpadeamos como polillas para permanecer despiertos.

Agata y yo nos sentamos juntas en un banco intermedio, delante están los que estudian demasiado, detrás los que no quieren saber nada de los libros; sobre ninguno de ellos, estoy convencida, pende la misma urgencia: no bajar de una cierta media, no despertar el dragón de tres colas que habita en el pecho de mi madre.

Los chicos son pocos y casi todos feos, sigo repitiéndole a Agata que en las otras clases hay un chico aceptable por lo menos y en la nuestra nada: uno se sonroja en cuanto le hablan y tiene el pelo fino y ralo, otro es rechoncho y bajito, con una cara demasiado grande, el de allá tiene el pelo grasiento y la piel llena de lunares, otro es todo dientes torcidos y tiene la nariz deformada. Siento repulsión por ellos, quisiera enterrarlos, dispersarlos al viento. Solo uno se salva, pero está fuera de discusión por otras razones: su nombre es Samuele y ya ha suspendido dos veces el curso, es el único repetidor en nuestra clase, aún no tiene la edad para abandonar los estudios, así que sigue sin pasar de curso con obstinada negligencia. Tiene cara de bebé, labios carnosos, ojos dulces y amenazadores al mismo tiempo, se viste a menudo con chándales y zapatillas gastadas, pero son los detalles los

que cuentan su historia de hijo de personas acomodadas, como relojes, brazaletes y cadenitas, las zapatillas están rozadas, en efecto, pero se las cambia cada semana, las destroza jugando al fútbol por las tardes. No viene al instituto con mochila, siempre llega tarde, se sienta delante y duerme, o bien se trae el periódico u otros libros a su gusto que no forman parte del plan de estudios escolar y los hojea en silencio. Despierta temor y turbación en nosotros, los desmañados y grotescos novatos del primer año. En el aula, a menudo se lía cigarrillos o desmenuza el costo para hacerse un porro en el recreo, el resto del tiempo nos desdeña como si fuéramos sapos y él un príncipe, sale corriendo en cuanto suena el timbre para reunirse con sus excompañeros o los de los últimos años, que son los representantes del instituto e irán pronto a la universidad.

Da miedo, me confiesa Agata una mañana.

Samuele ha llegado en efecto a segunda hora apestando a alcohol por haberse trincado dos cervezas a primera hora de la mañana, lleva una sudadera amarilla, los ojos hinchados, responde mascullando al profesor de Inglés, que intenta pedirle los deberes: La luna ha caído esta noche, el mundo está a punto de acabarse.

Nos quedamos callados en un silencio religioso y cargado de vibraciones.

Las lecciones de latín y griego son dolorosas, la profesora es inflexible y nos domina, avasalladora: ni siquiera necesita levantar la voz, cada una de sus miradas de reprobación cae sobre nosotros como la noche, puede fulminarnos pronunciando un apellido. Incluso Samuele la respeta, en sus clases se adormila sin molestarla, y a ella le da igual: entre él y el helecho del rincón no hay diferencia.

Los primeros meses nos sentimos todos aturdidos por esas lenguas que no entendemos y no queremos entender, repetimos las declinaciones y los verbos como autómatas y muñecos: en casa, en el tren, en la cocina, antes y después y durante las clases, nos arrastramos con nuestros diccionarios bajo el brazo, cada uno pesa kilogramos, es como un saco de harina, una botella llena de aceite.

Mis diccionarios de griego y latín son viejos y mugrientos, los hemos comprado de segunda mano gracias a una amiga de mi madre, el papel de las páginas amarillea y en los márgenes hay notas transcritas e incomprensibles de otros estudiantes, de modo que me resulta imposible utilizar esos espacios vacíos para escribir a lápiz las conjugaciones necesarias para los ejercicios de clase, cuando circulan por los pupitres las temidas traducciones de griego.

Por qué estoy aquí, me pregunto mientras hojeo y vuelvo a hojear ese diccionario, me digo a mí misma que ni siquiera en Grecia saben ya esta lengua antigua.

Con las primeras notas obtengo suficientes raspados, deberes

corregidos con bolígrafo rojo que no me atrevo a darle a mi madre, los escondo y falsifico su firma en la agenda: si para los demás sacar un seis es motivo de celebración, para mí es un desastre.

Antonia, desde que Mariano está en Ostia, concentra en mí cada uno de sus pensamientos, me adjudica culpas y tareas que antes compartía con mi hermano: desde lavar los platos hasta cocinar, desde planchar a arreglar las camas de los gemelos, ayudándola continuamente en esto y en aquello.

Termina de recoger y luego vete a estudiar, es su cantinela diaria.

Ya casi no salgo, son raras las oportunidades para estar en compañía, ya se me ha olvidado el sabor de Federico, Andrea es tabú y caso cerrado.

Mi madre me hostiga -yo zorro, ella escopeta-, un día cuando vuelvo del colegio me encuentro un nuevo diccionario en la mesa de la cocina y ella que sonríe.

Dice que le preguntó a la señora Festa, cuya casa limpia, cuál era el mejor regalo para una niña que lee, y ella, con meticulosa ferocidad, le contestó: Un diccionario.

Así puedes compararlo con el latín y el griego, aprendes idiomas. Si hubiera podido estudiarlos yo… ¿Has visto qué bonito? Todas las palabras, lo que se dice todas…

Antonia abre al azar el diccionario de la lengua italiana y me señala las páginas, se pone las gafas en la punta de la nariz, lee: melólogo, que viene de melos y logos, ¿entiendes? Las cosas que estás estudiando tú. Texto acompañado de música, lo dice aquí.

Lanza el diccionario a mis brazos y sigue sonriendo, una ilusión le ilumina los ojos, entonces miro donde ella ha señalado con el dedo y repito: melólogo, en voz alta, digo toda la definición.

Se me pega la alegría de mi madre, después de meses de caras sombrías y palabras cortadas no puedo provocarle más tristeza, así que busco y elijo otra palabra y así quedamos suspendidas en el tiempo de lo que aprendemos por primera vez. A cada vocablo que pronuncio en voz alta ella se anima y lo repite, trata de hacerlo suyo, con la cadencia dialectal de la que nunca podrá librarse. Hay una fuerza dinámica que me empuja a perseguir su satisfacción, alejándome de la mía.

Desde que recibí su regalo, mi tiempo se vuelve denso, el estudio se vuelve compulsivo y destructivo, nunca lo abandono, no creo ser más inteligente que los demás, al contrario, lo mío es mera aplicación, persigo con ahínco las notas: del seis al seis y medio, del seis y medio al siete, del siete y medio al ocho, cuando la profesora de Griego me devuelve un ejercicio donde hay escrito un nueve, me pongo de pie de un salto.

Los demás me miran enmudecidos y luego se ríen, pero no me importa, durante las clases y los ejercicios los veo jugando con los móviles debajo de los pupitres e intercambiándose notitas, mirando los cuadernos de los demás, mientras en mi cabeza rebota la frase de Antonia: Así que cuando las cosas se ponen difíciles, abandonas.

Tampoco de esa nota le digo nada a mi madre, porque una sola nota cuenta tanto como una lata que se tira en el primer disparo, tengo que seguir disparando hasta que no quede ninguna en pie, volver a casa y demostrarle que no solo consigo recompensas inútiles, osos rosa y gigantescos, geminólas, bombones, que soy motivo de orgullo, que no abandono.

En el tercer ejercicio que me sale bien, en diferentes asignaturas, incluso en Matemáticas, mis compañeros se percatan de mis habilidades y no saben cómo reaccionar, porque no soy tan repulsiva como para que me consideren una empollona digna de vilipendio, ni tan rica y poco interesada en los estudios para que se disputen mi atención y me aborden.

De modo que se limitan a pedirme ayuda antes de que les toque salir a la pizarra, quieren resúmenes y consejos, durante los ejercicios alargan las manos hacia mi hoja y miran, yo trato de apoyar a Agata, a la que sé que le cuesta, por más que sea estudiosa, y pese a tener dificultades no se aprovecha. Sin embargo, cuando Samuele con un gesto violento, tan pronto como la profesora de Italiano sale del aula, se acerca a mi pupitre y me arranca el papel de las manos para ver las respuestas que he dado a las preguntas de respuesta libre, no me quedo sentada ni me resigno, me pongo de pie con ímpetu y se lo quito: Vete a tu sitio, le digo, y mi mirada es firme, mi voz, compacta.

Me mira de arriba abajo, con su figura enclenque, aprieta los ojos hasta que las pupilas son una raya, tan poco acostumbrado está al no de los demás.

Si no eres más que una desgracié, empollona de mierda con remiendos en el culo, me increpa en dialecto para manifestar mi miseria, como si fuera una imputación, reiterando ante todos que soy la única hija de pobres en esa clase, subrayando que soy una invitada, una intrusa, alguien que está ahí de milagro.

No contesto porque la profesora vuelve a entrar y Agata me toca el brazo como para consolarme, de mí espera lágrimas sin refreno, sin embargo, yo le aparto la mano y me esfuerzo por alisar la hoja del ejercicio arrugada, la acaricio a lo largo y a lo ancho y miro la espalda de Samuele.

Mi madre tiene una cesta llena de remiendos, retazos de telas que cose en la ropa para reforzar pantalones, para arreglar bolsillos rotos, costuras deshilachadas, tapar quemaduras o las manchas rebeldes en las camisetas.

En el recreo él sale el primero y yo lo sigo, veo que sube por las escaleras y yo las subo también, recorro dos pisos detrás de él, lo veo desaparecer en la terraza del tejado donde está prohibido el acceso.

Salgo yo también a la azotea, me embiste el sol de una Roma gélida y serena, con él hay otros chicos, todos mayores que yo.

Solo entonces se percata de mí y de mi pelo rojo.

¿Qué quieres? Se da la vuelta con el cigarrillo apagado en la boca, en su mirada hay nerviosismo y mofa.

Y como ya me ha pasado otras veces, fluyen por mi cabeza las imágenes de las dificultades y de las disputas, mis desesperaciones y ambiciones, eso que en mí nunca se respeta ni se entiende, la biblioteca y las amenazas, página tras página de páginas y páginas, las sonrisas de mi madre mientras repite: melólogo, melos y logos, música y palabras, el flequillo de la bibliotecaria Tiziana, la lista de libros sin los cuales no eres nadie, todo lo que tuve que leer dejando para los demás los libros de entretenimiento, de ocio, de risa, las horas de estudio y los gritos de mi padre y mi madre que se pelean, libros apoyados en las rodillas en el tren y en el baño, el sol que se pone sin que yo haya podido salir y las notas que suben, que bajan, que me juzgan. Mis pensamientos hacen crecer los deseos de guerra y venganza, ha pasado el tiempo en el que yo estaba indefensa, sé ya mucho a estas alturas: sé disparar, sé pegar, sé maltratar y sé recibir besos.

Cierro la mano y con la fuerza frenética de ese cuerpo mío frágil, de los huesos protuberantes de la pelvis y de la audacia de quienes siempre han de pelear por todo, le doy un puñetazo en la cara, le alcanzo en el ojo derecho. Samuele retrocede unos pasos, se lleva los dedos al ojo afectado y con el otro me mira desorientado, a pesar de estar medio ciego trata de comprender si hay alguien detrás de mí: pero no, no hay nadie.

Desgraciao serás tú, ¿entiendes? Desgraciao serás tú que aún no sabes escribir en italiano. ¿A quién crees que das miedo, eh? Hijo de papá, grito y escupo, mi saliva le mancha los zapatos.

No sé si mi intensidad ha bastado para herirlo, me duelen los nudillos, me queman, me tiemblan los tendones y la carne, tengo las pestañas empapadas de mi furor, de la rabia que me ha subido por dentro, he tenido que expulsarla y ahora está de nuevo en el mundo.

Mi rabia se despliega por la terraza, toma el sol y hace muecas, se arrastra entre las sombras y se asoma por detrás de los presentes, mi cólera es cruda, está viva, tiene cara, pelo y manos, usa vaqueros gastados en las rodillas y lleva al hombro un bolso de piel ya sin costuras por un lado, destaca por su insensatez, por la ropa de colores mal combinados. Mi rabia es desproporcionada, tiene piernas muy largas, orejas pequeñas y dóciles, pies cortos y peludos.

Cuando ella está allí, suelo volverme a casa, no a la del pueblo, sino a mi verdadero hogar, al dibujo que hacíamos Mariano y yo de niños en el asfalto, la C-A-S-A, me siento ahí dentro, entre las líneas que hemos trazado.

*

Estoy sentada en el murete de toba y de hormigón que rodea el campo de fútbol, la profesora de Educación Física ha dicho que estoy contrahecha y que tengo la misma resistencia que un molusco, el equilibrio de las hortalizas y las simientes. Me ha obligado a dar tres vueltas alrededor del colegio y tengo la sensación de haber recibido solo eso de ellos: la orden de correr en círculos, sin llegar nunca a una meta, a un refugio seguro.

Los chicos de la otra clase juegan al fútbol, algunos se traen de casa botas con tacos, otros entran al campo vestidos con vaqueros y suéteres, se divierten con desapego pateando la pelota a lo alto en medio del campo para que la luz la vuelva deslumbrante, imposible de esquivar, una roca que se desploma desde el cielo.

¿Estás loca o qué? Samuele se sienta a mi lado con las manos en los bolsillos y yo no le contesto.

No todo el mundo es como yo, tarde o temprano te meterás en un lío, añade, y su ojo ligeramente enrojecido no parece resentirse mucho de mi agresión: me ofende no haber hecho mella en él.

Tú no sabes lo que son líos de verdad, digo después de pensarlo unos minutos.

Me mira, en su rostro no hay rabia ni acusaciones, sino la expresión de quien sabe que el engaño que ha urdido hasta ese momento ha sido descubierto. Un chico que se trae libros de casa y lee en clase no puede ser un idiota, un indiferente, a él nunca le han hecho falta mis ejercicios de italiano, era su manera de llamar la atención.

¿Cómo se llama ese?, le pregunto viendo que no dice nada, señalo a un chico con el pelo un poco largo y con las puntas hacia arriba.

No lo sé, me contesta y saca un cigarrillo, lo aprieta entre el índice y el pulgar como si quisiera romperlo.

Sí que lo sabes, te he visto hablando con él.

¿Qué pasa, es que me vigilas?

No, lo vigilo a él.

Samuele se levanta del murete y aplasta el cigarrillo en el puño: Entonces pregúntale a él cómo se llama.

Cuando se aleja no lo sigo, ni me disculpo, no quiero rendirme ante mis exageraciones.

El chico se llama Luciano, ya he preguntado su nombre a otros: sé dónde vive y la matrícula de su escúter, he descubierto que tiene una casa grande, de tres pisos, dos jardines, la madre se viste de Louis Vuitton y el padre tiene un Mercedes de los grandes, sé que de mayor será constructor como su padre y por su cumpleaños recibirá joyas, sé que en clase gusta mucho, incluso a chicas mayores que él, le escriben notitas que meten en su mochila, en los recreos dibujan su nombre con corazones y flechas en la pizarra, lo martirizan dándole una y otra vez el número de teléfono e implorando su atención, me levanto del murete y me acerco a la red que delimita el terreno de juego, miro cómo ríe y cómo camina. Pienso: ¿Qué andares tienen los ricos si no los de los bardos y los caballeros, los de los soldados?

Unos días después, en el recreo le digo a Agata: Espérame en las máquinas de café, tengo que hacer una cosa y desaparezco entre los estudiantes que abarrotan el atrio, salgo al jardín y veo a Luciano sentado en un murete, no fuma, bebe con avidez un zumo de albaricoque, me acerco a él y lo miro delante de sus amigos, digo hola y me presento, como si estuviéramos en una conferencia, en un baile de máscaras, trato de mantener mi temperatura constante, evito las risitas, las alusiones.

Luciano tiene el zumo en una mano, el envase es verde y en él dos albaricoques dibujados se entrelazan y declaran que no lleva azúcares añadidos, él tiene los ojos astutos de quienes olisquean la presa, me aprieta los dedos, tiene un agarre generoso, pero no cordial.

Intercambiamos unas palabras, me he puesto para la ocasión una falda negra que era de mi madre y que me sujeto con una goma escondida porque me queda demasiado grande, un par de medias oscuras enrolladas en la cintura, zapatillas traídas el lunes anterior del mercado del pueblo y un amplio jersey gris, destaca mi cara diáfana, las pecas son manchas y el pelo antinatural.

Así que nos vemos para ir al cine, digo sin hacer pregunta alguna sino como para confirmar algo que ya está pasando y él me contesta que vale, me pregunta si tengo número de teléfono y le contesto que no, nada de móviles, solo el de casa y me recorre tal sentimiento de vergüenza que me arde alrededor del estómago, lo noto subir por la garganta, pero contengo el aliento, me trago la humillación como polvo de amianto.

Luciano reprime una sonrisa, pero se apunta el número de casa en su móvil, hace que le repita mi nombre porque ya lo ha olvidado, y pienso en las carreras ganadas por milímetros a mi madre para contestar todas las llamadas telefónicas antes de que lo haga ella y pueda preguntarme y este quién es y dónde vive y qué hace y qué familia es, casi como si la nuestra, en lugar de una familia, fuera la garantía de un producto de calidad.

Me despido sin decir mucho más, no sé qué excusa me inventaré para ir al cine, cómo llegaré, con qué dinero lo pagaré, no sé a quién confesar que nunca he ido al cine, aparte del que ponen gratis en la plaza en verano para ver Mamma Roma -la película preferida de Antonia, que a mí me puso de lo más nerviosa, y a mitad de la proyección me quedé dormida por el cansancio-, no sé a quién confesar que no tenemos televisión y que vivimos solo de seriales radiofónicos, novelas por entregas en revistas y libros, cosas moribundas y listas para su canto de cisne.

Mientras regreso, oigo que me llaman por mi nombre desde arriba, levanto la cara y veo a Samuele asomado a la terraza como si quisiera tirarse, le pregunto qué pasa y no contesta, se retira del parapeto y desaparece, su sombra ya no está sobre mí.

Esa tarde le confío a Agata que estoy enamorada, es mentira, pero me gusta mentir sobre el amor, decir que lo conozco me hace sentir validada, parte de un cosmos ordenado, le pido perentoria que no se lo diga a Carlotta y añado: Ella no sabe nada del amor.

Con las demás compañeras de clase no tenemos muchos lazos, nos tratamos solo con un par que viven en Ce-sano, viajan con nosotras en tren y comparten por lo tanto espacios y tiempos con nosotras, poco a poco vamos aprendiendo a contemplarlas como posibles confidentes. Una se llama Marta y saca notas altísimas en el instituto con una facilidad pasmosa, lo que provoca en mí decepción y amargura, parece no tener que esforzarse como yo para recibir aplausos; la otra se llama Ramona, es hija de militar y de raíces napolitanas, en clase la imitan a menudo cuando pronuncia las e demasiado abiertas, pero tiene una capacidad desconocida para mí: puede reírse de casi cualquier cosa excepto de la sangre. Una vez en clase se cortó el dedo con una hoja del cuaderno, miró su falange y se desmayó.

Les repito a ellas también este primer sentimiento mío, decidido por mera voluntad y estudiado bajo el microscopio, artificial, como un miembro o una pierna perdidos a causa de una granada.

Desde ese día las tengo al corriente sobre Luciano, en su opinión será difícil que me llame de verdad, pero yo espero sin hacer nuevas solicitudes y una tarde, mientras estudio geografía, oigo el teléfono de casa y me lanzo a contestar, presintiendo su voz. Luciano me dice que ese sábado ponen una película policíaca que le apetece ver, no parecen importarle mucho mis deseos.

Le contesto que a mí también me interesa, aunque sea la primera vez que la oigo mencionar y quedamos en vernos en el cine Ciak, en la Cassia, un sitio al que solo puedo llegar tomando dos autobuses y un tren, pero eso no es necesario que él lo sepa, no creo que conocernos forme parte de nuestra cita, tendré que ser siempre un personaje con él, sonreír, cual niña, asentir, me gusta tu casa, me gusta tu madre, me

gusta tu coche, me gusta la forma en que me besas, me gustas desnudo, me gusta esta película, era justo la que quería ver, ¿cómo lo has sabido?

Con la ayuda de Marta, le digo a mi madre que voy a ir a estudiar con ella a Cesano y tomo el tren inmediatamente después de comer, le he pedido a mi padre dinero contándole lo del cine, prefiero jugarme la carta de la confianza para hacerlo partícipe de mi vida, de lo que me pasa, pero he omitido la presencia de un chico porque siempre que oye hablar de hombres, ahora que ni siquiera puede apoyarse en la estrecha vigilancia de mi hermano, se angustia y se retuerce, asumiendo una pose de mártir. Entre mi madre y él continúan las escaramuzas, los malos pensamientos, las manos encima, los silencios encubridores.

Ayudada por los secretos me encamino hacia mi primera cita y asisto impasible a una película en la que no queda vivo ni el propio protagonista, una sucesión de cuerpos destrozados y cabezas cortadas, sangre rociada como si fuera lejía, animales pateados y casas pasto de las llamas; no entiendo si es una prueba a la que Luciano ha decidido someterme y no sé si lo que quiere de mí es que me ponga el vestido de la sensible niña de provincias o la armadura de la hija de proletarios y plebeyos, en la duda al final de la proyección le sonrío y le digo: Deberíamos besarnos.

Así lo hacemos, mientras se encienden las luces, hasta ese momento las únicas palabras que nos hemos dirigido han sido: hola y qué tal estás. Cuando estira una mano más allá de su asiento y la mete entre mis muslos, me levanto lentamente y declaro que ya nos veremos, tal vez.

En un abrir y cerrar de ojos estoy fuera, en la calle, me dirijo a la parada del autobús que está frente a la tumba de Nerón, repleta de pintadas y rodeada de latas de cerveza, me la quedo mirando con convicción y amistad: este es el lugar donde según la leyenda descansa el hombre que prendió fuego a toda Roma.

*

Esa Navidad mi hermano decide no presentarse a comer, así que viene mi abuela sola, tras tomar dos trenes desde Ostia, trae sobre las rodillas dos fuentes de lasaña con champiñones y jamón, nada más entrar en casa hace comentarios sobre todo, que si hay moho cerca de la campana en la cocina y la lechada de los azulejos no es blanca, que si los niños hacen tanto ruido como en una romería y están muy delgados, parecen colines y farolas.

Comemos con la radio encendida, la gente reza con velas en las

manos frente al agujero que ha quedado en el World Trade Center, dicen, y nuestro silencio solo lo rompen las bromas de los gemelos, los ruidos que hacen con la boca, los chasquidos de sus dedos de niños, no tardan en verse silenciados y acorralados por las miradas de mi madre. Mientras tanto, la escarcha de la consternación ha caído sobre Massimo, desde que él y Mariano viven separados no hacen más que llamarse el uno al otro mi hijo y mi padre, lo que confunde a Antonia y me da a mí la misma sensación de cuando llego al epílogo de un libro sin entender el final.

El sitio vacío de Mariano lo llena nuestro malestar, las lucecitas que cuelgan en el balcón son la única decoración que exhibimos y Antonia ha decidido que como hemos gastado demasiado en libros, diccionarios, ropa y papel higiénico, no habrá regalos, total, son palabras suyas, no nos falta de nada.

Nadie les ha contado a los gemelos la historia de Papá Noel ni tampoco a Mariano o a mí, nadie esconde regalos en los armarios o debajo de las camas, nadie se levanta a medianoche para escabullirse al salón y amontonar regalos envueltos con lazos y papel satinado.

Papá Noel es una patraña y no tiene nada que ver con Cristo, alguien se lo ha inventado, es la teoría de Antonia y presume de ella desde que tengo cinco años.

En el colegio, desde primaria, yo siempre he fingido que me lo creía, chupando la imaginación de los cuentos de los otros niños, mientras ellos vivían el desgarro de descubrir que la magia no es otra cosa que humanidad, yo construía fantasías de poliestireno, me esforzaba por apuntalar la ficción.

Cuando acabamos de comer, cruzo la calle, voy a la cabina telefónica y meto el dinero. Lo oigo sonar y espero a que conteste, me lo imagino en casa solo, con un paquete de patatas de sobre, sentado en el sofá color burdeos de la abuela, inmóvil, mirando el alféizar de la ventana o la adelfa del jardín comunitario.

¿Diga? María', soy yo. Ah, feliz Navidad. Feliz Navidad, ¿qué estás haciendo? Nada, me había echado un rato. ¿Por qué no has venido? Antonia se hubiera puesto como una loca y ya estoy cansado de ella. ¿Estás cansado de mí también? No, ¿cómo está papa? Sentado. Te estás volviendo más dura que una piedra. Y tú más lejano que Plutón. ¿Para qué me has llamado, entonces? Tengo que preguntarte una cosa. Pregunta. A ver, cuando los chicos dejan que les toques, ¿prefieren que te pongas detrás de ellos? ¿Qué clase de pregunta es esa? Pues una pregunta, contesta. ¿Detrás de ellos para qué? Para tocarles, colocadas detrás, ¿se hace así o no? No se hace así, ¿alguien te ha obligado? No, nadie, solo sentía curiosidad.

Las monedas se agotan y también nuestras palabras de fiesta. No he tenido tiempo ni oportunidad de decirle que lo echo de menos, que

sin él no tengo a nadie que sepa nada de mí, nadie que suba conmigo las escaleras de casa con un oso rosa de dos metros de altura en brazos, que haga gestos inútiles y por eso mismo sagrados.

Vuelvo encerrada en mis pensamientos, que ya están lejos del pandoro comprado con un diez por ciento de descuento, y de mi padre, que ha abierto la bolsa y vertido el azúcar glas, lo agita ahora como unas maracas, haciendo el ruido sordo de los sacos tirados en medio de la calle.

Después del cine, Luciano y yo hemos seguido con un cortejo de miradas y algún acercamiento, las llamadas a casa se han convertido en una cita nocturna, pero siempre tengo que pedirle que me llame él, porque después de cinco minutos al teléfono, mi madre me hace gestos de que cuelgue y luego el gesto del dinero, el dinero que se acaba, el dinero, el dinero, el dinero perdido.

Lo que nos decimos se queda flotando en el aire, hablamos de los mismos temas una y otra vez, de las clases particulares de inglés que recibe, si gana o pierde en fútbol sala, si va o no al estadio con su padre, si he pensado en él, pues claro -le digo-, he pensado mucho en ti, repito mucho cada vez que pregunta cuánto, porque más que mucho no sé cuantificarlo, ¿qué viene después de mucho, muchísimo? ¿Infinito? ¿El universo? Pienso en ti un universo, le comunico arrancándome las pielecillas de los bordes de las uñas.

Con él no toco las ásperas cuerdas de mi vida hogareña, no planteo cuestiones de existencia ni preguntas incómodas, me muevo con rapidez en las listas de cosas que él tiene pero yo no, y casi me parece como si las poseyera con él, porque ese lazo sutil, oficioso y boscoso, podría ser un signo de participación, siguiendo el principio de los vasos comunicantes, en determinado momento su opulencia se desbordará y seré yo quien la recoja, el jarrón pequeño que mira hacia arriba con la boca abierta.

Samuele se ha esforzado por remarcarme que Luciano y él no son amigos y que no es una persona que merezca la pena, se me ha acercado al final de la hora de Latín y ha murmurado su opinión, que yo no le había pedido. Yo me he limitado a encogerme de hombros.

¿Y qué más da?, le he preguntado, guardando los bolígrafos en el estuche largo y rosa.

Fuera del colegio apenas veo a Luciano, me las arreglo para demorarme un par de veces en el bar frente al instituto donde se pasa horas masticando regaliz y comentando partidos de fútbol, los que ya ha jugado y los que vendrán, y asiento distraídamente. Gracias a la excusa de estudiar en casa de Marta, sin embargo, logro conquistar algunas tardes y empleo la primera en ir a casa de Luciano.

Tomamos el autobús juntos y siento pegados a mi ropa y a la mochila los ojos líquidos y vibrantes de las demás chicas, que

empiezan a darse cuenta de nuestra cercanía y no consiguen entender qué razones empujan a alguien como Luciano a salir con una como yo, la blanducha, mona pero no demasiado, que tal vez tenga piojos y las medias rotas.

El chalé donde vive tiene un seto de laurel, es el primer seto de mi vida, es decir, no el primero en orden cronológico, sino el primero al que concedo valor simbólico, porque hasta ese momento nunca había pensado en querer uno, pero ahora el seto es todo lo que anhelo, poder crear altos confines, circundar y excluir de las miradas.

El dormitorio de Luciano es un semisótano, pero que da por un lado a la parte inferior del jardín, de modo que no tiene nada que ver con los semisótanos que conozco, rincones oscuros y aire viciado de los edificios antiguos; allí, en lo que ellos llaman bodega, Luciano tiene su propio baño y un amplio salón con un billar como los de los garitos en el centro, su habitación es tres veces más grande que la mía y descubro que colecciona jerséis azules de Ralph Lauren, me los enseña con gran emoción.

No tardamos en empezar a besarnos, sus padres no están en casa y si vuelven no se meten y no buscan rastros de su presencia, es como si viviera solo y ya fuera un adulto, como si ya pudiera trabajar de abogado y en cualquier momento salir de crucero a través del Atlántico, visitar el Polo Norte.

Nunca le he preguntado si sale con otras chicas, nunca le he pedido que me clasifique o coloque, que me dibuje con perfiles claros, no me he interesado por saber qué música le gusta o qué clase de chicles prefiere masticar -si son de menta o de fruta-, solo sé que colecciona jerséis idénticos, que le gustan las películas en las que a los buenos se los estrangula igual que a los malos y que sabe peinarse bien, se hace la raya para conseguir esa curvatura de las puntas.

Noto sus intentos de frotamiento y toqueteo, inéditos y torpes, y reacciono apartándome, declaro que seré yo quien lo toque, sus manos no me interesan, él no dice ni sí ni no.

Pero date la vuelta, añado, no quiero mirarte a la cara.

¿Qué quieres decir?, pregunta y yo recuerdo: Ten cuidado con los tíos, incluso cuando dicen que te fíes, incluso cuando parece que entienden, no entienden.

Quiero decir que mires hacia fuera, tu jardín es más bonito que yo.

Y así lo hacemos, me concentro en su nuca, él en los arbustos de rositas amarillas.

*

¿Cómo se las apaña una para traer el diluvio a casa? Otros no lo

sabrán, pero yo sí.

En enero encuentro a Antonia inclinada sobre la mesa de la cocina, ni siquiera ha querido sentarse, sino que clava los codos en el mantel, está hojeando mi agenda, es decir, mi conjunto de cuadernos atados con gomas elásticas en los que ella ha marcado números y fechas, y se ha detenido en una página, la mira con ojos de ogro, enormes y negros.

¿Esto qué es?, pregunta y señala con el dedo la página, aprieta sobre el rectángulo de papel, aprieta y aprieta, le gustaría perforarlo.

No lo sé, me acerco y lo miro, veo que ha encontrado unos dibujos, me los hizo Luciano en el diario, me lo robó cuando estaba en su casa y, riéndose, anunció que me lo adornaría.

Escucho el repiqueteo de la lluvia en el balcón y el agua lista para entrar, inundar la cocina y el baño, los dormitorios y los armarios.

¿Quién te los ha hecho?, pregunta Antonia, doblando aún más la espalda, parece una ballena decidida a hacer de mí plancton y pececitos pequeños.

Un amigo…

Son celtas, hay cruces celtas en tu agenda, su voz se eleva diez notas, agudísima, espesa, tiene la agenda en las manos y la golpea por dos veces contra la mesa, le gustaría transformarla en confeti, yo estoy a punto de ahogarme. Siento los pies fríos dentro de los calcetines de lana, los radiadores parecen distantes, la temperatura ha caído por debajo de cero.

Mañana voy al colegio contigo, grita tan fuerte que creo que va a derrumbarse el balcón y con él el edificio, escucho el clic de la puerta del dormitorio: mi padre se ha encerrado dentro.

No se te ocurra decir ni media, ni se te ocurra reírte, ni se te ocurra irte, ven aquí, mi madre me agarra del codo y abre otra vez el cuaderno, me aplasta la cara contra los dibujos que ha hecho Luciano, como si yo fuera un perro que ha meado donde no debía hacerlo.

A la mañana siguiente dice que no irá a trabajar, se pone su gorro de lana verde y sus guantes azules, su desmañada policromía, que compartimos en mi infancia y que ahora yo rehúyo, me acompaña al tren y hasta el instituto, en su rostro la repugnancia, en el mío la consternación de no poder detener los acontecimientos.

Tan pronto como cruzo el patio del instituto, siento la mano de mi madre volver a agarrarme del codo y guiarme, mantengo la mirada gacha, fija en las grietas del asfalto, en los baches y en las agujas de pino, esperando que llegue el Apocalipsis y nos barra, antes de que sea mi madre quien lo haga.

Con paso militar Antonia me arrastra hasta la planta donde está la dirección y se detiene en la puerta esperando ser recibida, de nuevo

no tiene cita, de nuevo hasta que no le abren la puerta no hace ademán de irse.

Nos sentamos frente a la directora, que es una mujer bajita y de pelo corto y negro, lleva unas gafas redondas y el cordón que evita que se caigan está lleno de perlas, su delicado perfume, que huele a flores y a cardamomo, choca de frente con el sudor a carpintero de mi madre y las carreras en las medias que lleva puestas.

Antonia abre la agenda y se la enseña a la directora.

Un alumno ha dibujado esto en los cuadernos de mi hija.

La directora lo observa y sonríe avergonzada, se retuerce los dedos y trata de quitarle hierro al asunto diciendo que los chicos ven ciertas frases en los muros y no entienden bien, escuchan cánticos en el estadio, o bien reconocen pintadas en los autobuses, es solo ignorancia, incomprensión que se resuelve con el tiempo.

Estimada señora, yo no he estudiado y no estoy aquí para decirle cómo debe enseñar a mi hija, nunca se me ocurriría venir a decirles lo que deben hacer o no, pero espero que se la defienda. El chico ha de ser llamado al orden y también su familia: estos no son dibujos.

Por supuesto…, les diré a los profesores que lo ayuden a entender, que hablen con él, pero quizá se dé usted cuenta de que esto creará dificultades a su hija… Conozco bien a los alumnos y nunca es agradable que se acusen entre sí.

Yo lo acuso, soy yo a quien se le han creado dificultades, ¿entiende? Pretendo que ese chico se disculpe, al igual que su familia y que ustedes.

Mi madre se levanta de la silla y la hace crujir, yo me quedo sentada, inquilina de una pesadilla, tengo las manos empapadas, los mundos que con tanta obstinación mantengo separados en compartimentos estancos se están mezclando.

Son solo dibujos, me gustaría decirle, son solo líneas y círculos, son solo páginas de cuadrícula que podemos arrancar, pero no me sale de la boca ni una sola sílaba, nado en el agua estéril de esa derrota.

6. EL VERANO ES COMO MORIR UN POCO

Fue en mayo cuando mi padre se partió por la mitad, se cayó de un andamio mientras cargaba con dos cubos de cal, uno en cada mano, otro obrero tropezó con una polea y se le echó encima, mi padre perdió el equilibrio y la barra de hierro que debería haberlo protegido cedió, pudo soltar los cubos pero no tuvo tiempo de agarrarse a nada y al caer mi padre sabía que trabajaba en negro, que no tenía seguro contra accidentes, que no tenía pagas extra, que el sobre que le daban un mes sí y otro no tenía que ir a pedirlo en voz baja, que tenía que insistir y recordar que existía y que, al igual que los demás, se levantaba a las cinco de la mañana y se iba a la obra, sabía que no habría sindicatos, que no habría protección, que no habría denuncia.

Era mayo y mi padre estaba en el suelo como un escarabajo, moviendo por última vez las piernas en un espasmo que daba cuenta ya de su rendición.

Un amigo de mi padre llamó una y otra vez a la puerta de nuestro semisótano porque no sabía adonde telefonearnos, porque la factura no estaba a nuestro nombre, porque ya no teníamos teléfono y en la radio estaba claro que nadie hablaría de mi padre, que se había caído, que ya no volvería a caminar, mi padre casi muerto, llamó hasta que mi madre le abrió la puerta y entonces le dijo: Anto', Massimo se ha caído.

Pero el amigo tenía que volver al trabajo, y por eso mi madre salió a la calle en chanclas amarillas y con un jersey que mi padre se ponía en casa, y buscó a alguien que pudiera quedarse con nosotros, pero no lo encontró, así que volvió a entrar, se embutió unos pantalones y luego se sujetó el pelo con la pinza de siempre, después nos puso en brazos un gemelo a cada uno y gritó: ¡Sujetadlos fuerte, ¿lo entendéis?! ¡Fuerte!

Mariano y yo la seguimos, inclinados y cubiertos de indecisión y desánimo, esperamos en la parada el primer autobús que no llegaba, y esperamos y esperamos mientras Antonia iba y venía y no parecía vernos, sus pensamientos se arremolinaban y se desplegaban, eran sábanas al viento. El primer autobús pasó y nos apiñamos en dos

asientos, pero éramos cinco y los gemelos lloraban y luego se quedaban callados y luego nos observaban y luego empezaban a llorar a la vez y Mariano y yo no nos atrevíamos a preguntar qué había pasado ni por qué, teníamos a los hermanos muy bien sujetos, casi hasta asfixiarlos.

El tercer autobús era un horno, las ventanas no se abrían, nosotros hacía más de una hora que habíamos salido de casa y mi madre gritó al conductor que no se podía respirar: ¡Nos hemos quedado sin aire aquí detrás! Pero él no se detuvo, no lo verificó y la gente envuelta en ropa ligera y veraniega nos señalaba aviesamente.

A ese hospital no quiero volver, solo con oír el nombre de Policlínico giro la cara hacia otra parte como si en su lugar hubiera ahora un cráter, la huella de un cataclismo, en urgencias nos hicieron quedarnos fuera en la sala de espera y mi piel sudaba contra la piel de Maicol y su cara era diferente de la mía y de la de mi madre y lo envidié, porque si papá moría a él le quedaba aún la oportunidad de parecérsele. Mariano también se había dado cuenta de que aquello tenía que ver con Massimo y golpeaba con los pies la pared, mientras sostenía a su hermano en brazos cual fardo y desgracia.

Para con esos pies, lo fulminó mi madre y habló con las enfermeras y los médicos, preguntó y desapareció detrás de una puerta y nos dejó así, a los cuatro al borde del acantilado, capaces de lanzarnos.

La gente deambulaba en pantuflas y batas, salía de los ascensores en camillas, alguien dijo que había llegado un hombre con código rojo, que se había caído de quién sabe dónde, seguro que algún desgraciado que trabajaba de albañil y registré la palabra, registré desgraciado y la pasé de una sinapsis a otra como si fuera hiel sobre la lengua. Desgraciado.

Cuando Antonia regresó con nosotros, noté las manchas de sudor debajo de sus axilas y en su rostro una profunda arruga entre las cejas, que hasta entonces me había parecido tal, no había sido surco y valle.

Mi madre nos reunió y nos tocó los brazos con sus manos grandes, esas manos que nunca temblaban, y no lloró y no soltó quejas, no gritó, no insultó a Dios y al cosmos, Antonia no tenía ni treinta años y su marido no llegaba a los cuarenta, se limitó a decir: Papá no puede caminar, lo que me hace falta es que estéis atentos, ¿vale? ¿Vais a estar atentos?

Mariano y yo asentimos, estábamos hechos migas, estábamos aún en la infancia, estábamos sin juegos y sin hogar, pero estábamos atentos.

Debemos ser muy fuertes, muy fuertes, repitió Antonia, cargó en brazos con los gemelos y luego se sentó en una silla de plástico verde, entre los parientes de otros a los que habían llevado allí o habían llegado con sus propios pies, se sacó los pechos de uno en uno y

amamantó a los gemelos que chupaban leche y desinfectante, leche y enfermedad.

Vuestro padre no trabaja en la obra, ¿estáis atentos? No trabaja. Si os preguntan, no trabaja, está en casa, se cayó de las escaleras. Repetidlo.

Nos quedamos callados y miramos sus pechos y la amplia blusa y el sudor y el pelo rojo.

Repetidlo, bisbiseó ella en voz baja y nos miró a los ojos, primero a mí y luego a Mariano.

Papá no tiene trabajo, se cayó por las escaleras.

Papá no tiene trabajo, se cayó por las escaleras.

Ella asintió satisfecha con la interpretación y la entonación, nos obligó a sentarnos otra vez, inertes.

No es mi papá, me susurró Mariano al oído como para alejar la angustia.

*

Oso dice: Gana el primero que salte del muelle. Pero no aclara el qué.

Los ciclomotores están aparcados junto a los escalones del muelle, en la plaza, donde conocí el lago por primera vez, y todavía sigue allí, la misma agua negra, el mismo olor a plumas mojadas.

Oso no se llama así en realidad, pero así es como le gusta que lo llamen, es dos años mayor que yo y él es el único que conozco que tiene un tatuaje en el centro del pecho, el hocico de un oso con la boca abierta, dice que lo soñó de niño, el animal lo devoraba: empezó por la punta de los pies mordisqueándole el dedo gordo.

Marta se apoya con los codos en el manillar del ciclomotor y niega con la cabeza, le da asco tirarse, tiene el pelo muy liso y un gran lunar en la fosa nasal izquierda, el curso está acabando y parece que ella recibirá diez en conducta, una nota que probablemente sea más propia de momias o de pinturas al fresco.

Empiezo a caminar por el muelle, mis chanclas negras suenan clap clap y yo shiik shiik porque estoy sudorosa: ya hace mucho calor, aunque solo estemos a principios de la estación, el agua es casi primaveral.

El Griego se ha quitado la camisa y se queda con sus bermudas de baño, deja los zapatos en el escúter junto con el casco y sube las escaleras, dice: Lo habré hecho diez veces por lo menos.

Pero es mentira, ya me he dado cuenta de que todo lo que dice el Griego es mentira, incluso su apodo, incluso el país donde dice que ha nacido, incluso la profesión del padre.

Veo cómo el Griego me adelanta -tiene la piel morena, casi mulata- y se queja porque el muelle está ardiendo, se está quemando los pies.

Vuelvo la cara hacia los ciclomotores y reconozco a todas las que siguen allí: ni Marta ni Dafne ni Ramona ni Iris piensan venir conmigo para ganar un premio que nadie sabe cuál es.

Oso ha llegado a la balaustrada y grita: ¿Qué pasa, tienes miedo? Me lo dice a mí con el mismo tono que usaría con uno de sus amigos.

Yo no, ¿y tú?

Me quito la camiseta y los shorts vaqueros, en mi cuerpo queda un bañador negro de una pieza, el mismo que quiero ponerme todo el verano, sin cansarme nunca de él, sintiendo cómo la licra se enfría en el estómago después de cada baño.

Oso tiene los ojos brillantes y rojos, como los de mi hermano, no es muy alto y se rapó el pelo hace unos meses, Marta me contó que tuvieron que operarle de la cabeza, siempre le estaba doliendo y un día parece que algo dentro debió de estallarle, como las palomitas, como en el cine.

Él no me responde y se ríe, se sienta en la balaustrada, quiere ser el primero en llegar a los pilones desde los que saltar, pero el Griego lo sigue e intenta superarlo. Por la inseguridad con la que monta a horcajadas, empiezo ya a dudar de que esta sea la undécima vez para él.

Ten cuidado, grita Iris dando unos pasos hacia nosotros y de ese modo ella y yo nos miramos, no sé si sentirme halagada o perpleja, me desconcierta esa preocupación, ella añade: No vayas a resbalar.

Hace poco que nos conocemos, éramos todos unos desconocidos los unos para los otros hasta principios de mes, cuando el Primero de Mayo Marta me invitó a pasar el día en el lago con su primo Oso y otros amigos. Los otros amigos eran estos de aquí: el Griego, Dafne, Ramona e Iris, quien después de enterarse de que yo había leído Orgullo y prejuicio me contestó: Yo también.

Una respuesta que me dejó inquieta, durante mucho tiempo pensé que estaba mintiendo, que quería burlarse de mí. Esos libros habían sido hasta entonces castigos y represalias para mí, me habían excluido de las referencias y de las charlas de las compañeras de mi edad, porque no veía los telefilmes que ellas veían, no jugaba a los videojuegos con los que ellas se entretenían ni leía los libros que ellas leían.

Antes de que los tíos hagan ese gesto audaz, ya estoy yo de pie sobre la balaustrada y me estiro, pongo un pie y luego el otro en el pilón donde atraca el barco que rodea el lago. Desde allá arriba mi pelo rojo revolotea y me golpea la cara.

Noto que el impulso nace de los tobillos, las algas flotan a ras de

agua -dibujan figuras geográficas, podrían confundirse con continentes-, cobro impulso y veo a los chicos avanzar con dificultad, Ramona dice: Nun te schianta', a ver si te estrellas. Así que me zambullo y el agua helada me picotea los muslos delgados y la barbilla, toco el fondo de debajo del embarcadero con los tacones, siento piedras viscosas y cristales que han dejado de ser puntiagudos, está oscuro y no hay nada, abro los ojos y veo las sombras borrosas de unas algas larguísimas, tomo impulso para volver a la superficie, luego otra zambullida rompe el silencio que se ha establecido entre el lago y yo: es Oso que emerge para tomar aire poco detrás de mí.

El Griego se ha quedado sentado allí, con su orgullo escondido en medio de los omóplatos y el rostro derrotado de quien ha sido vencido en una competición de carreras, lleva meses tratando de atraer la atención de Iris y se concentra en ella con ternura, pero hasta ahora solo ha ganado unos escasos apretones de mano y declaraciones de amistad entusiasta.

Has ganado, Oso sonríe y flota haciendo el muerto, ha desbaratado las geometrías lacustres, su brillante cabeza y su cicatriz relucen.

¿Y qué es lo que he ganado?

Nada.

Muevo desgarbada pies y piernas, dirigiéndome hacia la orilla como un perro mojado.

Salgo muerta de frío y camino sobre las piedras y entre restos de basura, pendiente de dónde pongo los pies, de hecho estoy aterrorizada -sentimiento inculcado por Antonia- de pincharme con una jeringuilla.

¿Qué haces ahí? Oso sale del agua y se seca, me pasa a mí también una toalla y mira al Griego colgado donde lo habíamos dejado.

Ahora bajo, dice, pero no se mueve.

Así que Oso vuelve a subir por el muelle y se reúne con él, lo ayuda a bajar al cemento con calma, le da una palmadita en el hombro y lo anima, le dice: Lo harás la próxima vez, ¿cuál es el problema?

El Griego asiente con la mirada gacha, y yo pienso que Oso es amable, humano, y me pregunto: ¿qué pasa si arrojas a un lago a una buena y una mala persona juntas?, ¿se contamina algo, se enjuaga algo, se mezcla y se absorbe algo?

Mis pies están sobre el asfalto oscuro y al cabo de un rato me decido a recoger las chanclas y la ropa que he dejado en el sitio desde el que me zambullí.

No te lo has pensado ni un momento y te has tirado, oigo a Iris detrás de mí, su pelo negro y escalonado se mueve a causa del aire, y también lo hace su vestido amarillo a cuadros con lazos en los

hombros.

Alguien tiene que hacerlo.

¿El qué?

Tirarse.

La veo sonriendo y esperándome en el centro del muelle.

¿Te gustaría conocer a mi conejo enano? Se llama Laude, ya sabes cómo…

Deberías haber llamado Darcy a tu conejo, Laude es solo ese al que Jo le dijo que no se casaría con él ni muerta, le respondo alardeando de conocimientos que ahora parecen justificados, haber encontrado un lugar en el que vivir.

Los motores de dos ruedas se ponen en marcha, yo me aplasto el pelo y me pongo un casco que me pasa Oso, tiene forma de cuenco y me baila en las sienes, está repleto de pegatinas de colores.

Iris realiza el mismo gesto que yo montando a espaldas del Griego.

Me sale muy bien la crema pastelera, me grita, y se ríe a pesar de mi respuesta poco amistosa, mientras los ciclomotores arrancan con el típico broom de los silenciadores modificados.

Y pienso que la crema pastelera no tiene nada, pero absolutamente nada que ver con los conejos.

*

Luciano es mi chico joya, pepita y baúl, mi oropel precioso, el broche de piedras tornasoladas que exhibo en la solapa izquierda de la chaqueta.

Mi madre detesta oír su nombre, tuerce la boca como alcanzada por un latigazo.

Para resolver el feo asunto de las cruces celtas tuve que declarar que había un problema y el problema era mi madre.

Verás, Lucia', mi madre está llena de obsesiones, se crio como una rama torcida, sufre de agudísimas manías de persecución, no sabe distinguir lo que tiene sentido de lo accesorio, se viste como un hombre y es la que paga las facturas, has de sentir lástima de ella, has de entenderla, le basta con que pidas disculpas y todo quedará resuelto.

Para esa ocasión, cuando decidí que el problema no eran los dibujos de Luciano sino Antonia, me puse una blusa roja y una diadema brillante que me había regalado Agata en Navidad, me senté en el murete con los brazos cruzados, el aspecto grave de los que afrontan los fogonazos de un conflicto armado, lo miré a los ojos y con un dedo me toqué la sien, giré el dedo índice una y otra vez, como si estuviera cargando una caja de música, para darle a entender que

todas las fobias de mi madre estaban en su cabezota.

Después de las disculpas de Luciano, se me prohibió dirigirle la palabra, interdicción que he roto metódicamente, usando los móviles de mis amigos en el colegio, metiéndome en los pasillos de detrás del aula magna para hablar con él y llevarle cartas escritas en papel cuadriculado, detrás del borrador de los ejercicios de Matemáticas. He dibujado corazones para él, ángeles con alas pequeñas y asimétricas, frases de un amor de hormiga y plexiglás. Cuanto más lo repites -te amo-, más se desgasta, es cera que cae a chorretones y se derrite, ensuciando el suelo.

El curso ha terminado y yo he sacado una media de ocho y medio, mi madre vio el boletín de calificaciones y comentó que podría haberme esforzado por llegar a nueve, le señalé con el dedo la nota de Italiano, que era un nueve redondo, y ella contrajo la cara refrenando la satisfacción bajo los temblores.

En las últimas reuniones antes de las notas finales, la profesora de Italiano quiso hablar con mis padres y se presentó Antonia sola y la profesora le enseñó una hoja de papel doble con una redacción mía, le dijo que me había puesto un diez, pero que estaba preocupada, porque en la redacción yo hablaba de una fuente con peces dentro, la fuente del patio de un edificio, y mi mano daba vueltas y vueltas y mi boca estaba muda y desde las ventanas del edificio la gente me gritaba: sinvergüenza, y yo con mis dedos de niña apretaba los peces uno a uno, hasta que se les saltaban los ojos de su cuerpo terso, les tiraba de las colas y raspaba las escamas. La profesora le dijo a mi madre que la redacción estaba muy bien escrita, que yo sabía usar vocablos que ningún otro estudiante conocía, pero que había algo, algo que me atormentaba.

De regreso a casa mi madre me lo preguntó sin demora: ¿Hay algo que te atormente? Tienes que decírmelo.

No, no hay nada.

Me defendí retomando la redacción en la que había puesto definitivamente en la picota a mi pequeña yo, la infancia indefensa y los juegos saludables, cuando no sabía pegar y esperaba a que Antonia me defendiera cuando corría a contarles a ella o a Mariano los atentados que sufría mi personita rellena de miga de pan.

Pero tal vez habría debido gritarle: Eres tú, eres tú, sin duda, la que me atormenta y además el mundo entero, y todo lo que no tengo, la televisión, en primer lugar, los telefilmes de las cadenas privadas, las mechas rubias en el pelo, los cromos de futbolistas, la Game Boy, la Playstation, Tomb Raider, todos los libros que me has prohibido, las Lelli Kelly luminosas, los Chupa Chups que me tomaba todas las tardes sin tener que oírte decir que se me caerían los dientes, las caladas a los cigarrillos sin miedo a acabar tumbada en un banco, el curso de

natación, de vóleibol, de teatro, el móvil que suena y suena y nunca se cansa, el McDonald's donde celebrar el cumpleaños, el bolso Guess a juego con los zapatos, miles y miles de millones de zapatillas Nike y Adidas, los bañadores Sundek y las camisetas con Winnie the Pooh, las recopilaciones de éxitos musicales, los discos de Britney Spears, las salidas vespertinas a discotecas para menores, el coche sin carné, el escúter con luces de neón debajo de los estribos, los Big Babol para masticar en clase, el costo que se desmenuza en la palma de la mano y los ojos brillantes de mi hermano, todo me atormentaba, todo, como los peces que están callados aunque la gente me acuse.

Por eso el nueve en Italiano nos parece una herida: Mi hija escribe muy bien, pero cuenta malignidades, desperdicia palabras bonitas en mezquindades.

Acaba el curso y Luciano se va con su familia a Cerdeña, donde tienen una casa junto al mar y un barco, ni se le ocurre invitarme, desde que salimos no he recibido ningún regalo por su parte, y no parece querer compartir esa vida suya de lujo conmigo, me tiene bien segregada dentro de las paredes del colegio y en las salidas por los alrededores, le valgo desnuda en su habitación, pero no para confraternizar con sus amigos.

En la cena de clase que celebramos para despedirnos al acabar el curso solo pido una pizza margarita porque es la menos cara del menú, bebo agua con gas, llevo esa diadema en la cabeza que me hace parecer una catequista y una sudadera grande de jugador de baloncesto, en determinado momento aparece Samuele con sus dos amigos habituales: ha bebido y avanza tambaleándose hacia la mesa, se pone a aplaudir delante de los profesores y hace una reverencia hacia el centro de la sala, les da las gracias por suspenderlo de nuevo.

Todos se quedan inmóviles, pintados en el marco de las despedidas y los adioses, con las manos apoyadas en el mantel de papel, las piernas cruzadas por debajo de la mesa, nuestros profesores parecen de yeso, estatuas de sueldos exiguos y colegas arrogantes.

Así que me levanto y rodeo la mesa, me acerco a Samuele y lo tomo del brazo, lo acompaño a la salida, él se deja llevar farfullando.

Ahora vete a casa, lo echo del restaurante y miro a sus amigos, son los mismos de la terraza.

No has estudiado nada en todo el año, no vengas a montar una escena ahora, le digo y él me mira pálido, con la frente sudorosa, un gorgoteo en los labios.

¿Qué es lo que llevas dentro, piedras?, intenta preguntar, luego se agacha hacia delante y vomita al borde de una alcantarilla, veo los riachuelos de sus jugos gástricos abriéndose camino por el asfalto, los restos de una cena de comida rápida.

Hago una pirueta y vuelvo adentro, no dejaré que me estropee la noche, he sacado las notas que me merecía, tengo un novio rico, tengo un verano por delante, y para quien tiene mi edad, el verano es como la misa, la iglesia, la orilla del río al final del baño, el soplo de aire fresco después de un viaje con las ventanillas cerradas, es el pueblo el que se viste de gala.

Me siento de nuevo junto a Agata.

¿Qué ha pasado?, pregunta ella, intimidada.

Que ha vomitado, respondo cortando un trozo de mi pizza ya reseca.

Ese chico me angustia, pero también me da un poco de pena…, intenta decir ella en voz baja.

La pizza se ha quedado fría, concluyo rumiando una mozzarella de cal y luego -tac, tac- tiro los cubiertos con estruendo en el plato.

*

Se llama Batman.

¿Quién?

El conejo.

Habías dicho Laurie.

Le he cambiado de nombre, total, él ni se da cuenta.

Debajo de la casa de Iris hay un pequeño huerto delimitado por una red verde petróleo, y dentro: ensalada, tomates, repollo, brócoli y un conejo llamado Batman porque es negro y combate el crimen, aplasta con la tripa los caracoles que pretenden atentar contra la berza.

Iris es la primera persona de Anguillara que conozco que tiene una casa parecida a la mía, vivimos a dos kilómetros de distancia y su familia no vive en una vivienda de protección oficial, pero su piso se parece al nuestro: cocina, baño, dos dormitorios, una sala de estar.

Nuestras chanclas están cubiertas de mantillo e Iris busca a Batman entre las cañas de bambú que usa su abuelo para que trepen los tomates San Marzano.

Allí había antes un loro llamado Cresta, me cuenta señalando una jaula larga y vacía.

No pregunto qué le pasó al pájaro, pero le robo una fresa todavía verde, chupo su acidez que me llega hasta la tripa.

Cada día tengo que inventarme una forma diferente de ir al lago.

Recientemente, el hijo de la gente para la que trabaja mi madre ha decidido deshacerse de su bicicleta, así que me ha correspondido en herencia y estoy aprendiendo a usarla delante de casa, ya me he caído dos veces y tengo las rodillas peladas como los niños pequeños,

aunque por ahora todavía no puedo usarla como medio de transporte, así que recurro al autobús de enlace que lleva desde el pueblo a orillas del lago, o bien camino un par de kilómetros hasta casa de Iris y allí, sin que nos vean nuestros padres, Oso y el Griego nos llevan en sus ciclo-motores, aunque montar dos esté prohibido, o bien la abuela de Marta viene a recogernos a todos con su Fiat Punto amarillo pimiento.

Iris duerme en una habitación con su hermana, en la pared cuelgan algunas fotografías de ellas de niñas y banderines de la Lazio -el amado equipo de la familia-, Iris me enseña su librería con gran discreción, porque todavía no tiene muchos libros, la mayoría de los que lee provienen de la biblioteca, pero insiste en hacerme una lista de todos los que ha leído y fichado, pues tiene en efecto un cuaderno donde apunta lo que lee y si le gusta, aún no me lo ha dado, pero ha despertado en mí unas increíbles ganas de compensación, porque yo no tengo algo así y nunca se me ha ocurrido rellenarlo, ya se me han olvidado muchas de las novelas que he leído y son millones las que me faltan por leer.

Me los imagino como un pelotón de fusilamiento: tarde o temprano todos los libros no leídos me dispararán.

Desde que Agata se ha marchado un par de meses a Inglaterra para estudiar el idioma, por el insuficiente que ha sacado en Inglés a final de curso, puede decirse que Iris es mi amiga de todos los días. Por el destino de Carlotta sigo obstinada en no mostrar interés, si me preguntan algo sobre ella respondo con énfasis y teatralidad de gestos: ¿De qué Carlotta me hablas?

Desde junio, mis horarios y los de Iris se han vuelto los mismos: nos vemos alrededor de las diez, vamos al lago hasta las cinco, volvemos, cenamos -porque tanto en mi casa como en la suya está prohibido desaparecer todo el día-, luego, de viernes a domingo, salimos de nuevo hasta las diez a más tardar, después de esa hora Antonia llama a la policía, no es broma, la llama de verdad, y un carabinero amigo suyo sale a buscarme para llevarme a casa después de ir preguntando por ahí: ¿Dónde está la hija de Antonia la Pelirroja?

Iris me pasa a Batman, que tiene las orejas carnosas y un mechón blanco sobre el pelo del hocico, su pelaje negro brilla y sus dientes afilados parecen listos para devorar.

No muerde, me advierte Iris, leyéndome en la cara mis fantasías.

Así que paso mis dedos por su suave pelaje de guardián de la noche y sus ojos amarillos parecen limones arrojados a una palangana.

Después de un cuarto de hora oímos los cláxones de los ciclomotores y recogemos nuestras mochilas en las que hemos metido toallas, cremas solares y libros para leer: yo finjo desde hace semanas estar muy interesada en El idiota de Dostoievski y ella hojea con avidez Martin Edén de Jack London, suspira a menudo y no es raro

que me pregunte por el significado de algunas de las palabras más complicadas. Todavía no le he confesado lo de mi diccionario -sigo leyéndolo y he empezado a subrayarlo, dado que es el único objeto de papel que me pertenece y no debe ser devuelto, he encerrado en un círculo rojo algunas palabras: pávido, perigeo, antropomorfismo-, pero debe de haberse dado cuenta de que sé manejarme con las palabras y su significado.

Junio avanza también ese día entre toallas de playa extendidas en una playa dura y negra, zambullidas subiéndonos una sobre los hombros de la otra para lanzarnos de cabeza, helados Algida que nos tomamos sentados en un bar de verano, de sillas de plástico oscuro y sombrillas con letreros de Coca-Cola que nos dan sombra, mis quemaduras a trozos que me hacen parecer un becerro, las gafas de sol robadas a mi padre que me quedan anchas en la nariz y se me caen si estornudo, mi pelo rojo que, aunque me haga sudar en el cuello, nunca me recojo para no enseñar mis orejas de elefante y mono, las pecas que se han vuelto coléricas, me asaetan en efecto brazos y piernas. A veces Oso pide prestado un bolígrafo en la barra del bar y las une buscando dibujos en mi epidermis: así afloran murciélagos, estrellas de mar, molinos de viento formados por efélides y lunares.

Mi pasatiempo favorito, con todo, sigue siendo luchar en el agua. Cuando no estamos jugando con una pelota de plástico a vóleibol y no hacemos el pino o practicamos volteretas, hago que Iris monte encima de mí y así, una mujer sobre otra, desafiamos a todos los contendientes de los alrededores, duplicando nuestras fuerzas y movimientos, exponiendo al cuadrado nuestras ganas de guerra y victoria.

Si alguien lanza un reto a ver quién aguanta más la respiración debajo del agua yo me apunto siempre, cruzo las piernas, cierro los ojos y expulso el aire con fuerza hasta que, debido al empuje, me encuentro sentada en el fondo del lago, y a partir de ahí empiezo a contar, me entreno para no rendirme nunca, muevo las manos para permanecer abajo y no emerger, hasta que me da vueltas la cabeza.

A Iris no le gusta ver cómo me hundo, por lo general se queda por los alrededores y escudriña el agua que me cubre, si deja de ver burbujas empieza a mover los dedos formando pequeños remolinos para advertirme de que está a punto de intervenir, luego me agarra del pelo, como haría un gato con sus hijos recién nacidos, y me trae de vuelta al mundo.

A la hora de comer tomamos perritos calientes con lonchas de queso derretidas, bocadillos de atún y tomate o, en el caso de Iris, pan blanco y mayonesa, luego buscamos un rincón a la sombra para leer y empezamos a intercambiar hechos y fechorías de nuestras novelas. Poder hablar de eso con ella y ganar puntos en nuestros conocimientos

gracias a mis lecturas da valor a las horas -perdidas para siempre- que paso delante de las páginas: algunas las soporto, otras las padezco, otras sería estupendo si alguien las arrancara para hacer papel de horno.

Ya le he declarado a Iris varias veces mi impaciencia con el príncipe Myshkin, quien, con sus modales cándidos y su blanca flema, me lleva a la exasperación, hasta el extremo de que si lo tuviera delante lo abofetearía.

Odio a los inocentes, digo en voz alta e Iris se echa a reír.

Dafne nos ha confesado que su madre no le deja leer esos libros, porque no son educativos y aún somos demasiado inseguras e incautas para poseerlos, prefiere hacer que su hija se aprenda versículos de la Biblia o que se pase días enteros limpiando las playas o los bosques con los scouts. Y así fue como me di cuenta de que existen en el mundo madres peores que la mía.

Una noche de sábado, aburridas y cansadas como siempre, estamos en la plaza del embarcadero cuando Oso desaparece con el Griego en un escúter. Nosotras las chicas nos quedamos sentadas en un murete mirando la gente que pasa, decidiendo a quién saludamos y a quién no, comentando hechos pretéritos y futuros plausibles para quienes viven en el pueblo, como nosotras. A Iris se le da muy bien hacer imitaciones y poner apodos, de manera que con un código propio de gestos y distorsiones podemos confiarnos las fealdades e intimidades de los demás.

Ya son casi las diez y esos dos todavía no han vuelto, el toque de queda está a punto de cumplirse, y yo paseo de un lado a otro con los brazos en jarras, con el aire de un siniestro comandante de legión.

Luego los vemos entrar a la plaza conduciendo un coche a gas, apesta y solo le funciona un faro, se lo han robado a un vecino del Griego y lo conducen sin carné con sus rostros imberbes y los cinturones desabrochados, toman la curva muy cerrada y las ruedas chisporrotean, luego se detienen frente a nosotras. Solo en ese momento abre Oso las puertas y sube el volumen de un radiocasete antiguo, sintonizado para la ocasión en Radio Vaticano, que incluso el sábado por la noche emite plegarias, abnegación.

Así llega a la plaza, para imponerse a los gritos y a las carcajadas, la palabra de Cristo.

Oso se sube al capó y bendice de pie a la multitud abriendo los brazos y gritando con bondad y sabiduría a los pocos transeúntes: Nunca os libraréis de mí.

A decir verdad, Radio Vaticano es una fiel compañera para los habitantes del pueblo, no porque sean particularmente creyentes o piadosos, sino porque sus repetidores se encuentran a pocos

kilómetros de nuestras casas y, gracias a sus ondas, la radio se deja oír en cuanto levantamos el telefonillo, el teléfono fijo o incluso cuando abrimos el frigorífico. Allí, gracias a la luz artificial que ilumina los alimentos, nos vemos inundados por la voluntad divina y junto con el salami y la lechuga contemplamos el reino de los cielos.

Iris y yo nos entregamos a unas carcajadas fuertes, copiosas y, aunque por lo general yo no sea muy propensa a la risa, incluso lloro y noto que la tripa se me contrae al descubrir la hilaridad de esa escena: la fealdad del vehículo ferroso, el olor a podredumbre que sale del silenciador, la figura de Oso que parece un santo patrón, la música house sustituida por el rosario para las familias.

El Griego nos convence para que demos un paseo, así que lo damos: con las ventanillas bajadas, los brazos fuera, cantamos Almeno tu nell'universo, desgranamos insultos, palabrotas y blasfemias, mientras Radio Vaticano da las buenas noches a los fieles. Entretanto, a Dafne se le ha puesto la cara roja, siente dolor entre las cejas, y el coche sigue renqueando y calándose porque el Griego en realidad no sabe conducirlo.

Y todo sin que dejemos de reírnos, de reírnos de nuestra omnipotencia.

*

Las carreteras que rodean al pueblo están oscuras, pasamos corriendo frente a una pizzería, le digo a Oso que desacelere, toma una curva con ensañamiento, el agua del lago refleja, es una hoja de cuchillo, parte las casas por la mitad.

Llevo puestos unos zapatos negros de plástico, relucientes, que me están destrozando los pies, siento bailar el casco cubierto por las pegatinas, son mis primeros zapatos de tacón, tienen un lazo en el tobillo, la hebilla me muerde la piel.

Es mi noche de gala, mi debut en sociedad, voy de tiros largos hacia la discoteca del pueblo, he convencido a mi madre de que voy a una inofensiva fiesta de pijamas en casa de Marta, se ha tomado su tiempo antes de ceder porque está preocupada por estas nuevas amistades de las que sabe tan poco y mi padre solo ha sabido afligirnos con su comentario: Si Mariano estuviera aquí…

Dejamos atrás el club de vela y nos deslizamos por la recta, el motor está modificado, recorre más kilómetros por hora de lo que debería, una patrulla nos detuvo en dirección prohibida el día anterior, yo sin casco, Oso sonriente, el carabinero de siempre me reconoció, dijo: Si no fuera por tu madre, os llevaba a la comisaría, y quise morderle.

Oso no pone el intermitente, sino que gira entre los chalés y, al final de la carretera, lo veo, lengua de carbón, olor a algas viscosas y arena densa: el lago.

Tomamos la carretera que lo bordea, abrimos las piernas ante la ráfaga de bochorno que nos recibe, los establecimientos de casetas veraniegas están cerrados, en el quiosco de periódicos siguen colgados del cuello dos figuras inflables, un dinosaurio amarillo y una tortuga moteada, yo los llamo los ahorcados.

Oso zigzaguea entre los coches que esperan en fila, la carretera es de sentido único, los locales del paseo del lago se van llenando, las plazas de aparcamiento escasean, él pone sus zapatillas en el suelo y resopla, nos hemos quedado atrapados entre un coche rojo y una jardinera. Ya veo las luces de la discoteca alborotando en el cielo, los que pasan andando a nuestro lado han aparcado antes incluso de la curva de la carretera principal.

Hemos perdido a los demás, le digo a Oso y le pellizco la piel que le sale del casco, él muge.

Se nota el olor a caballos que viene del picadero en la calle paralela, la arena sigue estando húmeda y el asfalto tibio, la discoteca a la que vamos era hace dos años un quiosco de granizados, ahora tiene en el centro una enorme pagoda japonesa, lacada y reluciente. Yo solo la he visto de día y soñaba con sus propiedades hechiceras, con su capacidad de seducción, dentro solo puede haber magos y hadas.

Logramos pasar por fin y aparcamos en los adoquines al borde de la carretera, hay fila para entrar en el local.

Todos llevan camisas, le digo a Oso.

Él se alisa su camiseta blanca y se pone en fila, nos encontramos con Marta acompañada por Ramona, Dafne ha tenido que quedarse en casa porque su madre no se ha tragado eso de la fiesta de sabias colegialas de vacaciones.

No hace falta camisa, responde Oso y se abre paso entre los que conoce, saluda, estrecha manos, su amabilidad logra lubricar sus reticencias, haciéndolo parecer un treintañero con un traje de raya diplomática.

Nos aferramos a él, la entrada para las chicas es gratis, fingimos tener diecisiete años por lo menos, somos presas jóvenes, llevamos el corazón en las amígdalas, la cortina que nos separa de la sala es nuestro umbral, más allá de esa entrada solo pueden producirse increíbles transformaciones, nos convertiremos en amazonas, guerreras y princesas.

Dentro encontramos a Iris casi de inmediato, lleva en la mano uno de esos vasos largos de plástico que dan en los reservados, una blusa

blanca con un lazo en la base del cuello, sandalias con pedrería en los tobillos y el pelo recién teñido por la peluquera de su madre.

Me acerco a ella y veo que se le ha aflojado el lazo de la blusa, se le ve el sujetador, me acerco y se lo vuelvo a atar, en un gesto preciso, y ella me devuelve una sonrisa amortiguada por el alcohol, dice: Gracias.

Mano, lazo, sonrisa. Gracias.

Hay una multitud, nos apretujamos para llegar a la barra, roja, negra y decorada con dragones dorados, siento una fuerte sensación de náuseas y pido un mojito que nunca he probado, pero me da vergüenza pedir una gaseosa, chupo con la pajita todo el azúcar moreno del fondo, la lima tiene un olor acre e Iris dice algo que no consigo oír, estamos asomadas a un estanque artificial donde han arrojado tres carpas rojas.

Trato de no perder a los demás, sigo sus espaldas con los ojos, veo a Oso saludar al Griego y a varios de sus amigos, veo a Marta y a Ramona, que parecen postes de luz en un camino rural, abandonadas y siniestras, perdidas entre el alboroto de lo que no parece ser un escenario propio para nosotros.

Entonces alguien me toca la espalda y me encuentro a Andrea apostado detrás de mí, es cuervo y lechuza, siento que la cabeza me palpita con fuerza, como cuando tengo fiebre o tomo demasiado el sol, él tiene la misma cara limpia y agradable de siempre, los ojos vivaces, una camisa burdeos bien abotonada, trata de informarse, con quién estoy y por qué, luego pregunta: Alguien ha tirado una piedra al parabrisas del coche de mi padre, ¿no sabrás quién ha sido?

Desprende un olor especiado, a madera y almendras, veo que deambula con los ojos por encima de mí, como si buscara algo y no lograra concentrarse, Iris lo mira perpleja y dice con acritud: No es asunto nuestro, tenemos cosas que hacer, y me tira de la muñeca.

Andrea la ignora como si fuera una sombra, luego suceden varias cosas muy rápido, me muevo hacia Iris, él sigue deambulando con los ojos y hace una mueca, como si hubiera visto una rata pasar al galope, mientras alguien le dice: ¿Y tú qué coño miras?

Así que me doy la vuelta y veo a un chico de orejas grandes, pelo a cepillo afeitado por los lados, ojos pequeños y juntos, y por fuera de los vaqueros una camisa azul claro con un cuello rígido, tiene un tatuaje en la muñeca, camina con las piernas abiertas, como si estuviera montando una yegua o un tractor.

¿Y tú qué coño miras?, repite, y Andrea contesta sin rastro de dialecto que no está mirando nada.

Yo clavo los ojos en la cara de ese chico y pienso que no me acuerdo de su nombre, el chico empuja a Andrea sin previo aviso,

pone los ojos en blanco, Iris y yo somos cristales a los que atraviesa la luz de lo que está a punto de ocurrir.

Andrea dice: ¿Le tiraste tú la piedra al parabrisas?

El chico dice que no y se echa a reír.

Entonces, ¿de qué te ríes? Andrea se le acerca y el otro lo vuelve a empujar.

Iris masculla un Vale ya, pero nadie la escucha, la gente nos mira, todos esperan un espectáculo con fuegos artificiales como en la Verbena del Pescado, así que me acerco al chico y le toco el codo, le digo: Dejadlo ya.

Me mira atentamente y contesta: Ya sé quién eres.

En un santiamén estamos ya fuera del local, Iris se ha quedado dentro y dice que llamará a Oso y al Griego, Andrea y el chico se han declarado la guerra y cuando se lucha hay que hacerlo en otro lugar, citarse para desenvainar las espadas, si tuvieran un guante, seguro que ya se lo habrían arrojado con astuta insolencia.

No he podido evitar seguirlos, porque me huelo líos, curiosidad, bronca, mi primera noche como debutante está a punto de terminar, el guión ha sido bastante flojo, las luces estroboscópicas aparecen de fondo y el mojito me remueve la bilis hasta darme asco.

Los dos se amenazan, el dialecto del chico se está volviendo incomprensible, lanza improperios que no consigo reconocer, Andrea y él se empujan, con tres empujones Andrea ha llegado casi a la orilla, el chico lo está arrinconando contra el agua.

Yo grito: Basta.

Andrea me mira con ojos de astronauta, se oye el lago lamiendo la ribera, se ha levantado un viento tranquilo, la superficie ondea ligera, la pátina de las cremas solares disueltas durante el día nunca permitirá que los peces naden hasta la orilla.

Cristia', has sido tú, le sigue acusando.

El chico que se llama Cristiano tiene las mejillas rojas y camisa desabrochada hasta la mitad del pecho, aspecto de haber bebido y siente el mundo penetrarle como un trueno en la cabeza, perturbarlo: Ve a darte un paseo, conmina a Andrea, que salta hacia adelante, entonces yo me interpongo entre ambos.

A nadie le importa tu parabrisas, idiota, le grito a Andrea y lo alejo de allí a patadas.

Cristiano sonríe como si fuera el comienzo, una ventana abierta a un hermoso panorama.

*

Carlotta mira la cama, las sábanas son las de la infancia, luego

agarra la bolsa que es transparente y adecuada para empaquetar el pan, una hogaza de un kilo por lo menos.

La suya es una habitación modular, tiene una cama de plaza y media, un armario puente, el escritorio a juego color rosa pastilla de jabón, sobre la mesa hay libros escolares, un rollo de cinta adhesiva y unas tijeras, las tijeras están ahí en caso de que quiera cambiar de opinión.

Carlotta abre el armario y mira sus vestidos, hay muchos, pero solo ha de elegir uno. Pasa los dedos por el traje de terciopelo verde, poco adecuado para la estación, luego por el de flores estridentes, demasiado exuberante para la ocasión, palpa por último con las yemas de los dedos el de su comunión, es de volantes y blanco, de novia infantil.

Al final decide quedarse como está: un par de mallas negras que le marcan las caderas, una camiseta grande con la ese de Superman, se quita los calcetines, tiene esmalte rojo en las uñas, le parece estar en sintonía con el resto, con lo que está a punto de suceder.

Se sienta en la cama, observa los calcetines tirados en un rincón, agarra el móvil y vuelve a leer los últimos mensajes recibidos, todos tienen el mismo remitente, todos dicen las mismas palabras, esas palabras que se repiten a menudo, aunque el remitente, por el contrario, haya cambiado con el tiempo, el número no está guardado en la agenda porque no sabe quién le escribe.

Tiene los ojos dilatados, los párpados hinchados y es como si viera doble: doble la mesa, doble el estante, doble la cinta adhesiva, doble Carlotta. Una de las dos está sentada en la cama y la otra la escudriña de pie junto a la ventana, la segunda Carlotta la juzga, odia su cabello, sus pechos, su sexo, su piel.

Siente la cabeza llena de saltos y desgarros y nudos y ovillos. Las pastillas que le ha robado a su madre están empezando a hacer efecto: se nota ligera, modesta e impalpable, ve borrosos los contornos de las cosas, se inclina y agarra con las manos abiertas la cinta adhesiva, el tiempo va hacia atrás, se pliega sobre sí mismo y también lo hace su memoria, que no recuerda el inicio, el momento exacto en que llegó, en que puso un pie en el mundo.

Le entra la duda de que la bolsa esté perforada y la revisa, le da vueltas y más vueltas, sopla dentro como si fuera un globo y la sacude, recorre obsesiva sus bordes con las uñas.

No encuentra roturas ni vías de fuga, así que se decide.

Es julio, la radio dice que el Senado de la República ha aprobado la ley Bossi-Fini sobre inmigración, el regreso de la familia Saboya a Italia, y Carlotta Sperati está en su habitación, ni siquiera tiene quince años, se coloca la bolsa en la cara y se la ciñe alrededor del cuello con

la cinta adhesiva, da vueltas y vueltas con la cinta para cerrar toda hendidura, la bolsa se infla y desinfla con su aliento, las tijeras se quedan en el escritorio, tiene los ojos abiertos, lo poco que ve es un techo blanco y las aspas del ventilador que giran. Piensa que el pasado es erróneo, habría que hacerlo pedazos con cuchillo y tenedor, como el pollo los domingos.

O por lo menos así habría escrito yo su historia en una redacción que llevara por título: El verano es como morir un poco.

7. ESTA CASA ES UN DESASTRE

La luz azulada hacía que los ojos de Carlotta parecieran hechizados, los colores de la pantalla se reflejaban en los iris. Con la mano en el ratón, llevó la flecha a una carpeta, el título de la carpeta era AMOR, hizo clic dos veces y la abrió para enseñárnosla.

Yo estaba sentada a un palmo, hacía calor, la ventana estaba entreabierta y oíamos a su perro arrastrar algo por el patio, probablemente un trozo de hierro, hacía tic tic cada vez que golpeaba.

Los ordenadores eran para mí películas de ciencia ficción, yo pertenecía al paleolítico de la tecnología, a las tostadoras, a las lavadoras, a las frecuencias de radio, lo que para los demás era norma era en mi vida el futuro.

Miré con curiosidad el escritorio como si fuera un mapa del tesoro, cuando la carpeta se abrió aparecieron unas fotografías digitales, eran hombres y estaban desnudos, cada una guardada con su nombre y ciudad: Alberto de Barí, Francesco de Pisa, Giuseppe de Montefiascone. Eran muchos, no los conté, pero me parecieron alrededor de cincuenta.

En nuestra familia no rendíamos culto a las imágenes, guardábamos algunas fotos de Mariano y de mí cuando éramos pequeños, hechas por mi padre con su Canon, muchas habían salido borrosas, movidas, en algunas aparecía el pulgar de mi padre, en otras Antonia tenía la boca abierta, los ojos cerrados, bastantes se habían hecho con flash en días soleados, las cuencas de los ojos estaban llenas de luces rojas o muy blancas, a menudo parecíamos extraterrestres o murciélagos. Todas ellas estaban apiñadas en un par de álbumes de tapas negras, herencia de mi abuela paterna, a quien yo no llegué a conocer. Después del accidente de mi padre se acabaron las fotografías, no teníamos nada más que recordar, tal vez mi padre hubiera regalado su Canon a otra familia a la que le hiciera falta construir su propia memoria y no enterrarla.

Agata dijo: ¿Y qué haces? ¿Les mandas las tuyas?

Carlotta asintió entonces y contestó: Claro.

Así que abrió MSN, exhibió sus contactos, en su mayor parte masculinos, las conversaciones que mantenían hasta altas horas de la

madrugada, las fotos que adjuntaban, las declaraciones de pertenencia mutua, de simultáneo placer y orgullo por sus cuerpos exhibidos y compartidos.

Mientras Carlotta enumeraba las propiedades de cada uno de ellos, yo me sentí mareada, notaba la repulsión latirme en las sienes, no sé si fue pánico, si fue desasosiego, si fueron pensamientos inconexos a causa de lo incómodo de la situación, pero tuve que levantarme y observar esas desnudeces desde lo alto, me parecieron agresivas, se me pegaron a la piel de los brazos.

Noté de nuevo, dentro de la habitación de Carlotta, junto a su ordenador y cerca de la estantería donde aún tenía bien alineados los ositos de peluche y los conejitos, que entre nosotras había un abismo: ella corría hacia delante y se lanzaba, yo renqueaba y corría el riesgo de tropezar a cada paso.

Pensar que alguien pudiera guardar una foto mía desnuda me trastornaba, la mera idea, la duda, la vaga hipótesis me oprimía las amígdalas, me provocaba escalofríos gélidos desde el cuello hasta las piernas. Lo cierto es que para mí nunca había habido ocasión de mostrarme, desnuda, frente a otros que no fueran amigos o mi familia y parecía imposible que pudiera pasar, que un día llegara Sergio de Caltanissetta y yo me ofreciera a él, diciéndolé: Te mando una fotografía, ¿te gusta? Tengo los pechos pequeños, pero estoy bastante delgada, no se ven los huesos ni tampoco la grasa, soy una pechuga de pollo de calidad.

Dos o tres chats se encendieron mientras le daba vueltas a tales pensamientos, y Carlotta nos guio por los recovecos de sus conversaciones nocturnas: mandaba besos y besitos, sonrisas, corazones, muchísimos corazones, y lanzaba algunas bromas con intención, preguntaba qué estaban haciendo, dónde estaban sentados y se reía.

Yo sentía envidia por su saber estar entre los demás, por lo que entonces me pareció una sensación de libertad contagiosa y absoluta, tuve la sensación de que su cuerpo retratado posando frente al espejo del baño o sentado en la cama era un símbolo de virtud y habilidad.

Agata también parecía impresionada, señalaba con el dedo a uno u otro chico y pedía información más detallada, y luego participó en el chat, ella también quiso responder y tecleó como una sonámbula, como si fuera uno de esos que se levantan en mitad de la noche y, como si siguieran una voz que solo ellos escuchan, salen a la calle, se ponen en camino.

Yo no sabía cómo participar, qué experiencia poner en común, me sentí dañada, herida por esta imposibilidad mía, por mi no declarado pero evidente e ilimitado sentido del pudor.

Todavía no podía darle forma, ponerle cara a esa discreción mía,

no me preguntaba de dónde provenía, si era la respuesta a la lejanía espectral que se había impuesto a lo largo de los años entre los cuerpos de mis padres, si era una condición transitoria, definitiva, terminal, si sabría emanciparme alguna vez de mí misma, si podría introyectar el fantasma del juicio, de la mirada de los demás, de las opiniones. Solo sabía que no pertenecía a esa escena, no pertenecía a ese ordenador, a esas declaraciones de presencia, a esa noche cálida, insoportable.

Mándame alguna foto, escribió uno de los noctámbulos, y Carlotta no le contestó, dijo que se las mandaría al día siguiente, no le gustaba mucho, tenía poco pelo en la cabeza y unas manos feas, tenía cuarenta años.

Yo seguía de pie y mis amigas no habían apartado la vista del ordenador, nadie se había dado cuenta de mi cansancio, estaba sola, pero a salvo porque nadie me había visto flaquear, nadie había visto mis debilidades.

Me acerqué a la cama en el centro de la habitación y poco después Carlotta y Agata me siguieron, se tumbaron conmigo, ni siquiera nos tapamos con la sábana, el PC seguía encendido, proyectaba un cono de luz en nuestros rostros y me parecía que me observaban con mis pantalones cortos de pijama y el pelo mal cortado, veía reflejada la sombra de mis orejas y me la imaginaba viajando por el éter, llegando a todos los demás continentes.

¿Por qué no nos contamos un secreto?, propuso Carlotta desde su posición central. Nosotras, como fieles siervas, estábamos a ambos lados, decorábamos su cama.

Empiezo yo, contestó Agata: Odio a mi padre, odio los cerdos y las vacas y nuestra granja, no soporto mi apellido en el cartel donde está escrito SE VENDEN TOMATES PARA SALSA, es una cosa horrenda.

Carlotta lo comentó con ella e intercambiaron opiniones mientras yo me preguntaba si alguna vez, en las raras ocasiones en las que había ido a comprarme un vestido a una tienda, alguien me habría fotografiado en ropa interior en los probadores y, si lo habían hecho, dónde estaría ahora guardada yo. ¿En qué carpeta de su precioso PC me habría catalogado? ¿Me habría puesto un título? ¿Me habría puesto un número? ¿Habría un horario concreto en el que me abría en el escritorio y me examinaba?

¿Y el tuyo cuál es?, me preguntó Carlotta, que acababa de terminar de contarnos su secreto y yo no lo había oído.

Me quedé en silencio de nuevo, no era propio de mí participar en el parloteo, por lo general era una excelente oyente o una legítima figurante en el trasfondo de las diatribas, pero ahora podría haberles dicho cualquier cosa a esas dos, tenía mucho que ofrecerles en bandeja de plata: desde el accidente de mi padre, hasta el barrio del

que venía, desde las precoces convicciones políticas de mi hermano, hasta la forma en que Antonia se afeitaba las piernas usando el bidé sin cerrar la puerta, pero en realidad no era eso lo que querían, no aguardaban un boletín de conmovedoras bagatelas familiares, sino algo que me atañera a mí, alguna sórdida grieta, mi confesión.

Los ojos de Carlotta esperaban de mí un salto al vacío, un entregarme a ellas, el sello de esa amistad, y comprendí que mi secreto era ese: si desaparecieran, si en ese momento contaba hasta tres y las veía disolverse, probablemente no echaría de menos nada de ellas.

Tal vez me habría desesperado el regreso a la soledad que me había acompañado desde la infancia, o tal vez habría sentido que había perdido un papel, que ya no podría declararme en público una buena amiga, quién sabe lo que haría por las tardes, quién sabe adonde iría y quién sabe qué sería para los demás.

Le tengo miedo a los puentes colgantes, ni siquiera cuando era niña se me ocurría acercarme a ellos en el parque, contesté en cambio.

Agata y Carlotta parecían parcialmente satisfechas, una de las dos puso una sonrisita consoladora como para decirme que no era grave, que sobreviviría, a fin de cuentas en el pueblo solo había un muelle y nadie esperaba que me tirara desde allí.

Gracias por vuestros secretos, dijo Carlotta cerrando los ojos, mientras los míos seguían pegados a la pantalla y noté una pequeña criatura redonda aferrada al PC, parecía un ojo oscuro, una pupila gigante, una lente fotográfica apuntada como un rifle.

¿Eso qué es?, pregunté haciendo caso omiso a lo que había dicho.

La webcam, respondió Agata y sonrió ante la estupidez de mi pregunta. Para hacer vídeos de forma remota, para que puedas ver al otro sin tener que moverte de casa.

Asentí y busqué un trozo de sábana con el que taparme.

Entretanto, el perro no renunciaba a lo que había cogido y su tic tic resonaba obstinadamente en el patio y en la carretera rural.

*

Invitar a alguien a mi casa significa exponerlo, sin escapatoria, al conocimiento de quienes comparten vínculos de sangre conmigo. No hay esperanza de encontrarla vacía, ni siquiera por la mañana al amanecer, ni siquiera cuando empiezan para todos el colegio y el trabajo, mi padre está allí.

Antonia habla de él como de nuestro guardián sin piernas, ciertamente no podrá agredir a los ladrones, pero será testigo de su robo, presencia de mármol.

La verdad es que no hay nada que robar dentro de nuestras paredes, si hay dinero en los cajones o debajo de las camas no lo sé, pero estoy segura de que mi madre lo tiene bien escondido, probablemente en su ropa interior o entre sus pechos, creo que preferiría tragárselo antes de que se lo quitaran.

Quién sabe lo que pensaría un ladrón de las cajas de zapatos que usa Antonia para separar los calcetines de las camisetas en nuestros cajones, de los recipientes de huevos que pinta de azul, de plata, de púrpura y guarda en un estante en su habitación, los llena de baratijas, anillos de bisutería, collares hechos por ella misma con las conchas encontradas en Ostia y las cintas de los paquetes, los salvamanteles hechos gracias a tapones de corcho, restos del vino tinto y espumoso que tanto le gusta a mi padre y hace que a mí me duelan las sienes.

Tal vez nuestro huésped no deseado pensará que somos todos muy creativos en nuestra vida cotidiana, que nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y nos dedicamos, pincel o rotulador en mano, a extrañas obras de bricolaje y découpage -la segunda es una de las actividades dominicales favoritas de Antonia: recortar flores de las servilletas y pegarlas con cola en superficies de madera al azar (mesitas de noche, cajoneras, palos de escoba)-, pero eso no es exactamente así, la casa y sus ornamentos, su razonable organización y su decoro son atributos de Antonia únicamente, sus vastagos.

El régimen de reutilización y falta de desperdicio nos lo impone la vida y la vida pasa a través de mi madre. Ella es la cocinera del pan duro, de las albóndigas con guisantes que sobraron de la noche anterior, de la tortilla de arroz, del machacar todas las sobras con un tenedor en un bol, echar un poco de huevo encima y meterlas en el horno, sin prestar atención a la combinación de especias o sabores, la nuestra no es una cocina de paladares exigentes, sino de exigencias de supervivencia. Antonia aprendió de su madre y de su abuela a no dejar que se pierda ni una sola gota de café, a freír las pieles de patatas, manzanas y peras, a improvisar sopas en las que flotan desde verduras a carne hervida, desde la pasta que queda en el fondo de la caja a hierbas que ha puesto a secar en el balcón en racimos boca abajo.

El ladrón, invitado como comensal a nuestra mesa, no sé cómo reaccionaría ante nuestras obsesiones semanales: carne los lunes -una hamburguesa cada uno-, ñoquis los jueves -hechos a mano por Antonia y yo y, a menudo, demasiado grandes y parecidos a patatas enteras-, o el pescado del viernes, por lo general palitos de marca blanca, bacalao empanado y frito en la sartén, símbolo de unión familiar.

Mi padre es uno de esos seres humanos que, a pesar de haberse

pasado años comiendo siempre lo mismo, preparado siempre de la misma forma y siempre por la misma persona, nunca pierde ocasión de hacer algún comentario, de señalar algún detalle que le molesta, como la sal o la cebolla, como el parmesano o los filetes de carne demasiado finos, como si tratara de escapar de nuestra reiteración, de nuestros obstinados almuerzos.

Cuando voy a comer a casa de mis amigas, no es raro verlas dejarse la comida en el plato, quejarse por la cocción de la pasta o la dureza del pollo, mostrar preferencias sobre lo que se servirá en la mesa: yo no tengo ese poder sobre nuestra alimentación, al contrario, siempre he de mostrarme favorable al menú, evitar que los gemelos se levanten mientras comen, defender nuestra comida de las protestas de Massimo. El método más efectivo es el de la tos: toso mientras habla.

Mientras Mariano vivía con nosotros, desayuno, comida y cena eran campos de batalla, la tomaba con las verduras a la plancha, se quejaba del color del vino, del exceso de vinagre en la ensalada, ahora cuesta poco aplacar las tímidas tentativas de Massimo y meterlas en la cama temprano.

Además, un visitante notaría sin duda la injusta diferencia entre mi dormitorio, bastante grande y habitado por un enorme oso rosa, y el cuartucho de los gemelos, que ahora tienen ocho años. Nadie ha intentado por ahora proponerme un cambio o su entrada a mi mundo, pero siento que cada año se acerca el momento, ese en el que serán lo suficientemente mayores para desazonarme, tener opiniones, tomar posesión de mi aire viciado.

No hay más relación entre Maicol, Roberto y yo que la de la costumbre, la distancia de años que nos separa es apocalíptica para mí, pertenecen a una era geológica diferente, hablan otro idioma cuyos fonemas no reconozco, muestro mi desinterés por la forma en la que empiezan a dejar de parecerse, por los gustos paralelos que se dejan intuir, por el pelo rizado de uno, por el más tupido del otro, por cómo dicen mamá y ma', por cómo saben obedecer con sosiego.

A diferencia de Mariano y de mí, mantienen con mi madre una relación de total sometimiento y carencia de cólera, pasan con ella la mayor parte de su tiempo y están encantados, pegados a su lado casi como si esperaran todavía desnudarla y absorber de ella leche e ideas.

Cuando mi madre le quita los pantalones del chándal a Massimo y se sienta con él en la cama y le masajea las piernas con una crema, preparada por ella, y le levanta y le baja los muslos y le dobla las rótulas y le toca las caderas y los huesos que parecen acortarse cada año más, los gemelos se sientan en la cama y observan partícipes ese ritual, aprenden cómo realizarlo, conscientes de la herencia incómoda que recibiremos: papá nunca volverá a caminar y si Antonia faltara, seremos nosotros los que tendremos que inventarnos un ungüento, una

pomada capaz de evitar su descomposición.

En esos momentos íntimos y surrealistas, yo observo desde la distancia, como lo haría ese famoso ladrón detrás de su pasamontañas, desconocido, marginado.

Hace más de un año que Mariano no comparte conmigo este revoltijo de emociones pegajosas, espesas y sudorosas, sin él soy hija única y la única hija que se siente de más en su propia casa.

El día que Iris me pregunta si puede venir a ver mi habitación, le digo que no, que mi habitación es pequeña, sucia, no hay nada bonito que ver, ni siquiera libros porque todos son prestados y devueltos, pero ella insiste en que no le importa lo que hay, a ella le interesa ver dónde duermo. Es verdad que yo he visto dónde duerme ella.

Nuestra reciprocidad me asusta, sus ojos posados en lo que me parece inconfesable me turban, me provocan estornudos.

Sin embargo, al final se presenta ante mi portal y sube a casa, cruza la puerta, ve la figura de mi padre en su silla junto a la radio apagada y dice: Buenos días, y él responde Buenos días, seco y sobrio, y ella no se da cuenta, no hace preguntas, no clava su mirada en los detalles bochornosos, en nuestras excentricidades, me sigue a mi habitación y se pasa el tiempo sentada en el suelo con la espalda contra el oso gigante, dice que tengo una casa preciosa, de verdad, le gusta mucho, llena de color, está viva, no soporta la obsesión de su madre para que el parqué y el salón estén siempre impecables, tenemos casas del mismo tamaño, pero en la mía fluye la linfa.

¿Dónde lo conseguiste?, me pregunta apoyando su cabeza sobre el oso.

Lo gané disparando en la feria, le confieso sentada en la cama y busco con la mirada algo que deba esconder, que tenga aspecto de estar fuera de lugar o llame la atención.

Muy propio de ti.

¿Qué?

Eso de disparar y ganar.

¿Por qué?

Porque eres así, nunca te falta coraje para hacer de todo.

No sé qué contestar a esa frase, nunca me he visto como alguien capaz y de voluntad fuerte, siempre he obrado solo por impulsos y convulsiones, por sentimientos de revancha y de vergüenza.

Se me viene a la cabeza un detalle de cuando, entre las muchas definiciones, leí precisamente esta: coraje s. m. [del provenzal coratge, y este del latín medieval *corati˘cum, a su vez del tardío coratum, derivado de cor, «corazón», en última instancia del protoindoeuropeo *k'e-'r].

Tiene que ver con el corazón, cuánto corazón le echas y cuán lejos

lo arrojas, con la sangre bombeada, las arterias, las venas, los latidos, el flujo, el movimiento del ánimo, la presión y los cambios de voluntad. Y no es que me apasionen los corazones, lo de dibujarlos, formarlos con los dedos, colorearlos en los márgenes, verlos en las papelerías en febrero, encontrarlos impresos en telas y pantuflas, los corazones, rosas, rojos, solo los uso cuando he de fingir.

No es así, Iris, le digo y la miro.

Nos quedamos quietas unos instantes, en lo que acabamos de definir, en nuestros corchetes y abreviaturas, en las lenguas muertas de las que derivamos, los coratĭcum y los cor.

Busquemos un nombre para el oso, ya sabes que odio que las cosas no tengan nombre, contesta ella al final.

*

La señora Mirella no vive en nuestra casa, la alquila, eso piensa mi madre desde que telefoneó a la portera del edificio de corso Trieste.

Esa es la casa que tenemos en custodia, legalmente vivimos allí, por más que mi madre siempre sienta el temor de que puedan revocarnos la custodia, ese es su tormento, su posible crisis histérica, la revocación, el cambio, alguien que encuentra el expediente y manda a los asistentes sociales, los manda a controlar, sin embargo, sea quien sea el responsable parece haberse olvidado de nosotros otra vez, considerándonos ya desde hace años definitivamente colocados en su sitio, como muñecotes en su paquete regalo.

Antonia intenta explicármelo y le harían falta dibujos, un gráfico, líneas rectas, un tejado hecho uniendo los pulgares de las manos. ¿Por qué ha de ser tan difícil para nosotros entender el lugar al que pertenecemos? Qué dirección debemos escribir en los documentos, dónde está nuestra residencia. Y si no residimos, ¿qué hacemos entonces aquí?

Antonia se sienta junto al horno, en el que está calentando zanahorias y guisantes, gesticula en el aire y sobre la mesa, como si estuviera compactando bloques de cal o dispuesta a amasar harina y huevos, se inclina y extiende el hojaldre imaginario de nuestro hogar.

Con sus manos y su voz empieza a contarme cómo hemos llegado allí, gracias al amigo de un amigo de su amigo Vincenzo, el que nos ayudó con la mudanza, quien le hizo saber a mi madre que existía la posibilidad de reubicación y de huida, a través de conocidos, las firmas de un par de hojas, los acuerdos válidos para una cierta cantidad de años, él fue el artífice de ese intercambio de casas.

Antonia no estaba a gusto en corso Trieste, éramos infelices, todos los días nos tocaban nuevas batallas para defendernos de los juicios y

las pretensiones de quienes tenían más que nosotros y ella llevaba años y años luchando por la asignación y estaba cansada, agotada, destrozada, quería una casa tranquila en un lugar tranquilo.

Vincenzo había oído decir al amigo de su amigo que conocía a una tal Mirella Boretti, viuda de Mancini, a quien le había sido asignada una vivienda de protección oficial, propiedad del municipio de Roma, pero fuera de la ciudad, en la localidad de Anguillara Sabazia, porque el Ayuntamiento poseía algunas casas propias en el cinturón de la capital que destinaba en ciertos casos a los solicitantes de vivienda.

A la señora Mirella, sin embargo, no le gustaba el lago, no quería seguir viviendo a orillas de nada, la expulsión de la ciudad era onerosa para ella y sus hijas, y estaba buscando a alguien dispuesto a hacer un canje a plazo fijo, sin cambiar la custodia o la cesión, sino solo estipulando un pacto, un acuerdo privado: ella pagaría las facturas de la casa romana y nosotros las de Anguillara, ella viviría en corso Trieste y nosotros en el pueblo, y las dos, Mirella y mi madre, se mantendrían en contacto para establecer cargas adicionales, gracias a un guiño por aquí y otro por allá, entre los conocidos de la señora en cuestión, nadie verificaría ni inspeccionaría nada, nadie nos daría preocupaciones.

Así que mi madre, que siempre había sido leal a sus deberes y se había mantenido en equilibrio entre legalidad e ¡legalidad tratando de no dar nunca pasos falsos y definitivos, firmó ese papel y entregó corso Trieste a Mirella Boretti, viuda de Mancini.

Esa tía está alquilando nuestra casa, me dice Antonia después de haber resumido lo mejor que pudo los pasajes más destacados de la historia. La alquila y gana dinero, porque es una casa que vale mucho.

Antonia se retuerce los dedos, los aprieta hasta que se le ponen blancos en las puntas, luego golpea la mesa con la mano abierta, sabe que se ha equivocado y sabe que, si bien es cierto que a mucha gente se le perdonan sus errores, a nosotros no, si eres de los de abajo y te equivocas pagas por partida doble, no tienes red de protección, no tienes conocidos, no tienes dinero para pagarte la absolución.

La señora Mirella se pasa semanas sin contestar al teléfono cuando mi madre la llama o finge ser otra persona, declara que es la hermana, la hija, y luego cuando habla por fin con Antonia no le dice mucho y siempre en términos vagos, le responde que claro que vive en corso Trieste, bueno, en realidad las que viven allí son sus hijas, nada de alquileres, nada de burlas, pero si son sus hijas las que viven allí, ¿vive ella en otro lugar, entonces?, ¿dónde? La señora aclara que no se han entendido bien, ella vive allí con sus hijas, juntas, por supuesto, viven juntas.

Al cabo de un mes, la señora Mirella vuelve a dejarse ver en el patio de corso Trieste, la portera tranquiliza a mi madre, solo ha sido

un presentimiento infundado, tal vez la señora estuviera fuera por trabajo, o en casa de su hermana que suele estar enferma, tiene muchas hermanas, todas viven muy lejos, lamenta que nos hayamos preocupado.

Mi madre se deja convencer y en poco tiempo corso Trieste vuelve a ser un zumbido de fondo, el murmullo de una preocupación que hay que relegar y yo también me olvido del asunto.

*

A partir del 1 de diciembre decoro la casa y comienzo una guerra por los flancos para aturdir a mi madre y convencerla de que se rinda: este año lo celebraremos como es debido, habrá postres, habrá siete y media, habrá asado y, sobre todo, habrá regalos. Mariano y la abuela serán nuestros encantadores invitados y nos sentaremos todos juntos, como los santos y los conspiradores.

Los árboles de los parques públicos están todos desnudos y con la ayuda de Oso consigo arrancar una rama seca lo bastante grande como para utilizarla de adorno navideño, él se trae una sierra de casa y yo hago de vigía, compruebo que nadie se dé cuenta del robo.

Mis pensamientos infantiles sobre arrancar las rosas que brotan de los setos ajenos vuelven a mí como una bofetada, pero luego pongo la otra mejilla ante la satisfacción de realizar un acto que mi madre calificaría de indecente.

Oso me pregunta si puede ayudarme a llevarlo a casa y le digo que no, que lo haré yo sola.

Coloco la rama cerca de la entrada, y la decoro con todo lo rojo que hay por casa, calcetines, cintas, gomas para el pelo, trapos, lazos, muñecas y estrellas recortadas en cartones blancos.

Antonia, cuando vuelve por la noche, la mira fijamente y estalla en carcajadas, dice que es lo más lamentable que ha visto en su vida.

Iris encuentra en el sótano del abuelo unas luces de Navidad que ya no utilizan, solo a ella le comuniqué mi plan de reconquistar el 25 de diciembre, y ahora es mi cómplice en la planificación de la santa fiesta.

No todas las luces que recuperamos funcionan y algunas se funden en cuanto las probamos en un enchufe, pero son suficientes para crear ambiente, así que cuando viene a mi casa, las colocamos estratégicamente alrededor de la rama y sobre el borde de nuestro sofá, que es de color rosa salmón, tras haber perdido entre los numerosos lavados obsesivos de mi madre su color rojo inicial.

Nos damos cuenta con satisfacción de que falta muy poco para alcanzar nuestro objetivo: lo que nos hace falta son los regalos. Yo

reúno de inmediato lo que recibí de Luciano y que puede reciclarse sin ningún problema, de hecho, es un jersey verde botella que me queda el doble de grande, ni siquiera eligió él la prenda, sino que hizo que su madre se lo trajera de su tienda de Parioli sin prestar atención a mis medidas de hombros, caderas y barriga: a Antonia le quedará perfectamente.

Para los demás, la cosa resulta más difícil: al no estar entrenada en regalarles nada, nunca me he preguntado qué le gusta o no a mi familia, no he pensado en tener que complacerles, en evitar repeticiones en su vestuario, en ahorrar dinero para sorprenderlos. Al final optamos por algunas prendas de punto hechas por la abuela de Iris: una bufanda para Mariano, sendas bufandas para los mellizos, y para mi padre, con el fin de impedir la burla de regalarle algo que seguramente nunca se pondrá, un chaleco naranja con el cuello en V.

Iris hace unos paquetes con el papel de il manifestó que encontramos en el cubo de la cocina y que, tras seleccionar las páginas que no estaban manchadas de lechuga, consideramos adecuadas para nuestro propósito.

Llegamos al último día de clase y planificamos nuestras vacaciones de Navidad con la idea de reunirnos para jugar a cartas y al bingo, ir al muelle y subirnos a las atracciones, hacer que nos inviten a una copa de prosecco en Nochevieja, deseamos con impaciencia restablecer los juegos de miradas de finales de agosto, la complicidad, los cuerpos que se olisquean, la electricidad de las estupideces.

En los meses anteriores no hemos podido vernos muy a menudo en grupo, el final del verano se nos echó encima y el inicio del colegio barrió los días en el lago y las lecturas al sol, los equilibrios cambiaron, tengo el presentimiento de que nunca volveremos a estar todos juntos durante un verano entero.

Por eso, en recuerdo del pasado cercano, Iris y yo nos dedicamos con un esmero conmovedor a los preparativos de esas vacaciones, que tienen derecho a ser perfectas y luminosas, de manera que pasamos horas eligiendo la ropa con la que nos vestiremos para fin de año y yo no siento repulsión al verla de pie frente a mi armario revisando mis pocas chaquetas y mis jerséis.

Esta te iría perfecta para Nochevieja, sonríe, y me enseña una camiseta con la S roja de Superman impresa, la agita y alisa las arrugas, la verdad es que estaba apelotonada en el fondo de mi armario.

No me río, se la quito de las manos y la tiro otra vez al sitio de donde la sacó.

La camiseta es un regalo de Carlotta, que compró tres idénticas: una para mí, otra para ella y otra para Agata, divirtiéndose mientras nos llamaba superheroínas y hablaba de nuestros poderes: saber volar,

encantar con la mirada, convertir la madera en oro.

Da asco, respondo bruscamente y cierro la puerta con una excesiva brutalidad.

*

La nariz de mi hermano me resulta desconocida, ya no es el punto central de su identidad, sino un detalle común, la presencia cualquiera de un lunar o de una peca. Él, con su tristemente famoso cuerpo, me parece haber encogido, como si yo fuera una adulta frente a los objetos de la infancia, a las mesas, a las sillas, a los edificios que veía gigantescos y que ahora tienen el aspecto de dóciles polillas o escarabajos.

Mariano se queda mirando la puerta del armario en la que he pegado las letras recortadas de los periódicos de papá, he compuesto mi nombre con diferentes formas y colores, lo he repetido cuatro veces. Yo, yo, yo, yo. Tal vez para hacer que me guste, para concebirlo como oportuno y no como una etiqueta que mi madre eligió y me puso, equivocándose en todo.

Los objetos están lejos, la vida de Mariano se ha retirado de sus superficies, la sábana de sus días está tendida en otra parte, aquí ha quedado su sombra gris, el humo disperso de su paso.

Se sienta en la cama en la que antaño dormía y luego se levanta de inmediato, se limpia los pantalones como si estuviera sucia o algo la hubiera contaminado: nuestra hermandad es cargante y pegajosa.

¿Por qué no la has quitado todavía?, me pregunta.

Porque es tuya.

Yo ya no vivo aquí.

Hago una mueca que ahuyenta su claridad, su cristalino deseo de llevarme de vuelta a la verdad. Para mí, la cama está ahí, a la espera, siempre preparada para su regreso, para esa noche en la que cambie de opinión y tenga otra vez ganas de dividir nuestra habitación en dos con una sábana, de volver a ser mi mitad del espacio, de asomarse por nuestra ventana, de lanzar miradas y calcetines por los rincones.

Me he enterado de lo de tu amiga, me dice, y me doy cuenta de que se ha hecho un piercing en la oreja, lleva un aro de plata que cuelga de la izquierda, su cara parece haber envejecido años y está cargada de experiencias y viento.

¿Qué amiga?, le pregunto y cojo el cepillo de la mesita de noche, me dedico a mi pelo con tenaz esmero, preparándome para la comida de Navidad como si fuera mi comunión.

La que se suicidó.

No detengo el cepillo, sino que me lo paso y repaso con

obstinación por un enredo de pelo alborotado, tratando de deshacer los nudos, de pasar las cerdas y los dedos.

Ya no éramos amigas, intento zanjar la conversación, tiene que manar en otra parte, alejarse por el desagüe.

Hubo un funeral y yo no fui, en su instituto organizaron un acto en su memoria y yo no fui, Agata me invitó a acompañarla a casa de Carlotta para hablar con sus padres y yo no fui. Para mí su muerte no existe, la rehúyo porque me resulta indigesta: detesto el injusto sentimiento de culpa que me dejó, detesto la teatralidad de su gesto, detesto la afectación con la que los demás hablan de ella, detesto la hipocresía de quienes se descubren solidarios con alguien a quien nunca, repito, nunca, quisieron, solo cuando ha muerto, detesto ese pueblo que busca explicaciones para todo, que indaga sobre las muertes jóvenes en sus detalles más íntimos e ínfimos: el color de su esmalte de uñas, la camisa que llevaba, qué tamaño tenía la bolsa con la que se asfixió.

El pueblo lleva meses murmurando, sugestionando, hilvanando cuentos y demonios, recorre todas las etapas del terrible asunto, una y otra vez: desde las amigas que le dieron la espalda como yo, a las notas que sacaba en clase de Italiano, pasando por los hombres que le escribían mensajes obscenos y violentos, por las fotografías de cuerpos desnudos encontradas en su ordenador, por la cara que tenía de muerta, por la de veces que se masturbaba antes de acostarse. La gente vampiriza la muerte, le extrae todo decoro, la gente se agolpa en el funeral para decir que estuvo allí y lloró a alguien que le era indiferente. Diez, veinte, treinta personas se acercaron a mí para preguntarme por qué, para preguntarme cómo era posible, para preguntarme ¿y tú cómo te encuentras? Y yo contestaba muy bien, estoy perfectamente y no sé nada.

Carlotta pende ahora sobre mi cabeza, es mi espada suspendida, el hacha de un verdugo, sueño por la noche que quiere contarme sus secretos y luego su voz se apaga y se convierte en un monstruo negro, una arpía, un pozo profundo. Carlotta se ha tragado los secretos, los falsos, los verdaderos, los no escuchados.

Pero antes la veías mucho, ¿no? Supongo que no ha sido nada fácil para ti… Por qué no me lo dijiste por teléfono, tuvieron que contármelo otros.

No había mucho que decir, está muerta, se suicidó y yo no tuve nada que ver.

Sé que no tuviste nada que ver, ¿y qué?

Vamos para allí, digo, soltando de repente el cepillo. Incluso he hecho que Antonia prepare el asado, llevo semanas planeando esta Navidad, por favor, ¿podemos no hablar por enésima vez de la que murió?

Oigo cómo mi voz se vuelve agria y mis manos se empeñan en alisar mechones de pelo ya lisos, luego me pongo la diadema de las grandes ocasiones y me giro para mirar a mi hermano.

Mariano es un excelente lector, siempre ha interpretado mis sobresaltos, mis oportunidades perdidas, pero ahora, después del tiempo que nos ha separado, soy un arcano para él, me escruta y se toca la barbilla, se pone casi de puntillas, veo en sus ojos las ganas de abrirme desde la garganta hasta los ovarios, de mirar qué hay dentro.

Podría decírtelo yo, alguien ya lo ha intuido: en mi vientre solo viven piedras.

No te entiendo, Mariano quiere preguntarme en tres palabras qué pasa, qué queda de mí, qué he expulsado fuera, por qué no me libero de estorbos e insignificancias, por qué no lloro ni me desgañifo, por qué no me arrepiento, si algo está estallando dentro de mí y dónde.

Paso por delante de él y abro la puerta, oigo a mi madre trasteando en la cocina, la mesa está puesta, las luces encendidas, mi rama de Navidad no es decorosa, pero está ahí, hace acto de presencia y los obliga a todos a recordar que este es un día de fiesta, cada uno debe esforzarse para que siga siéndolo.

Mi abuela es de pequeña estatura y muy delgada, pero exigente y activa, sigue a mi madre en todos los preparativos y controla sus movimientos, desde la elección de la sartén hasta la adición de la sal, desde el orden de las especias hasta el servicio de los platos. Mi abuela dice que no se ha teñido el pelo desde hace años porque le parece un despilfarro, aunque es una abuela joven; desde fuera, todos lo somos, desde mi madre hasta los mellizos, pasando por mi abuela y Mariano, pero en el fondo nos sentimos guardianes de muchas vejeces, de largas vidas. Creo que ha decidido dejarse las canas desde que Mariano vive con ella, no quiere que la confundan con su madre.

¡Papá! Lo llamo en voz alta y le quito a Maicol de las manos un muñeco con forma de rata, lo conmino a que se siente y hago lo mismo con los demás, enciendo una vela roja en el centro de la mesa gastando una cerilla, y los miro: estamos tan poco acostumbrados a reunimos que la mesa se nos hace estrecha, las sillas crujen.

Mi padre parece que va a echarse a llorar en cualquier momento, tiene la cara de un hombre que murmura y lagrimea, la aparición de Mariano lo ha dejado descolocado, aferrado a sus terrores: teme el momento en que vuelva a marcharse. Su juego de miradas de no padre y no hijo es tierno y casi alarmante, implica un afecto entre personas que no saben cómo comunicárselo, que nunca encontrarán las palabras.

Bueno, comamos, hay un montón de cosas, nos incita la abuela, y sirve los platos con mi madre, poniendo pasta al horno a todo el mundo y aconsejando que no nos pasemos porque también hay asado

y patatas, y luego postres y quesos. Hemos hecho las cosas a lo grande, como es debido.

Nuestra Navidad dura media hora y, luego, tal como ha llegado, termina.

*

¿Cómo que no vas a votar?, dice mi madre.

Ha terminado su loncha de asado, ha pedido una pequeña, porque siente un peso en la barriga, un nerviosismo de piedra.

Pues eso, que no voy a votar, que no sirve para nada, le responde Mariano.

Los temas de conversación en la mesa se alejan cruelmente de mis brillantes notas escolares, del grupo de canasta de la abuela, de los problemas de la instalación eléctrica del colegio de los gemelos, del hecho de que papá quiere tirar todas sus corbatas viejas, incluso la de rayas verdes y rojas de su boda.

Votar es un privilegio, declara Antonia, y ya se ha puesto tensa, puedo ver su mandíbula rumiando en vano.

Maicol dice: ¿Puedo dejar las patatas? Tengo muchas.

Para ti todo es un privilegio, hace años que nos cuentas esta historia. Votar ahora es inútil y, además, ¿a quién se supone que tendría que votar? Mariano mastica con la boca abierta y la salsa de la carne le gotea por un lado, donde los labios han cedido.

A los que estén más a la izquierda, murmura Antonia y levanta la mano indicada, dándome casi un manotazo en el codo. Y tú siéntate bien, por favor. No estás sola en la mesa.

Cierro mejor los codos y miro atentamente la caja del pandoro, pienso que es buena idea levantarme y desenvolverlo, llenar la bolsa con el azúcar, divagar, y así lo hago, me levanto, llevo mi plato al fregadero.

¿Adonde vas? Aún no hemos terminado la carne, mi madre lanza una mirada a Massimo como para pedirle que ponga orden, pero él está congelado, ha dejado de comer desde hace un buen cuarto de hora.

Maicol: ¿Puedo dejarlas?

¿Y quiénes son los que están más a la izquierda?, vuelve a replicar Mariano.

Bueno, los hay, vete al colegio electoral y compruébalo, busca Rifondazione. ¿Quieres sentarte? Antonia juega al ping-pong con sus frases entre mi hermano y yo, empiezo a abrir el pandoro para distraerla. Es posible que, si improviso un ballet o recito un poema, pueda engañarlos, volvamos a soportarnos, a componernos.

A la izquierda ya no queda nadie, mamá. Gobierna uno que tiene televisiones y periódicos, uno que se va de putas y parece una caricatura. Mariano se ríe, con amargura, y sigue masticando ese único trozo de carne, que a estas alturas estará insípido, parecerá cartón de empaquetar.

Yo hago zas y zas, abro el envoltorio.

¿No ves que aún estamos con la carne? Si no votas, ¿quién crees que gobernará? ¿De qué te quejas si ni siquiera votas? Antonia intenta tocarme el brazo para que vuelva a sentarme, y la abuela me hace gestos de que pare.

Maicol: ¿Puedo dejarlas, mamá? ¿Puedo o no?

Me he hecho de un grupo anarquista, los anarquistas no votan, hay otras formas de hacer política, Mariano se traga el bocado y bebe luego un poco de vino tinto. Se lo sirve de la botella que está delante de Massimo, se inclina sobre la mesa y mete el borde de su camiseta en la salsa de carne que queda en el plato, se da cuenta mientras traga y se pasa la servilleta por encima.

Abro el sobrecito de azúcar, en casa no nos gusta la fruta confitada ni tampoco el chocolate, pero en cambio apreciamos mucho el azúcar en polvo.

Mi madre tira un tenedor al plato, pero mantiene el cuchillo firmemente en la mano, lo utiliza como una batuta, es una directora de orquesta, dirige sus malos humores, la sinfonía de su ira.

Ah, qué bien, después de las manifestaciones y de la policía en casa de la abuela, ahora ha decidido prender fuego directamente a la gente. No has olvidado quién te salvó el culo la última vez, ¿verdad? Fui yo.

Antonia corta el aire con su hoja y tiene la frente fruncida, pálida, le sudan las sienes. Yo no sé nada de lo que está ocurriendo en Ostia, solo sé que a Mariano le gustan los establecimientos playeros que cierran en invierno, las dunas de arena de Torvaianica, el trampolín del Kursaal que se cierne sobre la piscina ahora vacía, las cabañas de madera estropeadas por la lluvia y el viento.

No dices más que tonterías. No sabes nada de la anarquía, ni siquiera sabes nada sobre la izquierda, no sabes nada de nada, y con tu santa ignorancia mandas, crees que tienes derecho a opinar sobre todo, Mariano se ceba con la servilleta y la pasa una y otra vez, confiado en que la salsa marrón se le irá de su camiseta blanca, de pronto, por arte de magia.

La abuela dice que lo de la policía no fue nada serio, Maicol pregunta por las patatas, yo vierto el azúcar dentro de la bolsa del pandero y empiezo a agitarlo, lo sacudo sin sentido, quiero que cada centímetro de su superficie quede cubierto, de forma uniforme, de forma absoluta.

Solo nos falta que tú minimices las cosas, le dice Antonia a la abuela, y luego a mi hermano: Yo soy tu madre y comento lo que haces y lo que no haces. No estudias, no trabajas, no votas y no soporto esa cara, la de alguien que cree que lo sabe todo.

Massimo mira la botella medio vacía de su vino y luego a mí y luego al vino de nuevo, si pudiera, ahora más que nunca, estoy segura, saldría corriendo.

Maicol: Ma', ¿puedo dejarlas?

La abuela me hace gestos de nuevo para que me esté quieta y pone los ojos en blanco, pero yo no paro.

Leo por mi cuenta, no me hace falta ir a clase, y trabajo en el bar del centro comunitario que frecuento, Mariano sigue fingiendo que está solo, sentado en esa mesa con mi madre, y mis sacudidas de la bolsa del pandoro no lo molestan ni lo mueven a compasión.

Pum, pum, me dejo llevar al compás de una música imaginaria, guiada por mi sentido del ritmo, quisiera cantar algo, una canción de iglesia, un villancico cualquiera.

Eso no es un trabajo, es un empleo ilegal en un lugar que se está cayendo a pedazos, ¿crees que no me entero? Llevo en este mundo desde mucho antes que tú y conozco los sitios, la gente que hay dentro, Antonia mira el tenedor y las patatas, se han puesto secas, duras en las puntas.

Roberto se encoge de hombros ante Maicol, como diciéndole que en su opinión puede dejárselas, tal vez sea arriesgado, pero puede hacerlo, aunque mamá no haya dado el permiso definitivo.

La abuela dice que Mariano lee mucho, en cualquier caso, eso es verdad.

¿Sabes lo que realmente me entristece? Que alguien como tú, que se ha curtido en las manifestaciones del barrio, en las huelgas por la vivienda, en la pugna con la agencia de vivienda social, una que cobra en negro, que limpia las casas de los ricos, venga a decirme a mí lo que es ilegal. No todo lo que es legal es justo y tú lo sabes.

Mi madre mira a mi abuela como si fuera una intrusa, el espectro de un enemigo derrotado en la guerra.

Mientras tanto, yo repaso las canciones que conozco y me doy cuenta de que no conozco muchas en el fondo, de que no tengo un repertorio propio para las festividades, ni una buena voz de coro, sino unas cuerdas vocales quebradizas, poco acostumbradas al uso.

No sabes lo que significa estar fuera de la legalidad, no lo sabes porque yo te amparé, te salvé, te saqué de ese mundo, limpiando las casas de los ricos. La anarquía… Acabarás haciendo estallar paquetes en correos, yo nunca hice esas cosas, nunca, y luché y conseguí una casa mejor, un sitio mejor, ¿comprendes? Antonia se levanta y dibuja

con el cuchillo garabatos y desprecio en el aire.

Yo sigo agitando el postre que a estas alturas he embadurnado ya con el azúcar y se me viene a la cabeza la cara de Carlotta metida en una bolsa, los labios amoratados, los ojos desorbitados.

Roberto le quita el tenedor a Maicol como diciéndole que sí, que puede dejar las patatas, nadie le echará la bronca y yo los envidio, siempre son dos e indivisibles.

Estábamos contigo, no sé si te acuerdas, veníamos de esa vida, ¿qué es lo que esperas? ¿Que llevemos nuestra ropita de burgueses, vayamos a escuelas respetables, nos levantemos a la hora correcta, nos convirtamos en profesores? Yo lucho donde tú luchaste, por las mismas cosas, y tú no sabes aceptarlo, Mariano también se levanta de la silla, con la camiseta manchada, los labios humedecidos por el aceite de la carne, la nariz puntiaguda.

Massimo hace un gesto como para decir que nos calmemos, y mi abuela se tapa la boca con una mano.

Maicol: ¿Puedo dejarlas? ¿Hemos terminado de comer?

Yo me sacrifiqué por vosotros, ¿entiendes? Era una chiquilla con cuatro hijos y sin hogar, hice locuras por vosotros, mi madre tiene una voz alta pero líquida, las palabras le salen mojadas.

Nadie te pidió que te sacrificaras, nadie, Mariano eleva más el tono y su rostro se deforma con el esfuerzo, se le marcan las venas del cuello.

Tengo que darme prisa con este azúcar, tengo que dejar de pensar en otras cosas, tengo que llegar hasta el final, salvar la Navidad, salvarnos a todos. Pongo más empeño en ello, y pum pum, el pandoro se empieza a romper, la bolsa podría abrirse.

¿Queríais crecer allí? Ese lugar es una prisión, marcharse es difícil, muy difícil, y tú no puedes entender, no sabes lo que era aquello, deberías estudiar como hace tu hermana, deberías encontrar un trabajo de verdad, no como el mío, no como el que hacía tu padre, un trabajo de verdad, donde te hagan un contrato, donde te paguen una pensión…, un trabajo de verdad…

Antonia comienza a desbordarse, pero no solloza ni se enjuga la cara, solo las lágrimas fluyen una sobre otra, crean largas fugas en sus mejillas y sobre su labio.

Massimo apoya la nuca en el borde de su silla, mi abuela sigue tapándose la cara con la mano, no la ha apartado desde hace rato.

Maicol: Mamá, ¿qué pasa?

Desde que nos marchamos de allí esta familia se ha acabado, todo se ha acabado, concluye mi hermano, y nos arrastra hacia abajo, nos hunde.

La bolsa estalla, se rompe en pedazos, y la nube de azúcar en polvo

explota en la cocina, sobre los vasos, sobre los restos del asado, sobre las verduras, cubre los adornos, apaga las velas, hace estornudar a los niños.

El pandoro está en el suelo y nadie ha abierto los regalos.

8. ¿A QUÉ SABE EL AGUA DEL LAGO?

El pueblo lo voy conociendo por etapas, por encuentros, por épocas: las plazoletas, las piscinas, los pequeños túneles, los puentecitos que cruzan ríos estrechos, las explanadas de asfalto, las casas del casco antiguo, todas hacinadas, la plaza del embarcadero, el paseo del lago, la iglesia de la Colegiata, los cruces sin semáforos, la biblioteca, el cine al aire libre, lugares todos que he ido descubriendo, que pertenecen a una época mía.

Desde que tengo bicicleta y puedo utilizarla por la carretera, son muchas las tardes en las que cruzo la carretera municipal y me meto por las callejuelas de la zona residencial, paso pedaleando cerca de la casa abandonada, bajo por los campos de fútbol frente al hotel con piscina, giro a la derecha hacia los caminos rurales y desde allí vuelvo a subir, bordeo la ladera de la colina, cuyo costado está cubierto por algunas casas amarillas y una lavandería, me asomo al cementerio y lo supero y entonces puedo decidir si entro en el casco antiguo o me quedo en la biblioteca, ato la bicicleta, entro, pregunto a la señora Tiziana si tiene algo para mí: no espero que la biblioteca compre novedades al ritmo de las librerías, a estas alturas ya me he acostumbrado a las estanterías húmedas, las del sótano. Allí me esperan, en la oscuridad, todos mis libros.

En los meses más duros del invierno, hay días de luz en los que me pongo dos guantes y tres pares de calcetines y salgo de todos modos, recorro toda la carretera municipal sin desviarme nunca y llego hasta el lago, entonces aminoro y pedaleo mirando las casas que dan a la orilla, las villas con el revoque cubierto de hiedra, los restaurantes llenos los domingos, los que vienen de Roma a comer filetes de lucio fritos, los que se tumban al solecito, las barquitas amarradas en la playa, las piedras, las plumas, las tuberías de los desagües, los aseos públicos y siempre cerrados, las barandillas donde se sientan los niños, el paseo, lleno a menudo de vendedores ambulantes que ofrecen collares y jarrones de terracota, y luego vuelvo tras mis pasos y subo por la cuesta, ni siquiera me detengo a tomar un café, sino que paso por delante del garito y del surtidor de gasolina, sigo recto jadeante y húmeda, arriesgándome a ponerme enferma.

Solo gracias a las horas de aburrimiento, a la lentitud de los días, he logrado hacer de este lugar algo en cierto modo mío, dejar de sentirme como una recién llegada, rezagada con respecto a los mitos fundacionales, las leyendas y las geologías.

La gente de pueblo te valora según tu grado de familiaridad.

Los más queridos y respetados -aparte de los médicos de la mutua- son los que han nacido en el seno de familias de agricultores, las tres o cuatro familias que han vivido allí durante generaciones y que poseen tierras y granjas, caballerizas, venta al por menor de carne, aceite y verduras.

Luego vienen los que en algún momento han preferido Anguillara a los pueblos vecinos, y tal vez lleven aquí solo dos generaciones, no atesoran las historias más antiguas, han aprendido de memoria los nombres de los lugares y por qué se llaman así, pero no fueron ellos los que los nombraron, suelen ser constructores y han invertido dinero en el boom del pueblo, que de aldea se convirtió, gracias a ellos, en una pequeña ciudad, son dueños de supermercados y surtidores de gasolina.

Después están los que han venido de Roma, a menudo pequeñoburgueses a quienes ya no les gusta el caos de la ciudad, empleados de empresas y de organismos públicos que alimentan las hileras de viajeros habituales.

siguen mandando a sus hijos a colegios de Roma y viven el pueblo como unas vacaciones perpetuas, no tienen amigos autóctonos, van de paseo al lago solo ocasionalmente, pero se construyen piscinas en el jardín y celebran fiestas y barbacoas bajo los porches o la pérgola.

A su lado estamos nosotros, los que huimos de Roma porque se ha vuelto demasiado cara, tenemos pisos alejados del lago, tres habitaciones y una cocina, salones pequeños, pero bien cuidados, un coche por familia -en el mejor de los casos-, a menudo trabajamos en el pueblo, encontramos trabajo en las tiendas, en las panaderías, en los supermercados o en casas ajenas, abrimos peluquerías y papelerías.

A continuación están los extranjeros ricos -los alemanes, los holandeses, los ingleses- que han comprado las casas más antiguas, las que están en la zona más alta del pueblo, y las han reformado, las convierten en Bed and Breakfast o viven allí todo el año, algunos están jubilados, otros han montado pequeñas tiendas de artesanía, otros trabajan en la sede del ENEA de Casaccia, son biólogos y biólogas, son investigadores, ven lo mejor del pueblo: los frescos de las iglesias, el amanecer en el lago, las zambullidas de los guijarros, la nieve en las callejuelas; empiezan a formar parte de los menos apreciados, de los invasores, la gente del pueblo se burla de sus iniciativas culturales, la escuela de música, el teatro, las lecturas en la calle.

Los últimos, los menos queridos, son los extranjeros que vienen en

busca de los trabajos más sencillos, o que venden lo que hacen en las aceras: para estos hay miradas de recelo y frases masculladas. Hace años que en la ciudad y en los pueblos viven familias extranjeras -polacas, rumanas y albanesas-, familias como la mía, de gente que trabaja a destajo todo el día y que ha conseguido alquilar aquí unas habitaciones, personas que ejercen de albañiles, jardineros, empleadas del hogar, camareros, cocineros; se cuentan historias sobre ellos, se narran calumnias.

Durante mucho tiempo, Agata me mantuvo informada de todas las fechorías realizadas por «esa gente», si se derrumbaba el tejado de un granero, si las calles estaban sucias, si en los campos había menos trabajo, si se perdía un perro pastor, si era peligroso pasear de noche, si aparecían botellas de cerveza flotando en el lago: era culpa de ellos. Una de las mejores habladurías era la que cada año sostenía que un rumano había muerto al alejarse borracho en una colchoneta hinchable, y por eso se había ahogado, el lago se había cobrado su venganza.

La paranoia de Agata duró casi un año, cuando se enteró de que algunos hombres, albaneses por lo visto, estaban vigilando los centros de enseñanza media y los institutos para raptar a las chicas, subirlas a autobuses y llevárselas quién sabe adonde para prostituirlas. Cada vez que salíamos de clase, ella estiraba el cuello y miraba hacia un lado y otro, observando todas las furgonetas aparcadas y las caras desconocidas, me preguntaba: ¿Quién es ese de ahí?

Cuando se lo conté a Antonia, preguntándole si podía ser cierto, si corríamos ese peligro, me contestó que era una tontería y que de esa forma creceríamos temerosas, siempre a la espera de la llegada de algún fantasma, incapaces de reaccionar ante los peligros reales, ante las crisis reales.

Así ha sido, tal vez, siempre entre nosotras, las niñas: hemos alimentado miedos, magnificados por los casos nacionales, por los secuestros y las angustiadas peticiones de los padres, por las niñas encontradas muertas en las zonas industriales, por los muslos flacos y pálidos de las jóvenes en las carreteras del campo obligadas a tentar a los que pasan, por las caravanas que se vislumbran en los límites de la ciudad, receptáculo en nuestra imaginación de crímenes y pestilencias.

Me adapto a los miedos ajenos, si son necesarios, he visto y veo a mis compañeras consumirse por nimiedades, estremecerse ante la primera risa o el primer comentario dicho en un italiano incorrecto, ante miradas por la calle, entonces como ellas evito corresponder, decido como ellas quién es forastero y quién no, quién merece atención y quién no.

Después de tantos años, ahora en el pueblo saben quiénes somos, existimos en este lugar y nos saludan por la calle, hemos limpiado

cara y cuerpo, quedan pocos rastros que nos manchen, alguna pelea de Mariano, Carlotta que se asfixió, el oso ganado en el tiro al blanco, por lo demás no se habla de nosotros.

Desde esta nueva posición, desde este minúsculo peldaño, me siento aliviada, me alegro desde lo alto de establecer distancias y de vigilar que se reconozcan las diferencias.

Está bien que se hundan los otros, que se asignen culpas inventadas e imaginarias, lo importante es que yo siga aquí y a flote, que salga a la superficie.

*

Solo hay un bar que permanece abierto por las noches incluso en invierno, está en un lado de la plaza del embarcadero, lleva un par de años con una nueva gestión y la familia de compradores lo ha reestructurado, retirando las viejas mesitas de plástico y sustituyéndolas por un mobiliario moderno y cuadriculado, añadiendo monitores en el salón de té, repintando la madera de los marcos e invirtiendo en las máquinas de hacer helados. Al principio, aunque eran originarios del pueblo, se los observaba desde la distancia, en su misión de modernizar el local, ahora, después de largas jornadas desiertas, el bar siempre está lleno, sobre todo los fines de semana, han vencido en parte por despecho y en parte por necesidad.

Es un sábado por la noche y aunque estoy sentada en el bar todavía no me he quitado la cazadora, tengo las manos congeladas por culpa del viaje en moto y solo me he puesto rímel, olvidando excederme con la sombra de ojos negra, ahora me siento desnuda y digna de escarnio.

Iris no ha podido salir por una discusión con su madre, así que estamos Dafne, Ramona, Oso, el Griego y yo. Ellos están bebiendo cerveza embotellada, yo un refresco, cuando entran unos tipos a los que Oso conoce y empiezan a hablar del partido de fútbol de la Sabazia que se disputó el domingo. De hecho, hay dos equipos en el pueblo, el primero es para los que saben jugar y participa en la tercera división regional; el otro, en el que precisamente juega Oso, es el equipo de los desesperados, los pendencieros, los pies torcidos, los rechazados. El domingo jugaron y perdieron, al final en los vestuarios el capitán castigó al portero pillándole la mano en la taquilla, alguien lo sujetaba y el otro abría y cerraba, abría y cerraba, para romperle los dedos.

La conversación no tarda en aburrirme, como todas las desgracias ajenas, ya tengo yo las mías, que no dejan de competir entre sí, de manera que me levanto, digo que me voy a dar una vuelta y rechazo

la compañía de Ramona y Dafne.

Me meto las manos en los bolsillos y me subo la capucha de la cazadora, la fría humedad que asciende desde el lago me atraviesa, miro hacia arriba y veo las luces que iluminan la Colegiata por encima del pueblo. No suelo subir hasta allí porque no se puede llegar en bicicleta, las cuestas son empinadas, los adoquines, resbaladizos y a menudo irregulares, no resulta nada difícil caerse al suelo.

Me adentro en el casco antiguo y subo la larga escalera de piedra que desde la plaza del Lavadero llega hasta arriba, frente al edificio del Ayuntamiento y la antigua sede de la biblioteca pública. El edificio está apagado y se oye el lento murmullo del agua de la fuente con las dos anguilas, estoy sin aliento y no hay nadie alrededor, los bares están cerrados y el estanco también, así que me pongo a caminar de nuevo y sigo las luces que inundan la fachada de la iglesia.

Mientras asciendo pienso que ese es el recorrido que hacen las novias, todas las chicas que se casan quieren que la ceremonia se celebre en lo alto del pueblo, en la iglesia antigua, pero para ello tienen que caminar con tacones de aguja por calles y callejones estrechos, hay muchas historias de novias que se cayeron, de tobillos dislocados, de parientes mayores que bajo el sol a plomo sufrieron un soponcio a medio camino.

Cuando veo un gato albino asomándose por una callejuela lateral, lo miro fijamente y me percato del escaso pelo de sus orejas rosadas y mordisqueadas, de los ojos rojos en los que se reflejan las farolas, del pelaje blanquísimo, como el de un espectro, y entonces lo sigo, me deslizo con él desviándome de la subida, vuelvo a bajar entre las casas, muchas ventanas ya están apagadas, han recogido la ropa tendida porque el cielo ha retumbado por la tarde, el gato corre y se detiene, corre y se detiene, parece mirarme en la oscuridad.

Sigo desplazándome a su ritmo con paciencia y me apresuro para no perderlo, paso por delante de una escalera cubierta de enredaderas, el cuadro de una virgen encajonado en la pared de un edificio, evito pisar las macetas junto a las puertas, tropezar con las sillas que algunos ancianos utilizan para sentarse fuera del umbral de su casa, me muevo en esa exploración, en el vientre del pueblo, sus tripas negras y anticuadas, las voces y los susurros que se persiguen tras las ventanas cerradas, el olor de las bodegas que sale por los agujeros de los muros.

El gato salta y brinca, se mueve silenciosamente contra el fondo de esa postal y me guía entre las callejuelas más estrechas, las hendiduras que recorren el pueblo igual que venas, mis pasos retumban y hacen eco.

Oso me ha contado que sus abuelos tienen una casa en el casco antiguo y que ya no salen de allí porque les cuesta un gran esfuerzo

subir y bajar por las escaleras: es una batalla invitarlos los días de fiesta, reunirse con ellos los domingos, se han acostumbrado al aislamiento y a las incomodidades, pero desde el balcón de su alcoba, pequeño, caedizo y sin flores, se ve todo el lago y la luna pintada.

¿Adonde vas tan corriendo? Una voz me llama y entonces me detengo, hay un chico apoyado a las puertas de un pub. Lo llaman la covacha, porque es una cueva pintada de blanco donde sirven cervezas oscuras y perritos calientes, nosotros no vamos nunca, a mí me provoca una sensación de opresión y de precariedad, las paredes parecen cerrarse, el aire se vuelve irrespirable.

Miro a mi alrededor: el gato ha desaparecido.

Iba de vuelta al muelle, respondo reconociendo a quien me ha hablado, me acerco.

¿Por qué vas sola por ahí?, pregunta Cristiano observándome primero a mí y luego el fondo de la botella que sujeta en la mano.

¿No puedo? Me apoyo en una pared y observo la sombra que proyecta la farola, luego a él por entero, su cuerpo de palo, sus brazos largos y sus orejas pronunciadas, no hay nada en él que sea malo, nada en él que sea bueno, que sea soportable.

Hay un loco en el pueblo que siempre lanza algo desde el balcón, incluso la plancha, si oye ruidos bajo su ventana, Cristiano sonríe y deja en el suelo la botella ya vacía.

Empieza así a hablarme de la vez que sus hermanos mayores y él, junto con otros amigos, robaron en el Ayuntamiento la llave con la que se puede cerrar la antigua puerta del pueblo, la que hay que cruzar para entrar con los coches hasta un determinado punto del casco antiguo, por primera vez en siglos la cerraron a cal y canto y se escondieron para ver las caras de los que llegaban hasta allí y luego no sabían cómo pasar; o de la nieve en el pueblo, de los tejados planos a los que se puede subir ágilmente pasando de una casa a otra, y de las señales de tráfico que han arrancado y utilizado como trineos para bajar por la cuesta que lleva al muelle; me cuenta que al final del paseo del lago, donde la carretera está bloqueada por una red alta y una señal de peligro, vivía antaño un pintor y todas las familias quieren para su boda uno de sus cuadros, son pinturas que valen sus tres buenos sueldos; en lo alto, en cambio, la casa con la terraza más grande era de una escritora que vivía con otra mujer, todo el mundo sabía que eran lesbianas y cuando pasaban por allí casi hacían una reverencia; un chico cinco años mayor que nosotros, por su parte, siempre se pasea por la plaza, entra y sale de los bares, habla farfullando y vive con grandes obsesiones -el miedo a los rayos, la pasión por los aguardientes artesanales, el pan seco para los patos-, hubo un tiempo en que lo apodaron el Toro porque era todo músculos e incontrolable, luego se fue de vacaciones con unos amigos, se tomó

unas pastillas y volvió a casa así, demacrado y lento, ajeno al mundo.

Tu amigo, en cambio, no dice más que chorradas.

¿Quién?

El Griego, todo el mundo sabe que su padre es rumano, tiene una ferretería en Manziana.

¿Y con eso qué?

Pues que no dice más que chorradas.

Me encojo de hombros, no me interesa, no lo considero mi amigo, solo es un chico que adora a Iris y con quien salgo algunas veces, nunca le he preguntado nada sobre su familia o sobre lo que opina del mundo, no me he interesado por sus miedos, por lo que le hace gracia, por la razón de sus mentiras.

Me gustaría decirle que todos mentimos sobre nuestra familia, que la familia es justamente el ámbito de nuestras mentiras más audaces: escondemos nuestra identidad, nos inventamos cuentos fantásticos, camuflamos injusticias, atesoramos tópicos y nos atrincheramos tras los gritos, los chillidos, los misterios; pero no es eso lo que digo, lo miro y le replico: Cuéntame otra historia.

Asiente con la cabeza y nos encaminamos hacia el muelle, le pregunto si se ha zambullido alguna vez desde allí y me responde que sí, entonces me dice: ¿Has pensado alguna vez en el agua? Dicen que es agua dulce, pero es mentira. Esa agua sabe a gasolina, cuando acercas el encendedor se prende fuego.

El invierno hace que Cristiano parezca más pálido y más alto, le ha crecido el pelo, que es liso y puntiagudo, sostenido por la gomina, desprende un fuerte olor, dulzón, crudo, parece un zumo de cítricos, algo que choca contra el aire frío de la estación; mantiene siempre esos andares suyos, basculantes, mete las puntas de los dedos en los bolsillos de los vaqueros, el largo cuello sobresale de la cazadora, desprotegido, a ninguno de nosotros nos gusta llevar bufandas, guantes y sombreros, mostramos la piel de las caderas incluso en febrero y los tobillos desnudos bajo los diluvios.

En ese lugar hay un belén, son cinco pequeñas estatuas de esta altura, las pusieron hace años.

Ahora estamos en el extremo del embarcadero, y reconozco ese punto en el agua más allá de los pilones de los amarres, desde donde salté: una zona de algas y oscuridad.

Le digo que conozco esta historia y que me zambullí y nadé cerca de allí, no vi nada, aunque fuera pleno día y él me replica que sí, que no miraría bien, que las estatuas siguen estando allí, que velan todos los días del año por el pueblo: viscosas, corroídas por el agua, amarillentas, ni las corrientes ni los peces las mueven.

Al separarnos de la balaustrada veo que Oso viene hacia nosotros.

Voy de regreso, te llevo a casa, me dice sin saludar a Cristiano, a quien creo que conoce de vista.

Ya la llevo yo, propone Cristiano por detrás de mí y yo asiento, le digo a Oso que iré con él.

Oso titubea y tiene la misma cara que cuando recorrió ese mismo muelle para acariciar al Griego en la espalda y llevarlo más allá de la barandilla, la cara de quien protege y sabe cuándo intervenir, de quien olfatea los problemas, las frustraciones, los cambios de rumbo.

Cristiano me lleva a casa al cabo de un rato, corre en el escúter como si estuviera en guerra con el mundo: no le importan las prioridades, las direcciones, las señales de stop ni los cruces, la carretera está helada y las ruedas chisporrotean, sostiene el manillar midiéndose con los equilibrios y las atmósferas, me dice que apaga a menudo los faros y va simplemente así, guiándose por el oído en la noche, dice que la próxima vez lo haremos, apagaremos los faros en la carretera que lleva a Trevignano o a Bracciano, se sabe todas las curvas de memoria, no necesita que estén iluminadas, le digo: Vale.

A los pies del bloque en el que vivo, noto cómo sube el aire caliente del escúter aún en marcha, tiene las luces azules y la pintura brillante de color escarabajo. Cristiano me pregunta cuál es mi casa y yo señalo el balcón con el dedo.

¿Fuiste tú la que tiró esa piedra al parabrisas del padre de Coletta?, me pregunta mirándome, hunde los dedos en los bolsillos y toca las llaves de casa, haciéndolas tintinear.

No, fue Carlotta Sperati, le respondo, observando cómo sus nudillos se tensan en el freno.

¿Cómo lo sabes?

Todo el mundo lo sabe, la vieron, primero tiró la piedra, luego se fue a casa y se suicidó.

Cuando se marcha, subo a casa, mi madre está despierta y tiene la radio a bajo volumen, está tricotando, hace poco decidió aprender también a hacer ganchillo y fabrica pañitos llenos de defectos y sombreritos flácidos, sin vida.

No le digo nada, me limito a hacerle un gesto y señalo mi presencia, me acerco al teléfono de casa, descuelgo el auricular, cojo la libreta donde tengo escritos todos los números útiles y pulso las teclas, dejo que suene dos veces y luego cuelgo.

Esa es la señal para Iris: significa que estoy viva y que me voy a dormir.

*

Iris llama a Luciano Hijodemamá, todo junto, porque dice que es

un consentido, acostumbrado a demasiadas comodidades, ojito derecho, muñecote, cara de ángel. Se ríe cuando le digo que me pone nerviosa que repita siempre las mismas frases, las palabras intercambiables que utiliza -no te enteras, voy a poner X, voy a quitarla-, cuando llama a todo el mundo tío y tía, cuando se le arruga la camisa grita ante el desorden de la creación.

Una historia presupone un argumento, unos personajes, algo que contar, y sin embargo no tengo mucho que decir sobre Luciano y yo, salvo que mi fastidio es proporcional a su insignificancia, a regalos como el de las últimas Navidades, elegidos al tuntún, sin ningún valor, a las horas que pierde discutiendo sobre los jugadores de la Roma, a la bufanda que siempre dobla y mete en la mochila, como si fuera una reliquia, a los dientes delanteros que son muy blancos pero opacos, parecen lijados y llenos de cortes.

Hay períodos, meses incluso, en los que ni siquiera nos hablamos, las llamadas telefónicas a casa se hacen cada vez más escasas, los encuentros en la escuela se reducen, nos evitamos mutuamente con ganas, aunque nunca promulguemos la sentencia final, el cierre oficial de ese intercambio entre diferentes y no afines: como un ácaro se queda sobre mí por la noche sin que yo lo vea. Entonces retomamos nuestras conversaciones sobre un amplio abanico de futilidades: las notas en clase y los deseos insatisfechos, los saludos y los falsos celos, de estos últimos él es campeón de los desaires. Encuentra razones inventadas para enfadarse e insiste, insiste en personas a las que ni siquiera he dirigido la palabra, las sazona con hechos que nunca sucedieron y con miradas que nadie me dirigió, se hace el terco, el consternado.

Yo aparezco y desaparezco, rehúyo a menudo sus llamadas de atención, no me involucro en discusiones sobre posibles traiciones o mentiras, siento un claro desinterés por la pareja que a él le gustaría construir.

Empiezo a pensar que es así como las parejas están juntas: como sombras.

Hacer el amor es una expresión ridicula: es teatro, es engaño, lo que él y yo compartimos como seres humanos desnudos y sensibles siempre es mediocre, ya desde las primeras veces no supe convertir la cercanía en sensaciones húmedas, acepto sus embates con el cuerpo en silencio y la cabeza en otra parte. La lámpara encendida en la mesita de noche que arroja luz sobre nuestros rostros, el aire que entra por una ventana que hemos dejado entreabierta, los pies demasiado fríos que pinchan, el aliento que huele a regaliz ya digerido, los ruidos en el jardín, el perro del vecino que aúlla y muerde el seto: me distrae la vida que crepita, la vida que no somos nosotros.

No lo sufro, pero tampoco actúo de buena gana, me siento

aséptica, desmotivada, aunque consciente y despierta, no entiendo cómo ese ritual ha podido ser transmitido durante siglos, considerado esencial.

Por lo general, siempre es Luciano quien pide que empecemos y yo afronto el principio como si fuera a meterme en la bañera, me desnudo, deposito mi ropa con cuidado, compruebo el agua, esparzo el jabón y me meto, me hundo, sumerjo las orejas bajo el agua.

Nunca le he preguntado a Iris lo que piensa al respecto, no he hecho comparaciones entre mi intimidad y la de mis amigas, dando por sentado que eso era lo correcto, que cada fracaso nuestro permaneciera en privado, ni siquiera le he preguntado nunca a Luciano qué otras experiencias ha tenido, no le he pedido ni notas ni clasificaciones, rígidamente me uno a él y rígidamente me separo.

Hijodemamá hace varios intentos por parecer suculento, animar mi deseo, mostrarse como un experto amante y cultor de la sensualidad; yo trato de seguirle la corriente todo lo que puedo y luego vuelvo a mis pensamientos, a las puertas del armario tras las que podrían esconderse esqueletos, al botón de mis vaqueros que choca en la lavadora, a la televisión que está a todo volumen en el piso de arriba: su madre está viendo una película de tiros, una película en la que al final solo queda vivo un hombre lobo.

Una tarde de primavera, Luciano me acompaña a la estación después de clase, camina por el andén cada vez más lejos, hasta el final, donde las locomotoras no llegan cuando se paran, y elige ese sitio para iniciar una discusión y soltar sus quejas.

Saca un papel de su mochila, una carta de una chica mayor que nosotros que cursa su último año y a la que le gustaría mucho conocerlo, con una fina letra ha expresado su interés por los esmaltes de uñas y los rubíes, yo agarro el papel y lo leo, luego se lo devuelvo con la misma expresión facial, estoy pensando que el tren pasará dentro de poco y me arriesgo a perderlo.

No le gusta nada mi falta de respuesta, así que me da la carta de nuevo, me dice que la lea otra vez, la abro y la cierro de nuevo y le digo que la he leído y entendido, ¿y qué?

Entonces se deja llevar a una filípica sobre mi falta de amor, a una larga disertación sobre la mala conducta que estoy teniendo, porque mi reacción debería ser la de enfadarme, gritar contra esa amenaza a nuestro profunda relación, a nuestra vida en común, debería dar saltos y chorrear lágrimas y sudor, si no lo hago, significa que siento algo por otro, y quién es ese otro, dónde vive, está en el pueblo, vive cerca de ti, es uno de los amigos con los que sales, ese que tiene nombre de animal, no, no, el que viene de Turquía, o era de Grecia, no me acuerdo, el que te lleva en su escúter, uno de esos campesinos que montan a caballo los domingos, un porquero.

El tren anuncia su presencia con un silbido mecánico y yo lo veo llegar, el morro verde esmeralda, las rayas blancas y el logo FS, los faros redondos y el conductor con su gorra y su uniforme oscuro.

Tengo que irme, le digo a Luciano ignorando el ímpetu con que me sujeta del brazo y me atosiga.

Aprieta, pero sin crueldad, dice que ya cogeré el siguiente, tenemos que hablar y él tiene que saberlo. Mientras tanto, el tren frena y silba y yo me afano tratando de sacármelo de encima, pero Hijodemamá sigue colgado de mí como si fuera un gancho de jamón y dice por favor, repite por favor.

Agata grita mi nombre, me hace gestos para que me dé prisa y suba, veo su coleta rubia balanceándose sobre el andén, Luciano no me suelta y repite por favor, por favor, así que me detengo y lo miro, me arden las mejillas, tengo el flequillo revuelto, me tiemblan las piernas de los nervios.

¿Qué tienes que decirme, quieres darte prisa?, le grito a la cara.

Me repite que necesita cinco minutos y que tenemos que entendernos, ha pasado mucho tiempo y él ya no puede más, ya no es capaz de interpretarme, de entenderme, con lo mucho que insistí en que nos viéramos, le dije que éramos almas gemelas -todo el mundo lo dice, a nadie le importa- e incluso exigí atenciones y me quejé de que no las recibía, he pasado en su casa tardes enteras, me he acostado con él y me he desnudado y, a pesar de todo, heme aquí: no le doy importancia a eso de quererse, ni consistencia, ni color.

Oigo la señal que hace la locomotora cuando las puertas automáticas están a punto de cerrarse y aprieto los puños, en el panel el puntito junto a la hora parpadea y yo hago lo mismo, me enciendo y me apago, me enciendo y me apago de rabia.

El tren se pone en marcha y pasa a nuestro lado, me levanta el pelo, hincha su camisa, y yo pienso en mis amigas, que me miran desde las ventanillas, sentadas donde suelo yo sentarme, porque prefiero mirar fuera del tren antes que posar los ojos en la gente. Desde el vagón he visto casas de chatarra ocultas entre las conducciones del alcantarillado, campitos de fútbol de un colegio privado, obras de construcción entre las colinas, he contado las gotas de lluvia. Si observo mis pupilas reflejadas mientras el tren está en marcha, veo cómo bailan, van de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Luciano no ha cumplido con ninguna de sus tareas, ha estado pálido, silencioso, moribundo, no me ha hecho brillar salvo en contadas ocasiones, no ha elevado mi estatus, no me ha involucrado en su riqueza, he permanecido donde estaba durante todo este tiempo, ni un milímetro delante, ni un milímetro detrás, y ahora tiene el valor de quejarse de mí, que sin golpes ni lágrimas he permanecido a su

lado, a pesar de que sea tan vulgar.

Toda esta escena, vista desde fuera, derrocha banalidad, como el suicidio, la piedra contra el cristal del coche, las peleas en la discoteca, las clases de Latín, Historia, Geografía, Educación Física, todo es idéntico, todo debería ser desechado, somos animales fútiles, valemos menos que los virus, no somos nada en comparación con los cetáceos, las ostras, los paquidermos.

¿Me vas a decir para qué sirves?, le pregunto cuando veo que vacila y pierde la forma, que se derrite.

Se enfada y declara que la que no sirve para nada soy yo: vivo en mi mundo-fortaleza, en mi ovillo de lana, donde no oigo nada, no veo a nadie más que a mí misma. Y en cambio él gusta a la gente, vaya si le gusta, la verdad es que me creo que soy la única, pero no lo soy, él ve a muchas chicas y casi todas son más guapas que yo -casi- y son las que van de vacaciones a Porto Cervo y llevan vestidos de verano en barcos fondeados.

Me parece perfecto, declaro con desprecio.

Siento que la vergüenza asciende por mis muslos ante nuestras desnudeces que ya se retraen de nosotros, se desvanecen, siento vergüenza por mis distracciones y mis inaptitudes, por creer que podría sacar algo, cuando es evidente que el mundo no tiene nada para mí.

Es tan fina la distancia entre Carlotta y yo, por primera vez, en la lista de las otras chicas de Luciano, de los cuerpos más bronceados que yo, de los culos más firmes que el mío, de los bikinis llevados con más docilidad, encuentro un lugar que nos pertenece a las dos, un escondrijo débil y frío, la cueva de nuestros cristales, el deseo de ser valoradas, de no decepcionar, de figurar.

No soporto esta aproximación, la cercanía a una persona que está muerta y que ya no debería existir, ni en los pensamientos, ni en los recuerdos, ni en las malas costumbres, ni en los sueños. Me gustaría gritar que está muerta y que no tenía nada en común conmigo.

Mi mano cobra vida propia, la tiendo y agarro a Luciano del pelo, tiro con fuerza de un mechón de ese peinado perfecto, el objeto de infinitos cuidados por su parte.

Tú me importas un bledo. ¿Lo entiendes? Nadie me traiciona, y mucho menos tú, le grito en su oreja izquierda.

Está doblado de costado, no ha previsto mi gesto y durante unos segundos lo sufre, incapaz de entender por qué está sucediendo, por qué quiero hacerle daño, grita que estoy loca, que le hago daño y me empuja, confiesa que era una mentira, que quería verme reaccionar y preocuparme, pero no así, me comporto como un animal, tendrían que encerrarme en una jaula, encadenarme.

Miro mi mano abierta, sus cabellos caen de entre mis dedos y el viento se los lleva junto con mi primer amor.

*

La nuestra, en verdad, es la tierra de los dos lagos. Antiguos cráteres volcánicos que se comportan como hermanos entre ellos sin más lazos de afecto, no tienen afluentes comunes, ni capas freáticas, ni riachuelos. Cada uno es responsable de su propia agua y solo de ella.

El segundo lago es pequeño, puedes cruzar de una orilla a otra en patín y con los años se ha convertido en un parque natural, de hecho, solo puede llegarse a pie, tras atravesar la campiña. Los coches se dejan en lo alto, entre las gavillas de heno y la leña apilada, y luego un camino de tierra baja hasta la orilla, al bajar corres el riesgo de resbalarte, al subir, de que se te salga el corazón del pecho.

El lago más pequeño se llama Martignano y es el punto de encuentro de los jóvenes del pueblo para el Lunes de Pascua, el Día de la Liberación y el del Trabajo. Van en grupos con sus mochilas a los hombros, algunos llevan cajas enteras de cerveza, otros solo manteles de colores, otros algo de comer, bocadillos, agua, cigarrillos, costo, los más atrevidos se quedan hasta la noche, bajan con sus tiendas y acampan en los lugares más aislados.

La arena se mezcla con la hierba y los guijarros, negra y arcillosa, el agua se hace profunda muy pronto y en el centro del lago las corrientes son fuertes, los remolinos pueden arrastrarte hasta el fondo.

En la orilla, mi lugar favorito es el del sauce llorón, allí abajo la luz se filtra solo entre una ráfaga de aire y otra, y si cierro los ojos, más allá del vocerío de la gente, llego a oír a las vacas mientras pastan, ese típico tañido que suena cuando empiezan a moverse.

Fue allí donde Cristiano dice que me vio y se dio cuenta de quién era yo, el Primero de Mayo del año anterior, el mismo día que conocí a Iris.

Estábamos tumbados al sol, nosotros, los futuros amigos, y llevábamos gafas de plástico sin protección contra los rayos UV; era la primera vez que nuestros cuerpos se mostraban en su palidez invernal, con las ojeras moradas y las venas azules que decoraban el dorso de los pies.

El parloteo resultaba incómodo, a trancas y barrancas, no nos conocíamos y nos turnábamos para preguntarnos algo, así que nos contábamos detalles insignificantes y nos medíamos sobre temas comunes: el colegio, el pueblo, las vacaciones de Semana Santa que acababan de terminar, los planes para el verano.

Junto a nosotros se había materializado un grupo bastante

numeroso de unas cuantas chicas y bastantes chicos, algunos de nuestra edad, otros mayores, todos del pueblo; al cabo de un par de horas estaban borrachos y se habían acabado las cajas de cerveza, estaban jugando al fútbol en la playa, lanzando la pelota contra la gente, se reían y luego despotricaban, se tiraban al suelo y rodaban hacia el agua, hacían ruidos y hablaban en un dialecto cerrado entre ellos y contra nosotros.

Sus sentimientos no tardaron en cambiar, de goliardescos pasaron a ser agresivos, se gritaban insultos unos a otros y se lanzaban las latas vacías, algunos vomitaban en los troncos de los árboles y las familias con niños se levantaban una tras otra para cambiar de sitio o marcharse a casa. Dos de ellos, amigos íntimos y compañeros de clase, habían empezado a discutir, nadie supo nunca por qué, pero las risas bulliciosas se convirtieron en reproches y estos, en miradas asesinas, luego se pelearon lanzándose el uno sobre el otro como dos perros rabiosos.

Sus amigos, achispados y tambaleándose, intentaron detenerlos cogiéndolos por los hombros e instándolos a que se calmaran, otros concibieron esa pelea como un juego y formaron un círculo alrededor de los contendientes, exhortándolos a que se machacaran mutuamente. Así se formó un grupo de personas y yo también me acerqué a ver: los dos se golpeaban con dramática impetuosidad, en sus cuerpos ya tenían las marcas de los puñetazos que se habían dado.

Cuando empezó a correr la sangre, me abrí paso entre el círculo de personas y miré sus rostros cubiertos de rojo, la nariz de uno había sido golpeada, el labio del otro estaba partido.

Los gritos de preocupación se elevaron, las novias de los dos se mantuvieron a distancia sin intervenir, pero lloraron apoyadas en sus amigas, temerosas del mal que había estallado y que ahora nadie sabía cómo contener: los adultos habían desaparecido, nos habíamos quedado solos con nuestra trágica puesta en escena.

Cuanto más daño se hacían, más me acercaba yo, y me quedé allí hasta que los dos se desplomaron en el suelo, agotados por la pelea y por el alcohol, sus caras resultaban irreconocibles, los ojos cerrados, el pelo sudado y cubierto de sangre.

Sus amigos los socorrieron al final de la pelea, levantándolos por los brazos y las piernas, y solo entonces me di cuenta de que era la única mujer que había allí. Mis amigas se habían alejado, habían recogido sus mantas y sus mochilas y se habían ¡do a refugiar con Oso y el Griego más allá del sauce, poniendo distancia entre ellos y la pelea.

Miré a mi alrededor buscándolos y noté miradas desconocidas y curiosas hacia mí, a saber si alguien me había reconocido: la que sabe disparar, la hija de Antonia la Pelirroja, la chica a la que le gusta la

matanza, la sangre derramada y las heridas.

Entonces Oso me alcanzó por detrás y me agarró por la muñeca, apartándome de ahí: Son unos imbéciles, nada más que unos imbéciles, dijo poniéndome la mano abierta sobre mi espalda casi desnuda.

Yo también estaba allí ese día, confiesa Cristiano, uno de esos dos era mi hermano. Se le reventó un capilar y se golpeó un poco la cabeza, pero nada grave, está bien, me dice y con sus cortas uñas intenta raspar la suciedad del manillar del escúter.

Siempre me he preguntado para qué te quedaste allí, pregunta mientras levanta sus ojos hacia mí.

Para mirar, como todo el mundo, le respondo y apoyo un pie en la rueda delantera, la empujo como si quisiera hacerle perder el equilibrio, él se recoloca mejor y baja la pata de cabra.

Como todo el mundo, no, precisa Cristiano, y nos quedamos en silencio un momento, oímos de fondo a unos chicos jugando a la pelota, estamos cerca de la estación y detrás de la iglesia.

¿Qué hacemos aquí?, pregunto y aparto el pie.

Necesito preguntarte algo.

Pues pregúntamelo.

He descubierto hace poco que esta es la iglesia de los funerales, uno se casa en la parte alta del pueblo, se despide en la parte más baja y más alejada del lago. Uno es feliz entre los estucos y los frescos, los altares de madera antigua y el olor sagrado de las piedras, bien vestido y perfumado, y uno llora delante de las modernas cristaleras en forma de rombo y el aire tóxico de una fe desgastada, los bancos dispuestos en semicírculo, el sacerdote que parece presidir un congreso, con el mismo entusiasmo que en una sala de conferencias. Uno siempre se muere donde más asco da, donde todo es miserable, descuidado y descolorido, uno desaparece mientras el sacerdote se equivoca de nombre y ni siquiera la cara de Cristo parece ya la misma.

Necesito información, dice Cristiano poniéndose serio, se baja del escúter y se acerca, habla en voz baja.

Me pregunta si es verdad que voy a una escuela de ricos y asiento, luego si tengo amigos que vivan en las zonas más residenciales, al final de la vía Cassia, y le digo que no tengo amigos allí. Me pregunta si, de todas formas, conozco a alguien, si he visto sus casas y le digo que tal vez, podría ser, entonces me pregunta qué casa y le digo qué casa, me pregunta qué hay dentro. ¿Televisores de plasma? ¿Joyas? ¿Bolsos de marca? Le respondo que sí, dos televisores, uno en la planta baja, otro en el sótano con una Playstation nueva, los armarios con los bolsos están en la primera planta, el dormitorio a la derecha, hay una caja fuerte pero no sé cómo se abre, me pregunta si en mi

opinión hay alarmas o perros guardianes, yo le digo que no creo, solo tienen un perro pequeño, pero el del vecino siempre ladra, saca un papel y un bolígrafo del bolsillo, me pide que escriba la dirección y los horarios que sepa, cojo el papel y le doy vueltas entre los dedos, pienso en los horarios que sé, apunto la hora a la que más o menos salen de casa por la mañana, dónde está el trabajo de la madre, dónde está el trabajo del padre, cuándo vuelven, sé que va una señora de la limpieza, es filipina, llega a las diez y se marcha después del almuerzo, hay tres horas vacías, se las señalo: de siete a diez de la mañana, pero antes de darle el papel le pregunto qué gano yo con eso y a qué me arriesgo.

Cristiano responde que no corro ningún riesgo y que gano lo que quiera, ¿qué es lo que quiero?

Es la primera vez que alguien me hace esta pregunta: ¿qué es lo que quiero? Hasta ahora nadie se había propuesto cumplir uno de mis deseos, todos han dado por sentado que yo estaba contenta tal como estaba, que no tenía nada que pedir, nada que añadir a mi vida. Me lo pienso durante un minuto entero y luego le digo que quiero una cosa: un teléfono móvil, el que sea, pero necesito que alguien haga el contrato por mí, no puedo pedírselo a mi madre.

Cristiano responde que no hay problema, ¿estoy segura de que solo quiero eso?

Podría decirle que lo quiero todo: todo lo que hay en esa casa y en la casa de al lado, todos los coches aparcados en la calle, todos los ciclomotores en los garajes, todas las antenas de televisión, las batidoras, los hornos eléctricos, los bolsos cruzados, las minipimer, los cojines de los sofás, las alfombras de baño, las puertas de la cómoda, las macetas de geranios de la parte trasera, las tejas, pero respondo que sí, que solo quiero eso y le entrego el papel, añado que no conozco ninguna otra casa, así que no me vuelvan a preguntar.

Me contesta que está bien, que no es algo que hagan a menudo, pero que ahora necesitan dinero y yo no pregunto quiénes son y por qué van cortos de dinero, doy por sentado que no es asunto mío.

Hay al menos veinte jerséis azules de Ralph Lauren en el armario del sótano, por si te gustan o quieres revenderlos, añado y me pongo el casco. Ahora llévame a casa, mañana tengo un examen de Latín.

Asiente y vuelve a subirse al sillín, levanta la pata de cabra con un golpe de riñón y me deja subir.

Dos semanas después la noticia se propaga en clase: han entrado en casa de Luciano y se lo han llevado todo, repiten todo como si fuera un sacrilegio -todo, todo, todo- nadie vio nada, nadie sabe cómo se enteraron de que la casa estaba vacía a esas horas, tal vez los estuvieron observando haciendo guardias fuera de la valla, tal vez los hayan estado siguiendo durante meses escondidos dentro de una

furgoneta, ante la duda la señora de la limpieza fue despedida de manera fulminante, porque uno no puede fiarse de estos filipinos, parecen gente como es debido, parecen buenas personas, parecen querer trabajar, pero son iguales a los demás.

Agata dice que no duerme bien, desde que se enteró de la noticia tiene miedo de que alguien pueda entrar también en su casa, se fijó en un coche parado en la calle un par de veces, era rojo y tenía una matrícula que no era italiana, sino de algún lugar como Bulgaria, Moldavia, Rusia.

Yo le digo: Tienes razón, debe de haber sido uno de esos, mejor ir con pies de plomo.

9. PROHIBIDO A LOS MENORES

Durante años, no he hecho otra cosa que anotar números en la agenda telefónica, elegir apodos, pulsar las teclas para alinear las letras, escribir mensajes en plena noche, despertarme de una pesadilla -un tiburón mecánico decidía, entre muchos, devorarme precisamente a mí- porque el móvil vibraba bajo la almohada, abrirlo como se abre una concha y hacerlo brillar, mi Motorola ya pasado de moda, porque no es en color, no tiene internet, no hace fotos de alta definición. Mi Motorola, que intenté esconder de mi madre entre los muslos y que ella descubrió y maldijo, y quiso saber de dónde había salido y por qué, para qué lo quería, a mi edad, y yo tuve que decir que era un préstamo y luego un regalo, y luego esconderlo mejor, encerrarlo en las cajas de zapatos.

Durante años, no he hecho otra cosa que coger el tren, dirección Viterbo, dirección Roma Ostiense, correr para no perderlo, abrir y cerrar los ceniceros, arañar la tela de los asientos, bloquear las puertas con mi cuerpo cuando estaban a punto de cerrarse, empujar a los que se acercaban demasiado, mirar sin afecto a una mujer que se desmayó en los aseos a causa del calor, insultar a uno que se había sentido mal a dos compartimentos de distancia de mí -estamos parados por su culpa entre Olgiata y La Storta, estamos parados y esperando a los de emergencias-, odiar a ese empleado cuya empresa cerró y que se suicidó en la parada de Balduina.

Durante años, no he hecho otra cosa que estudiar y repasar, subrayar, anotar, dibujar, transcribir, enunciar, ser examinada, recibir calificaciones, recibir reprimendas, recibir elogios, bregar con diccionarios, traducir del griego, del latín, del inglés, del italiano antiguo, hacer paráfrasis, hacer análisis lógicos, hacer análisis sintácticos, aprenderme de memoria poemas, declinaciones y pronombres, llenar cuadernos con mapas conceptuales y apuntes, flechas y signos de interrogación, poner en orden los deberes para el día siguiente, gritar que necesito silencio en casa para estudiar, silencio.

Durante años, no he hecho otra cosa que ir a la biblioteca, sacar y devolver libros, disimular los retrasos, las manchas, las marcas hechas

a las páginas sin pensarlo, detestar, convivir, encontrar de nuevo personajes, ambientes, muebles, obligarme a aprender, saltarme las páginas que no entiendo, afrontar lecturas imposibles y enemigas, hacer listas de lo leído para no olvidarlo, fantasear con el día en que lo habré leído todo, lo que se dice todo, y entonces no podrán venir con el cuento de que no merezco recompensa por ello, honores, cortesías.

Durante años, no he hecho otra cosa que mentir, discutir, pelearme, expresarme sin palabras, tener berrinches, hacer propósito de enmienda solo de boquilla, empecinarme, sentirme burlada, luchar contra todo detractor, toda infamia, toda falta de atención, encontrar y perder relaciones, recuperarlas, volver a perderlas, olvidar mis errores, amar mis errores, repetirme que estoy afligida y que sufro afrentas constantes, que todos han de respetarme, contenerme, tolerarme.

Durante años, no he hecho otra cosa que taparme, evitar la desnudez, no soportar las exhibiciones, alejar los cuerpos de los demás, no porque sea buena, no hay bondad en mí, nada de casto ni de piadoso, nada de inmaculado, sino porque me angustian las personas desnudas, tener que complacerlas, no saber cómo acercarme a ellas, los olores que tienen, los olores que tengo, las bocas que se abren, los labios que se humedecen, las palabras musitadas que dicen.

Durante años, no he hecho otra cosa que salir por la noche y acudir siempre a los mismos lugares, donde rondan los mismos cuerpos y se sonríen o se desprecian las mismas caras, subirme al coche de alguien a quien acabo de conocer, acabar en una discoteca campestre de camino hacia Viterbo, odiar las luces violáceas que proyectan láminas lívidas sobre ti, acabar en una carretera medio asfaltada en un Audi que va a toda velocidad y luego se sale de la carretera, choca contra un granero y lo derriba, lanzarme al agua del lago, de cabeza, de espaldas, de clavo, de bomba, desde los hombros de alguien, desde los pilones del muelle, desde la plataforma de un patín, arañarme los dedos con el cristal roto de una botella abandonada en la playa, llenarme de ampollas las pantorrillas por culpa de los detergentes vertidos por quién sabe quién en quién sabe qué alcantarilla o canal.

Durante años, no he hecho otra cosa que pedalear cuesta abajo, cuesta arriba, en curvas cerradas, hasta el supermercado, hasta la oficina de correos, hasta donde trabaja mi madre, hasta el colegio de los gemelos, hasta el estanco, hasta la pastelería, hasta el mercado de frutas y verduras, hasta la estación, hasta la biblioteca, hasta el cruce, hasta el lago.

Durante años, no he hecho otra cosa que montar guardia mientras alguien robaba las ganancias de las máquinas tragaperras de un bar de

verano, estropear con la punta de una llave la pintura de algún coche, utilizar un bote de spray para escribir el nombre de un profesor y al lado pálmala solo porque me puso un siete en vez de un nueve en el examen de Ciencias, utilizar el casco de un ciclomotor para golpear en la cara a un imbécil que quería obligarme a tomarme una cerveza con él, hacer que sangrara por la nariz.

Durante años, no he hecho otra cosa que vestirme, desvestirme, sentir rechazo por mi piel, cuidar de mi pelo, salvar los huesos de la cadera, poner en la picota mis orejas, mis pies demasiado largos, tirar de mis pezones esperando hacer crecer así mis pechos, castigarme si comía demasiado, avergonzarme si no comía nada, saltarme el desayuno, limpiarme bien las orejas con agua caliente, ponerme esmalte en las uñas, terminarme el rímel, dejar caer mi base de maquillaje en el fregadero, limpiarlo todo con papel higiénico, asegurarme de que no se me viera ni una sola peca, quemarme con el primer sol de verano, dejar que me saliera un sarpullido en el pecho, bañarme con la camiseta puesta.

Durante años, no he hecho otra cosa que oír en la radio noticias sobre robos, asesinatos, asesinatos múltiples, atentados, avalanchas, terremotos, números premiados de la lotería, victorias en la liga de fútbol, juicios a los mañosos, caídas de gobiernos, niños apuñalados, olas de calor, olas de frío, violaciones de estudiantes desplazadas, despedidas de soldados, convoyes de la policía, datos bancarios hackeados, boicots informativos, festivales de la canción.

Durante años, no he hecho otra cosa que escuchar los comentarios sobre el bedel del instituto que miraba con excesivo interés a las alumnas, sobre las gemelas feas y bigotudas que siempre iban en pareja y compartían a su novio albanés, sobre el empleado de la gasolinera que le echaba agua a la gasolina para venderla más barata, sobre la chica que estudió Derecho Internacional en el extranjero pero que traía mala suerte y era la amante de un hombre casado, sobre el muchacho que dejaba embarazadas a las chavalas y luego las abandonaba sin saber ni siquiera los nombres de sus hijos, sobre la camarera del bar que se volvió anoréxica y a la que se le veían los huesos de los pómulos, sobre los dos adolescentes muertos en un ciclomotor y sin casco un día de lluvia, sobre lo mucho que engordó la que antes era la chica más guapa del pueblo -en cuanto te casas con ellas se dejan llevar, se les acumulan diez kilos, todos en el culo-, sobre mi amiga muerta que se asfixió, se asfixió, se asfixió, esa amiga tuya, tu amiga muerta que se asfixió, con la esperanza de que no sea yo la siguiente.

Durante años, no he hecho otra cosa que esperar revoluciones, desprendimientos, reacciones en cadena que llevaran como efecto último a mi ascensión, al despliegue de infinitas posibilidades.

Durante años, no he hecho otra cosa que quedarme donde estaba, en el mismo lugar, la misma hora, el mismo papel, la misma cara, esperando mi decimoctavo cumpleaños como quien espera una profecía, la llegada de una tormenta, el derrumbe de un muro.

*

Hay un hombre y tiene que arder, está hecho de paja, viste una camisa tejana, un pantalón de franela.

Lo han bajado de la furgoneta, uno lo sujetaba por la cabeza y el otro por los pies, el heno metido en dos botas de goma, trae suerte, dicen, es el año que pasa, el año que termina y que hay que quemar.

Yo llevo un vestido lleno de lentejuelas, es de Agata, me queda demasiado corto y al caminar por la explanada se me levanta, me llega casi a las bragas y entonces sigo tirando de él por los bordes y se vuelve a levantar, yo tiro de él y se levanta, tiro de él y se levanta, mi chaqueta está abierta y el frío se me sube a la cabeza: los chicos ya tienen la gasolina.

Esta noche es culpa mía, yo la quise así, cuando dos semanas antes Agata me preguntó qué iba a hacer en Nochevieja, yo le dije: Creo que nada, solo estamos Iris y yo, así que ella nos invitó a pasarla en un local vacío, propiedad del padre de su novio, es la tienda donde pronto trasladarán el negocio familiar, pero por ahora está vacío y podemos usarlo para la celebración.

Iris tenía sus dudas al principio, no conocemos a nadie, dijo. Podríamos llamar a Oso y ver qué hacen, añadió, y yo le contesté que hacía meses que no veíamos a Oso, que esa amistad -veraniega, sincera, real- terminó como solo lo que es verdadero puede terminar, ahora estamos distanciados, por una u otra razón, sin discusiones ni rupturas definitivas, nos hemos alejado. Solo quedamos ella y yo, y nuestro espacio es el único que sé habitar, nuestro perímetro es búnker y refugio antiatómico, en el exterior pasan las guerras y las conquistas, los rayos gamma, las inundaciones.

Así que la convencí de que se viniera a la fiesta porque me asqueaba la idea de conseguir una invitación iniciando una ronda de llamadas telefónicas y suplicando atenciones.

Cristiano se ha marchado, junto con sus hermanos y sus amigos han alquilado una casa de campo en la Toscana y se han ido allí en manada, con provisiones de alcohol, pasta en grandes cantidades y salsa ya preparada, un paquete de lentejas para comer después de medianoche y tres cotechini.

A nosotras no nos han invitado.

Tres horas antes de la fiesta nos reunimos con Agata en su casa, en

su habitación abuhardillada, de paredes amarillo mostaza y cama de plaza y media, armario empotrado repleto de ropa y un espejo de cuerpo entero junto a la cómoda. Agata e Iris se han visto algunas veces, pero no muchas, las vías de estas dos amistades nunca se han tocado realmente, sino que siempre han corrido paralelas a través de mi vida. Hasta esta noche.

Las he visto elegir la ropa que iban a llevar -blusas, tops, pantalones cortos, faldas- y prestarse el maquillaje sacándolo de estuches de colores, peinarse mutuamente con una plancha caliente y mostrar con entusiasmo los tangas rojos que van a llevar debajo de la ropa, ponerse purpurina en los párpados, pasarse con el lápiz de labios, proponer algún baile mientras subían el volumen del equipo de música de Agata, charlar como si siempre hubieran tenido muchos temas que compartir.

A Iris le encantan los caballos y va tres veces por semana a un picadero a las afueras del pueblo, no puede permitirse su propio caballo ni las caras clases del profesor, así que para poder montar y entrenar ayuda a domar a los caballos caprichosos, los acicala y los cepilla, comprueba que tienen comida y que sus establos están limpios, da clases a los niños y organiza salidas campestres para señoras americanas ricas, gente a caballo que pasea por los bosques de la zona de Martignano.

Agata procede de una familia campesina, por mucho que intente olvidarlo e intente desprenderse a toda costa de sus costumbres agrestes, estas se le han quedado pegadas encima, porque todo el mundo conoce a su padre y tienen muy claro cuál será su futuro: encargarse de la contabilidad del negocio familiar, dejar de darse aires de burguesa rica, volver a sus raíces. Sin embargo, esta noche Agata tiene la oportunidad de presumir de esa herencia familiar: los caballos que suelen montar los fines de semana por el campo, el tipo de sillas que utilizan, a ellos no les gustan ni la doma ni el salto de obstáculos, como a Iris, sino que prefieren que los monten al estilo americano y la vida en el rancho, entre cerdos, gansos y yeguas.

No tardé en alejarme de la conversación, de sus ropas brillantes y del esmalte que se ponían en las uñas, me sentía microscópica, sin méritos, puro trámite para lo que ya parecía una innegable hermandad. Así que incubé durante toda la noche esa sensación extranjera, un desgarro intercostal, un agujero en el bazo, el deseo insaciable de volver a empezar desde el principio, de empezar con esa petición de Nochevieja y cambiarla, decirle a Iris que estaríamos ella y yo solas, en mi casa, con mi padre que lo celebra emborrachándose una vez al año y mi madre que lleva un jersey rojo y baila con los gemelos en la cocina y parecen divertidos y despreocupados y vivos y yo no los soporto.

Las riendas, el casco, el tipo de botas, cuántos caballos hay en el picadero, a qué altura saltas, con qué frecuencia dais vuestros paseos, has probado a montar a pelo, sin silla, porque podríamos ir juntas, por ejemplo, el próximo sábado.

Mientras tanto, yo seguía aplicando el delineador en mis ojos, cada toque era una mancha, al mirarme en el espejo parecía un personaje secundario que pide a gritos que se le preste atención, no había nada en mi rostro que resultara reconocible, incluso mis labios estaban hinchados a fuerza de ir acumulando lápiz labial y tenía el pelo nudoso y abultado como las encías infectadas. Parecía como si en mi cara hubiera impactado un meteorito.

Vamos a llegar tarde, llevamos dos horas aquí y no estáis preparadas, dije con voz neurasténica y envidiosa, recogiendo mi ropa desparramada y echándola en la mochila negra de Mariano, yo no sé nada de animales, ni de gatos ni de perros ni de patos ni de garzas ni de flamencos ni de jirafas ni de caballos, me fastidian hasta en los libros.

Esa foto es terrible, añadí entonces señalando el marco en un estante.

Agata, Carlotta y yo sentadas en el banco de la estación, la foto tomada con una cámara desechadle, y así es como nos vemos: usadas y desechadas, arrugadas, desgastadas, listas para ser recicladas.

Hay por lo menos dos personas muertas ahí y una soy yo, creo, mi contrafigura de doce años que odia sus orejas, detesta nadar en la piscina y a la que persigue un chico de pelo rizado, esa a la que aún tienen que cortarle las cuerdas de la raqueta, la que aún no se ha vuelto malvada, siento por ella lástima y repulsión, de ella me separan viajes interestelares, vagabundeos desde aquí hasta Saturno.

A mí me gusta, salimos bien, trató de decir ella y luego cambió de tema, agitó delante de nosotras cuatro o cinco perfumes, se propuso elegir uno para cada una, los frascos tintinearon y yo los miré como si contuvieran pesticida.

Ahora estoy aquí, llevo ese perfume que huele a nata y a caramelos mientras el hombre de paja arde y con él nuestro 2005 y sin duda alguna el que está a punto de entrar será un año de suerte, lo dicen los astrólogos, lo declaran las estrellas, un año de amor y de salud, el sorprendente, el hermoso, el inolvidable 2006.

Hemos cenado pizza y patatas fritas en una mesa improvisada y hemos bebido una mezcla de cervezas Peroni y de vinos hurtados en las bodegas de nuestras familias, yo he traído por mi parte un tetrabrik de Tavernello que ha horrorizado a todo el mundo.

El novio de Agata es el hijo del florista, tiene la mandíbula cuadrada, la cara demasiado grande, la piel siempre bronceada, está

aprendiendo a hacer las composiciones, a cortar los tallos con precisión, qué tul elegir para el ramo, para intentar convencer así a los clientes de que compren las rosas más caras.

De manera que me encuentro comiendo con al menos otras diez personas a las que solo conozco de vista y a las que siempre he catalogado como gente con la que preferiría no tener que compartir nada, tres de las cuales se han pasado la noche sin quitarme los ojos de encima.

¿Pero tú no eres la novia de Scherani?

Y yo he contestado que no, que Cristiano y yo no somos novios ni amigos, que no somos nada y que ahora él está en la Toscana y me ha dejado aquí en esta hermosa fiestecilla en la que se habla de flores de primavera, de caballos al galope y de cuánta cocaína esnifar en el baño después de medianoche.

Han recostado al hombre de paja contra una pila de madera, apenas se sostiene y sigue cayéndose de lado, han tardado media hora en encontrarle la posición adecuada, luego lo han empapado con un bidón gris, después han dicho a todo el mundo que se apartara y ha empezado la cuenta atrás.

Iris se ha acercado a mí sonriendo y apretándose las manos bajo las axilas por el frío, quiere ser la primera en desearme feliz año, dice, y yo le respondo que estoy deseando que todo acabe, el año y nosotros y este desfile de payasos y de granujas.

Ahora está distante y maléfica, me aguijonea su mirada, esas zalamerías de pronto me causan malestar, soy yo la primera en retraerme y en interponer antipatías, justo cuando nuestra amistad está en peligro y alguien más seductor que yo está a punto de engatusarla, yo no sé cómo volverme agradable, no sé cómo disfrazarme de santa protectora, sino que escupo llamas y levanto murallas.

Se oyen los estruendos de los fuegos artificiales lanzados en los campos y en el lago, el hombre de paja prende fuego y lo vemos arder y apagarse, la camisa, los pantalones, la goma de sus botas. Algunos dan vueltas a su alrededor y bailan, en el rito pagano del renacer, colgados de marihuana y algunas pastillas, saltando sobre sus piernas y agitando los brazos hacia el cielo negro, haciendo estallar los corchos de las botellas de prosecco y disparándolos al aire, las chicas corren para evitar que las mojen con el alcohol, emiten sonidos de hámster.

Mi pelo se empapa en el lado izquierdo porque me quedo quieta y observo absorta ese fuego, en la explanada solo estamos nosotros, uno de los chicos está tumbado en el suelo, le fotografían con una cámara compacta mientras se bebe una botella entera él solo, Iris ya no está a mi lado, sino que ha ido a hacer chin-chin con Agata y las otras

chicas, se miran a los ojos mientras lanzan besos y brindis.

Saco el móvil del bolsillo de la cazadora, Cristiano me ha deseado un feliz año nuevo, leo el mensaje, no contesto y pienso que tiene que palmarla, tiene que palmarla, tiene que desaparecer.

Entonces el teléfono vuelve a vibrar y aparece otro mensaje que dice: Feliz año, pienso en ti.

No conozco el número del remitente e imagino que es una broma, así que escribo: ¿Quién eres?

El teléfono permanece en silencio durante unos minutos, luego llega otro mensaje: Andrea.

Veo aparecer el nombre y pienso que quiero marcharme de allí, del hombre de paja, de las risas de Iris y Agata, de los chicos que ya han regresado y están colocando la cocaína en rayas perfectas sobre la mesa donde comimos antes, un tiro cada uno trae buena suerte, éxito y riqueza.

Escribo: Estoy en el aparcamiento frente a la oficina de correos, la noche da asco, ¿vienes a recogerme?

Y me contesta que sí, llega en diez minutos, así que miro a Iris con su pelo negro y sus botas puntiagudas, con el vaso de plástico en la mano, y la siento lejana, una silueta en un banco de niebla.

*

Mi madre quiere extender su dominio desde mi minoría de edad hasta la edad adulta. Hace semanas que repito que no, que no quiero en modo alguno que se celebre este cruce de umbral, que no quiero emperifollarme para la resurrección, ni hacerme fotos cuando la transformación sea completa.

Como el decimoctavo cumpleaños de Mariano nunca se celebró en familia, Antonia piensa que puede salvar su alma y ser rehabilitada en el Olimpo de las buenas madres organizando un jolgorio en contra de mi parecer y en detrimento de mi persona.

Massimo vive con creciente nerviosismo la puesta en marcha del plan de ella, porque este incluye, inmisericorde, que él también tome parte, que lo vistan y lo peinen como dios manda, que deje de toser y de expectorar en cuanto tenga ocasión, que deje en la mesilla de noche el tubo de óxido de zinc con el que curamos sus llagas y su inmovilidad, que lleve zapatos y no zapatillas, que se le presente como el cabeza de familia, subido a peso al ascensor, arrastrado por la calle, donde la luz del mundo pueda iluminarlo.

Los días previos, mi padre se mueve por la casa con lentitud y me da la impresión de que hace chirriar las ruedas de la silla a propósito, de que abre las puertas con un esfuerzo atávico, de que no sabe llegar

al fregadero o al cenicero, arrastrándose de manera fantasmal.

De todos modos, he dicho y repetido que no hay nada peor que una fiesta organizada por una madre y en la que un padre se sienta obligado a estar presente, pero Antonia ha reprimido mis quejas con miradas juguetonas y entusiasmo sibilino.

Ha sacado del armario un viejo conjunto de buena calidad, para descubrir con ronca insatisfacción que le quedaba demasiado apretado en las caderas, de modo que ha empezado para ella y para mí la descalificadora carrera hacia el vestido de fiesta.

Yo me he declarado inerte, incapaz de valorar telas, ojales, colores, tallas, aberturas en los muslos, atrincherada en mi habitación, bajo la sombra protectora de mi oso rosa -guardián de mi adolescencia-, y devolviendo al remitente cualquier intento de implicación.

No ha servido de nada: un vestido corto y rojo apareció sobre mi cama, hecho de un material inflamable y ligero, de grandes almacenes, sin tirantes, pero con las costuras de un tono más claro de rojo, visibles y torpes.

Ese ha sido el regalo de Antonia, el vestido para mi último día de niña, la pompa que he de ponerme para decir adiós a todas las cosas que les están prohibidas a los menores.

¿A que es precioso?, me pregunta apoyada en la puerta y yo le respondo que no, que una chica pelirroja no puede llevar un vestido rojo, hará que parezca una antorcha, un bombero.

Ella no abandona esa alegría primigenia e incurable y gira a mi alrededor, lo coge y me lo pone por encima, hace ruidos de regocijo y llama a los gemelos para que vean, para que sean testigos de mi disfraz.

Maicol y Roberto, desde lo alto de su bondad y sencillez, declaran que me sentará muy bien y, como suelen hacer, se respaldan mutuamente, uno dice bien y el otro repite bien, bien, uno me mira y sonríe, el otro asiente y aplaude: el rojo es mi color, no cabe duda.

No soporto su comunión de intenciones, cómo se las arreglan para abrazar cada iniciativa de mi madre como si fuera necesaria, ambos empiezan a tener granos en la cara y la misma placidez educada de los días de primavera.

Papá no está obligado a venir, digo mirando a la pared porque no tengo un espejo en mi habitación y sus ojos son los únicos jueces.

Pues claro que viene, responde Antonia y me insta a probarme los zapatos, están dentro de una caja, tienen un tacón medio de esos que solo las madres comprarían a sus hijas, redondo y apropiado para el charlestón, les echo un vistazo, deprimida, y aparto la caja con el pie.

Yo quiero ser feliz, quiero ser feliz, dejadme ser condenadamente feliz, tengo ganas de gritar, pero no soy capaz y hago que salgan de la

habitación, me pongo el vestido rojo y los zapatos que me aprietan demasiado en la punta del pie derecho, no hay donde esconderse, nada que cubra mi desgracia.

Mi madre vuelve a entrar y dice que está muy satisfecha, que parezco una actriz de cine y yo le replico que ella nunca va al cine, no creo que sepa cómo son o no son las que salen en las películas.

La fiesta se celebra en una de las salas del gimnasio cercano a nuestra casa, mi madre cubre a veces los turnos de la señora que hace la limpieza allí y se ha hecho amiga del dueño, que le ha dejado utilizar esta sala gratis siempre que la limpie ella al día siguiente, la sala apesta a sudor y a calcetines de rizo, las luces de colores están colgadas en las esquinas, hay una mesa apoyada en la pared con vasos de plástico verdes, platitos, tenedores y bocadillos, unas cuantas botellas de vino, mucha Fanta, zumo de pina, un señor calvo hace de DJ esta noche, es el padre de una vecina mía, ha decidido empezar con bailes latinoamericanos.

Si no supiera que soy la chica de la celebración, buscaría una forma de escapar.

Han tenido que sujetar la silla de mi padre entre tres y hacerlo bajar hasta el interior del gimnasio porque no hay rampas de acceso para discapacitados, ha tenido dos ataques de pánico: el primero en el ascensor, el segundo al descubrir que existe un universo, que hay vida fuera de la puerta de casa, que la gente camina, que la gente respira.

Todavía no he averiguado cómo hizo mi madre las invitaciones, está aquí la mayoría de la gente a la que conozco, casi todos los chicos y las chicas de mi edad.

Me saludan y me felicitan, me besan en las mejillas y me halagan por mi vestido y mi maquillaje, me susurran al oído que me he hecho mayor y eso les pone de buen humor.

Hay cuatro señoras cerca de la mesa del bufé: la peluquera con una permanente en la cabeza del lejano año 86, que sirve las bebidas, la cajera de la tienda de comestibles preferida de Antonia, que reparte los platitos, la madre del pescadero que ofrece gambas en salsa rosa a los invitados, la dueña del bar de la estación que lleva encima tres quintales de laca y que ha doblado las servilletas haciendo origami, son pequeñas garzas, las comparte jovialmente con los invitados.

Antonia brilla y abraza, la descubro hermosa una vez maquillada y con un vestido negro, le resalta bien el pecho, creo que tiene unos tobillos refinados: ella renace, mientras que yo me marchito.

Massimo ha encontrado un rincón escondido donde puede avergonzarse y mantener breves conversaciones con todos aquellos que se sienten obligados a saludarlo inclinándose hacia delante o arrodillándose ante él, espera que nadie se dé cuenta de la cuña donde

tiene que hacer pis y guardarlo hasta el final de la velada.

Son las nueve y la noche de verano acaba de llegar.

Iris lleva ese vestido amarillo que le vi puesto la primera vez, se ha recogido el pelo en una cola alta, como la de Agata, se mueven juntas hacia mí y ya no sé distinguir entre el pasado y el presente, siento el dolor físico de una bofetada, una rubia y una morena, equilibradas y seductoras, llevan los colores adecuados en sus cuerpos, saben caminar con tacones más altos que los míos y se han puesto el mismo carmín color melocotón.

Pronto descubro que han sido ellas las que han ayudado a mi madre, han invitado a nuestros conocidos, se han volcado para que todos vinieran, han acordado el menú, han dicho que sí a la música, han pasado revista al vestido y a los zapatos considerándolos adecuados, han preparado juntas la tarta de crema, como a mí me gusta, horas y horas de subterfugios a mis espaldas, incluso han hecho un gran cartel, cuando todos entran en la sala, lo sacan, es anaranjado y hay fotografías pegadas en él: muchas de mí y de Iris o de mí y de Agata en diferentes etapas de mi vida, otras donde estoy sola, hay una mía de cuando era pequeña, con los ojos grandes, la cara embadurnada de salsa, la camiseta de mi hermano puesta, los pies apoyados en el cemento del patio de la primera casa.

Mis torturadoras señalan las fotos elegidas y los textos que han escrito para mí, poemas sobre la amistad, frases célebres, citas famosas, palabras ajenas, buscadas en internet e insertadas en el collage de nuestras ficciones.

Iris tiene los ojos brillantes mientras enumera las razones por las que me quiere, ha confeccionado una lista -abajo a la derecha-, dice que soy inteligente, fiable, fiel y valiente.

Justo es esa última palabra la que me sienta como un escupitajo en la frente, hace de nuestros vínculos nulidades, de mis confesiones silencios. Yo no quiero ser ninguna de esas cosas, no quiero adjetivos para mí, no quiero lágrimas, no quiero fiestas ni carteles: mis corchetes están vacíos, no tengo raíces latinas, sánscritas, francesas, no tengo prefijos ni sufijos, soy una definición fallida.

Las miro sin saber qué decir, la gente aplaude y todo el mundo comenta que es un gesto tierno y amable, les doy las gracias y las abrazo tensa, siento el acero en mi vientre, las articulaciones durísimas, sonrío con el mismo esfuerzo con el que cruzaría la ciudad a pie.

Desearía quemar ese cartel, verlo desaparecer, poder regresar a casa y cortarlo con las tijeras, convertirlo en trozos que poder tragarme.

Se acercan otras personas y me entregan algunos regalos, tarjetas,

y yo miro a mi alrededor buscando a mi hermano, convencida de que vendrá, apagará la música, tirará de las orejas a todos y les hará comprender que me están haciendo daño, pero Mariano no viene, la gente cambia, los regalos se amontonan en mis manos.

Ma', ¿dónde está Mariano?, le pregunto a mi madre con ojos de presa, y ella me responde que no lo ha invitado.

La música está alta, mis amigas me dicen que deje los regalos a un lado y vaya a bailar, Ramona, Marta y Dafne también están allí, las compañeras de equitación de Iris están allí, todo el equipo de majorettes, los hijos de los tipos en cuyas casas trabaja mi madre, algunos de mis compañeros de clase con sus camisas de lino de manga corta, la hermana de Carlotta, que se acerca y me besa la mejilla diciéndome que esto es de parte de Carly, que le habría encantado estar allí, está segura de ello y le entran ganas de llorar.

No, no lo habría querido, y de hecho no está, mira a tu alrededor, ¿tú crees que está aquí? ¿Tú crees que está aquí? Tengo ganas de gritar, pero me abruma ser consciente de que allí nadie se haya tomado la molestia de averiguar qué era apropiado y qué no, que nadie haya pensado en lo que yo realmente quería, todos ellos han representado su papel, siguiendo el guión de las fiestas de los dieciocho años llenas de buenas intenciones, despedidas a la juventud y promesas renovadas.

Nada de lo que ocurre allí me parece legal ni legítimo.

Mis amigas lanzan un gritito de alegría, señalando a alguien detrás de mí, mientras yo respiro a duras penas y tengo intención de tirarme al suelo y cerrar los ojos. Entonces me doy la vuelta, incitada por sus miradas y sus enormes sonrisas, las bocas abiertas por su entusiasmo: Andrea ha entrado en la habitación, viste unos pantalones elegantes y una camisa, lleva un ramo de rosas en el brazo.

Su cara está afeitada, se ha arreglado el pelo y pienso que su belleza es otra forma de desazón, la manera en la que avanza, la solemnidad del gesto, las rosas tan frescas que trae, sin zozobra alguna se acerca y me besa, siento los labios húmedos de nuestro pasado en mi boca rota, hay quien sigue aplaudiendo, ahí está mi madre suspirando de felicidad; un chico tan bueno, un chico tan querido y adecuado.

Entiendo entonces por qué Cristiano tampoco está aquí: nadie le ha dicho que viniera, al contrario, es probable que se le pidiera expresamente que no se dejara ver, porque no es del agrado de mi madre ni de mis amigas, que lo consideran inapropiado para mi nueva vida, la de mayor, más santa.

El mensaje me parece entonces evidente: tiene que haber una nueva yo, la vieja chiquilla de alguna correría, de alguna imprudencia, la violenta, la que monta una escena tiene que ser archivada, ha sido

una concesión a mi tierna edad, a partir de hoy tengo que repulirme, ostentar mis mejores sonrisas.

Cojo las rosas, las apoyo en el pecho, miro a Andrea a la cara y me doy cuenta de que aquí no hay nadie que sepa quién soy.

Nadie más que yo que sepa lo de esa noche, de la piedra que lancé contra el coche de su padre, antes de ir a la discoteca, para decirle que nada había sido olvidado y que seguiría pagando.

Debería decirle que fue él quien mató a Carlotta, él y los que son como él, los que han limpiado sus conciencias yendo al funeral, pero que se avergonzaban si ella les pedía salir a tomar un helado, los de los cuartitos y los recovecos y entre bambalinas, los del tócame pero quédate detrás de mí, no quiero ver tu cara.

Andrea me ciñe por un costado y me dice que deje las flores un momento: es hora de bailar como solo los adultos saben hacerlo.

*

La profesora de Italiano me mira desde abajo, lleva un abriguito con estampado de leopardo que casi le llega a los tobillos, su pelo en forma de cuenco ni siquiera se mueve cuando estornuda, me pregunta qué voy a hacer con mi vida, voy a trabajar, ¿no? Repite mi apellido dos veces como si no estuviera delante de ella y vuelve a preguntar. Podrías hacer un curso de formación, qué te parece diseño gráfico y comunicación, qué te parece si te alistas en el ejército, qué te parecen tres años para llegar a ser enfermera, en el hospital te pagan desde el principio, o bien podrías ser esteticista, secretaria en un bufete de abogados. No te veo posibilidades en el atletismo, en la natación, en las carreras, ¿tienes algún talento?

Saca un caramelo de anís de su bolsillo para chuparlo con gusto, luego se le queda pegado a los dientes, lo despega con un dedo, utilizando la uña.

Le respondo que no lo sé, que aún tengo que pensármelo, y ella frunce las mejillas y arruga la cara.

Falta un mes para la reválida y estudio incluso mientras los demás duermen, durante el día soy una presencia evanescente, mantengo los ojos muy abiertos y enrojecidos clavados en la pizarra, subrayo los libros casi hasta herir las páginas.

Incluso Antonia cree que estoy exagerando, llama a la puerta del baño cuando me quedo dormida sentada en la bañera, con un libro sobre los muslos, y me apremia diciéndome que va a llamar a los bomberos.

Ella también empieza a presionarme, habla de medicina, de química, de astrofísica, dice que con un cerebro como el mío podría

ser astronauta, ocuparme de minerales.

He hecho un calendario, en cada día de la semana está marcado lo que tengo que repasar, desde lo que estudiamos en el primer año hasta el último, desde los babilonios hasta Hitler, desde la capital de Molise hasta las reglas del ADN, desde el aoristo hasta Carducci, no puede existir ninguna grieta, ningún resquicio, a todo lo que me pregunten debo encontrarle una respuesta.

Al anochecer me vuelvo lechuza, me paso las horas repitiendo de memoria los versos griegos y practico con la métrica -el trímero yámbico, el hexámetro dactilico, el anapesto-, intento educar mi memoria, escasa y permeable, quiero que sea de acero y aluminio, que mantenga a salvo fechas, reyes y reinas, rimas y melodías, guerras, epidemias, fórmulas algebraicas, geometrías, capiteles y cuadros.

Iris llama a veces y me pregunta si estoy enfadada, si tengo alguna preocupación.

Le digo que no, que tengo que estudiar, estudiar y estudiar.

Me pregunta si puede ayudarme, si quiero que nos veamos en su casa con Agata y con ella para hablar de nuestros trabajos de investigación y repasar juntas, pero declino la invitación, terca y rocosa, no vuelvo atrás y sigo cavando la trinchera de nuestra separación.

Andrea dice que la reválida, en el fondo, no le importa a nadie y que estoy dejando que me consuma una tontería, él ahora está en su segundo año de economía y ya ha aprobado seis asignaturas por lo menos, en sus oídos mis rezongos se parecen al maullido frustrante de un gatito hambriento.

Me está prestando su ordenador, voy a su casa a escribir el trabajo de investigación pero mantengo el tema en la clandestinidad y no soporto que esté en la habitación mientras escribo, holgazaneando o jugando con el móvil, leyendo o escuchando música con los auriculares puestos, su mero aliento me asalta y me molesta, así que lo mando al salón y lo encierro fuera de su habitación, echando dos vueltas de llave.

Para volver a entrar tiene que llamar a la puerta, yo le abro, él trae pan y jamón y un vaso de zumo de pera, se sienta conmigo en la cama y me dice que esté tranquila, repite que esté tranquila y se enrosca en el dedo un rizo de mi pelo, le respondo que ya lo he olvidado, que ya he dejado de acordarme de tres cuartas partes de lo que he estudiado hasta ahora y que no entiendo el fin de la historia en Hegel, no lo entiendo, no entiendo qué es lo que ha finalizado.

Me responde que estoy muy guapa vestida de blanco.

Me sonrojo y miro el vestido que llevo, tiene tirantes finos y la falda ancha, es uno de los que menos me gusta, pero era de los pocos

que quedaban colgados en el armario: estudio demasiado, sudo demasiado, me cambio de ropa constantemente y mi madre me odia por ello.

Eso ahora no tiene nada que ver, digo escondiendo la falda entre mis muslos.

Deberíamos ir a bailar y tú deberías recogerte el pelo, propone él y reúne mis mechones con ambas manos, ciñéndolos lentamente en una coleta alta, declarando que así se me vería mejor la cara.

Siento el calor en las mejillas y en las orejas que ahora están desnudas, presentes en el mundo, gigantescas y anómalas, intento cubrirlas inmediatamente con las manos y le digo que tiene que parar.

¿Por qué?, pregunta. Te ves bien así, a mí me gustas.

De manera que me quedo quieta, sus manos peinándome la coleta, las mías tapando las orejas, veo que mira y me sonríe, como si admirara un círculo perfecto.

Tengo la impresión de haber entrado en un lugar, en una habitación, incluso en un trastero, donde vuelvo a ver la tarde de los coches de choque, cuando él no me miraba y mis pies estaban fríos por la emoción, y todo daba vueltas, todo tenía gravedad por él, y lo siento detrás de mí mientras levanto la pistola y disparo, y acierto y acierto y gano, y no hay un antes ni un después, solo está ese lugar -un pasillo, un balcón, un paso subterráneo-donde nos hallamos solos.

Podemos ir a bailar si quieres, digo al final y quito las manos de mis pabellones y él hace un moño con mi pelo, lo mantiene firme en sus manos como un manojo de tulipanes.

El cuerpo de Andrea es delgado y cuando estamos solos, metidos bajo las sábanas de su cama, pierdo la diferencia entre el norte y el sur, me desprendo de los pensamientos más asfixiantes, de mis constantes malos humores, de los dragones con los que lucho y de los que no hablo -los dientes, las rodillas y el ombligo-, hay algo en él que pertenece a las cosas, que exige atención, ya no oigo crujidos en el pasillo, ramas que golpean contra las ventanas, no tengo oído para los coches que pasan por la calle. Cuando estamos solos, Andrea habla en voz muy baja y nunca oigo lo que dice, pero es como si lo supiera, como si esa cantinela me volviera a la memoria.

El lunes comienzan los exámenes escritos de la reválida, pero todavía es sábado por la noche y me dejo convencer para irnos a bailar. Andrea insiste en que me quede con ese vestido que tanto le gusta y entonces cierro los cuadernos, apago el PC, guardo el trabajo de investigación, me peino recogiéndome el pelo sobre la cabeza: él parece satisfecho, yo parezco una persona que no existe.

Cenamos una pizza para llevar, sentados en el coche, él pone la radio y no deja de cambiar de canal, oigo partes y retazos de

canciones, me limpio la salsa de la cara con el dorso de la mano.

El lugar donde vamos a bailar se llama Movida, es un local bajo el castillo de Bracciano, que como muchos otros a orillas del lago solo está abierto en verano, tiene una playa con su mobiliario, una pista de vóleibol playa, una zona de cemento donde se puede bailar, un pequeño muelle de hierro.

Llegamos cuando ya hay gente, pero no demasiada, es una velada de temática hawaiana y alguien nos regala guirnaldas de flores falsas, yo me pongo la mía sobre el vestido blanco, cubriendo una mancha de tomate que se ha formado a la altura del pecho.

Sigo a Andrea entre sus amigos, sentados en las mesitas que rodean la pista de baile, la música es una cacofonía ensordecedora, no pegan ni con cola los clásicos ochenteros y noventeros remezclados sin gracia, los DJ nos incitan desgarbados gritando al micrófono, sin demostrar excesiva imaginación ni destreza, y las canciones, aunque cambien los locales, son siempre las mismas, a lo largo de los meses, de los años, de los siglos, esas canciones nos definen, son la banda sonora de nuestra provincia.

Saludo a quienes conozco y luego espero a que él me traiga algo de beber, para mí una caipiroska de fresa, para él un ángel azul, a nuestro alrededor una mezcla de caras que vienen de todos los pueblos del lago y que se reúnen cada noche porque no hay mucho donde elegir, los locales ni siquiera compiten entre sí, hay tres: uno para los jueves, otro para los viernes y otro para los sábados. Nosotros giramos como satélites y ellos permanecen quietos, son el universo y nuestros planetas.

Iris me ve y viene hacia mí, me abraza asombrada, me pregunta cómo es que al final he salido y por qué no le he dicho que venía, podríamos habernos preparado juntas: tengo la cara de una perca en el anzuelo, las chanclas de playa en los pies, las fórmulas de trigonometría impresas en la frente -seno, coseno y tangente-, ella tiene las pestañas muy largas y colmadas de rímel, un lápiz de labios rojo que le sienta muy bien, un vestido más corto de lo habitual que reconozco como de Agata. De hecho, ahí está, un poco más tarde aparece ella también, van prácticamente vestidas y maquilladas iguales, cambia algún matiz de color, uno o dos accesorios. Parecen moldeadas con la misma horma, producidas en serie y vendidas en el mercado en llamativas cajas y con marbetes en relieve.

Respondo que lo hemos decidido en el último momento, Andrea quería que dejara de estudiar por una noche y ellas comentan que es muy amable por su parte y que me queda bien el pelo recogido. Iris, en particular, insiste en este detalle, se pasa cinco minutos dando vueltas a mi alrededor y sigue departiendo sobre la longitud de mi cuello y la belleza de mi nuca, dice exactamente eso: Tienes una nuca

preciosa.

¿Entregaste tu trabajo el viernes?, me pregunta Agata, acariciándose las puntas de su pelo, que ha alisado con la plancha y que parece dorado y brillante.

Sí, ¿y tú?

No, lo llevaré directamente el lunes, la profesora me dijo que puedo hacerlo.

¿Y de qué trata?, me pregunta Iris, con quien no he compartido ninguna información sobre mis estudios.

Sobre Amor y Psique, el mito, la estatua y muchas otras cosas, dejo caer sin entrar en detalles.

Pero ella sigue preguntando, porque le gustaría saber qué libros he incluido y qué citas, cómo está hecho el mapa conceptual, cuáles son las ramificaciones de mis argumentos, como si todavía fuera el verano de las lecturas y de Batman y de los chapuzones desde el muelle, pero no es así, este es un nuevo verano en el que ella despunta sobre sus tacones relucientes y a mí me duele la cabeza a fuerza de pensar en Schopenhauer, en Apuleyo, en Canova y en cómo la profesora de italiano mastica sus caramelos, en cuando me preguntó si no creía que era oportuno mandar un currículo a un supermercado, porque tengo buenas notas, de eso no hay duda, pero afrontemos la realidad, con una familia como la mía, lo más oportuno sería empezar a trabajar, lo más oportuno desde luego sería empezar a trabajar, trabajar, trabajar.

Andrea vuelve y las saluda, yo acabo mi bebida en un par de sorbos y no esbozo una sonrisa, cada vez hay más gente, Iris y Agata empiezan a bailar la una junto a la otra, se restriegan y lanzan miradas a los tíos que las rodean. Desde que Agata rompió con el hijo del florista, les encanta salir juntas y despertar el deseo, juegan con su ropa y las muecas, pero odian que se acerquen demasiado a ellas, bailan solas, entrelazadas, en medio de la pista, pescando miradas como peces de colores y dejando insatisfecho cualquier deseo de conquista.

No sé hacer lo que hacen ellas, no seduzco, no encandilo, no sé lucirme, nunca supe hacerlo, las veo bailar, sonreír y beber, me invitan varias veces a unirme a ellas, eres una de nosotras, pretenden simular, eres oportuna y bienvenida, pero veo mentira en esas miradas, porque nunca ha habido un lugar para mí, un estar en el lugar apropiado que sea mío.

También Andrea me dice que me divierta, que para eso hemos venido, y me tira de la muñeca y baila moviendo los pies hacia delante sin ningún sentido del ritmo, se ríe de sí mismo y grita que si hasta él se anima a bailar, yo también tengo que hacerlo, a la fuerza.

Mientras tanto, noto una soga alrededor del cuello, el espacio

abierto de ese jardín, el aire fresco y húmedo que asciende desde el agua del lago, el siseo de las pequeñas olas que chapotean me provoca claustrofobia, me veo en una caja de hojalata, sin agujeros para respirar, aplastada bajo una prensa hidráulica.

Todos los que están alrededor giran las muñecas y los tobillos, se empujan con los hombros y se pasan vasos de plástico llenos de hielo, dejan caer al suelo las pajitas negras, hay quienes se miran mal, quienes se alejan cogidos de la mano, quienes se besan en medio de los demás para declararse un amor impúdico y público.

No debería haber venido, le digo a Andrea, pero no me oye, sigue sonriendo.

Y mis amigas están cantando, intentando superar el estruendo de la música, gritan y se miran a los ojos como si pasara corriente eléctrica entre ellas. Yo soy incapaz de sintonizar de ningún modo con su frecuencia, la de quienes celebran el final del instituto, la de quienes no tienen miedo al futuro, la de quienes creen que pueden elegir, la de quienes tienen una casa con o sin hipoteca y un padre con o sin corbata, la de quienes tienen una madre que cocina tartas y ve concursos en televisión, la de quienes tienen un hermano que no se enfrenta a la cárcel y al que invitan a las fiestas de cumpleaños.

Los minutos pasan, cada vez hay más y más gente, parecen un cuerpo solitario y grueso, la piel grasienta por el sudor, el pelo perfumado por el gel, los zapatos sucios por la hierba, se pasan los cigarrillos y tiran las colillas y los paquetes vacíos al suelo, dejan que se balancee en la superficie del agua toda su basura, los residuos que generan, como si pudieran desaparecer o hundirse para siempre.

Andrea me dijo te quiero una vez, estábamos sentados en la playa, nos habíamos retado a ver quién contaba más estrellas fugaces en el cielo, aunque no fuera la noche de las estrellas fugaces y no había caído ni una sola, los dos estábamos a cero, sin deseos que cumplir, y él se había terminado la botella de vino tinto y entonces habló, yo tosí con fuerza, como cuando mi padre se queja en las comidas porque no le gustan los condimentos, me raspé la garganta y fingí que estaba ronca para tapar lo que parecía un menoscabo, el error de cálculo de una ecuación.

Digo que me gustaría irme, pero Andrea insiste en que la velada acaba de empezar y que si hay algo que va mal puedo hablarlo con él, pero no me confesaré y no seré absuelta, me quedo callada, el pelo atado ha hecho que me pique la piel, jadeo y tiro el vaso vacío en una papelera de la que rebosan otros vasos, otras vidas y otros pensamientos, no puedo contarle los míos, no los entendería, estoy segura, no habría forma de no parecer ridicula y malvada ante sus ojos. Cómo se cuentan los celos, cómo se cuenta el miedo, cómo se cuenta la pérdida, cómo se cuenta el futuro que no se verificará.

Cuando se distrae charlando un rato con un amigo, me alejo, paso entre los cuerpos, siento sobre mí su humedad y sus esperanzas.

No hay forma de marcharse de verdad, porque el paseo del lago de Bracciano está alejado del pueblo y no hay lanzaderas, ni autobuses, ni medios improvisados, se llega en coche o en moto y con lo mismo se vuelve a casa, pero no me importa, empiezo a caminar por el arcén, pasando entre los coches aparcados en doble fila, el vocerío de quienes han de decidir si entran o no en el local, quienes vomitan la cena contra un álamo real o una palmera falsa, quienes están desenvolviendo los preservativos en la playa.

Camino y sigo pasando por delante de los restaurantes cerrados, los pubs con puertas enrejadas, las estructuras de madera blanca que durante el día sirven para vender bebidas y granizados, me acompaña únicamente el ruido del lago, un sonido que no tiene nada que ver con el mar, porque es raro, ocasional, el agua, de hecho, no suele producir melodías, es agua estancada, quieta, brillante y espejada, solo el viento la mueve a veces y la hace cantar.

Me siento como un punto blanco en la nada de una noche cerrada, inadaptada a los colores y a las composiciones, mi pelo recogido, mi vestido de confirmación y esa falsa corola de flores alrededor de mi cuello, la salsa de tomate, el sudor bajo las axilas, las chanclas que hacen clac clac.

Entonces se detiene un escúter delante de mí y Cristiano se quita el casco, dice que estoy loca, que es plena noche y que no puedo ir por ahí sola, que es una mala costumbre esa que tengo.

Le respondo que no es asunto suyo y que no debe seguirme.

Dice que no me estaba siguiendo, que estaba yendo al pueblo para recoger a una amiga suya y que me ha visto por la carretera, con mis piernas largas y ese pelo raro, ni siquiera parezco yo.

Lo miro, viste una camisa nueva pero arrugada en el cuello y lleva un perfume almibarado que apesta, los ojos rojos de alguien que ha fumado demasiado, los zapatos desatados, y me alegro de verle, porque creo que así es como funciona entre la gente equivocada, te alegras cuando te la encuentras.

Sabes que ese tipo con el que estuve, Luciano, ¿te acuerdas de él? Robasteis en su casa. Pues hoy me ha mandado un mensaje para desearme suerte en el examen del lunes. Al móvil que me gané con su dinero, se lo digo y me acerco.

Él se ríe y a mí también me entran ganas de reír.

Ya te dije que es un idiota, en el armario encontramos un oso de peluche blanco y también los calzoncillos que llevaba en la guardería, Cristiano me hace sitio en el sillín y me da el casco.

Me subo colocando lo mejor que puedo esa engorrosa falda,

entonces él arranca de inmediato y corre a su manera habitual, rápida y voraz, y luego va subiendo hacia la carretera principal, la que no está iluminada, pero que bordea el agua, el bosque y los campings, huele a plantas, a agujas de pino caídas.

La carretera de nuestras vidas, la carretera que nos sabemos de memoria desde la que el lago se ve solo a lo lejos, pero en su totalidad, de orilla a orilla, una mancha más oscura en la oscuridad, la carretera del Museo de la Aviación, del club de baile cerrado en los años setenta y que nunca más volvió a abrir, del vivero con las estatuillas en forma de ángel, de las villas encaramadas, de los zorros que si no tienes cuidado se tiran debajo del coche.

Ciño su cintura con mis manos porque tengo frío y porque es lo correcto.

Él, al cabo de un rato, me pregunta: ¿Estás lista?

Entiendo para qué debo o no debo estar lista y digo que sí.

Entonces Cristiano acelera y apaga las luces.

Así, nos lanzamos a la oscuridad.

10. EL INCENDIO

1. El modo en que te has mimetizado, transfigurado, transformado en la copia de Agata a la que, en mi opinión, nunca, lo que se dice nunca, podrás parecerte.

2. Los irritantes intentos con que pretendiste involucrarme en salidas, paseos, discusiones a tres bandas, aunque era obvio que no me interesaban.

3. El excesivo cuidado con el que organizaste mi fiesta de la mayoría de edad sin que se correspondiera en modo alguno con mis deseos.

4. La indiferencia mostrada en varias ocasiones hacia nuestra amistad, la nuestra de nosotras dos, no nuestra para poner en común a toda costa con una tercera o cuarta persona.

5. El uso en ese tristemente famoso cartel, que doblé y tiré al armario, junto con los otros objetos que no me gusta ver todos los días, del adjetivo valiente, que ya te expliqué que no me concernía.

6. Las veladas en la discoteca en las que se me excluía al ser novia de Andrea e incapaz de restregarme con nadie del sexo masculino que pasara por la zona limítrofe.

7. Las llamadas telefónicas a casa que se fueron espaciando o, mejor dicho, desapareciendo, los timbres nocturnos que eran nuestro código, nuestro secreto; eso es lo que te echo en cara por encima de todo, la desaparición de los secretos.

8. Los mensajes de móvil rápidos y cordiales cuando en persona nuestras relaciones se iban volviendo frías y distantes.

9. Mi examen de reválida al que no viniste, por supuesto porque yo te dije que no vinieras, pero era una prohibición que había que romper y tú no lo entendiste, y luego tu examen de reválida al que también invitaste a Agata y esa dedicatoria final «a mis amigas», con ese plural obsceno en el que me encajonaste.

10. La idea de que, dada mi trayectoria, tú podrías posicionarte a la izquierda para dibujar un nuevo triángulo escaleno. Odio los triángulos, a mí me van las líneas rectas, las líneas que conectan dos puntos y que siempre van derechas.

Escribí, a petición suya, una lista para Iris en la que enumeraba todos los desplantes que me había hecho en los últimos años. A la entrega de dicha lista, escrita en papel y depositada en su casa en bicicleta, siguieron algunas semanas de silencio.

Ahora estoy en casa de Andrea, es por la tarde y ya ha oscurecido, las casas son compactas, los muros son anaranjados y amarillentos, las puertas son automáticas, los bordes de los setos son sombras y nosotros, desnudos, estamos bajo las sábanas de la cama de Andrea y nos escondemos, él propone fingir que hemos desaparecido, que nadie puede encontrarnos, pero que nos pasa juntos; las respiraciones bajo el algodón son cálidas, los cuerpos son suaves, el pelo rojo es un estorbo, se mete en la boca y bajo las axilas, cae sobre los ojos y me ciega. Y, no obstante, pienso que tal vez este pequeño y estrecho espacio que es una cama, que son los cuerpos cercanos -el pubis, la clavícula, los dedos de los pies- puede complacer a casi todas las yo que soy, desde la molesta hasta la agresiva, desde la ansiosa hasta la insolente, desde la desesperada hasta la incivilizada.

Miro a Andrea a corta distancia y sé que me interesan sus defectos físicos, los busco de cerca, como el lunar que tiene en una fosa nasal, la cicatriz sobre el labio, las orejas puntiagudas, la nuez de Adán que se le ha hinchado y se nota cuando traga, los huesos que en determinados períodos sobresalen demasiado, los músculos que no están trabajados ni resultan visibles, la palidez que le ataca incluso en verano y las manos de dedos largos y femeninos, las uñas que a menudo se deja demasiado cortas, cómo no sabe levantar la voz cuando se enfada, los puntos negros que tiene en la espalda, la piel seca de las rodillas. Busco errores silenciosos que justifiquen su elección, el hecho de estar aquí conmigo.

Su habitación tiene una cama de matrimonio y un pequeño balcón, las camisas planchadas por su madre están puestas sobre el escritorio y las paredes son azules y compactas, tienen el color del cielo de septiembre, y yo me asomo a su universo jadeando y apretando mi cuerpo contra el suyo, para mimetizarme, para conseguir ser absorbida como un punto de sutura interior, de los que cicatrizan las heridas profundas y el organismo se ve obligado a absorberlos, a ponerlos en circulación.

Mi móvil vibra y recibo algunos mensajes, pero no los leo, porque en este momento no estoy, hemos desaparecido, como dijo Andrea, y no pueden encontrarnos ni siquiera gritando nuestros nombres.

En cuanto estoy fuera de su casa siento los labios hinchados y las piernas calientes, miro el teléfono, encuentro las palabras de Iris, que ha leído mi lista y quiere disculparse, porque se ha dado cuenta de que me ha causado dolor, dice que ha dejado en mi buzón los diez puntos que en su opinión son necesarios para volver a empezar.

Me quedo parada delante de la bicicleta, bajo una farola con la luz parpadeante, y tengo la impresión de tenerlas a ambas de nuevo para mí, de haberlas conquistado y custodiado a pesar de las numerosas incursiones y agresiones de terceros que lo han intentado todo para nuestro distanciamiento.

Tengo la barriga repleta de esta certeza, de esta vanidad, me subo al sillín y empiezo a pedalear, no pongo las manos en el manillar, sino que canturreo una canción que he oído en la radio, dice: Voy a empezar desde cero así, apagaré las luces y desaparecerás de aquí, unos pocos instantes, más allá de esta niebla, más allá de la tormenta, hay una noche larga y límpida, que acabará, pero queda la ternura, lo que nos asusta.

*

Me matriculé en Filosofía por despecho, por menoscabo, por mala suerte, por desafío, con mi diploma y mi matrícula de honor, con mi pelo para entonces ya muy largo, mis cejas clareadas por el verano, mis caderas cada vez más estrechas, mis pechos cada vez menos pronunciados. Me guio hasta ahí esa parte de mí que tiene que convencer a los demás de mi propia valía. Ellos dicen curso de formación, medicina, cirugía, despacho y yo digo Martin Heidegger.

Era demasiado fácil matricularse en Lenguas, en Letras, en Ciencias Políticas, había que encontrar el azote, excederse, pescar en el mar el pez más espinoso y tragárselo con la boca abierta. Ahora tengo entre los dientes el sabor a hierro de una masticación violenta y los restos de una mala comida que no sé si escupir en la hierba o tragarme con un litro de naranjada.

Por teléfono le dije a Mariano: Voy a estudiar a Marx y sabré lo que es el capitalismo.

Él se echó a reír.

Mi estudio es tan compacto como un contenedor sin ventanas, un paralelepípedo sustancial, una construcción auxiliar pero que nadie convertirá en edificio, de la nada tuve que crear nuevos espacios de emergencia para sostener los esfuerzos de mi intelecto. Para ello establecí rituales y plazos, ritmos y calendarios.

A menudo me encuentro estudiando en mi habitación, que no ha evolucionado nada, pero que cada año se vuelve menos vivaz, más impersonal, parece la habitación de dos niños que se han ¡do de vacaciones y han dejado la pelota de baloncesto en un rincón, las sábanas con medusas y estrellas de mar arrugadas sobre las camas.

Colgué en la pared frente al armario el horario de las clases, la lista de libros para estudiar, la lista de libros para profundizar, la lista de

libros para fotocopiar, la lista de los ya fotocopiados, la lista de los que he encontrado, la lista de los que no he encontrado, la lista de los que ya odio, la lista de los demasiado largos para ser fotocopia-dos y que tendré que consultar en la biblioteca, la lista de los ilegibles, la lista de aquellos con los que he desahogado mi rabia, la lista de los que les faltan páginas, la lista de las páginas que faltan.

Para estudiar, memorizar, comprender, tengo que escribir, no hay otra manera, así que inundo cuadernos y cuadernitos con notas, signos de interrogación, puntos suspensivos, frases a medias, apellidos famosos mal escritos, flechas que conectan fechas y acontecimientos, títulos entrecomillados, citas tomadas a toda prisa y todas emborronadas, para llegar a relacionar los conceptos tengo que concentrarme, hacer un vacío a mi alrededor, exprimir y ordeñar todas mis células cerebrales.

Me desdoblo, una yo está en el tren, otra yo está en el andén y está lloviendo, está lloviendo y el agua es un río en avenida, y la yo del andén se resguarda como puede bajo la marquesina que gotea y chorrea y la yo del tren pasa en ese momento, el tren no se detiene, ha decidido saltarse esa estación, la yo del andén se queda quieta y no sabe cómo llegar a casa, mientras la yo del tren mira a la yo del andén, distraída por la ventanilla rayada por el agua, caen dos rayos, uno golpea la punta del tren y el otro la cola y la yo del andén ve cómo los rayos caen sobre el tren a la vez, al mismo tiempo, ¿y la yo del tren? ¿Qué ve la yo del tren? Lleva toda la vida viendo cosas, esa yo del tren, ya ni siquiera conoce el significado de no ver pasar el mundo por detrás de un cristal en la secuencia ordinaria de los lugares que nunca ha pisado, pero que le son familiares en sus apariciones y desapariciones.

Mientras pienso en ello, se enciende un coro de voces en el salón, mi madre y los gemelos están haciendo ruido y mi padre hace el contrapunto con sonidos intermitentes, parece que está graznando, no sabría decir si se están peleando o son increíblemente felices, pero supongo que se trata de lo primero, porque la felicidad increíble nunca ha habitado en nuestro segundo piso.

Salgo nerviosa de la habitación, porque me han distraído y porque estudiar física para filósofos me parece una tomadura de pelo, de entrada porque yo no elegí filosofía para dedicarme a la física, pero menos aún para hacer una versión reducida, una suma de, el prontuario de física para pobres mentes incapaces, me asomo y grito: Estoy estudiando la relatividad de Einstein, así que haced el favor…

Entonces me callo, hay un objeto sobre la mesa de la cocina, un objeto negro, tiene una pantalla lisa, tiene agujeros para la corriente y la antena, tiene un botón para apagarlo y encenderlo.

La señora Festa quería tirarlo, me comunica mi madre como para

justificar esa presencia, esa monstruosidad, el paso cedido a lo ordinario que ninguno de nosotros esperaba.

Mi padre mueve la silla de aquí para allá, la hace chocar contra la mesa y sus piernecitas finas tiemblan por el impacto, patalea y se agita, lo que está ocurriendo en la cocina representa la zarabanda de su vida, el cambio trascendental que no se atrevía a pedir y la bendición que ningún santo le había concedido.

Los gemelos ya tienen el mando a distancia en sus manos, lo observan y estudian sus funciones, es un televisor viejo, debe de tener más de cinco años, para los demás es basura, para nosotros es maná.

No digo nada y me quedo alejada de la mesa, no es la primera vez que veo un televisor, he visto muchos en casas ajenas, los he visto de reojo en los escaparates de las tiendas de electrodomésticos, muchos los he visto colgados en alto dentro de pubs y de bares, muchos los he admirado, detestado, adorado, olvidado y deseado.

No tener televisión era nuestra desgracia y nuestra extravagancia, podíamos decirlo en voz alta y mostrarnos insolentes: yo no tengo, yo eso no lo conozco, no tengo ni idea de lo que estáis hablando.

Durante mucho tiempo estuvimos al margen de las conversaciones, nos esforzamos por recuperar el sentido de las charlas de los demás que atañían a algo que era imposible para nosotros, eso es, experimentamos lo imposible, porque o tienes algo o no lo tienes, o puedes tocarlo, lamerlo, quitarle el polvo, romperlo o no puedes hacerlo, y no tenerlo había sido mi avanzadilla.

La sencillez con la que mi madre nos comunica este desaire a sus propias reglas, este encuentro con lo superfluo, con lo injusto, me confunde, como una muñeca con rizos y encajes en la falda me siento a la mesa mientras ellos trastean y mi padre hace toe toe con la silla contra la pata de madera y la cocina parece un agujero negro, nos succiona, su campo gravitatorio no nos deja escapatoria.

Después de algo de trabajo manual, de una serie de improperios, del desplazamiento de los muebles en busca del agujero donde conectar el cable de la antena, de la remodelación de nuestras necesidades y de la creación de un pequeño altar, el televisor acaba colocado en el salón, contra la pared, encima de dos cajas de fruta que mi madre suele utilizar para guardar las patatas y las cebollas y que, ahora, con rápidos gestos, ha unido atándolas con alambre, ya las imagina decoradas, las llenará de florecitas y cola blanca.

Los gemelos se acomodan en el sofá y tienen los ojos grandes, excitados, mi padre por fin se separa de la mesa y va hacia allá, se orienta trazando un semicírculo en el suelo y mi madre se sienta en uno de los reposabrazos, el sofá es pequeño, nunca fue pensado para contenernos a todos juntos, no teníamos ningún motivo para ocupar esa zona de la casa de forma simultánea, porque en la pared no había

nada que mirar y entre nosotros había poco que decirnos.

Se enciende la televisión y entonces nos sintonizamos, bajamos nuestras defensas inmunológicas, me quedo sentada en la mesa de la cocina y veo a través de la puerta abierta sus cuatro nucas balanceándose, sus cuellos largos y tendidos, escucho sus comentarios, escucho cómo empiezan a pelearse porque ya están en desacuerdo y cómo por algún trágico destino sus opiniones discordantes acaban reflejadas en la pantalla.

En poco tiempo discuten sobre las discusiones de los demás y discuten sobre si es útil o no discutirlas y discuten sobre el hecho de que después de media hora de televisión ya están discutiendo y discuten sobre la presencia de la televisión y discuten sobre la ausencia de la televisión, sobre su falta de entrenamiento para la observación silenciosa de la programación nacional.

Me levanto y nadie me presta atención, tengo hambre, pero quién sabe cuándo llegará la cena, vuelvo a mi habitación y miro la hoja donde dibujé un tren, miro el punto A del primer rayo y el punto B del segundo rayo y la flecha que representa el movimiento del tren y el punto M que soy yo -yo en el tren, yo en el andén- y sé con certeza que la yo del tren es la desahuciada, porque si un tren en marcha es alcanzado por dos rayos sin duda alguna no alcanzará su destino.

*

Una tarde de junio bajo hasta el lago con libros para estudiar -el círculo hermenéutico, el escepticismo de Montaigne, el juicio a Galileo-, preparo tres o cuatro exámenes a la vez, convalidaciones, convocatorias anticipadas, trabajos por completar, la brisa del lago es insípida, sumerjo los pies en el agua.

Atrás quedan los meses de vacaciones del instituto y de los chapuzones, de las largas tardes y de las perezosas horas vespertinas, estoy enjaulada en este nuevo veraneo, tan corto que resulta fulminante, insuficiente. El verano se ha hecho breve, con la puesta del sol el lago es un tigre, la luz se quiebra en franjas amarillas y negras donde el sol está cayendo mientras que por el otro lado se asoma la noche. Cuando llevo mis libros conmigo y me siento en la playa cerca del casco antiguo, miro el cielo desde la orilla y veo que la luz desaparece de las casas poco a poco, incluso cuando no hay nubes una niebla se adensa y oculta.

Me giro para volver a mi toalla y veo a una chica, a pocos metros de mí, que me mira y lleva un pequeño perro de la correa. La correa es azul, la chica es amarilla, se acerca a mí con una sonrisa vigorosa y se presenta: Me llamo Elena. Ya la he visto en el pueblo, de lejos,

siempre me ha parecido comedida, oportuna, con muchas amigas. Sin embargo, nadie nos ha presentado, aunque ya sé algunas cosas sobre ella: el instituto donde cursó sus estudios, los novios que tuvo, sé de aquella noche en la que bebió demasiado y fue a los Cisnes, la discoteca de Viterbo; mientras bailaba, el vestidito negro que llevaba se le soltó de su enorme pecho y más de uno jura haberle visto el pezón izquierdo.

Yo digo mi nombre en voz baja, no tengo ganas de conversar, sino que mis pensamientos van dirigidos al estudio, el lago debía ser una compañía y no una diversión, a mitad de semana no hay muchos bañistas ni siquiera en verano y en el punto en el que estamos, casi bajo la curva del extremo, aún hay menos.

Elena responde que ya sabe quién soy, que me ha visto por ahí siempre con esa amiga mía que parece una actriz y yo le explico que se llama Iris. Así que Elena se sienta en mi toalla, suelta al perro que va hacia el agua y olfatea las piedras, y empieza a hablar, a contarme muchas cosas sobre ella, dónde vive, cómo es que nadie nos ha presentado, piensa que nuestras vidas se han rozado hasta ahora, hace una lista de coincidencias, está estudiando para ser periodista de moda y no sabe si llegará a sacar buenas notas, lee libros de aventuras, le gusta viajar, hizo danza clásica de pequeña, pero tiene los pies torcidos y no mantiene bien el equilibrio.

No me interesa lo que me dice, me gustaría sacar los libros, seguir exactamente mis razonamientos desde donde los dejé, me maldigo por haber salido de casa, tendría que haberme encerrado con llave en mi habitación y puesto el ventilador junto al escritorio.

Ella muestra un entusiasmo por ese encuentro fortuito que no puedo entender ni sé dónde colocar, se muestra cortés, desenvuelta, en modo alguno arisca, es capaz de bromear con habilidad y me parece bastante guapa, tiene las piernas bronceadas pero no muy largas, el pecho grande y la cintura pequeña, de cerca me doy cuenta, no obstante, de que lleva el pelo teñido, de hecho me confiesa que su madre es peluquera y me invita a visitarla, tiene su local frente a la iglesia de San Francesco, le respondo que es mi madre la que me corta el pelo, no lo hace profesionalmente sino porque es necesario que lo haga.

Elena me propone entonces que me pase por allí de todos modos, puede ponerme esmalte semipermanente en las uñas -negro, plateado, gris, parezco justamente una chica de gris- como regalo y luego podríamos tomar algo juntas a la hora del aperitivo.

Le respondo que no lo sé, que ya veremos, no le presto especial atención a los esmaltes ni a los vinos espumosos.

De todas formas, nos intercambiamos los números de teléfono y me deja estudiar, se levanta y desempolva el vestidito de lunares con la

mano y llama al perro, cuyo nombre es Gin, como el gin-tonic, dice, y sonríe, la veo alejarse y contonearse, Gin vuelve a ir de la correa y ellos vuelven a ser amarillos y azules.

Desde ese día Elena me escribe a menudo, no es insistente, no es molesta, sino constante, dice que puede pasar a buscarme con su coche -blanco y novísimo, parecido a un taxi urbano-, que estaría muy bien ir a la playa de Fregene, que conoce un club náutico privado en el lago al que nunca va nadie y el agua es más limpia, hay barcos y el césped está siempre cortado, que ha leído en internet una receta y que le encantaría intentar hacer kétchup en casa y luego mojar en él nachos y patatas fritas.

Sus atenciones no tardan en hacerme sentir valiosa después de varios años de sufrir la escasa consideración de Iris, por lo que me dejo implicar sin demasiados reparos en sus iniciativas, me veo así dejando a un lado los libros durante unas horas y voy a la playa, y bebo margaritas junto al mar, finjo que sé cocinar e improviso un guacamole, veo la televisión con su padre, que es abogado y culturista, y su hermano pequeño, a quien le gusta la montaña y fotografía íbices y cabras salvajes.

Vemos juntas Desayuno con diamantes y Sabrina, que son sus películas favoritas, y dormimos una noche en su cama, resguardadas por su habitación, en cuyas paredes cuelgan pósteres de moda en blanco y negro, recortes de Cindy Crawford y Naomi Campbell y los edificios de Nueva York, de hecho su gran sueño es vivir en Manhattan, pero también en California y Hollywood y todo aquello que da al agua, dice que en los Estados Unidos los muelles se llaman piers y son larguísimos, no como el nuestro, que es corto y viscoso, y que no sirve para nada, los americanos tienen parques de atracciones cerca de los piers y las playas son tan anchas que se puede jugar al tenis en ellas.

Cuando estamos tendidas en la tumbona a rayas de ese club náutico, bebiendo a sorbos la naranjada, le cuento algo sobre mí, sobre mi asfixiante y nociva casa, una casa que se come todas las cosas y a las personas, una casa asesina, sobre mi madre y mi padre, sobre la ausencia de mi hermano, sobre la presencia del oso rosa al que Iris apodó Babol, como los chicles que solíamos mascar de pequeñas, sobre los gemelos y sobre su incurable generosidad.

Consigo componer frases con sentido completo y declaraciones sobre Andrea, me quejo en líneas generales de nuestro pasado, alabo el presente, intento elaborar en voz alta por primera vez lo que he vivido hasta ahora, no llego hasta el relato de las noches con los faros apagados con Cristiano, sino que circunnavego los acontecimientos, intento parecer encantadora y misteriosa, digo a menudo bueno, si tú supieras la de cosas que he hecho, o bien olvídalo, a veces pierdo la

cabeza y la pierdo de verdad, esta cabeza loca mía. Así, de repente, me parece correcto y adecuado ser en parte una manzana podrida, en parte una chica con ojos crípticos, me hace inquietante, difícil.

Al final añado que a mí también me gustaría tener un lugar lejano donde vivir, como el Congo o el Japón o la Polinesia, y que tampoco desdeñaría cada mañana un desayuno frente al escaparate de una joyería, la oportunidad de quedarme allí delante y contemplar collares y pendientes que no puedo tener.

Resulta tan íntimo y natural pasar tiempo con Elena, que es como si ella hubiera llegado ya durante mi infancia y siempre hubiera vivido cerca de mis días, con ella se materializan acontecimientos que antes resultaban inabordables. Elena encuentra infinidad de maneras de pagar lo menos posible, pero sin dejar de divertirse, nunca se queja si tengo que llevar los libros conmigo y estudiar, y ya ha instituido algunos de nuestros rituales, como el de ir en coche a ver la puesta de sol en el lago cuando volvemos de la playa, esa puesta de sol que siempre es un final y esa agua donde el sol no puede sumergirse, sino que solo refleja en ella sus rayos moribundos.

Decimos: Hola sol, adiós sol, y nos echamos a reír.

Iris no está contenta con esta nueva amistad mía, no deja de repetirme que no me fíe de ella y creo que lo dice por celos y remordimientos, porque ahora que ya no me ve sola o como una tercera incómoda, teme que yo pueda preferir a otra persona antes que a ella; este nuevo poder, la capacidad de disgustarla y de minar su esperanza, me electriza y hace que me regodee: la vida da muchas vueltas, la vida te restituye lo que cultivas, tus yerros.

Elena no tiene novio, y es que acaba de romper después de una historia muy larga, de casi seis años, e insiste en contarme todo sobre Alessio, su pasado amor, desde el color de su pelo, hasta las veces que se secaba la barriga con las sábanas después de un coito, y entonces yo también hablo de cuerpos y despedidas y de vicisitudes amorosas y lo hago con una sencillez inusitada, increíble: sucede y lo único que he de hacer es contarme.

La época de los exámenes ha pasado y logro no quedarme atrás, he sacado dos treinta, un veintiocho y un veinticinco[1] que me hizo llorar, rompí dos cuadernos y pensé en emprenderla a mordiscos con cuatro paquetes de fotocopias, había estudiado, me había empeñado, como un búho, como una garduña, como un animal que deambula a horas nocturnas y que quiere sobrevivir.

Elena, en cambio, solo se presentó a una asignatura y parece feliz de poder disfrutar de los próximos meses sin preocupaciones, me convence para celebrarlo y me dice que me traiga también a Andrea con alguno de sus amigos, yo accedo decidida a archivar el estudio y mis cuadernos de apuntes durante un mes por lo menos y así se crea

otro grupo de verano que aparece de la nada y quién sabe cuándo desaparecerá, un nuevo cometa.

Para hacer gala de mi reciente amistad, invito también a Iris a esa celebración, y nos encontramos todos frente a un establecimiento que ha guardado las tumbonas y retirado las sombrillas, tenemos tres botellas de vino blanco y caliente y algo de música gracias a los altavoces de un coche que han dejado con las ventanillas bajadas, y yo bebo, bebo, bebo y me río, y me apoyo en Elena desmayadamente, acentúo mis gestos cariñosos y la arrastro a darse un baño. Andrea se lanza con nosotras y otros lo siguen. Iris se queda en la orilla, con el pelo seco, cara larga, aspecto de cuervo.

Esa tristeza suya es motivo de euforia, doy saltos en el agua y me suelto el pelo, lo sacudo, mis muslos están firmes, tengo las pantorrillas diminutas, estoy pálida y mi melena roja parece una mancha de sangre contra el cielo, tengo toda esta inesperada belleza en las arterias, la alegría de haber conseguido lo que quería sin tener que forzarme, sin maltratar, sin empujar ni dar codazos, ahora tengo exactamente algo de lo que presumir y la seguridad de que gusto, de que gusto mucho a cualquiera que me mire.

Me río feliz y achispada, me subo a los brazos de Andrea y lo beso en el agua, él parece una serpiente y yo un pulpo, la música es suave, pero tintinea en el aire y los que pasan con sus ciclomotores por la carretera tocan el claxon como si dijeran que hacemos bien, que somos buenos y libres y maduros.

Ahora me siento así, crecida como una masa cubierta con un paño, he levitado, he incorporado aire, estoy hinchada y abombada por mis éxitos: los exámenes han pasado, Andrea me quiere -claro que me quiere-, Iris se ha arrepentido de ese valiente que dijo, de esas diez razones para ser odiada, Elena es una bala desenfrenada, el ímpetu hacia el futuro, es evidente ahora que puedo obrar y ser lo que yo quiera.

Lanzo un grito gutural, el reclamo de algún pájaro lacustre, ¡mito las formas de una especie protegida, y me muevo como una anguila, imagino que tengo las patas palmípedas de las gaviotas, contengo la respiración y realizo una cabriola bajo la superficie, he tenido que esforzarme y destruir, pero aquí estoy: también a mí se me debe la felicidad.

Bebo un sorbo de agua del lago y me entran ganas de sonreír: esta agua, esta ciénaga, es dulce, azucarada, sabe a cereza, a mermelada de clementina, a malvaviscos, siempre es dulce el agua del lago, grito a pleno pulmón.

De nuevo: siempre es dulce el agua del lago.

Grito a pleno pulmón.

*

Cristia', necesito un favor. Necesito que vengas a buscarme, tráete dos cascos y dos bidones de gasolina, tapa la matrícula del escúter.

Concluyo la llamada y mi mano tiembla, baila, si tuviera una taza entre los dedos llena de café lo derramaría por el suelo. Estoy en ropa interior y me falta el aire, me miro los pies, que también se mueven, vibran, entonces cojo un sujetador negro de encaje, me lo abrocho sobre la barriga y luego le doy la vuelta, acomodando las copas, me ciño los pechos y me ajusto los tirantes, me pongo los vaqueros negros que he dejado sobre la silla y luego las zapatillas de deporte, busco una sudadera, pero veo doble, veo triple.

Han pasado cinco horas y no he encontrado descanso, me resulta imposible quedarme sentada o apoyarme contra la pared, ya he hecho pis diez veces y he perdido líquidos que no me sobraban, me estoy derritiendo.

La llamada telefónica ha llegado mientras me comía una manzana en pijama, la pelaba con pericia, sujetando el cuchillo para no hacerme daño, y quitaba la piel de la fruta sin apartar los ojos.

Alguien se ha reído al teléfono, pero no he sabido reconocer ni la risa ni la voz, la persona me ha dicho que Andrea había hecho algo, ¿quería saber qué?

He contestado que no y he colgado, el número era desconocido, al cabo de un rato he recibido un mensaje de Andrea, decía: Perdóname, por favor, no ha pasado nada, lo juro, yo había ido a tomar un café.

He mirado una y otra vez el Motorola -el antiguo, el honesto, el indestructible- y he tenido la esperanza de que estallara con todos los mensajes y los contactos, las huellas de los meses y de las semanas.

Han vuelto a llamarme con un número oculto, así que he contestado: Tu novio se está viendo con tu amiga, estamos fuera de la casa de ella, él está dentro y es la tercera vez que llamamos por el interfono, no quiere salir.

He movido la cabeza, de un lado a otro, sacándome de encima lo imposible, les he oído reírse de nuevo -reírse, reírse, reírse de mí- y luego han colgado.

He llamado a Andrea por teléfono, pero no me ha respondido, lo he llamado por segunda vez y no ha contestado, he llamado tres, cuatro, cinco veces y no ha contestado, así que he ¡do deslizando los dedos por los contactos hasta llamar a Iris.

¿Está Andrea contigo?, le he preguntado directamente.

¿Conmigo? No, estoy en casa de la abuela, en Monterosi, ¿por qué? ¿Qué pasa?

Dicen que Andrea está en casa de una amiga mía.

No soy yo.

He oído de fondo los sonidos de la cocina, la televisión encendida, el telediario regional, los golpes de los platos en el fregadero y he colgado.

Me sentía ahogada, arponeada en la garganta, a punto de perder los sentidos y la sensibilidad, he empezado a caminar por la habitación, de un lado a otro, arriba y abajo, he abierto la ventana, fuera pasaban los coches, sacaban a los perros de la correa para su paseata vespertina, en un punto visible estaba el árbol del que Oso me había ayudado a arrancar una rama.

He intentado llamar de nuevo a Andrea y me ha contestado nervioso, farfullando cosas inexactas, arrepentimientos, reconstrucciones, informaciones intempestivas, ha dicho que se trataba de una pura casualidad, que estaban en contacto, pero solo por amistad y que esa noche no sabe por qué alguien lo ha seguido hasta allí, él quería charlar.

He dicho: No entiendo de qué me estás hablando.

Me ha repetido que la casa de Elena estaba libre esa noche y que querían hablar, entonces algo ha cambiado, pero quería decírmelo, él sabía que no estaba bien y ahora está desesperado, ha dicho exactamente desesperado y yo en ese momento me he despertado, abriendo bien los ojos a la habitación y a mí misma, he desconectado el móvil.

Entonces abro la puerta del armario y meto las manos en la parte repleta de cosas que estorban y embarullan, ropa rota, calcetines desparejados, reglas, escuadras, cuadernos usados, la raqueta de la escuela media, el cartel de los dieciocho años y la encuentro, la aferro y la saco.

Sacudo la camiseta con la ese de Superman, una, dos y tres veces, y luego me la coloco por la cabeza, paso los brazos por ella, recupero también la sudadera negra y me la pongo, cierro la cremallera hasta arriba y me subo la capucha, ocultando el pelo.

Le digo a mi madre que voy a salir y me dice que siempre salgo, y demasiado, y que esta noche no voy a ir a ninguna parte, yo ya estoy en las escaleras y bajo a la calle.

Ya no sabe convencerme con las restas, no tiene poder para dejarme sin nada, no puede atarme las manos a la espalda si las utilizo mal, no puede quitarme el plato de la cena si no la obedezco, no puede dejarme la ropa interior sucia si vuelvo tarde por la noche, he hecho lo que ella me pidió: me he quedado con ella y he estudiado, he estudiado hasta desmayarme. Me gustaría gritarle: Se acabó esa época, mamá, cuando tú podías decirme si salía o no, cuando te sentabas en

el umbral de casa y Mariano y yo corríamos por el patio de cemento, donde ya no había jeringuillas, donde habías matado los bacarozzi, los escarabajos, y las enfermedades. Estoy mudando como una serpiente al sol, estoy perdiendo mi ingenuidad como piel muerta, mientras que ella siempre parece idéntica a sí misma, esculpida en el mármol de su maternidad.

Cristiano tiene un casco colocado en el codo y dos bidones en equilibrio en el reposapiés del escúter, me acerco y cojo uno de los cascos, me lo pongo y bajo la visera.

No necesita preguntar: cinco horas son suficientes para el pueblo, todo el mundo sabe ya lo que hay que saber. Cristiano no se opone a la maldad que voy a hacer porque le parece adecuada y por eso lo he llamado a él, porque sabe lo que es lo correcto.

Tomo uno de los bidones que ha llenado en la gasolinera y, una vez que me subo a sus espaldas en el ciclomotor, lo mantengo apretado entre los dos, y así, con estos niños en brazos y entre las piernas, nos ponemos en marcha.

Le grito hacia qué calle debe ir y él va, conduce exasperando nuestra carrera contra un tiempo que no corre, sino que late solo en mi cabeza y en la suya.

La calle está desierta, hace ya un rato que ha pasado la hora de la cena, fuera del chalé bifamiliar de Andrea Coletta solo hay coches aparcados y entonces me bajo, veo el suyo, con la matrícula AZ, la antena de la radio, los asientos verdosos, es un coche diferente al de su padre, aquel contra el que descargué mi ira la primera vez, ahora el que me espera allí es el suyo, su medio de locomoción privado, cuyo equipo de música ha elegido y cuyo aire acondicionado tanto le gusta. Mientras tanto, Cristiano deja el escúter en la esquina y observa las sombras bajo las farolas. Todavía llevamos puestos los cascos y cada uno un bidón en la mano, los aferramos con gusto y sentimiento, él me mira como preguntando si estoy segura, si debe seguir adelante y yo asiento con energía, muevo el casco hacia adelante y digo que sí, comenzamos el pas á deux, la escena central, el golpe de efecto.

Así que abro el bidón quitando el tapón negro y observo las formas y las dimensiones que me rodean, los volúmenes detestables, me acerco y echo gasolina sobre las ruedas y sobre el capó, como si fueran piernas, brazos y columna vertebral de mi enemigo. Cristiano está a punto de hacer lo mismo, pero le señalo los otros coches, hay al menos cinco seguidos, entonces él asiente, le parece una ocurrencia excelente, un único coche hace ruido, cinco crean pánico y miedo, así que lo ejecuta. Regamos los cinco, más empapados que los pasteles borrachos, que los bizcochos del tiramisú, que las esponjas en la ducha, en los cristales, en los limpiaparabrisas, en los faros y en las ventanillas.

Respiro con fuerza en mi casco, me trago la rabia, toda la que he mantenido oculta, la que he disimulado para las grandes ocasiones, la que he visto bailar desde la distancia, la que me han prohibido y que en cambio me pertenece y quiero cultivar, siento pesado mi cuello, calientes mis manos, doloridas. Tiramos los bidones cerca de los coches, y Cristiano saca de su bolsillo una caja de cerillas, son largas y con las puntas azules, enciende cinco y me pasa tres a mí.

Miro las puntas ardientes, se consumen bajo mis miradas y recuerdo el mensaje de Nochevieja -pienso en ti-y estás preciosa vestida de blanco y luego ese nosotros no estamos aquí, nadie puede encontrarnos aquí abajo, el olor de las sábanas, de la loción para después del afeitado, de los condones que descansan en la mesita de noche, y la toalla en la cintura, la puerta del vestuario que se abre de nuevo, Andrea sale de allí, Carlotta dice aquí estoy, yo estoy empapada, chorreo agua, sudor, aislamiento.

Lanzo sendas cerillas sobre los coches y la gasolina se incendia, el humo de la combustión no tarda en ascender.

Cristiano me insta a que nos vayamos inmediatamente y se sube de nuevo al escúter. Grita en dialecto: Tenemos que salir pitando.

Y yo permanezco parada delante de los coches en llamas porque me atrae y es un cuento de hadas para mí lo que estropea y destruye, lo que deshace, desmenuza, deteriora. Este es mi superpoder ahora: observar los objetos, las casas, las personas mientras sufren.

*

Tengo los ojos abiertos, tengo los ojos desalmados, pedaleo por las curvas de asfalto, paso junto a las paredes de lo que hace mucho tiempo fue un volcán, porque eso es nuestro lago: el resultado de una implosión.

El sol se ha puesto y no llevo luz en mi bicicleta, la carretera no está bien iluminada pero tengo que confiar en los recuerdos y en las luces de fuera de las casas, no levanto el brazo hacia la derecha sino que me desplazo directamente, enfilo la pequeña carretera que lleva al paso del lago de las Musas, donde están los locales y los establecimientos, la misma zona del lago donde pasé mi primer verano con Iris, la noche en la discoteca en la que conocí a Cristiano, las celebraciones por el fin de los exámenes unos meses atrás, mientras estaba borracha y pensaba que solo me aguardaban prodigios.

Al final voy de nuevo hacia la derecha, donde la carretera se convierte en una pista de tierra y solo hay un establecimiento que ya está cerrado, vislumbro una estructura de madera en la playa negra azulada, la torreta del socorrista ya inaccesible porque la madera se ha

podrido y quien monte en ella corre el riesgo de que se derrumbe.

También me doy cuenta de la presencia del coche blanco como un taxi urbano, así que me paro y lanzo la bicicleta contra la red del bar que ahora tiene los cierres echados.

Elena está sentada en la playa, iluminada por la irradiación lunar y una débil farola, no hay nadie más en las inmediaciones.

He recibido un largo mensaje de ella unas horas antes en el que me explicaba las vicisitudes de su corazón desgarrado y la lucha contra su propia voluntad y una serie de endebles justificaciones, me proponía un lugar de encuentro y una hora y me rogaba que fuera a verla por última vez, porque solo en persona podría explicarse. La puntuación era toda errónea, había mayúsculas al azar, tildes en lugar de apostrofes y unas cuantas k donde hubiera correspondido poner una qu, esta chapuza me ha molestado hasta la médula, dentro de los huesos, ni siquiera ha tenido la precaución de releerse, ha vomitado sus tristes excusas, esos chillidos de rata de cloaca, sin dignarse a hacerlo con dignidad, con el respeto que se debe al menos a las palabras.

Cuando me ve se levanta de inmediato y noto en su rostro el desconcierto de quien cree estar delante de un desconocido, voy hacia ella con largos pasos, dejo que mis zapatillas de deporte se hundan en la arena.

Elena viste una mirada contrita y luego abre de par en par sus ojos inocentes, declara que este error no estaba previsto y que ha sucedido, como suceden los días, las macetas en el balcón, las mariposas en los aleros, los huesos en los melocotones, un accidente entre muchos otros en nuestro superpoblado y agotado planeta tierra.

Dice que ha sido una semana terrible para ella, que ha llorado todas las noches -yo no he llorado nunca, ni siquiera una noche, media o una cuarta parte- y luego ese desastre en la calle donde vive Andrea, se incendiaron los árboles de los jardines, había un humo negrísimo incluso a la mañana siguiente que seguía saliendo de los restos de los coches, las paredes de toba se quedaron ahumadas y estallaron los cristales de las ventanas, la calle es un cementerio de chatarra y el único olor es el de la tela, el plástico, la resina quemados.

Asiento como si comprendiera la magnitud de la desgracia, que sin duda habrá provocado daños y disgustos y dificultades, y la idea me agrada, me reconforta, porque no era un acto destinado a perdonar, a calmar o a difundir delicadeza, me deleita este mundo residual de los incendios.

Los dos rumores surgieron casi al mismo tiempo, como venenos inyectados a poca distancia el uno del otro, primero la traición de Andrea y luego el incendio en Residenza Claudia, donde los chalecitos están muy muy juntos y en los jardines hay espacio para las

buganvillas y los olivos. Ahora la gente no habla de otra cosa, se revuelca entre hipótesis y conjeturas, nada en el fango de este estanque sin grillos y sin ranas, compite para ver quién adivina antes, quién tiene más noticias que proporcionar al resto de la plebe: somos un cuerpo en el suelo y ellos son los perros, quieren carne fresca, han empezado a comernos por la punta de los codos.

Elena no tiene el valor de preguntar si fui yo, porque no tiene las herramientas necesarias para averiguar cómo ni con quién, no sabe cómo completar el rompecabezas de mis estados de ánimo, de mis momentos esquizoides, de mis imprevisibles pero cadenciosas reacciones desmedidas, y por tanto empeora la situación y se pone a hablar de nosotras.

Dice que Andrea le gusta mucho, está enamorada de él, le interesa dejar clara la fuerza de este amor porque, de lo contrario, no se entendería su drástico vuelco, quedaría como una travesura, un gesto incoherente, pero cuando hay amor, cómo decirlo, toda acción es legítima y significativa, todo acto es poesía.

Su larga relación, que empezó no hace ni dos meses, ha calado hondo en sus entrañas, germinando un sentimiento de recíproca pertenencia, y fue monstruoso y desgarrador tener que contenerse para no responder a la llamada del sentimiento; no estoy segura en modo alguno de que haya dicho exactamente la llamada del sentimiento, así que se lo pregunto.

¿La llamada de qué?

Del sentimiento.

Vuelvo a asentir con insistencia, digo que sí, que sí, con la cabeza y la barbilla, participo en su confesión con todo el cuerpo.

Hace años, Cristiano me contó una historia sobre nuestro lago: en el pasado se alzaba en su centro una ciudad llamada Sabazia, era una ciudad próspera, el comercio era floreciente, la agricultura en las tierras vecinas no afrontaba ni sequías ni peligros, había abundancia en el mercado, a lo largo de las calles, pero sus habitantes eran contritos, venenosos, agrios, no había nadie que poseyera cualidades. De este modo, la ciudad y sus habitantes fueron castigados por Dios, que decidió hacer llover mucha agua sobre las casas, sobre los muros, en los patios, sobre la ropa colgada en los tendederos y sobre las eras donde se cuidaba a los cerdos, sobre los establos de los caballos, el agua cayó y cayó, hasta el extremo de que provocó una inundación que cubrió Sabazia. Solo una muchacha se salvó porque un misterioso joven le aconsejó que huyera con él. La chica pidió perdón a Dios y se refugió en una iglesia, lejos del pueblo, allí declaró que sería para siempre loable, santa.

Miro el lago, se ha vuelto sombrío a mis ojos, inmóvil, no emite ningún sonido, parece moribundo, sumido en un sueño malsano.

Me he perdido lo que está diciendo Elena, que ahora ha empezado a llorar, la veo sacar un pañuelo de su bolsillo, ya desgastado, y se enjuga las pestañas, luego añade, con un discurso inaudito, que soy alguien querido y vital para ella, y que no había planeado hacer lo que hizo.

Sucedió, le digo, como para dar a entender que lo comprendo, que la escucho, que estoy aquí.

Ella asiente y me mira, responde: Exactamente, como si fuera una obviedad hecha de letras, todo parece cuadrar, todo tiene su principio y su final.

Me queda claro, solo ahora con absoluta certeza, que en el centro del lago no hay ninguna ciudad llamada Sabazia, al igual que no hay ningún belén bajo el muelle, al igual que no hay fantasmas en el castillo Odescalchi ni brujas que deambulan por las dunas de arena cuando se pone el sol, estos pueblos viven de narraciones postizas, han creado una mitología sobre rocas y piedras volcánicas, con su leyenda querían exorcizar a los brutos y a los desvergonzados, castigarlos, lavar sus pecados, pero las historias no son suficientes, no cuentan todas las verdades, y es evidente que no hubo ninguna conversión, no existió ninguna mujer superviviente, ninguna mujer bendita; solo existen las mujeres sanguíneas, como yo.

Elena habla entonces de nuestra amistad, porque está ahí, está viva, sin duda, ella ha reconocido en mí algo de sí misma, nos hemos encontrado y ahora separarnos parece un corte operado con bisturí, cómo vamos a prescindir de esta amistad nuestra y por qué tendríamos que dejar que un único momento, un burdo error, arruine nuestra química, nuestra unión a doble cuerda.

Me acuerdo de una frase que Iris y Agata habían escrito en el cartel de mi decimoctavo cumpleaños: la amistad nace en el momento en que una persona le dice a otra: ¿Cómo? ¿Tú también? Pensaba que era la única.

Es en este momento cuando me acerco de nuevo a ella y le doy una patada a la altura de la rótula, con toda la planta del pie, una coz de burro, una pezuña de vaca, y ella grita y se dobla hacia delante, se toca la pierna que sin duda alguna le duele, le duele mucho, mientras yo le agarro el pelo rubio con las dos manos, las raíces son más oscuras y las puntas más claras debido al verano, y tiro de ella como si fuera un saco que descargar en el puerto, residuos de fábrica con los que contaminar el agua del mar, la arrastro por la arena negra, su peso crea un surco y su huella se hace evidente, en la orilla deja sus gérmenes, su saliva.

Elena intenta liberarse, da patadas con los pies, agita las manos y me golpea, y yo encajo sus golpes sin sufrirlos, me siento como una esfera de hormigón armado, no tengo defectos, no tengo arrugas, no

tengo grietas por las que trepar, ya no hay nada ahora que pueda obligarme a dejar de tirar, así que la arrastro: su abundante pecho talla 100, sus caderas talla S, su trasero apto para las bragas brasileñas, su nariz un poco grande en la punta, sus pies de bailarina fracasada, cuando llego al agua le doy otro par de patadas y le agarro la cabeza, la sumerjo en el líquido y me subo encima de ella, la mantengo sujeta, la mantengo sedada.

No es sencillo evitar que tome aire, porque sigue forcejeando, parece un pez vivo y que acaba de morder el anzuelo, levanta la cabeza y respira, luego vuelve a sumergirse, luego patalea, luego araña, luego grita, llora y su voz hace glu glu, me mojo los zapatos y los vaqueros por lo menos hasta el muslo y sigo avanzando en el agua e imprimiendo mi fuerza sobre ese cuerpo como si fuera una pila de ropa sucia que debo enjuagar para eliminar el jabón, para sacar una mancha de salsa roja en un vestido blanco.

Las cajas de pizza están abiertas sobre nuestras piernas, la corteza está crujiente, la salsa gotea y ensucia, y Andrea dice: Vamos a bailar.

Mi cabeza ha enloquecido, a saber qué ocurre si la pierdo, me digo y tomo energía de esta imagen de mí, la temida, la respetada, la feroz, a su lado lucho contra las risas de esa llamada telefónica, la excusa de tomar un café por la noche, la vehemencia con la que me arrebataron -mientras pelaba una manzana- el sentimiento de alegría que había sentido y creído, regado, cuidado, alimentado, la forma con la que siempre he dicho importante, una historia importante la mía con Andrea, para mí destinada al infinito vacío de quienes son jóvenes.

Esta vida, que tengo entre las rodillas, en mis manos, como un racimo de uvas, como una lámpara y un libro, debe terminar, porque así funciona el ciclo de las épocas, de los animales, de las estaciones, sucede que algo termina.

Elena responde cada vez con menos vigor a mi ataque, a mi asesinato, y las burbujas en el agua se van haciendo débiles, pequeños los espasmos, diminutas las contracciones, faltan solo unos segundos, falta solo el tiempo para un hola, para un adiós y para un te quiero antes de que ella se haya marchado.

Luego oigo a dos personas hablando en la playa, son un hombre y una mujer, la mujer dice que son cincuenta euros en total y él dice cincuenta euros me parece demasiado, se están acercando, caminan por la arena y no tardarán en ver: a mí, agachada en el agua; a ella, sumergida.

Entonces me veo obligada a soltar, a abandonar mi furia, y Elena levanta la cabeza, cianótica, aturdida, con los ojos completamente abiertos de quien se asfixia en una bolsa, coge el oxígeno húmedo que llega desde el lago con todos sus pulmones, y yo empiezo a correr hacia la carretera y hacia la bicicleta, no me doy la vuelta y pienso

que ella no tardará en empezar a gritar y a perseguirme con su coche y atropellarme en el camino de vuelta, o bien en pedir ayuda y que los coches patrulla de la policía se detengan bajo la ventana de Antonia.

El carabinero, que es amigo suyo, con acento siciliano, le dirá: Ya te advertí yo que la vigilaras, tu hija es carne de prisión, casi mata a alguien, pero ¿qué otra cosa te esperabas de una mujer pelirroja, criada en una familia así?

11. LA LUNA HA CAÍDO ESTA NOCHE

En el hayedo no se ve ni tierra ni hierba, solo hojas secas y sin matices, un mantel de hojitas finas y crujientes, azúcar caramelizado y almendras. Cristiano dice que el hayedo de Oriolo Romano es diferente a los demás porque crece a baja altura, dice que los hayedos son los lugares más longevos del mundo, han permanecido idénticos a sí mismos durante millones de años, desde el final de la edad de hielo hasta hoy, o quizá menos, pero aunque fuera menos yo miro esos troncos largos y estrechos como si fueran mis antepasados, los veo desnudos, tienen brazos y manos y dedos y entre ellos solo se rozan, encienden fuego en las cavernas cuando nadie los mira.

Esta es mi fiesta de licenciatura y no habrá otras, porque las he prohibido.

Cristiano camina delante de mí, va vestido con todas las tonalidades de la maleza y lleva un gorro de lana oscuro calado hasta la nuca, una barba que le asoma en el mentón, un peto naranja. Tiene las espaldas anchas, es más alto que yo, mientras camina se ajusta a menudo los pantalones, como si se le estuvieran cayendo, pero no es así, lleva puesto un cinturón. No veo sus ojos pequeños y juntos, las pupilas que siempre me parecen demasiado anchas o demasiado estrechas, nunca sé si reaccionan a la luz y a la oscuridad, si son sintéticas, si están dibujadas con un rotulador oscuro.

Deberías haberte puesto algo de color, me dice y sigue caminando.

Soy pelirroja, no me hace falta nada más, nadie va a confundirme con un conejo, respondo y lo sigo.

En mi opinión ese título no te sirve para nada, para nada en absoluto, declara y su escopeta pasea con él, junto a su muslo hasta la rodilla.

Voy a presentar una solicitud para el doctorado, ya estoy preparando el proyecto, me contratarán y seguiré estudiando, respondo con convicción y sujeto con más fuerza la culata, miro a mi alrededor, controlo los movimientos bajos, las manchas oscuras, los ruidos de animales.

Porque es evidente que así van a ser las cosas, solo sé estudiar y repetir y archivar y solo pueden dejar que continúe, es mi lugar en la

sociedad, ser una investigadora, convertirme en ayudante de profesor, aguantar con paciencia porque me pagarán poquísimo, sacarme la oposición para asociada y convertirme en profesora universitaria, escribir volúmenes, ser un link que enlazar, una entrada consultable en el directorio de los docentes.

Con esta se matan hasta lobos, me dijo Cristiano de su recortada, su lupara, se empeñó en contarme las historias de esa lupara y de la mía, y de todas las luparas, la genealogía de las luparas.

He pensado que me gustaría que hubiera lobos en el hayedo, para enfrentarme a una caza de verdad, la caza de algo malvado, dañino, algo que pueda devorarte, cuya sombra duerme en el fondo de la barriga de toda niña y, en cambio, voy a tener que conformarme con tordos y jabalíes, criaturas sin nobleza fabulosa.

Cazar en el hayedo está prohibido y, en cualquier caso, ni Cristiano ni yo tenemos licencia venatoria, pero él conoce los mejores horarios y los puntos menos transitados por el guardabosques y lo que se tarda en cargar el cadáver de un animal desde el centro del bosque hasta la furgoneta.

No llevamos perros con nosotros porque arman demasiado jaleo y llaman demasiado la atención, así que la nuestra es una caza lenta y desafortunada, tenemos que esperar a que los animales se muevan por su cuenta o a causa de nuestros pasos. Tras un largo camino hecho de silencios y de historias del bosque -relatos de Cristiano sobre su abuelo y su bisabuelo y sobre lo que ocurre en las casuchas al borde del hayedo, esas que parecen vacías, pero que están llenas de vida, de irracionalidad, de desgracias-, veo un jabalí, su cabeza de cerdo, su cuerpo rechoncho.

Está quieto junto a una roca, hoza el suelo, sería demasiado fácil dispararle así, no hay gusto o sabor en las cosas sencillas, en los desafíos nimios, así que le digo a Cristiano que esté preparado porque le llegará uno, levanto mi recortada de cañón liso, apunto y disparo contra el árbol para ponerlo en fuga. Entonces huye, sus cortas patas rozan el terreno, su mole es una declaración de presencia, intenta moverse entre los troncos y la maleza, galopa sobre las hojas sequísimas y gruñe toda su preocupación. Cristiano dispara en su dirección, dispara dos veces y no le da, el animal se retuerce en la huida, se abisma, busca el hígado, el bazo del bosque, el punto oscuro donde las sombras están listas para acogerlo.

Cristia', cógelo, le digo.

Empieza a correr en dirección a la bestia y luego se detiene y vuelve a disparar, dispara y dispara y no le da a nada, y pienso que si hubiera habido un lobo furioso ya le habría mordido en la cara, en la garganta, a la altura de la barbilla, así que me acerco y lo supero, busco al jabalí como si me buscara a mí misma.

Me veo a cuatro patas en el bosque, tratando de escapar de las responsabilidades de mis casi delitos, de las malas palabras, de los gestos furibundos, de las dulzuras que no supe dar, de la ternura que no pude recibir, de mi futuro, soy yo quien renquea y se agacha y tiene un pelaje erizado y duro, una armadura de animalidad correosa, yo gruño, yo olfateo, no quiero que nadie me detenga, me juzgue, me acuse, entonces alzo mi escopeta, que para mí es cuerpo, objeto vivo, capacidad, y apunto, una de las pocas cosas que sé hacer y que siempre sabré hacer.

Recuerdo cuando Mariano y yo llevamos a Babol a casa, sujetándolo por la cabeza y las patas, y lo colocamos, y mi hermano se echa a reír, y luego Andrea que dice: ¿Quieres disparar?, y saca algo de dinero del bolsillo de sus vaqueros, porque está hablando conmigo.

Oigo el disparo y luego el retroceso, gracias a Cristiano sé que la lupara era propia tanto de los partisanos como de los mañosos, tanto de los cazadores como de los combatientes, la lupara abre la carne del jabalí en un espasmo y sus gritos son fuertes, la herida ha sido precisa, como las de la gran pantalla y de los aplausos, de una fiesta de gala, y el animal, colmillos y uñas y músculos y fibras, se derrumba, hace movimientos con sus muslos, su vientre, su cabeza, no entiende qué y cómo lo han golpeado, no puede saberlo, y en eso consiste el final de su vida, en no saberlo.

Pienso en mí misma, en el final de mi trayectoria de estudios, en todo lo que sé que me espera, en todo lo que me parece obvio que ocurra y en todo lo que no me pregunto si es necesario o vital para mí. No he realizado ningún trabajo de verano, a diferencia de mis amigas, no he ahorrado ningún dinero con el que habría podido liberarme del aliento materno, me centré solo en los exámenes finales y en los libros, seguí el hilo rojo que encontré entre mis dedos, durante años, durante largos meses y horas, lo seguí escrupulosamente, cuando lo perdí de vista lo lamenté, me arrepentí, y ahora estoy fuera del laberinto, tengo la cabeza del Minotauro en una mano y miro a mi alrededor: estoy preparada, llevo mi armadura de héroe, alguien tendrá que fijarse en mí, alguien me preparará un rinconcito en el mundo, encontrará un lugar adecuado para mi brillo, mis hazañas y mis duelos ganados.

Un cuarto de hora después estamos arrastrando el jabalí por el camino de regreso y vamos rápido, él con las patas delanteras, yo, las traseras, las hemos atado con una cuerda, lo mantenemos suspendido y de vez en cuando nos detenemos, sin Cristiano no podría llevar este peso, ni siquiera un rato, ni siquiera por locura, él me ayuda, con la cara sombría porque ha fallado, y yo intento hablarle de guisos y de vino tinto y de ragú y él asiente con sus ojos que van rectos y no se mueven.

Era tu regalo, puedes hacer lo que quieras con él, me dice izando al animal dentro de la furgoneta, y se oye el rumor sordo que hace su cuerpo sobre el metal. Cristiano sube y cubre el cadáver con bolsas de basura negras, limpia la sangre que gotea. Me duelen terriblemente los brazos.

No apresura demasiado esos gestos, sino que coloca las escopetas, se ocupa de ese cuerpo muerto y de sus líquidos con tranquila frialdad, es la virtud suya que yo prefiero, la forma aséptica en que reacciona ante el mundo y sus afrentas, si hay que hacer algo, lo hace. Cristiano es compacto, seguro, homogéneo, ha comprado con una pequeña herencia de su abuela una granja a las afueras del pueblo y la está arreglando, trabaja todo el día reparando los establos, levantando los vallados, enluciendo las paredes, ha nacido en estos parajes y es estos parajes, es su familia, es el lago, es como parece, transparente, evidente.

Yo soy la mujer rota y opaca, la que se refracta en las superficies y a la que siempre se ve a medias.

*

¿A qué viene esa cara de perro apaleado, ese pico de ave?

Mi madre entra y me encuentra apoyada en la mesa de la cocina, con los ojos vidriosos y los labios de papel arrugado. Ella deja la compra, las patatas, las alcachofas, la leche desnatada, yo balanceo un pie sobre la pata de la mesa, oscilo.

Nada, solo estoy nerviosa.

¿Has hablado con el profesor sobre el doctorado?, me pregunta, y recuerdo la cara larga de aquel hombre, sus gafitas caladas sobre su nariz redonda y las manos, los dedos en la nariz, rebañar, limpiar, sacar y empezar de nuevo, explorar, excavar, y hablar y excavar un poco más y proclamar que no, que ese proyecto es demasiado literario, que la figura del idiota está estudiada y reestudiada, que ya no le importa a nadie. ¿Cómo hablan los mal amados?, es un título frágil, aquí estamos hablando de investigación y yo ni siquiera sé alemán, ¿adonde voy? ¿Qué pretendo? La universidad no es el patio de las almas tristes.

He hablado con él.

¿Qué ha dicho?

Me dijo que como director él no apoya a sus propias alumnas, por corrección, que tendría que probarlo en Tor Vergata, sin beca, respondo, y la ventana está abierta, el aire me trae a la memoria el del patio de la facultad donde el cansancio rueda cuesta abajo y las moscas cubren las paredes en verano y todo está quieto y nada te

salva.

No puedes hacerlo sin dinero, ya te lo dije, ¿qué se piensa esa gente? ¿De qué vivimos mientras tú trabajas gratis para ellos?

Antonia adquiere el tono de los mítines y de las reyertas, de los reproches y de las luchas sociales, las alcachofas caen hasta el fregadero, se sumergen en el agua, los vecinos escuchan música latinoamericana y tal vez canturreen, mi padre ve Beautiful mientras espera CentoVetrine en Canale Cinque, la televisión bombea su aire limpio en los pulmones de Massimo, el oxígeno necesario: el pelo rubio y brillante, las hombreras redondeadas, los muertos que resurgen, las traiciones reveladas, las madres tóxicas, los silencios de amor.

No empieces, ma'. No empieces.

¿Y quién va a empezar si no lo hago yo? Solo te ofrecen cosas que no te pagan, después de todos estos años, hemos sudado sangre para que estudies, con tus notas, con todo lo que sabes, ahora ya no sirve para nada… Tor Vergata, debería ir a hablar yo con ese hombre.

No tengo doce años. Ya he hablado yo con él.

Pues no hablaste bien, como hay que hacerlo, de lo contrario no nos la jugaba así, ¿no es el que manda? ¿Y te dice que presentes tu solicitud en otra universidad? Si él no puede contratar a sus alumnos, ¿entonces quién lo hace? ¿Quién los contrata? ¿El Espíritu Santo?

Vale, ya está bien, la corto yo.

No, no está bien, tienes que empezar a prepararte para dar clases en colegios, entonces, infórmate sobre cómo se hace, ve a preguntar.

No tengo los requisitos necesarios.

¿Qué quieres decir?

No tengo los créditos en las asignaturas que se necesitan, como asignaturas de historia.

¿Y eso por qué?

Porque no me gustan y yo no quiero dar clase, ma'.

A ver, ¿estás de guasa? ¿Estás perdiendo la cabeza? Antonia deja las verduras y las recetas, las bolsas de la compra están abiertas, los gemelos están en el colegio y volverán pronto, no encontrarán la comida hecha y esperarán tranquilos, se hablarán al oído contándose sus confidencias, que ninguno de nosotros debe saber.

No dejaría que me confiaran a un niño ni en tiempos de guerra, declaro y dejo de empujar con el pie sobre la madera, lo golpeo contra el suelo, una, dos, tres veces, el pie hace toe toe y altera el ritmo de nuestras rabietas.

No has hecho las asignaturas que necesitabas para enseñar, ¿y qué has hecho, entonces? Pues hazlos ahora.

Fuera del curso correspondiente cuestan doscientos euros cada

una.

¿Y qué vas a hacer con este título entonces? ¿Qué vas a hacer con él?

Nada.

¿Nada? No existe la nada, con cada cosa se hace otra, ahora te buscas la manera, te vas a secretaría, vas adonde haya que ir, te quedas allí hasta que lo soluciones.

Yo no voy a ninguna parte, los odio a todos, respondo y veo de nuevo los anuncios colgados, los seminarios, los números de teléfono para alquilar habitaciones, los archivos de la biblioteca, los ordenadores siempre ocupados, las aulas semicirculares, los asientos abatibles que se atascan, el papel higiénico caído en el váter y mojado, los brum brum de las centralitas del fondo y recuerdo una frase del loco de Samuele que, por algún motivo, nunca he olvidado: El mundo está a punto de acabarse, la luna ha caído esta noche. En pocas palabras, no hay nada que hacer, nos rendimos, es la derrota, se han burlado de nosotros.

Marco, el hijo de los Festa, tiene razón, tiene razón cuando dice que debería preocuparme por ti, yo me he reído de ello, pero no hay motivo alguno del que reírse, ¿qué estás haciendo? Qué estás haciendo con tu vida, contigo misma.

Pero quién es este Marco, nunca he oído hablar de él, finjo yo, que sé muy bien quién es.

Estuvo incluso en la fiesta de mis dieciocho años, con una camisa a rayas, con la barbilla manchada de crema después de haber comido pastel, se paseó un tanto achispado con esa crema en la cara y sin darse cuenta. Me horroriza y asquea ese ser pálido y largo y todas sus sobras, la bicicleta, las camisetas, los pantalones que necesitan ser arreglados, los juegos de mesa a los que les faltan piezas, la televisión que tiene ya cinco años, siempre nos hemos alimentado de sus sobras, si miro a mi alrededor en casa, eso es lo que me parece: el vertedero de los ricos aburridos de las cosas.

Has hablado más de una vez con él, lo habrás visto mil veces, hace tiempo que te digo que deberías conocerlo mejor, es un buen chico, estudia medicina.

Me gustaría reírme con fuerza, silbar de la risa, pero no me sale, estoy muy tensa y tengo la barriga hinchada, podría presumir de embarazo.

Es un chico como dios manda, no como ese Cristiano con el que sales, ese idiota.

No sabes nada de Cristiano.

¿Te gusta porque es guapo? Aquí me tienes, yo también me casé con el guaperas de turno y ya ves tú cómo acabó la cosa, se cayó

mientras hacía su trabajo de mierda y ahora cargo con él hasta la tumba.

Está aquí, puede oírte. Es mi padre, no una planta, le digo con un siseo.

Y Massimo ni siquiera mueve la cabeza o las orejas, no cambia de postura, con los ojos fijos en la pantalla, la pelvis apoyada en la silla, las piernas cada vez más cortas, palillos, y su cara con la barba afeitada de hombre apuesto que lleva chándales deformados y calcetines viejos, una hermosísima larva, un excelente florero.

Ojalá lo escuchara todo, de todas formas, nunca hace nada. Vamos de cabeza a la cloaca.

Algo encontraré.

No, no vas a encontrar algo, vas a encontrar el trabajo para el que has estudiado, no vas a ir a la floristería, al bar, al restaurante, a cobrar en negro, sin seguro, sin vacaciones…

Esa historia ya me la sé.

¿Conque te la sabes? Pues no es una historia, es nuestra vida.

Tu vida.

Tu vida es la mía.

Sobre nosotras se ciernen unos momentos de silencio que me engullen, su frase me devora, siento sus mordiscos, tengo que reaccionar y poner distancia entre nosotras. Mi vida no es la suya, mi vida es mía, mi vida me pertenece, yo la construyo y yo la destruyo, así que reacciono, como una marioneta tragada por la ballena junto con el plancton, salto y pataleo para salir y volver al mar, flotar, navegar en aguas desconocidas, no voy a ser pasto de esta afirmación, no voy a caer en su garganta de fonemas y palabras. La miro furibunda y me levanto de la silla como si me hubieran pinchado entre los muslos, el picor asciende y se mete en mis bragas, aprieto las nalgas y trato de ahuyentarlo, pero esa molestia ya la tengo dentro, bosqueja un nido de avispas: nuestra vida, nuestra condición, nuestro techo, nuestra vajilla, nuestro futuro, nuestra inversión, nuestra compra para el almuerzo, el dinero que no tenemos.

Mi vida no es la tuya, grito en voz alta, grito desde mis cimientos, desde mi pequeña yo, desde las entrañas húmedas y siento que nuestra tierra se abre, que los árboles se caen -derrumbes y golpes- tengo la cara caliente, el pelo electrizado, las piernas me pican y hay una criatura dentro de mí, furiosa, innoble, que ya está harta de las medidas de contención.

Massimo gira la cara, despacísimo, como si le resultara imposible, y se compadece de las paredes, de la lavadora, de la basura que hay bajo el fregadero, de la cadena de la que hay que tirar hasta cuatro veces, de la ropa que se ha caído a la calle, de los tapones de

detergente reciclados como soportes para tenedores ,y quizá incluso de mí.

Salgo de la cocina donde dejo a mi madre, enmudecida como nunca lo ha estado, mi grito salvaje la ha silenciado, voy a mi habitación y me encierro con llave.

¿Por qué siempre se pone en contra? Se yergue igual que un dique. ¿Por qué no se acerca? Como todas las madres, o al menos la madre que a mí me gustaría, y no besa, no acaricia, no peina, no tranquiliza, no anima, sino que solo juzga y exige, solo mortifica con palabras y acusaciones, y subraya el fin de los sueños y de las esperanzas.

Hace que me sienta mucho menos, un fracaso, una caída, un engranaje roto, un péndulo parado a las seis de la mañana cuando aún es plena noche: desfasada, mediocre, no sé dónde voy a buscar, no sé a quién voy a preguntar, cómo me las apañaré, porque no sé cómo apañármelas, sé esperar a que mi madre me las apañe.

Se me vienen a la cabeza con claridad los caramelos que chupaba mi profesora de italiano, el olor a anís y los consejos para que encontrara trabajo, porque a eso tenía que aspirar, en vez de perder el tiempo y farfullar e imitar una vida que no es mía, una carrera inalcanzable, qué miserable, pobrecita, sin becas, sin apoyos, sin artificios, solo quedo yo que tan poco valgo.

Miro a mi alrededor y quiero estallar, hacer boom: los cuadernos, las fotocopias, los libros, los esquemas, los resúmenes, los apuntes, los calendarios, las fechas, los plazos, los formularios de solicitud, mi nombre recortado y colgado en el armario -un nombre que no me queda bien, que detesto que se diga en voz alta-, el universalismo de las diferencias, la retórica del reconocimiento, el libro gamma de Aristóteles, la biopolítica, el mesianismo, la secularización, el Leviatán, el segundo sexo, el yo nómada, el escepticismo, la redención, el umbral urbano, el espectro de los colores, el lenguaje egocéntrico, el sadismo, la náusea de Sartre, lo tiro todo de las estanterías y de la pared, arramblo con todo y lo desencuaderno, todo acaba en el suelo y yo lo pateo.

Entonces lo veo, erguido y robusto, mi diccionario, permanece ahí plácidamente, no teme ni juicios ni maldades, así que me lanzo contra él, porque fue el primero en mentirme, en hacerme creer que con las palabras podría yo cambiar mi vida, podría reescribirla, narrarla en primera persona y, en cambio, no, siempre son los demás los que nos narran, son ellos los que encuentran nuestras definiciones, nuestros corchetes, las raíces de las que procedemos.

El diccionario está en el suelo y yo estoy encima de él, lo golpeo contra el suelo como si remachara un clavo, espero que responda, que se defienda, pero no tiene voz y soporta la agresión en silencio, los libros tienen ciertamente una cualidad que me conviene: están

inermes y como materia inerte sufren.

Incluso el melólogo ha fracasado, todos lo sabemos, el universo no parece tener necesidad alguna de él, está en el sótano de los términos inservibles con timonel y tabardo, con tintero y polainas, con los proverbios y los dialectos cerrados, con las anécdotas y los apodos, y todo lo que hemos olvidado.

Babol sigue sentado en su rincón, pero ha perdido su brillo y asiste aburrido a mi furia banal, a mi desastre.

*

1. Enséñame a zambullirme desde el muelle con valor.
2. Intenta subirte a un caballo para seguirme por el bosque.
3. Visitemos la tumba de Batman para cantarle una estúpida canción.
4. Hablemos de nuestros miedos.
5. Escribámonos una carta.
6. Volvamos a Martignano para coger un patín, pedaleemos juntas hacia la otra orilla.
7. Vayamos a Vicarello, porque allí está la mejor puesta de sol.
8. Discutamos en voz alta y enfadémonos.
9. Recuperemos la costumbre de los timbrazos del teléfono de casa cuando volvamos y estemos a salvo.
10. Perdonémonos.

Encuentro la lista de Iris en el cajón de mi escritorio, debajo de mi carné de identidad, en el que tengo cara de gamberra, de los toffees estropeados, del paquete de compresas sin alas y de las tijeritas para cortarme las uñas. Mi habitación es un campo de batalla entre yo y yo, entre yo, mi madre y la casa, entre quien era yo y en qué me he convertido, ¿a qué especie pertenezco ahora? Tal vez sea un lince, tal vez sea una anguila, tal vez sea un dinosaurio, vengo del pasado y por eso el presente me queda estrecho, no parece tener espacio para mí.

De aquellos diez mandamientos -voluntad de tregua y paz perpetua- yo no respeté ninguno, tuve meses y años para ponerme al día, enmendar los errores cometidos, pero procrastiné los acontecimientos, cada día podía ser el siguiente, cada puesta de sol podíamos contemplarla la noche siguiente, cada perdón podía ser implícito, nadie iba a drenar el lago ni iba a acabar con el muelle, y el conejo hacía tiempo que estaba muerto y así seguiría estando: muerto y enterrado en el jardín trasero, entre las lechugas y algunas berenjenas.

Iris soportó mi cúmulo de retrasos, mis distracciones y

desapariciones, pero siguió invitándome a su casa para hacer magdalenas juntas, para ver un telefilme de vampiros, para pasear por el huerto, se ofreció a asistir a la defensa de mi tesis de licenciatura y me invitó a la suya -ambas cosas las rechacé-, vino a mi casa en su coche de segunda mano para enseñarme que había aprendido a conducir, me escribía mensajes de texto hasta bien entrada la noche y hacía sonar el teléfono de casa sin que yo respondiera, hasta el punto de que mi madre empezó a desconectarlo, por lo que el teléfono daba ocupado, y de hecho era cierto que yo estaba ocupada creando trincheras en mis confines.

En todo este tiempo me deleitaba en las conversaciones más fútiles y pasajeras, no le conté nada de mis miedos, ni ninguna vergüenza, ni ninguna dificultad, no compartí con ella las peleas con mi madre, el cansancio escolar, el hecho de que después de la historia de Andrea me sintiera seca, anestesiada ante los sentimientos; no le hablé de mi baja autoestima, de mi coriáceo deseo de ofender y de hundir, como si todo el mundo fuera un pez y yo la mano aferrada sobre su cuerpo liso dentro de la gran fuente que es una vida cualquiera.

Ella siempre conservó, en su memoria emocional, mi yo fantástico y valiente, mi yo afable y risueño, mi yo víctima que no destroza los cuerpos ajenos, la que canta a voz en grito en el coche y lee libros en el frescor de una sombra, un yo fugaz, que dura el tiempo de una estación, una imagen evanescente, un rostro bajo el agua durante una competición de apnea.

Cuando se enteró de lo de Elena y Andrea, Iris me defendió de inmediato, con ardor y actitud beligerante, se impuso como mensajera entre mi exnovio y yo y le entregó el adiós definitivo y la cancelación: estás acabado, te has convertido en un punto después de la última palabra, eres la conclusión.

Todo el pueblo sabrá qué clase de personas son, era la frase con la que más a menudo me consolaba, la certeza de que habría un altar y un verdugo para ellos, que el hacha caería con aceleración gravitatoria sobre sus cabezas, cortando los blancos cuellos de gallina y de pollo, hasta el punto de imponerme una pregunta: ¿adonde van a parar las cabezas cortadas? ¿Podré coleccionarlas algún día? Los libros habían desaparecido de la estantería y ahora podía hacerles un sitio a todas las cabezas cortadas de mis enemigos, las desempolvaré, las miraré, las acariciaré como gesto de burla y compasión, si han rodado ha sido gracias a mí. Todo el pueblo sabrá qué clase de personas son y su reputación se verá sumergida en aceite hirviendo, se freirá demasiado y ya no será digerible.

Iris nunca creyó que pudiera haber sido yo quien prendiera fuego a los coches de Residenza Claudia, para ella esa hipótesis pertenecía al apocalipsis y al universo de lo que nunca va a suceder. No me vio con

los pantalones empapados hasta los muslos, sumida en un intento de asesinato.

Cuando corrió la voz en el pueblo, cuando se propagó la agresión, siguió la versión en mi defensa, la que hablaba de una pelea y una paliza entre dos chicas de la aldea, que se liaron a patadas, a bofetadas, a puñetazos por un chico, una simple pena de amor. Y ese relato de aquella noche, nuevo, improvisado, llamó la atención general e hizo creer a todo el mundo que había escuchado el epílogo obvio de una farsa común, de una disputa entre jóvenes, una de esas escaramuzas con las que uno se reencuentra después de tres años y de las que se ríe, porque desde la distancia toda gravedad parece una pluma.

Iris consideraba segura mi inocencia porque no podía ser de otra manera y porque Elena ya había dado muestras de mentir, de las dos era la otra la que merecía no ser creída.

Incluso el pueblo condenó y absolvió y murmuró y siguió los rumores que habían partido de Cristiano en primer lugar y que luego se habían extendido y habían corrido por los labios de los que estaban en el mercado o en la casa de apuestas, de los que se sentaban en la terraza del bar de la plaza, de los que caminaban del brazo por el Paseo de los Soldados: dos chicas que se pelearon, habían sido amigas, pero la rubia se fue con el novio de la pelirroja y la pelirroja se cabreó y la rubia también, y volaron las manos y la rubia no es de fiar y la pelirroja hizo lo correcto, yo también le habría dado una paliza a esa zorra.

Iris también asintió y dijo que por supuesto, así fueron las cosas, en su imaginación se abrió el telón en aquella escena a la luz de la luna, en la que yo recibía pellizcos y gritos y mi rival caía al suelo y desde allí, no satisfecha con el daño que me había infligido, seguía insultándome y buscando la forma de hacerme papilla, una agresión dentro de otra agresión, reproche sobre reproche, condena sobre condena.

Iris declaró que desde su Facebook no pierde de vista a Elena Corsi y que sabe perfectamente a quién ve y dónde está, de manera que si alguna vez aparece una foto con Andrea lo sabremos y podremos volver al ataque, empezar de nuevo la represalia, volver a poner en circulación los peores rumores, que hacen cortes más profundos que las cuchillas.

Le dije que de acuerdo, que lo controlara ella, porque yo no tengo redes sociales, me aterran las miradas sobre las vidas ajenas, es como el ojo de la cámara web en la habitación de Carlotta que hurga y espía y comenta y comparte nuestras existencias desnudas, nuestra bragas de cama, nuestra ausencia de sábanas, nuestras carpetas en el escritorio con la palabra AMOR escrita en ellas.

Iris siguió diciéndome que la fechoría no era mía, que yo me había fiado de ella, que yo era la buena, la ingenua, la mártir y que como tal sería recompensada, las culpas van y vuelven, van y vuelven, van y vuelven a los culpables.

Miro la lista y me percato de que están a punto de dejar de ser las diez cosas que Iris y yo tarde o temprano haremos para volver a ser las que éramos, y que se están convirtiendo en las diez cosas que nunca haremos, las diez cosas que he perdido, las diez cosas que añorar, y me siento como si estuviera en medio del hayedo, tengo las patas rechonchas y peludas, tengo las orejas alargadas, tengo una nariz de cerdo y estoy hozando, tengo las pezuñas sucias de bosque y el estómago repleto de bellotas, insectos, larvas, huevos, bayas y setas, olfateo el aire y entonces suena el tiro: alguien ha venido a dispararme.

*

El verano llega al lago, trae consigo los granizados de naranja, los dedos grasientos por culpa de las patatas fritas, las sombrillas de playa bajo el brazo, las tumbonas en fila, los juegos con la pelota en la orilla y el zumbido del helicóptero de los bomberos que desciende y recoge con un gran cubo el agua necesaria para apagar algún incendio, hay llamas en las colinas y en los pastos, en las centrales eléctricas.

Desde hace al menos tres meses, Iris está encerrada en casa y solo responde a los mensajes y no a las llamadas telefónicas, me escribe que ve en televisión programas de cocina -hablan de salmones de piscifactoría, de achicoria silvestre, de quesos alpinos- y una enfermera viene a ponerle una vía por la mañana, pero no quiere decirme por qué, para qué necesita el tratamiento, cuál es la enfermedad, así que no insisto durante algún tiempo, compongo mensajes pálidos y desganados sobre mis búsquedas de empleo, sobre mi madre que me ha retirado la palabra, sobre el tiempo que pasa y no lleva a ninguna resolución, a ninguna mejora, pasan los cumpleaños, los aniversarios, las fiestas y yo mando currículos a las carnicerías, porque nunca se sabe si mi título puede ser útil para pesar como es debido los cuartos de buey.

El resumen de mi vida ocupa una página y ya está, no tengo experiencia laboral, no tengo cursos de formación, no tengo niveles de idiomas, no he hecho nada más que estudiar y no sé cómo explicar a quienes lo lean que esta inclinación mía sobre los libros ha sido un acto de abnegación y que he respetado el pacto social sin distracciones, ha sido el orden el que quiso que fuera estudiante, yo no anticipé nada ni retrasé nada, cumplí obedientemente los pasos necesarios en mi formación y ahora que estoy formada es como si me

hubiera vuelto una masa, sin dimensiones ni profundidad, una aglomeración inútil de nociones, se espera de mí una experiencia que es difícil que alguien se decida a ofrecerme, soy crema pastelera, soy helado derretido.

El verano se presenta con su calor y su llamada lacustre, las plazoletas y las callejuelas se pueblan hasta altas horas de la noche, los bares amplían su horario, los chiringuitos de madera sirven café desde la mañana, se agolpan para veranear llegados desde Roma los que no son lo bastante ricos para una casa junto al mar, las algas han crecido hasta la orilla en invierno y los propietarios de los establecimientos las han cortado hace poco, han retirado las piedras y los peces muertos de los cabezales abiertos, los socorristas han vuelto vistiendo sus camisetas rojas y la licencia obtenida en la piscina del hotel donde se verificó la muerte de mi amistad con Carlotta.

Llego con mi bicicleta hasta la puerta de la casa de Iris y llamo por el telefonillo, su madre me responde que no puedo entrar, mi amiga está durmiendo y ellos están muy ocupados, es mejor que no vuelva, cuando esté mejor me llamará, le digo que he traído una bolsa de limones, mi madre los ha cogido del árbol de los Festa, son fragantes y van bien para condimentar el pescado o poner la cáscara en los pasteles, ella responde que puedo dejarlos allí mismo, que ya bajarán a buscarlos, yo entonces abandono mi bolsa al sol y me pregunto por qué de todas las cosas que podría haber traído elegí algo tan agrio.

Pasan los días y llamo por teléfono a Agata, mi Motorola tiene la pantalla rota, una mancha púrpura la atraviesa, para leer los mensajes y los números de teléfono tengo que mantenerlo inclinado, y todos los demás están abonados a internet y con WhatsApp se envían mensajes quince veces al día. Agata responde sorprendida, porque hace años que no la llamo, desde que acabamos el instituto la veo cada vez menos y sin temas de los que hablar, trabaja en la empresa familiar como era de cajón, se ha comprado un bolso Louis Vuitton con el que desfila en el muelle por las tardes y siempre lleva las uñas reconstruidas de color amaranto, turquesa, azul, con pedrería, con perlitas, con alas de mariposas dibujadas.

Agata dice que hace tiempo que no sabe nada de Iris, su relación se ha enfriado mucho con el paso de los años, si le escribe no le contesta y ha borrado su perfil de Facebook, de una semana a otra es como si hubiera desaparecido, se ha eclipsado y nos ha negado el acceso a todos nosotros. Creo que es su forma de castigarnos, porque hemos sido amigas demasiado superficiales y cargadas de manías, ninguna de las dos ha estado a su lado como habría debido y ahora nos ha dejado fuera para darnos una lección. Asumo como evidencia la aparente calma de su silencio, no está pasando nada grave, ella solo está quieta y solo está enferma, ahora y por poco tiempo, su dolencia pasará

como pasan las nubes o las tormentas, como se aleja la niebla y se derrite la escarcha.

Después de la llamada telefónica con Agata me pongo a pensar en los indicios que fue dejando Iris, rumio sobre cuando dijo que le dolía la barriga, cuando se negó a comer otra rodaja de sandía, cuando habló de piernas hinchadas y vientre duro, cuando insinuó que su peso había disminuido y que su cuerpo estaba escogiéndose tanto que cabía en una mano. Sin embargo, nada me lleva a imaginármela tumbada en la cama o en el sofá, junto al mando a distancia, lejos del sol, de los establos, del huerto, de mí.

Intento acelerar la recuperación del terreno que he perdido, la bombardeo con sonrisitas y corazones, horribles corazones menor que tres, hago listas de actividades a las que nos dedicaremos una vez que esté curada y las añado a las diez que ella había pensado para nosotras, se convierten en veinte, treinta, cincuenta y dos, al final hay exactamente cincuenta y dos cosas que podríamos hacer cuando esté curada, y se las enumero en una serie interminable de mensajes que agotan mi crédito, ella responde a esa enloquecida y maldita lista con una sonrisa.

Me parece culpable esta comunicación nuestra a distancia, esta pulsación de teclas y números, la sinfonía de un distanciamiento forzado, así que empiezo a ir en bicicleta al bar, a la pescadería, a la plaza, a la tienda de ropa que frecuenta su madre, pregunto a los maniquíes, a los carteles de se alquila, a las callejuelas y a la Colegiata, a las estatuas llenas de desconchados en las esquinas de los edificios y a las fuentes de las que manan agua y musgo, les pregunto qué le está pasando a Iris, qué la mantiene atrapada, porque estoy segura de que el pueblo lo sabe y está compinchado para no decírmelo, para que yo sea la única que permanezca en la ignorancia, para hacerme sufrir y sentir remordimientos.

Al cabo de una semana vuelvo a pasar por delante de su casa y la bolsa de limones aún sigue allí, se han cocido al sol, bien ahogados en su propia viscosidad, flota un olor rancio y un hedor a carroña, los recojo y los tiro en el contenedor.

En mi casa hay un régimen de no beligerancia e indiferencia recíproca, me he convertido en la hija dependiente que no produce, no multiplica, no cobra, no cocina y no tiene tesoros ni despensas, la hija que nunca ha sido expulsada y nunca ha regresado, la estatua de sal a la que a todos les toca ver a la hora de cenar, y sin embargo me gustaría interpelar a mi madre, preguntarle qué debería hacer, porque ella siempre ha encontrado soluciones sobre lo que hay que hacer, sobre cómo ponerse en marcha y resolver, mientras que yo solo he empuñado armas y tanques y he atacado las barricadas de los demás, sus actos son proyectos, mis actos son batallas, en el primer caso se

conoce el objetivo, en el segundo lo único que se sabe es qué conviene destruir antes de que se les ocurra a los demás.

Intenté hablar con Mariano sobre Iris, lo llamé por teléfono de noche, cuando la luna ya se había puesto, y me contestó que hay personas a las que no les gusta expresar su dolor físico, quienes necesitan la soledad a causa de sus dolencias y quienes detestan que ese malestar se convierta en tema de conversación para los demás, como nuestro tío que, hasta que le estalló el corazón, cada vez que se sentía mareado le decía a todo el mundo que era debido al sol y que, con tal de no hablar de sí mismo, prefería la hípica, los olmos, la construcción de autopistas. Le contesté que me molestaba ese silencio y que no quería ser testigo de la enfermedad, ni vocera de su agotamiento, sino tan solo que me pusieran al corriente de lo que pasaba, en resumen: solo quiero verla, ver su cara, ponerle un nombre a las cosas.

Pero cuantos más días pasan, más razón parece tener mi hermano, la comunicación con Iris es intermitente, le escribo por la mañana, por la tarde y por la noche y obtengo una respuesta a cada diez mensajes, donde suele decir sí gracias, todo bien, no gracias, hasta pronto.

Entonces me pongo nerviosa y monto en mi bicicleta, deambulo -mosca sobre las sobras- alrededor de su casa, espero señales y movimientos, y pienso que tal vez se haya roto una pierna, tal vez se haya quemado la cara, se haya quedado ciega de un ojo, se haya dado un golpe en la cabeza y ahora tenga una gran cicatriz en el cráneo y el pelo cortísimo, tenga deficiencia de vitaminas, malabsorción, calambres debidos a alguna forma de artritis precoz, se sienta fea, no quiera mostrar este nuevo estado débil y vergonzoso.

Pero entonces la veo salir de casa, su madre conduce el coche y ella va en el asiento del copiloto, tiene el pelo corto, la cara huesuda, muy blanca, los hombros salientes, el gaznate carnoso, los ojos parecen haberse vuelto grandes y oscuros y la frente amplia, los labios se han desinflado y cuelgan en la cara, la que veo a través del parabrisas no es ella, sino una desconocida que se la ha comido.

Digo: Iris, y agito la mano sin acercarme, ellas dan marcha atrás, se alejan por el lado opuesto, dejándome sola con esa monstruosa visión.

No pasa mucho tiempo y el pueblo lo sabe, los médicos, los enfermeros, los que la vieron por casualidad, las amigas de su madre, los compañeros de excursiones campestres de su padre, alguien ha hablado y ahora ya no queda nada más de lo que hablar, la gente se concentra compulsivamente en el porqué y en el cómo, se formulan hipótesis, se habla de análisis de sangre y colonoscopias, se susurran desconciertos, lágrimas, se tienden en el balcón los daños y las pérdidas, cada uno participa como puede en la narración de la nueva Iris, olvidando a la antigua, olvidando a la que fue mi única amiga.

Te vi en el coche el otro día, no parecías tú.

Le escribo y ella no me contesta, así que le envío el mensaje tres veces porque exijo una respuesta, necesito que ella me diga: Yo no era esa, es otra que se hace pasar por mí, estoy escondida en estas coordenadas, te espero tal día a tal hora, no llegues tarde porque este refugio es inseguro, pronto me escaparé a otro sitio.

El día que recibo una respuesta de una perfumería, Cristiano me llama. La tienda dice que, dado mi conocimiento de las prácticas filosóficas, podría ser una buena opción para ellos, que han abierto recientemente y se están especializando en la relajación, el cuidado del cuerpo y el yoga. Cristiano respira con fuerza en el teléfono y va y viene, perturbado por la incierta señal.

¿Qué pasa, Cristia'?, le digo y se lo repito y solo oigo retazos de lo que habla, luego su voz se estabiliza.

Ha muerto, pronuncia con calma.

¿Quién?, le pregunto, porque no lo he entendido y estoy sumida en la incomprensión, más bien no quiero asomarme y que me lo expliquen.

Iris, lo siento. Su tío se ha encontrado con mi padre en la empresa.

Eso no es verdad, ha dicho una mentira.

No, estaba muy enferma, se la llevaron a una clínica hace una semana para que recibiera los cuidados paliativos del dolor, su madre ha puesto la habitación patas arriba, no celebrarán un funeral, está a la espera de la incineración.

¿Quién?

Iris.

Y yo le respondo que me está mintiendo y que estoy harta de sus historias, de sus leyendas, de que se invente nombres y hechos, de su cháchara, y cuelgo. Iris no está a la espera, Iris está en su casa y ahora le escribo y ella me contestará, y así lo hago: escribo y vuelvo a escribir y el teléfono suena en vano.

Por la noche sueño con ella, está sentada en el borde de una casa en ruinas, en el segundo piso, dice que está esperando allí, el mundo no se ha acabado de verdad, la luna está en el cielo.

Al día siguiente ponen los carteles fúnebres, son diferentes a los demás, hay una foto de su cara y debajo la fecha de su nacimiento y la de su muerte, lleva tres días muerta y ahora el mundo me lo dice así, en la esquina del cruce para Poggio dei Pini, sobre una superficie de hierro, su muerte está por encima de las otras muertes, soportará la lluvia, soportará el frío, se irá desgastando, su muerte se verá cubierta con anuncios de la Verbena del Pescado, es verano y en la orilla del lago todo el mundo está deseando freír pejerreyes.

12. EL SABOR DE LA GASOLINA

Iris y yo vimos caer un avión, un helicóptero, para no faltar a la verdad.

Estábamos sentadas en la playa y compartíamos la toalla, nuestros trajes de baño estaban mojados, nuestros hombros cubiertos por el pelo húmedo, seguíamos con la mirada a los bañistas, que entraban y salían, que salían y entraban. Iris tenía sus gafas de sol en la frente y lamía un polo de fresa, yo tenía las manos sucias de arena y no soportaba los gritos de los niños, esa forma suya de haber crecido el aire libre, mimados, alentados, hechos a propósito para gritar.

Oso se había enrollado la toalla de Marta alrededor de la cabeza como un turbante y con ese aspecto desfilaba por la orilla, seguido por Ramona de puntillas, ella le decía: Baila un poco.

Marta había cogido la cámara de usar y tirar y empezó a fotografiarlos, posando como faquires, como top models y contorsionistas, almas de circo, podía oírlos reír y saltar, competir a ver quién aguantaba más sin quemarse los pies.

El Griego había ¡do al bar a por agua y unos bocadillos, volvió con sus tobillos peludos y aquel pelo pegado a la frente, brillante como el plástico, nos ofreció un bocadillo y una lata de Sprite y nosotras la compartimos, Iris bebía por la derecha y yo por la izquierda, un sorbo cada una, burbujas en el paladar, sol a plomo.

El Griego se había sentado fuera de nuestra toalla junto a Iris y con pequeños movimientos trataba de hacerse un hueco, de ganar tela, de estar más cerca de ella, yo me lo noté encima de mí, casi como si fuera un tábano, y le dije que Oso lo llamaba, que fuera a hacerse fotos, que luego las revelaríamos, luego las colgaríamos, Iris también le dijo: Anda, ve.

Se levantó y se alejó de allí trotando, lanzando hacia atrás miradas y pesares; nosotras nos sonreímos e Iris dijo: Siempre está restregándose contra mi muslo.

Entonces se oyó un ruido que provenía del lago: por detrás de la ensenada apareció el helicóptero, negro, compacto, parecía un abejorro, que zumbaba y zumbaba en lo que parecía una exhibición aérea, se balanceaba, se levantaba y descendía, movía la cola, se

encabritaba y la gente aplaudía, pensando que era una fiesta, una forma improvisada de entretener a los bañistas.

El aparato se inclinaba hacia un lado y luego intentaba volver a ascender y luego otra vez se ponía de costado, parecía arriesgar, y nosotros allí mirando, porque seguro que estaba planeado, seguro que era un ejercicio salido del Museo de la Aviación o de uno de los muchos clubes desde los que despegaban aviones biplaza.

Entonces, entre las risas, entre los niños con los ojos muy abiertos, el choque, el helicóptero se precipitó contra el agua y volcó, estalló, en un segundo hizo boom.

Una llamarada, una nube, las hélices y el morro sumergidos, los gritos que llegaban desde la playa, los socorristas ya en el agua remando en patines con brazos fuertes y los chalecos abiertos, desde los clubes náuticos salían en botes sin motor y remaban hacia el accidente, en los establecimientos el silencio del susto.

Quién sabe quién murió ese día, nunca lo supe, por error, por diversión, por desgracia, quién se disolvió en el agua, ahumado.

Iris se levantó gritando: Alguien tiene que salvarlo.

Y yo cogí la toalla, la lata de Sprite, el último bocado del sándwich y me la llevé de allí a rastras, no era asunto nuestro salvar, poner remedio, solucionar.

Algunas personas, sencillamente, están desahuciadas, pensaba yo.

El equipo de buceo no encontró el cuerpo, solo chatarra que trasladaron a los barcos, el lago no estuvo practicable durante días: en la superficie, el negro hedor de la gasolina.

*

Querida Iris,

Siempre me han dicho que cuando escribo es que hay algo que me atormenta y ahora quien me atormenta eres tú.

Me atormenta pensar en tus zapatos con tacones y flecos y las botas brillantes y las sandalias con piedras, alineadas bajo la ventana de tu habitación, en tus dedos sobre el mando a distancia mientras buscas un programa de cocina en el que un señor con una gran barriga y una cara bonachona habla de quesos y cabras, en ti que balanceas la cabeza para imitar al tipo del bar de Trevignano, porque tiene demasiado pelo y parece que le pese el cerebro sobre el cuello, en cómo ese balanceo de tu cabeza a lo largo de los años se ha convertido en otra cosa, en un código, en una forma de decirnos que vayamos a ese bar, a pesar de que a esas alturas a él ya lo hayan despedido, en cómo solía verte bajo el agua, tu silueta temblorosa y la sombra de tu cara, en tus pies que siempre decías que estaban hinchados, en la forma en que decías «esto no es vida» y te

echabas a reír, en las cosas a las que habías puesto nombres nuevos, en tu miedo al agua demasiado profunda, a los incendios, a las mentiras, a la Nochevieja con el hijo del florista y la cara que pusiste cuando me marché como diciendo «¿por qué me abandonas?», en haberte dejado allí entre gente a la que conocías poco y un muñeco en llamas, en haberle pedido a tu abuela que tejiera bufandas y jerséis para toda mi familia sin darle las gracias siquiera, en cuando iba a verte a casa y ella se sentaba en la planta baja detrás de una cortina y me sonreía, en la clínica y en los cuidados paliativos del dolor y en el hecho de que mi dolor no lo curará nadie, ni siquiera la morfina.

Me atormenta un día, una tarde en las cuadras, cuando me invitaste a ver cómo dabas clase. Llegamos y enseguida buscaste a Tampa, tu caballo estevado, el de los constantes berrinches, retorcido, al que nadie quería y al que tú cuidaste y enderezaste, eras la única persona que le daba de comer y le limpiaba la cola, conseguiste que saltara vallas de un metro y querías prepararlo para una competición. Pero cuando llegamos Tampa no estaba allí, los cubículos estaban todos llenos, lo habían soltado en el campo hacia las colinas y había llovido, no se sabía nada de él.

Yo estaba delante de ti mientras llorabas, con el cepillo para sus crines en la mano, la silla de montar colgada en el gancho. El caballo no era tuyo, tú no podías pagar para mantenerlo en la cuadra, era solo un caballo de pasatiempo y me habías dicho: Tampa no está acostumbrado a estar en el campo y no lo han herrado bien, se va a lastimar, se quedará cojo; y yo no tenía soluciones ni respuestas, no tenía capacidad de consuelo, me quedé allí mirando cómo llorabas, observando tu desesperación, ni una mano, ni un dedo para darte a entender que comprendía ese agravio que estabas sufriendo y que yo iba a solucionarlo, a vengarlo. Encontraría el dinero para diez, veinte caballos, y te abriría un picadero para ti sola, donde pondrías nombres a los animales y les explicarías cómo ser elegantes y rápidos. En cambio, solo te dije: los caballos suelen estar en el campo, seguro que no está tan mal, está al aire libre. Y tú te retrajiste, ofendida por mi incomprensión, que no era solo ese caballo y no era esa competición, y no era no tener dinero, era que a nadie le importaba hacerte daño.

Pasaste por mi lado y cogiste el casco, te fuiste al campo y te subiste a otro caballo, de una señora inglesa a la que había días en que no le apetecía montarlo, y estuviste dado vueltas y vueltas con él, al paso, al trote, al galope, y en tu rostro podía verse una maldición. Yo me quedé en el borde viendo cómo levantabas el polvo, tosí y luego me puse a la sombra, entre las moscas y la maleza.

Al día siguiente descubrimos que Tampa se había lisiado de verdad y que no tardarían en sacrificarlo.

No te pregunté si podía acompañarte ese día para despedirte de él, tú no expresaste el deseo de que yo estuviera allí, fuiste sola al sacrificio y en

los días que siguieron tu rostro era sombrío. Agata, para animarte, te invitó al centro de equitación donde ella iba a menudo para elegir un nuevo caballo, había algunos jóvenes para ser educados y tú contestaste: No es lo mismo.

Y eso es lo que me atormenta, porque no, no es lo mismo.

No es lo mismo sin Tampa, no es lo mismo sin ti.

Esta carta da asco, es peor que mis redacciones del colegio. Esta carta ni siquiera la recibirás y ni siquiera la enviaré, es como si no existiera.

Pero tú me pediste que la escribiera, así que aquí tienes esto que está destinado a no servir para nada.

Te echo de menos y he sido una pésima, pésima, pésima amiga.

Tuya,

GAIA

*

En la Verbena del Pescado, la orilla del lago está abarrotada de globos, madres con tacones altos, cabezas de lucio fritas, la playa se ha cerrado a la espera de los fuegos artificiales que llegarán a medianoche, en el pasado los veía sentada en la arena, pero ahora está prohibido, desde que una escoria alcanzó a una señora en la orilla y su sombrero de paja se incendió, los niños se asustaron y nosotros nos echamos a reír, felices de presenciar el peligro.

La gente pasea arriba y abajo, desde el restaurante el Chalé hasta detrás de los Soldados, la gente se agolpa y lame caramelos, los traga, la gente se detiene en los bares para comprar pequeñas pizzas redondas, se hacen fotos apoyados en las barandillas, los niños se saludan entre ellos entrecerrando los ojos, y aquellos a los que no viste en invierno regresan a tu vida, porque si hay un acontecimiento que nadie puede perderse, es este.

En el escenario de madera se suceden los espectáculos de aficionados, los ensayos de danza, los cantantes improvisados, las chicas con lentejuelas y el pelo lacado, llega algún cómico para arrancar sonrisas untuosas, las sillas de la primera fila casi siempre se quedan vacías, algunos actúan en el alboroto del cambio, invisibles en la fiesta.

Mi lugar preferido para ver los fuegos es el tejado plano de una casa, al que se llega trepando por las barandillas del jardincillo que hay justo debajo del edificio del Ayuntamiento.

Desde allí puede verse la parte adecuada del lago, sin antenas demasiado altas ni árboles molestos, el encuadre perfecto en el que estallan los cohetes y las luces, los corazones artificiales, los sauces llorones, las estrellitas amarillas, los estruendos que hacen que los

niños se tapen los oídos, las fuentes luminosas que surgen en la noche, el humo denso, los restos de papel quemado que quedan sobre el agua, vienen de todos los pueblos del lago, vienen desde Roma para ver lo bien que sabemos iluminarnos.

Las calles están cerradas, los coches aparcados llegan hasta muy lejos, la gente avanza en fila india por las orillas del asfalto, con los niños pequeños en brazos, los cochecitos bajo las axilas, las faldas remangadas con dos dedos para evitar la hierba y el polvo. Nos maquillamos para la Verbena del Pescado, nos ahuecamos el pelo, nos alisamos el flequillo, nos ponemos sandalias con cordones finos, nos compramos camisetas con escotes muy pronunciados, nos rellenamos el sujetador, nos ponemos las gafas de sol en la frente, aunque no haya sol.

Llego con mi bicicleta hasta el muelle bajando a todo correr por la cuesta de la Cruz, me precipito como un misil sobre las familias y creo el espacio para el aterrizaje, luego giro detrás de un restaurante y ato mi vehículo de cualquier manera, tengo ojos de lobo, veo famélicamente a todo el mundo emperifollado para la celebración y pienso que no hay respeto, no hay sentimiento, la gente se viste de colores y lleva flores, nadie está aquí por mi luto.

No he tenido que inventarme nada, casi toda mi ropa es negra, lo único que se interpone es mi pelo, su color me incomoda ante el espejo, ¿cómo se atreve a permanecer rojizo, carnal, floreciente, mientras todo en mi cuerpo se está secando? ¿Quién le permite vivir?

Subo por las callejuelas, evitando la plaza del embarcadero, donde los grupos de adolescentes me recuerdan con obstinación que mis años han pasado ya, los perezosos y dormidos, los absolutos, basta con muy poco para que se los trague la vida como el final de la temporada.

Camino con la cabeza gacha, clavo los ojos en los adoquines y mi pequeño bolso de bandolera va golpeando mi cadera, la gente se ríe, pero de qué se ríe, por qué se ríe, pasan dos a los que conozco y abren bien los ojos, ven la dureza de mi rostro y no se atreven a saludar, capto por su expresión que lo saben todo y los detesto por su conocimiento, su consciencia, en este lugar que no sabe mantener los secretos, ni siquiera la muerte sabe esconderse, ocultarse, ni siquiera el dolor.

Quiero llegar a las escaleras de piedra y subir hasta los jardincillos, quiero subirme a mi balaustrada, esperar sola la medianoche que ya casi está aquí, quiero hacerlo porque ese trozo del tejado es mi eterno retorno, el lugar de contacto con el pasado, mi tiempo circular, las vistas son las de siempre, los ruidos también, cuando estallen los fuegos artificiales tendré la ilusión de la eternidad donde todo se condensa y nada transcurre: seguiremos ahí sentadas, con las piernas cruzadas y las luces de los fuegos en los ojos.

Una chica me detiene, va vestida de majorette, el vestido corto le queda estrecho de caderas y tiene los brazos gruesos y largos, la conozco de vista, es la hermana menor de una chica que iba al instituto con Iris, su cara tiene un mentón pequeño y pronunciado y ojos felinos, me observa y parece contrita, dispuesta a levantar las rodillas y los muslos, dispuesta a hacer piruetas: Me he enterado, lo siento mucho, era una chica guapísima…

Murmura y sus condolencias son una bala en la nuca, que me sacan de mis pensamientos para devolverme a la realidad y la realidad es que la gente me mira con lástima y me detiene para dirigirme sus palabras rituales, porque sí, era una chica guapísima y le pusieron las botas de montar y luego la incineraron.

Entonces le doy un empujón, ese cuerpo adolescente suyo que es una vergüenza, respira, se mueve, cómo se permite existir, le grito que no ha muerto nadie y que no necesitamos su horrendo pésame, doy codazos y asalto, sus amigas se interponen, la gente se detiene y tira de mí, yo sigo defendiéndome de su morbo, de su hipocresía. Aquí están todos engalanados para la noche, todos listos para brindar, lustrosos y coloridos.

Siento la suave tela de su vestido bajo mis dedos y me gustaría tirar de ella y desgarrarla: el desfile con la banda, los puestos de vasijas, las almendras garrapiñadas, el globo con forma de princesa, los cucuruchos grasientos que gotean aceite, el vapor que se eleva hacia las casas, intento escurrirme, pero alguien me sujeta con fuerza por los hombros y me dice que me tranquilice, repite tranquila y me sujeta.

Reconozco la voz y grito: Cristia', haz algo.

Me sostiene y la chica se salva de mis uñas y mis garras, de mi cara de monstruo, la gente se apiña a nuestro alrededor, ella está asustada y llora y yo sigo diciéndole a Cristiano que haga algo porque es imposible que él no sea capaz de resolverlo, que no llegue cuando es el momento apropiado, que no tenga cerillas y gasolina, que no sepa conducirme incólume a través de la oscuridad, que no silencie a los que quieren acusarme, que no me proteja de las traiciones, que no tenga en la recámara el tiro de gracia, hay algo o alguien a quien hay que castigar para vengarnos del mal que se nos ha hecho.

¿Qué estáis mirando? Cristiano sujeta entre sus brazos el grumo de carne que soy, sudorosa, pálida, flácida, aleja a la gente.

Creo que debe de haber un motivo, que tal vez sean los conservantes, tal vez los polifosfatos, tal vez los gases de efecto invernadero, tal vez los pesticidas, tal vez el plástico quemado, tal vez la radiación de las antenas, tal vez Radio Vaticano, tal vez el arsénico en el agua, tal vez la uralita en los tejados de las casas, tal vez las ondas emitidas por los teléfonos móviles y los wifis, tal vez las

hormonas en la carne, tal vez el tabaquismo activo y el tabaquismo pasivo, tal vez el pienso sintético que se les da a los pollos y a las vacas, tal vez el alquitrán en las desembocaduras de los ríos, tal vez el humo de los coches, tal vez las aguas residuales, tal vez los medicamentos y los desechos, tal vez la silicona de las cremas corporales, tal vez los aditivos y las pinturas, tal vez, y entonces hemos de buscar a los culpables uno a uno, a los que la mataron, hemos de hacerlo.

Cristiano me sujeta la frente y me lleva a la fuente, sigue diciendo a los que se acercan que no necesitamos ayuda, me echa agua en la cara.

No hay nada que yo pueda hacer, me dice, y tengo mi vestido mojado y mi bolso bajo el agua, mi Motorola se ha caído al suelo y navega en el charco que hemos formado.

Mientras tanto se oyen los tres cohetes, los que anuncian los fuegos artificiales, y resuenan en la cuenca del pueblo, pueden oírse desde los campos, desde la aldea, desde la Colegiata, desde la pescadería, desde los chiringuitos de pescado frito, quizá incluso desde la curva del Pico: uno, dos y tres, luego empieza el espectáculo.

*

A finales de los años sesenta, los alemanes descubrieron el casco antiguo del pueblo.

La parte alta y enrocada cerca del torreón, torre y jardines que en su día fueron un puesto de avanzada del castillo de Odescalchi, un punto de vigilancia sobre el lago.

Allí las callejuelas adoquinadas suben hasta la Colegiata, la iglesia de las bodas importantes, la del párroco que regaña a voz en cuello a las testigos si sus vestidos son demasiado escotados, a la que hay que hacer cuantiosos donativos para poder casarse entre sus muros, porque si no se paga, el párroco quita la música y la novia entra en silencio, entre los clics de los fotógrafos y las risitas de los niños.

El casco antiguo donde todavía hay algunas tiendas, bares con sillas de plástico habitadas por ancianos y los que trabajan en el Ayuntamiento, el casco antiguo al que se accede por un enorme portón de madera que permanece casi siempre abierto. Hay tres restaurantes, el estudio de una diseñadora de joyas de cristal, un estanco, por aquí han pasado tatuadores y tiendas de windsurf, han resistido los remendones y la fuente con las anguilas de fauces completamente abiertas.

A los alemanes les gustaron esas casitas destartaladas, con los dormitorios en los pisos inferiores y las cocinas justo en la entrada, las

terrazas con vistas al lago y las pequeñas columnas de piedra, el olor antiguo de las paredes.

Se hicieron con casas y tiendas, abrieron negocios que pronto cerraron, al pueblo no le gusta lo que llega, le interesa conservar, mantener, ser el líquido viscoso de una conserva, cerrar barriles y toneles.

Los alemanes buscaron trabajo en la ciudad, bajaban desnudos a las playitas cercanas al pueblo y se tumbaban al sol, comían bocadillos con arenques y se compraban sombreros de paja; la gente del pueblo los odiaba, los detestaba como si fueran metástasis, eran enfermedades, había que erradicarlos.

Los alemanes pensaban que el lago era muy hermoso, que atraía el sol y los colores, que se fundía con el cielo y por eso trajeron de su tierra dos cisnes blancos, para ennoblecer el lago.

Dos animales soberbios, mansos a simple vista, con un plumaje regio, inofensivos.

La gente del pueblo no soportó la afrenta de ver a los extranjeros cambiando la fauna del lago, todo estaba allí para quedarse tal cual, para ser pintado y colgado en la pared.

Los pescadores empezaron a decir que los cisnes eran tóxicos, portaban enfermedades, se comían todos los peces, mataban a las otras aves: eran sucios y asesinos.

Así fue como un día, en vez de pescar, dos pescadores de los de botes de remos y redes pequeñas capturaron a los cisnes y los estrangularon, los cocinaron y el humo de su carne se elevó por entre los árboles que había a los pies del pueblo, en esa línea de tierra por la que a nadie le estaba permitido caminar, porque el camino habilitado se detenía mucho antes.

Los alemanes lloraron a sus hijos de alas anchas y picos puntiagudos, pero no se desanimaron: para aportar novedades se necesita una cabeza dura, para convencer del cambio hace falta constancia, hace falta obsesión.

Llegaron más cisnes y de nuevo se volvieron a asar, y luego más y luego más y luego los aldeanos los vieron revolcarse y procrear, entonces sin que se dieran cuenta les empezaron a gustar esos grandes animales que podían mantener a raya a los patitos y a las ocas, esos animales imperiales.

Así que los cisnes se quedaron y se trasladaron de una orilla a otra, hay uno negro, avistado en la costa de Bracciano, bajo el castillo, el único que no se acerca nunca a la gente, porque ahora, treinta años después, los crios buscan a esos cisnes por la orilla, quieren darles pan seco y acariciar sus plumas.

Pero los cisnes, como se sabe, no son aves de estanque, no están

hechos para seguir las reglas y se enfadan fácilmente, cuando ves uno de ellos has de saber a qué distancia quedarte.

Una de las primeras cosas que aprendí cuando llegué fue esa: puedes acercarte a las ocas sin problema, pero no a los cisnes. Los cisnes picotean a las nutrias en el lomo y las persiguen por el agua abriendo las alas, los cisnes no diferencian entre las niñas y las mujeres adultas: si les caes mal no dudan en hacerte daño. Yo fui un cisne, me trajeron de fuera, quise habituarme aquí a la fuerza, y entonces incordié, pateé y armé un escándalo incluso contra los que se acercaban con su trozo de pan duro, su limosna de amor.

Los observo ahora, en la orilla del lago: se sumergen en busca de comida, solo la punta de la cola permanece a flote, la cabeza ha desaparecido, cuando la sacan me miran como diciendo que las algas del fondo ya no son tan buenas como antes, que tal vez sería el momento de emigrar.

*

En casa no paran de caer cosas al suelo.

Ya hemos roto tres platos y dos vasos, un cristal de la alacena; el cartón de leche ha formado un charco pálido en medio de la cocina.

Antonia ha traído las cajas que le dieron en el supermercado y las ha puesto en fila a lo largo del pasillo, como siempre, nada se coloca al tuntún, todo se apila con seguridad, se coloca al milímetro, cada caja se cierra con cinta adhesiva y con un rotulador escribimos encima lo que contiene: los cepillos de dientes están con los cepillos de dientes, las cortinas con las cortinas, los libros acabaron en la bolsa negra que me dio mi madre, sin que ella se diera cuenta, entre los restos y los descartes.

Ella es la capitana de nuestro barco, nos guía, sigue su rumbo, da órdenes e impone disciplina, aunque se avecine una tormenta en el horizonte, cuando algo se escapa y se rompe ella dice que ya no está: los objetos rotos serán abandonados, salvaremos lo que está intacto y es indispensable. Por primera vez nosotros también desechamos, no reconstruimos, no decoramos, no pegamos, no repintamos.

Los gemelos envuelven nuestro televisor con el cuidado que se concede a las estatuillas de mármol, y mi padre los observa con aprensión, temiendo una grieta, un resbalón, el fin de su reinado.

Yo he metido mi ropa en dos bolsas grandes y he apilado en un rincón lo que mi cuerpo ahora rechaza. Las faldas demasiado ajustadas, los vaqueros de cintura baja, los pantalones con agujeros en el trasero, los sujetadores sin tirantes, todos los detritus que había guardado, obsesionada por la idea de que tarde o temprano tendrían

una segunda oportunidad, aparecen ahora como lo que son: telas desgastadas, calcetines deshilachados de tanto ponérselos, camisetas con marcas bajo las axilas que ni siquiera las manos de Antonia saben eliminar, el bañador negro de aquel brillante verano que pierde el color y tiene una mancha a la altura del pecho, las bragas amarillentas, los dobladillos carcomidos por el roce con el asfalto, la camiseta de Superman que huele a ceniza.

También he tirado la raqueta de tenis, después de olería y recorrerla con los dedos, después de tocarla como una lira y besarla, le he dicho adiós raqueta y adiós Orejas, las amé y las odié a ambas hasta hoy.

Debería tener mi propia casa, mis hijos, mi matrimonio, mi trabajo y, en cambio, recojo los restos de una habitación infantil, quito de la pared la cuerda que cuelga incluso sin las sábanas que separaban mi parte de la habitación de la de Mariano, recojo y me llevo un par de calzoncillos de mi hermano y su pelota de baloncesto, la parte superior de uno de sus pijamas con elefantes, los pósteres de cantantes, la bandera con el Che Guevara, las sábanas que se quedaron esperándolo durante años bajo su edredón, sus cuadernos del instituto, su caligrafía rugosa, acentuada.

Estamos dejando halos en las paredes, moho en las esquinas, clavos sobresalientes que ya no sostienen nada, agujeros donde estaban las estanterías, azulejos manchados, huecos donde han quedado restos de sangre, polvo, pelo, epidermis, uñas cortadas.

Esto se queda aquí, me advierte mi madre, y señala el oso rosa. Es de niña, ya no lo necesitas, y luego sale de la habitación.

No espera respuesta por mi parte, hace tiempo que es así, ella dice y basta, el diálogo no está permitido, se ha olvidado el compartir, cuando le dije que Iris había muerto me contestó: Perder un hijo es el dolor más grande, luego se levantó y fue a limpiar las judías verdes y ahí terminó nuestra conmemoración, nuestra transferencia de sufrimiento.

Antonia se ha vuelto más compacta, más enjuta, ha perdido vigor en su carne, pero ha adquirido severidad de espíritu, lo aferra todo con dureza, no tolera los desórdenes ni los amotinamientos.

Hace meses que la oigo moverse por casa incluso de noche, hacer llamadas telefónicas frenéticas, gritar, hacer aspavientos, golpear las mesas, las superficies.

La señora Mirella Boretti, viuda de Mancini, ha alquilado el apartamento en Roma y los inquilinos, sin contrato, no están pagando los gastos de comunidad, tienen problemas con los recibos, el administrador y el conserje avisaron a mi madre, le pidieron el dinero que faltaba, ella llamó por teléfono a la señora Mirella y no recibió respuesta, y así continuó y la estuvo ignorando hasta la última

llamada final, en la que la señora se declaró dispuesta a presentar batalla, si mi madre no dejaba de molestarla le quitaría hasta la custodia de corso Trieste, porque ella podía, tenía contactos, ella conocía a gente y Antonia en cambio estaba sola, con su familia podrida, sin contrato de trabajo, todos a su cargo.

Mi madre ni comió ni durmió ese día, la encontré, de camino al lavabo en mitad de la noche, sentada en el sofá y mirando la pantalla apagada, reflejándose en la oscuridad.

A la mañana siguiente nos reunió en la cocina para comunicarnos que había hablado con el jardinero de los Festa, un tal Giacomo, hombre digno de confianza, que vendría a buscarnos al cabo de una semana, que teníamos que apresurarnos y vaciar el piso.

Esa piensa que me rindo, esa piensa que me ha engañado, pero yo le ocupo la casa, quiero ver quién me va a sacar de ahí, concluyó, y su cara empezó a encogerse.

Así que repartió las tareas entre nosotros y lo que había que hacer, marcó en el calendario los días -siete- antes de la partida.

La portera y el administrador romano estaban avisados: íbamos a volver. Y también la señora Mirella, mi madre le escribió un largo mensaje cuya gramática era pobre, pero las intimidaciones eran transparentes, tenía que sacar a las inquilinas de su casa en una semana o lo haría ella con sus propias manos.

Los gemelos no se atrevían a quejarse, dedicados a recoger sus pertenencias, altos y de manos anchas, casi hombres con pelo en el mentón y en los antojos, ceñidos en su ropa de hace dos inviernos, listos para catalogar y empaquetar, en su lenguaje de ojos y dedos se dicen con la boca pequeña que sobrevivirán.

No tengo tiempo de observar la casa vacía, su cuerpo desnudo, las grietas y los recuerdos, el pelaje, el hueco de los codos, el pliegue del ombligo, me arrastra fuera la furia de mi madre que, como una corriente, empuja todas las ramas, las piedras, las serpientes hacia la desembocadura, nunca frena el cuerpo del río.

Soy una mujer joven y ya vieja, he perdido el derecho a poder oponerme a los movimientos familiares, sin haberlo tenido nunca, como si me hubiera saltado mi parada y ahora el viaje tuviera que continuar hasta el final de la línea, a nadie se le ha ocurrido pedirme mi opinión ni hacerme participar en las decisiones más importantes. Antonia es la misma madre de mi infancia, la que sostiene por sí sola las paredes ante el derrumbe, la que nos saca a hombros de la casa en llamas.

Cierro la puerta de mi habitación y a mis espaldas quedan el cartel naranja de mis dieciocho años, las fotos de Iris, las fotos de Agata, mis fotos, y el morro de Babol, desgastado por los años y por la inutilidad,

un trofeo que tiene el mismo peso que una medalla ganada en una carrera campo a través, ese momento de victoria y poder con la distancia no es más que polvo.

El lunes vaciamos los armarios, el martes el cuarto de baño, el miércoles las alacenas de la cocina, el jueves le toca a las alfombras y los tejidos, el viernes tiramos las bolsas negras, el sábado limpiamos los suelos y los sanitarios, el domingo estamos preparados para marcharnos.

Así que la explanada de los tiovivos y de las sillas voladoras, las calles, las tiendas, el paso a nivel quedan a nuestras espaldas y la distancia con respecto a quienes fuimos aumenta, mientras las furgonetas con todo lo que tenemos en ellas salen de viaje hacia una casa que quizá nunca volvamos a tener y se despiden de una casa que acabamos de declarar vacía.

Cuando llegamos a Roma, Antonia hace aparcar las furgonetas en doble fila a los pies del edificio de corso Trieste y se baja, tiene los huesos rígidos, el pelo rojo recogido en una cola alta, el chaquetón de plumas cerrado hasta debajo de la barbilla y la cara tersa y venenosa, hace que le abran las puertas para dejarnos entrar, las puertas robadas por los fascistas, me recuerdan que este edificio tiene una historia.

Roberta murió hace cuatro años, mientras dormía, dejó de respirar, veo de nuevo su rincón al sol donde hoy cae la sombra, la fuente de los peces vaciada de agua y llena de cactus, el patio y las rosas -amarillas, rojas y salmón-, muchas de las viviendas han cambiado, el edificio se ha llenado de B&B y de apartamentos vacacionales, de estudiantes que comparten habitaciones y de familias con pocos hijos, no había peligro de que los alquileres se depreciaran, el mercado inmobiliario en Roma genera siempre beneficios, ahora que hay menos trabajo, alquilar casas se ha convertido en un trabajo.

Antonia lleva en la mano una caja de herramientas y sube con ella por las escaleras hasta el rellano, todo nos es ajeno, todo parece haber estado esperándonos.

Debajo del timbre ya no está nuestro apellido, sino una placa blanca, y el felpudo es rojo y de fieltro, mi madre lo aparta bruscamente con el pie, la cerradura ha sido cambiada y la puerta está atrancada.

La casa es nuestra, grita por las escaleras a los vecinos que se han asomado, a los curiosos, a los temerosos. Nos quedaremos aquí hasta que entremos.

Soy una inepta y no sé cómo ayudar, me avergüenzo por nuestras carencias, por esta enésima lucha que nos devuelve al sótano de la primera casa, a cuando no estaba escrito en ninguna parte que nos merecíamos un refugio.

La señora Mirella ha hecho clavar dos tablas de madera a las paredes, como se hace con los edificios inhabitables, con las casas de labranza ruinosas y los sótanos llenos de jeringuillas y de preservativos, los gemelos sacan sus herramientas, empiezan a trastear guiados por Antonia y sus delgadas muñecas de adolescentes sostienen como pueden los martillos y los alicates.

Mi madre ni siquiera me pide que haga algo, me deja ser una espectadora de sus pretensiones: las tablas no se mueven, los clavos no ceden y parece que se ensañan con el destino y las órbitas de los planetas.

A Antonia le tiemblan las manos, pero no se rinde, dice que la va a golpear con el hombro hasta que caiga, que si es necesario volverá con dinamita, que ha dejado atrás toda su vida y que costará Dios y ayuda detenerla. Se ensaña con los clavos y con la pared, golpea el yeso y la cal, intenta descubrir las bisagras y da sonoros golpes a las jambas y a las tablas.

Yo estoy pensando en los peces, a los que quién sabe si habrán liberado y arrojado a las alcantarillas, quizá naden ahora bajo los desagües, en pos del mar aún muy lejano, quizás han mutado, tienen tres ojos y cinco aletas, han sido contaminados por nuestros suavizantes y las pastillas antical de los lavavajillas, los desinfectantes de baño, el champú a la manzanilla, al almizcle blanco, a la manteca de karité.

Entonces se oye que hay gente subiendo por las escaleras, alguien grita: ¡Ma'!

Mi madre se detiene, tiene los nudillos enrojecidos, la frente empapada y la cara perdida al ver llegar a su hijo.

Aparta, Ma'. Ya nos encargamos nosotros.

Mariano se reúne con nosotros en el rellano, ha traído a tres amigos que son altos y anchos y oscuros como él, llevan palancas, pies de cabra, bufandas ceñidas en la cara, nos echamos a un lado y los dejamos pasar. Al primer golpe que Mariano da a la puerta, mi madre se sobresalta en silencio, estrujada contra el ascensor.

Saltan los clavos y las tablas, salta incluso el cemento y Mariano utiliza el pie de cabra para arrancar las bisagras, con las manos y las piernas presiona y hace tracción, sus amigos mientras tanto fuerzan la puerta, la golpean con lo que tienen, hasta que mi hermano siente que está cediendo y entonces la golpea con el hombro, una, dos, tres, cinco veces, su cuerpo embiste, hasta que la puerta cede y se abre una grieta, se entrevé la casa.

Mi hermano tiene su nariz postiza embadurnada de polvo blanco, yeso de la pared en los dedos y en la ropa, le sale sangre de una mano y se ha rasgado la manga del chaquetón, pero no descansa, una y otra

vez da patadas a la cerradura hasta que crea un paso y cruza el umbral, pasa al otro lado, se sumerge en nuestro pasado.

Entran sus amigos, entra mi madre, entran los gemelos y les traga esa boca desdentada, y yo entro la última: la señora Mirella la ha emprendido a martillazos con el fondo de la bañera, con la cocina de mampostería, ha abierto con tijeras las fundas de los sofás, se ha llevado objetos que no eran suyos y que mi madre le había dejado en un justo intercambio, ha cortado los cables de la electricidad, ha arrancado las barras de las cortinas de encima de las ventanas, nuestra casa parece en obras, la escena de un crimen.

Mariano se pasea y evalúa los daños, ya ha entrado en la segunda fase, la de la terapia, está pensando en cómo curar la casa de sus heridas, de los arañazos, de la violencia, dice que se ocuparán de la puerta y de la bañera y luego de cómo arreglar la cocina y coser de nuevo el sofá, mientras tanto subiremos los muebles y nuestras cosas, luego harán rondas fuera del edificio, frente a la puerta, ya nadie podrá entrar. Mi madre asiente, lo mira con los ojos de la gratitud, nadie más que mi hermano podía habernos salvado, porque es como ella, yo solo me engañaba a mí misma pensando que mi parecido con mi madre -pelo, pecas, nariz- era una señal de nuestra proximidad: tengo ante mí la demostración de nuestra absoluta incoherencia.

Mariano me conmina: No te quedes ahí con esa cara, ayuda a mamá, y me lo dice como si yo fuera el empleado de su obra, el recadero que llega tarde, la esposa que nunca se queda embarazada.

Luego se lanza escaleras abajo y nos grita que va a buscar a su padre.

Yo observo el desastre como si fuera nieve y simplemente se hubiera posado sobre nosotros, el aire es frío, el panorama cegador, mi hermano es montaña y yo saltamontes, por un momento desearía que me abrazara, pero no lo hace y yo no se lo pido.

Mariano reaparece por la puerta derribada, lleva a Massimo en brazos, lo ha subido a pulso desde el rellano, ha tenido que dejar su silla fuera, le coloca bien las piernas, una a una, las piernas pequeñas, las piernas rotas, y le dice: Tranquilo, papá.

Porque mi padre está llorando, mi padre ha visto la casa quebrada.

Mariano mantiene su mano ensangrentada y firme sobre su hombro y dice que esto no acaba aquí.

Yo permanezco inmóvil y mi mirada se cruza con la de la niña que fui, me mira desde el espejo agrietado del baño y me susurra: No hay hogar para quienes no tienen corazón.

*

El lago está seco, lo han dicho en la televisión. Durante el verano, Roma estuvo absorbiendo agua de allí para su propia red hídrica, de manera que las playas se ampliaron, las rocas emergieron, salieron a la superficie los pilones, los escollos parecían islas y para llegar adonde cubría había que caminar y caminar y alejarse de la playa, de los gritos, de la posibilidad de ser salvados.

La gente del pueblo piensa que el lago va a desaparecer, se llevarán un poco de agua cada verano hasta que se convierta en un charco, el estanque que huele mal y parece un pantano, solo entonces veremos realmente lo que hay en el centro, si volverá al mundo la aldea sumergida con sus muros, sus patios, sus ventanas.

La casa de corso Trieste ha sido pintada y arreglada, como si fuera una muñeca rota le han ajustado las piernas y los brazos, le han peinado el pelo desgreñado y le han puesto el vestidito y el delantal, la casa está habitable, dormimos en nuestras camas, el televisor vuelve a estar contra la pared, las cajas se han vaciado con diligencia, los sofás se han remendado con parches de colores, han reaparecido los cachivaches, los inventos de mí madre, las puertas con découpage, los cactus en los envases de yogur.

Mariano va y viene del sofá a la puerta, siempre alerta, siempre en guardia, se pasa las tardes sentado a la mesa con mi madre, planean, maquinan, saben qué hacer exactamente.

Tiene que empezar a trabajar, los he oído decir, y estaban hablando de mí.

Necesitábamos el dinero que no teníamos para arreglar la casa, así que un día mi madre me dio la aspiradora y un cubo con trapos, detergente y guantes y me dijo que fuera a ver a la señora del quinto piso, hay que hacer la limpieza.

Y me dirigí a la casa con las butaquitas étnicas, las librerías de pared, las fotografías enmarcadas, las porcelanas de Capodimonte, los candelabros de marfil, los discos de vinilo, las escaleras para quitar el polvo, la colección de piedras recogidas en los senderos, las revistas viejas dejadas en el lavabo, las camas de hierro forjado, las cestas de mimbre, el cuadro de una mujer con un solo pecho desnudo, las lámparas de araña que parecen esculturas, las flores secas para perfumar las habitaciones, las cajas de zapatos alineadas, los portafolios repletos de recibos viejos, los vasos de cristal de Murano, las tazas compradas en un museo de Canadá, la albahaca de la terraza y la estatuilla de una rana sentada sobre un tronco.

Mi madre me dijo que limpiara como si fuera mi propia casa y por eso limpié con rabia y me ensañé con las manchas del plato de la ducha, grandes y amarillas y dolorosas, con el polvo de las grietas y con los pelos caídos en el suelo cerca de las mesitas de noche.

Ahora estoy sola en nuestra casa, Mariano ha llevado a mi padre a

dar una vuelta por el barrio, le ha hecho ponerse un jersey para que no se resfriara y le ha calado en la frente una gorra con visera, mi padre estaba inquieto, pero también contento, feliz de que su hijo estuviera con él, de que se estuviera encargando de todo, desde los paseos hasta la conexión de la electricidad, desde las puertas rotas hasta la tubería del gas, esto es lo que hacen los hijos, ordenan el mundo y el futuro.

Oigo lejísimos la voz de mis zambullidas, de mis saltos en el agua: la bicicleta se quedó en Anguillara, como mi oso Babol, como Cristiano y como la urna con la piel de Iris y su bazo y sus rótulas y sus iris en su interior, y ahora siento que en el centro del pecho se me ha abierto un cráter, donde antaño hubo un volcán, quién sabe, y tras siglos de lluvia, al final alguien llamará lago a lo que antes era solo un agujero, el fantasma de algo que se ha apagado.

Si tuviera coche ahora me pondría en marcha y cruzaría la ciudad para abandonarla, para salir de ella y volver al vocerío del mercado de los lunes, a los patines rojos en los que se rema con lentitud, a las pizzas de gambas y salmón, a las sombrillas plantadas en la arena con las palas y los pies, a los juguetes hinchables ahorcados y colgados en el exterior del quiosco que inquietan a las niñas, pero permanezco quieta aquí, y es aquí adonde he llegado.

Me levanto y me muevo, crujo, estoy oxidada, he permanecido demasiado tiempo expuesta a los vientos y a las lluvias, me guían mis pensamientos, que crean novelas, que distorsionan la realidad.

Me acuerdo de mí, recién llegada allí, cuando todo me parecía grande y grandioso, cuando las amplias habitaciones eran casas para mí, cuando los sótanos y su escasa luz eran los lugares de mi infancia. Me acuerdo de las carreras de los gemelos con sus piernas cortas y rechonchas, del roce de sus pañales y de su forma de aferrarse a los muslos de Antonia. Me acuerdo de mí, de Mariano y de Antonia que, en el patio, con los calzoncillos fuera y llenos de vergüenza, nos apretamos los unos contra los otros, casi como las tortugas luchamos contra las pequeñas injusticias, contra los que no nos quieren. Me acuerdo de mi yo que quería las rosas cuando brotaban de los jardines ajenos para cortarlas y torturarlas, para hacer con ellas una papilla y reproducir esencias caras. Me acuerdo de mi madre diciéndome lo que es malo y lo que no, y lo cree mientras lo dice, que es posible dividir el mundo por la mitad.

Voy al baño, la bañera ha sido reemplazada, luce blanquísima y reluciente como las buenas dentaduras, abro los grifos a tope, ya puedo notar el olor a musgo, y a lavareto blanco, y a cisnes.

Luego paso a los del lavabo, los del bidé, el agua sale y brota, es imposible no sentirla pasar, cierro los tapones y empieza a acumularse, sube, unos centímetros cada vez.

Cuando el lago se haya vaciado, desenmascararemos las leyendas, las mentiras, las historias, podremos descubrir reliquias, colocar las antigüedades en vitrinas, podremos ver a los peces agitándose en el aire, saber de qué color es la tierra cuando no se ve, podremos recuperar las cañas de pescar perdidas, los barcos hundidos, los chalecos salvavidas desinflados, los cadáveres ahogados, las hélices de los helicópteros caídos, dejaremos de reflexionar, de pensar de orilla a orilla, de pescar y de recoger las redes, de esconder pesebres y fusiles bajo el agua.

Es el momento de la cocina, que ha montado mi hermano con cal y azulejos -lo he oído día y noche trasteando con la espátula dentro de un cubo-, abro también ese grifo y tapono el desagüe, dejo las puertas de todas las habitaciones abiertas de par en par, pasa el aire, pasa el agua, paso yo también.

Me siento en medio del salón y me pregunto cuánto tiempo tardará, si bastarán dos, tres, siete horas, si en algún momento podré sentir que el agua me llega a los tobillos, al menos por debajo de las yemas de los dedos, el agua del lago robada, el agua del lago amarga y perfecta, el agua que creará una y más pozas molestas, que brotará y humedecerá, que hará manchas en los techos, que se filtrará por las grietas y luego goteará y empapará sofás y mesitas de noche, botellas de aceite, libros y catálogos, revistas, bolsas de basura, fundas, cortinas, el agua molestará a los transeúntes, llegará a los cimientos, será una agonía, el agua invadirá la calle y el barrio, los coches se hundirán y habrá que construirse balsas y refugios, habrá que dejar desatendidos bienes y propiedades, los que no sepan mantenerse a flote serán arrastrados.

Cierro los ojos y empiezo a contar.

EL LAGO ES UNA PALABRA MÁGICA

Estás llegando por la carretera principal y cruzas los campos de hierba amarilla, pasas al lado de algún concesionario de coches de segunda mano, superas el surtidor de gasolina y vislumbras a la izquierda un chamarilero que vende mecedoras de hierro forjado y alguna mesilla de noche con pomos de latón.

Dejas atrás los matorrales, las piedras, y te detienes en medio de la carretera porque oyes la señal: el paso a nivel se está cerrando, te pones en fila detrás de otros coches con las ventanillas bajadas, algunos apagan los motores. Los trenes en el campo se alternan, no hay doble vía como en la ciudad, tienen que ceder el paso y el paso a nivel puede permanecer cerrado hasta diez minutos, pero no hay forma de evitarlo, vayas adonde vayas por las carreteras laterales encontrarás otro con la barra echada.

El ferrocarril es la única vía de escape para los que no tienen coche, la aorta que bombea sangre, el horizonte, umbral de aventuras; llegaste en un tren, en un tren sigues marchándote.

Cuando la barrera se levanta, pasas a poca velocidad y cruzas las vías; si giras la cara hacia la derecha ves las marquesinas de la estación, has cogido ese tren durante años, conoces cada vagón, cada grafiti pintado con spray, los tags con los UniPosca; te acuerdas de la gente apretujada, te acuerdas de cuando una mujer embarazada se desmayó a causa de la multitud, o de cuando violaron a una chica en La Storta, cuando mantenías las puertas abiertas para que subieran tus amigos, de cuando no tenías el abono y corrías hasta la cola del tren, te escondías en los lavabos, de cuando conociste a un chico mayor que tú cuyo aliento olía a alcohol y que dentro de una bolsa llevaba pepinillos en un tarro de cristal y pan para los cisnes.

La carretera principal prosigue y llegan las tiendas, la verdulería que también vende caracoles, el enorme establecimiento de muebles que ofrece cocinas caras y lámparas angulosas, luego están los supermercados y las pescaderías, esa es la zona a la que llaman de la estación, la parte urbana del pueblo, hay allí chalecitos, gimnasios en los sótanos y un bar donde por la noche preparan nachos y tortillas, a lo largo de la carretera, las actividades comerciales, hacia el interior,

las casas con dos plantas como máximo y toboganes en el jardín.

No quieres detenerte, pasas por delante de la farmacia y de la consulta de tu médico de cabecera, reduces la velocidad en el paso de peatones y dejas pasar a una mujer con un niño, él te mira como si fueras un vampiro.

Al cabo de un momento ya estás en la Residenza Claudia, llamada así debido a su fuente, la del agua mineral.

A la izquierda se abre una explanada y allí están las viviendas sociales, pequeños edificios anónimos de varias plantas, en la segunda estaba vuestra casa, aunque no pueda llamarse realmente vuestra, la ventana de tu habitación, el árbol del que Oso arrancó una rama, la barandilla en la que atabas la bicicleta, la zona de las atracciones de feria en Semana Santa, la caseta del tiro al blanco, los proyectiles que salen, las latas que caen, Mariano y tú subiendo las escaleras, uno sujeta la cabeza y otro las patas de un enorme oso rosa.

Cada tienda te recuerda una tarde, cada una de ellas ha cambiado a lo largo de los años: de dentista a ortopedia, de calzados a floristería, de congelados a artículos para el hogar, de todo a un euro a cerámica, de peluquería canina a telefonía, hay que seguir siendo fieles a las más longevas.

Has atravesado el cruce a lo largo de los años en todas las direcciones, allí está el único glorioso semáforo de todo el pueblo, esperar esa luz verde fue parte de tu adolescencia, yendo a la derecha puedes enfilar el camino de la piscina del hotel y volver allí, en traje de baño y albornoz, quedarte quieta delante de los vestuarios, tu cepillo para el pelo, tu frasco de champú de eucalipto, ver de nuevo a Carlotta que dice: Aquí estoy.

Desde allí, dando una vuelta por el interior de la Residenza Claudia, se llega también a la plazoleta y a la casa abandonada, que ahora han reformado y donde vive una familia: tienen tres hijos, un perro, dos canarios; si se sigue adelante, se pasa frente al chalecito de Andrea, el portal aún está lleno de humo, en las esquinas de la calle quedan aún señales del incendio; él pronto se casará, ya han imprimido las invitaciones, su futura esposa trabaja de dentista y es muy rubia.

Pero tú no quieres girar y esperas el verde. Si tienes suerte, no tardarás mucho en dejar atrás el cruce y entonces, a la derecha, verás una enorme granja, tan diferente al resto de las viviendas que parece ajena, una vieja casa de campo en la carretera de lo que iba a ser una ciudad, el recuerdo de un mundo pasado.

Ahora empiezan para ti los malos pensamientos: ves ahí mismo la carreterita que accede desde la vía principal hacia el interior, a mitad de esa carretera de subida estaba y quizá siga estando la casa de Iris, has recorrido esa carretera en bicicleta, en coche, con el equipo de

música a todo volumen, con las ventanillas cerradas, de noche, discutiendo, diciendo cosas injustas, amando…, delante de la verja sigue estando para ti la huella de la bolsa llena de limones.

De manera que no te desvíes, mantente en la carretera principal y sigue adelante, porque la carretera principal siempre y en cualquier caso llega al lago, y ahí es adonde tú necesitas ir.

Así que no te preocupes por el cementerio que queda a tu derecha, no pienses en las tumbas, no pienses en la foto que eligieron para Carlotta, un recorte, en la original también estabas tú y eras incapaz de sonreír; piensa que cada vez estás más cerca, que se ven los primeros edificios del casco antiguo, se ve el letrero de la pastelería en la que solíais parar por la noche a comprar cruasanes y sándwiches.

Ya casi has llegado a la Cruz: el cruce más famoso, donde los que vienen del campo se detienen a veces con sus caballos para alardear de que pueden dejarlos en un poste y desmontar para tomarse un café. Cristiano también tuvo la oportunidad de hacerlo, coger el caballo de no se sabe quién solo por el gusto de mostrarlo en el pueblo. Cristiano, quien ha reformado su granja y ahora tiene bastantes cabras y vacas y terneros y hace un buen queso, curado, que se sirve en los restaurantes.

Si desde la Cruz vas a la izquierda, encontrarás dos calles de santos, San Francesco y Santo Stefano, la primera es la que lleva a los colegios de primaria y de secundaria, donde en verano se va al cine al aire libre y donde mucha gente va a misa; la otra lleva a los chalés de los ricos, los más grandes, construidos en alto y que dan al lago y al casco antiguo, chalés nuevos, con amplios jardines, altos árboles, puertas automáticas, tú nunca has tenido tu propia puerta y envidias a los que tienen un mando a distancia y a quienes les basta solo con hacer clic para entrar.

Si giras a la derecha desde la Cruz vas hacia Trevignano y te encuentras prácticamente en el lago, puedes bordearlo, proseguir por donde las casas se van espaciando, entre las cañas de bambú y las ensenadas, es una zona tranquila que solo te hace pensar en el escúter de Cristiano y en las luces que se apagan, llega la oscuridad y sobreviven los que se saben de memoria las curvas y las señales de stop, los que esquivan las cunetas, los que frenan a tiempo.

Tras decidir ir en línea recta, de todos modos, ya has llegado.

Puedes entrar en el pueblo, caminar por las callejuelas, subir a la Colegiata, preguntar a alguien si quiere casarse contigo, llevar un vestido blanco sin hombreras, o bien puedes bajar hasta el lago.

Tú eliges, nosotros, mientras tanto, te dejamos aquí, estacionamos y te decimos que bajes, que vayas a pie.

Ahora pareces tener prisa: corre por delante de la joyería en la que

Iris y tú queríais haceros juntas un pier-cing en las orejas, pasa por delante de la pizzería cuyos interiores son de los años ochenta y donde el camarero huele mal, no pienses en las vueltas que has dado en moto, en coche, a pie, con tus ojos puestos en todo el mundo y todos los ojos en ti, corre rápido hacia el muelle y quítate la ropa, quítate la camiseta a rayas, quítate los vaqueros negros, quítate las zapatillas deportivas con las punteras carcomidas, súbete a la barandilla, salta, súbete a uno de esos pilones: ten cuidado, es resbaladizo.

Ahora mira a tus espaldas, hay alguien que te espera, tiéndele una mano y cumple una promesa.

Dile que no se asome demasiado, antes tiene que encontrar su equilibrio, ser dueña de su propio peso, la que está por debajo de vosotras es el agua de enero, de abril, de agosto, el agua de cuando mirabas la superficie y buscabas el reflejo de Cristo, es la prueba de que has devorado estos kilómetros solo por un chapuzón, cierra los ojos y dile que haga lo mismo, entonces grita: El lago es una palabra mágica.

Y solo después de haber gritado, Iris y tú tenéis el valor de saltar.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela nace para contar la historia de tres mujeres a través de tres personajes inspiradas en ellas. La primera es Antonella, quien me contó la historia de su familia, sus dificultades para que le asignaran una casa en custodia, del cambio de casas y de cómo consiguió por fin, tras años de lucha, que se regularizara su situación y recuperar la vivienda perdida. Me he tomado algunas licencias en su historia, como la de Anguillara Sabazia, no creo que el Ayuntamiento de Roma tenga viviendas sociales allí.

La segunda mujer es liaría, que fue mi mejor amiga durante diez años. Era sarcástica y testaruda, sabía preparar crema pastelera, sabía montar a caballo por el bosque, le encantaban los conejos y Anna Karénina, y murió en 2015.

La tercera mujer soy yo, que no pegué a ningún chico con una raqueta, que no estuve a punto de matar a Elena en el lago, que nunca he ganado un oso rosa en las atracciones, que nunca he sabido disparar y que, en cambio, tengo miedo incluso de quedarme sola de noche. Esta no es una biografía, ni una autobiografía, ni una autoficción: es una historia que ha ingerido fragmentos de muchas vidas para intentar construir una narración, la historia de los años en los que crecí, de los dolores que me limité a circunnavegar y de los que atravesé.

Me gustaría dar las gracias a Anguillara Sabazia, que sirve de telón de fondo a esta puesta en escena, y a quienes viven allí, al lago de Bracciano, al desaparecido pueblo de Sabazia, a la puesta de sol en Vicarello, al Museo Histórico del Ejército del Aire, a los clubes náuticos de Vigna di Valle, al paseo marítimo de Trevignano, al bar Gabbiano, a la discoteca al aire libre Pepe Ñero, a la playa libre de Pioppo, a la curva del Pico, al autobús lanzadera que cubre el trayecto desde el lago hasta la estación, a los trenes regionales de la ruta Viterbo-Roma Tibur-tina, al mercado de los lunes y a las tiendas cerradas de los jueves, a Pedro Cano y el casco antiguo, a la iglesia de la Colegiata y San Biagio, a Angela Zucconi y la biblioteca a ella dedicada, a las fiestas de verano del Movida en Bracciano, al castillo Orsini-Odescalchi, a las anguilas que nunca he visto y a los cisnes que

siempre he visto, a la cuesta de tierra para llegar a Martignano, al picadero de los Due Laghi y todos los lugares del lago que me han gustado. Quiero dar las gracias a la Verbena del Pescado y a los fuegos artificiales, al pescado frito y a las azoteas desde las que mirar, a las exhibiciones de danza realizadas en escenarios desnivelados, a todos los cantantes que actuaron y a los que pocos escucharon. Quiero dar las gracias a quienes me traicionaron, a quienes se mofaron de mí, a quienes me detestaron y a quienes me comprendieron, me abrazaron. Quiero dar las gracias a mis amigas, que están vivas y que custodian conmigo este recuerdo.

Quiero dar las gracias a los que han trabajado entre bastidores conmigo en este libro, a los que han sido comparsas involuntarios, a los que he robado cosas para citas implícitas o explícitas, a los que se enfadarán al leer esta novela. Quiero dar las gracias a Laura Fidaleo, porque suya es la palabra mágica de la que partí.

Por último, quiero deciros algunas verdades.

En 2012 Federica Mangiapelo fue víctima de un feminicidio, murió ahogada por su novio en el agua del lago de Bracciano, durante la noche de Halloween. Tenía dieciséis años.

En 2017, el papa Francisco apagó la mayoría de las antenas de Radio Vaticano, acusadas de provocar un aumento de los tumores malignos y de los casos de leucemia en niños y niñas de la población de los alrededores.

También en 2017, en Cracovia, la Comisión de la UNESCO aprobó la declaración como Patrimonio de la Humanidad del Hayedo de Oriolo Romano, que, sin embargo, sigue siendo tierra de caza furtiva.

Desde 2019, se ha prohibido a la empresa ACEA de Roma extraer agua del lago de Bracciano. Incluso hoy en día, los acueductos de Anguillara Sabazia son declarados periódicamente peligrosos por contener cantidades de arsénico superiores a los límites permitidos. A lo largo de los años, han surgido del lago valiosos hallazgos arqueológicos y pruebas tangibles de villas y casas sumergidas.

Y, en todo caso, yo no he visto nunca ese belén submarino bajo el muelle, pero creo en él, creo que está ahí. He creído en ello desde que era una niña y nunca he dejado de hacerlo.

NOTAS

[1] Las calificaciones del sistema universitario italiano se expresan en una escala que va del o al 30. El corte del aprobado se sitúa en 18 y la nota máxima es 30, a la que puede añadírsele la llamada lode, una mención de excelencia, equiparable a nuestra matrícula de honor. [N. del T.]